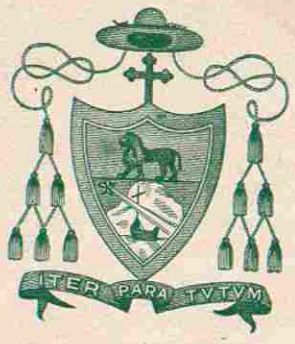
PIO NONO

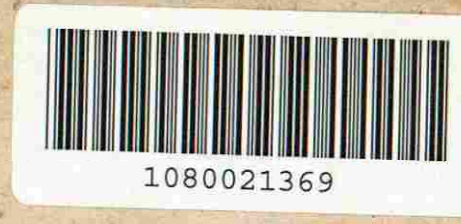
BX1373
02
c.1

45801

004-1



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PIO NONO

Y LA ITALIA DE UN DIA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PIO NONO

—Y—

LA ITALIA DE UN DIA.

POR EL EXMO. E ILLMO. SR.

OBISPO DE LA HABANA.

CABINETE DE LECTURA
Cerca de Sto. Domingo Núm. 4
LETRA B.
CADA MES SE RECIBEN NUEVAS OBRRAS
MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PUEBLA.

IMPRENTA DE N. BASSOLS DIRIGIDA POR ISIDORO BOCLAR.

Calle de la Compañía número 13.

1871.

45801

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1373
02

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A QUIEN SE DIGNE LEER.

Al llegar á nuestras manos la venerable Encíclica, que nuestro Santísimo Padre expidió á todos los Obispos en 1º de Noviembre del presente año, y al examinar su contenido, nuestro primer pensamiento ha sido escribir una Carta Pastoral, para dirigirla al pueblo cristiano de nuestra Diócesis que nos está encomendado. Pero, atendidas algunas dificultades que experimentó la lectura de las Letras pastorales que le remitimos desde Roma con motivo de la declaracion dogmática del magisterio infalible del romano Pontífice, cuando enseña la fe y la doctrina moral al orbe católico como Doctor y Pastor de todo el rebaño de Cristo, nos hemos contentado con enviar una sencilla circular, en la cual, haciendo una reseña ligera de lo ocurrido en Roma el 20 de Setiembre último, prescribimos la oracion á imitacion de los señores Obispos de todo el orbe. Además, como el estilo de una Pastoral es por su naturaleza puramente dogmático ó moral, y abraza un círculo especial, de cuyas circunstancias no es justo prescindir; y como por otra parte deseamos tratar largamente sobre el hecho enunciado y de cuanto le ha precedido como preparacion mas ó ménos inmediata, y esto ha de rozarse con la política, de la cual regularmente prescindimos en las instrucciones pastorales, tomamos la resolucion de escribir en estilo mas ámplio y mas variado.

Las razones que hemos tenido para hacerlo, son las mis-

069270

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas que asisten á cualquiera que quiera tomarse la molestia de escribir sobre las doctrinas de nuestra época en materias sociales, que están muy lejos de ser las que la razon natural inspira y Jesucristo nos ha enseñado. Cuando la mentira se empeña en tener en la sociedad el mismo pase honorífico que la verdad: cuando nombres, que brotan miel y dulzura en su naturaleza y su significacion, se usurpan para clavar mejor el puñal en el corazon de un padre; cuando la hipocresía en el hablar empieza á introducirse sin rebozo entre los hombres, y se presenta, cual si fuera una matrona nobilísima y virtuosa, en alcázares donde la sinceridad y la lealtad debian tener su morada natural: cuando la duplicidad y las malas artes pasan de ciertos dinteles dorados, de donde debia arrojárselas con noble desdén, aunque entrasen más doradas que el becerro de los israelitas (1), y más engalanadas que la gran ramera de Babilonia (2); cuando, tomando agua de las cloacas inmundas de la ciencia de las pasiones, se pretende bautizar á la misma hipocresía, á la fuerza brutal, á la iniquidad y la corrupcion con nombres sagrados, llamándolas verdad, justicia, virtud y derecho: cuando todo esto sucede, todo hombre que sea siquiera honesto, y tenga conciencia de lo recto y lo justo, debe hablar si puede hacerlo, y protestar públicamente contra la maldad.

Y cuando poniendo en juego una palabreria engañosa, se tiene el descaro de asegurar, que se va á fortificar un castillo que Dios ha formado, siendo así que se le quiere aplicar una mina: que se va á rodear de honores á su castellano, cuando se le va á relegar á una cárcel: que se le va á labrar una corona de brillantes, cuando se intenta ponerle un capacete de hierro, y arrancar de sus sienes tres diademas que Dios le dió: cuando se vé todo esto, la simple razon filosófica prescribe que no se ahogue la voz en el pecho. ¿Cuánto ménos la ahogará quien sabe cierta é infaliblemente, por enseñárselo la revelacion divina, que todo eso es u-

[1] Exod, cap. XXXII, v. 4:
[2] Apoc· cap. XVII, v. 4.

na conjuracion demoniaca contra Dios, contra su Hijo, contra su doctrina, contra su Vicario en la tierra y contra las bases indestructibles de la sociedad, que son la ley divina, la natural, el derecho. la justicia y la propiedad?

El que pueda hablar, el que se sienta llamado á hacerlo ó por deber ó por inspiracion, debe hablar; debe gritar, debe decir la verdad al mundo entero; debe protestar contra la máscara hipócrita, aunque la careta tenga sobre sí una corona, sea cuál fuere, imperial, ó real, ó ducal; debe explicar á todos cuáles son los nombres calificativos que corresponden á la alevosía, al robo, á la violencia, á la usurpacion, á la herejía, al cisma, descubriendo que en nada de esto puede existir justicia, derecho, ó fuerza moral, sino iniquidad y fuerza brutal: y debe hacer todo esto sin temor á las iras que se puedan suscitar contra él.

Por este motivo, y fundado en causas tan poderosas, emprendemos el exámen del atentado cometido con el Vicario de Jesucristo, de los medios que se han empleado para conseguirlo, resultado inmediato que estos han dado, y del no lejano que se prepara para la sociedad, si esta continúa rigiéndose por los principios erróneos de la política anti-cristiana que se están enseñando desde hace algunos años, y aplicándola á las negociaciones internacionales. Hablaremos casi siempre, más como Obispo que como filósofo, pues no reconocemos en nuestra persona los conocimientos de este; pero con la conciencia que tenemos de la verdad y la justicia, protestarémos altamente contra la usurpaeion que se ha llamado derecho, contra la impiedad que se ha disfrazado con el nombre de religiosidad, y contra la herejía y el cisma á los cuales se ha pretendido regalar una corona de dignidad régia, siendo así que este y aquella no son sino un ser raquítico, engendro de la soberbia.

Debemos, si, suplicar encarecidamente á todo hombre docto que se digne leer estas páginas, que dispense cualquier inexactitud histórica que encontrare. Porque estando de viaje para nuestra Diócesis, despues de haber salido de Roma por efecto de su estado actual, hemos querido darnos algun tiempo de descanso, y apénas tenemos sobre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra mesa de escribir y en nuestro poder más que un libro, que es la santa Biblia. Grande es este tesoro; pero hubiéramos deseado tener á la mano alguno más para ilustrarnos.

Pau y Noviembre 28 de 1870.

PIO NONO Y LA ITALIA DE UN DIA.

CAPITULO I.

LA CRUZ DE LA CRUZ.

A quien haya recorrido con cuidado, y meditado con espíritu cristiano los libros de los santos Profetas, en los cuales se describe con lenguaje misterioso la naturaleza de la Iglesia que habia de fundar con su propia sangre el Hijo de Dios, y las circunstancias que la habian de acompañar en la tierra; á quien haya estudiado la historia de esta misma Iglesia, y sus contínuas vicisitudes en los diez y nueve siglos de existencia que tiene, no debe haberle sorprendido lo que ha acaecido en la ciudad santa de Roma el veinte de Setiembre de este año.

Todas las profecías relativas al modo de existir de la Iglesia católica están encerradas en aquellas palabras que el Espíritu Santo pone en los lábios de su Esposa, que es esta misma Iglesia, y dicen así: *negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen: no mireis á mi tez morena, pues estoy ennegrecida por el sol: los hijos de mi madre han peleado contra mí.* (1) Toda la hermosura de esta hija

[1] Cant. cap. 1, vv. 4, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestra mesa de escribir y en nuestro poder más que un libro, que es la santa Biblia. Grande es este tesoro; pero hubiéramos deseado tener á la mano alguno más para ilustrarnos.

Pau y Noviembre 28 de 1870.

PIO NONO Y LA ITALIA DE UN DIA.

CAPITULO I.

LA CRUZ DE LA CRUZ.

A quien haya recorrido con cuidado, y meditado con espíritu cristiano los libros de los santos Profetas, en los cuales se describe con lenguaje misterioso la naturaleza de la Iglesia que habia de fundar con su propia sangre el Hijo de Dios, y las circunstancias que la habian de acompañar en la tierra; á quien haya estudiado la historia de esta misma Iglesia, y sus contínuas vicisitudes en los diez y nueve siglos de existencia que tiene, no debe haberle sorprendido lo que ha acaecido en la ciudad santa de Roma el veinte de Setiembre de este año.

Todas las profecías relativas al modo de existir de la Iglesia católica están encerradas en aquellas palabras que el Espíritu Santo pone en los lábios de su Esposa, que es esta misma Iglesia, y dicen así: *negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen: no mireis á mi tez morena, pues estoy ennegrecida por el sol: los hijos de mi madre han peleado contra mí.* (1) Toda la hermosura de esta hija

[1] Cant. cap. 1, vv. 4, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del rey es interior, como dice el Profeta; (1) y esa es precisamente la que tiene enamorado á su Esposo; y no consiste esta belleza encantadora mas que en la caridad y demás virtudes, que ejercita y posee en grado heróico. Esta es la dote, y estas las galas de la Iglesia católica; pero en lo exterior es otra cosa: los ardores de las persecuciones la dán un aspecto sombrío al parecer, causándola momentos de amargura y de pena mas acerba las guerras que la suscitan sus propios hijos. Esta es, dice el Doctor san Bernardo, (2) la hermosura y la negrura de la Iglesia, que la han de acompañar mientras viva en este mundo, combatiendo siempre por el honor de su Esposo. Y guardan una conformidad tan admirable las profecías sobre esto y los acontecimientos humanos, que si no hubiera otros mil argumentos para probar, *á priori*, la divinidad de la Iglesia católica, solo este bastaria; porque desde que existe, se ha notado y se verá siempre, que solo ella ha sido siempre perseguida; y mientras las innumerables sectas de perdicion se toleran unas á otras, ninguna tolera á la Iglesia católica, y con una concordia siempre uniforme, todas dejan á un lado sus rencillas al tratarse de hacerla la guerra, y fraternizan y se unen para asestarla sus tiros, y derribarla, si pudieran, al darla el ataque.

Pero hay en las palabras proféticas que hemos referido, una frase desconsoladora, y es la que se contrae á la guerra, que los mismos hijos de esa Iglesia la declaran, pues se advierte que esto es lo que por su índole peculiar parece que llama mas la atencion de las hijas de Jerusalen, y lo mas peligroso para que las acometa la tentacion de dudar á caso de aquella belleza interior que tienen; por lo cual les advierte que no fijen su atencion en su negrura, ocasionada por esos ataques que le dan los hijos de su misma madre. Y á la verdad, hay en los crímenes una gradacion, que va aumentando su gravedad y causando sucesivamente sorpresa, espanto, horror y execrabilidad; sorprende el despojo violento de un favorecedor

[1] Ps. XLIV, v. 14.
[2] In Cantic. cap. I.

por el favorecido; espanta un asesinato cualquiera; horroriza un parricidio; mas cuando este recae en una madre tierna y amorosa, perpetrado por sus propios hijos, es tan execrable, que los idiomas humanos no tienen bastante fuerza para darle el calificativo conveniente. Pero entre tanto, y no pudiendo creerse que tal caso haya podido suceder, hay motivo para que los que oyen la relacion del crímen, puedan sospechar, ó que aquella madre no era tan amante y cariñosa como se decia, ó que bajo apariencias de ternura era quizás una harpía que intentaba devorar á sus hijos. La tentacion es grande por cierto; la esposa del pacífico Salomon no quiere que asalte á las hijas de Jerusalen; y por eso las advierte que no las perturbe su tez morena, pues en medio de la guerra que la hacen los de su casa, es siempre tan hermosa que tiene á su Esposo encantado y cautivo de amor.

Tambien ha corroborado la historia en este particular las palabras de la profecía. La Iglesia católica atacada á todo trance por espacio de tres siglos por emperadores paganos, vió algunos dias de tregua, hasta que de los arenales de la Arabia salió un profeta falso que fundó un imperio y dominó medio mundo y estuvo combatiendo por espacio de siete siglos, para ver si podia ahogar en el Occidente aquella civilizacion cristiana que habia planteado la misma Iglesia, así como habia ahogado en Oriente los gérmenes de esa misma civilizacion arrojados allí por el mismo Jesucristo y por sus Apóstoles. Pero el Occidente puso al fin un muro de hierro á los furores del alfanje de Mahoma, librando así á la Iglesia de los ataques encarnizados de sus enemigos exteriores y prometiendo á su santa madre los reyes que ella habia educado, que con su cetro y con sus huestes la defenderian de cuantos intentasen venir de paises feroces á molestarla.

Blanca, hermosa y sin lunares se hubiera dicho que empezaba à dejarse ver la Iglesia, cuando hàbia extendido su dominacion suave y pacífica en todos los reinos, que habia educado en la ley de su Esposo celestial; pero no era así; pues aquellas mismas banderas que ella ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia bendecido y entregado á reyes ilustres, para que bajo su sombra peleasen ellos y sus ejércitos contra los enemigos de la cruz, se habian de convertir en pendones con que se militase contra ella. Una nueva y mas entristecedora negrura tenia que sombrear el hermoso rostro de la madre espiritual de los hombres; porque cuando la movian guerra los paganos y los infieles, el crímen era el de los bandoleros, cuando los herejes, lo era de los asesinos, mas ahora era el de los parricidas. Y ¡desgracia lamentable! Fuéles cayendo en suerte este atentado á estandartes unicolores, á pabellones bicolores, á banderas tricolores, gloriándose todos, sin embargo, de adorar á Cristo. Cayóles esta empresa parricida en suerte, repetimos; pero no se crea que Dios se la dió, sino que cada cual se la tomó; no hubo sorteo para esta obra de iniquidad, y si lo hubo, tuvo lugar en el infierno, siendo Satanás el que daba el cargo á quien suponia que lo habia de desempeñar con un éxito mas feliz. Extendiéronse unas veces abiertamente las águilas cesáreas; otras se desplegaron con suavidad las flores de lis; otras, hasta los castillos y leones cobijaban bajo su sombra á los que minaban la Iglesia de Cristo; y otras, hasta tremoló la bandera de un cuartel con el emblema de los dados con que se jugó en el Calvario la túnica de Cristo, para hacer guerra á su Vicario. ¡Desgracia! No hay reino católico que pueda presentarse ante el cuerpo del delito y jurar, como mandaba la ley antigua, que no tiene parte en el asesinato. Grandes y horribles son las calamidades que ha padecido la Iglesia; pero hoy dia ni una sola bandera cristiana tiene derecho para levantar su voz y decir: juro que *nuestras manos no han derrramado esta sangre, ni nuestros ojos han visto la accion criminal.* [1]

En esta alternativa hemos visto implicadas las naciones, y en esa azarosa marcha ha venido caminando con majestuoso continente la Esposa de Cristo, hasta que hemos llegado á uno de los ataques mas fieros que refiera la historia. Pero no hay que espantarse por él; es en sustancia el mismo de las edades pasadas, y la diferencia está solamente en el modo; su aspecto es mas feo por haberse usado cosas muy parecidas á los congresos secretos que tuvieron lugar en Jerusalen entre los mandatarios de la ciudad, á los pactos que estos hicieron con Iscariote, y á lo que este hizo, para que los príncipes no se equivocasen en el sujeto á quien habian de echar mano, y arrastrarlo al suplicio. Esta vez tocó la suerte, precisamente á un estandarte de campo blanco, donde no hay mas que una enseña, enseña de paz y caridad, de santo derecho y verdadera justicia, de amor á Jesucristo, de veneracion á su Vicario, y de santa sumision á cuanto Aquel mandó, y á cuanto en su nombre ordena este, la señal de la cruz. El veinte de setiembre de este año es el dia mas nefasto que ha tenido ese lábaro: pues en realidad puede decirse, que desde que se tremola la insignia real del Hijo de Dios, cuya sola vista hace huir al demonio, solo en ese dia, no solo no ha huido de su presencia, sino que la ha acompañado ufano y altivo, diciendo sin duda á sus satélites, que habia llegado el dia en que iba á acabar con la cruz por medio de la cruz.

[1] Deut, cap. XXI, v. 7.

Consecuencia natural de esta triste herencia, que han ido legándose los reinos y las monarquías cristianas, ha sido esa admirable alternativa que constituye la existencia de la Iglesia católica, á quien cupo en suerte celestial la alegría del espíritu, inalterable y perenne, que nadie la podrá quitar, pero acompañada del luto que viste de vez en cuando, y sazonada con lágrimas que vierte á torrentes por los ultrajes que se hacen á su Esposo, y por la perdicion de los pecadores. Contradictorio parece este vivir simultáneo de alegría inmutable y de cruel amargura, pero no es, ni siquiera contrario: porque al alma justa nada la perturba, ni pude nadie arrancarla la paz del Señor. ¿Cuánto ménos á la Iglesia, que está unida con lazo indisoluble á Cristo, que es la justicia, la paz y bienaventuranza por esencia? Pero es preciso confesar, que algunas veces se suceden con una rapidez chocante los motivos de alegria y de lágrimas; de lo cual pudiera inferir el espíritu humano que lo segundo escluye lo primero y lo repele, aunque no es así;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y el espíritu humano, que compare las alegrías que vienen del cielo, con las que los hombres se forjan en la tierra, jamás sabrá discernir lo que entraña la paz que dá á las almas el Espíritu Santo.

Dicho esto, debemos confesar tambien, que para los espíritus débiles, y para las almas asustadizas, pocos lances ha habido, como el ocurrido hace poco, que las haya podido conturbar: porque, por uno de los acontecimientos mas fáustos que ha tenido la Iglesia, se hallaba esta vestida de las galas de su regocijo, cuando de repente la asaltó la fiera tormenta, que se presentó amenazadora y semejante á las olas del Océano agitado por furioso vendabal, que parece van á tragarse la tierra y no dejar una nave sobre las aguas salobres. Dos meses habia, que con aplauso del orbe se habia declarado asunto de dogma y objeto de nuestra fe la doctrina, tan antigua como la misma Iglesia, de la Infalibilidad del romano Pontífice cuando enseña la religion y sus preceptos á toda la cristiandad en calidad de Maestro y Doctor del universo creyente; y resonaban en todas partes los ecos de los cánticos sagrados que modulaban los fieles en lor del Altísimo, á los cuales respondian con unísono acento los moradores del cielo. Pero llegó un momento, en que los moradores de la tierra tuvimos que suspender el laud de la alegría, para entregarnos al llanto. Roma, la ciudad de la paz, oyó el estruendo de una artillería feroz, que lanzó contra ella mas de seis mil proyectiles en cinco horas, arrojó sobre sus sagradas basílicas innumerables bombas y granadas, vió destruidas sus murallas, oyó las pisadas sacrílegas con que hollaban sus calles y plazas sesenta mil invasores, y se estremeció con la horrenda gritería de un populacho venido de léjos, el cual con voces execratorias maldecia á todo lo que es bendito, y bendecia á todo lo que es maldito; vió esto toda la familia del crucificado, y toda en masa prorumpió en llanto, diciendo con el profeta Jeremías la tristísima lamentacion con que este lloró la ruina de Jerusalen por los incircuncisos. ¡Ay! exclamó la cristiandad enlutada: *¿Cómo se encuentra solitaria la ciudad llena de habitantes; se ha vuelto como viuda la señora de los pueblos, y*

la metrópoli de las provincias ha sido hecha tributaria? Se han apoderado de ella sus enemigos, enriqueciéndose con sus despojos: llorando están sus caminos, porque no hay quien venga á sus solemnidades: sus puertas están destruidas, sus sacerdotes no hacen mas que plañir, sus vírgenes se ven escuálidas, y toda ella gime abrevada de amargura. (1) *¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha mudado su color subido, y se han dispersado las piedras del santuario en los rincones de todas las plazas?* (2)

Así lloró la Iglesia en ese dia, y así continúa llorando todavía: cúponos la suerte de tomar parte activa en este llanto, pues fuimos testigo ocular de una gran parte de las abominaciones consumadas en él, y oimos el pavoroso estruendo de los obuses y las piezas de batir, y y aun oimos el estallido fragoroso de una bomba que reventó á cuarenta pasos de nuestra morada, junto á la Iglesia de la Vírgen de los Mártires, antiguo panteon de Agripa. Lo que digamos por tanto con relacion á los eventos de Roma, lo referirémos como quien ha sido testigo ocular y auricular, y podremos decir como el evangelista san Juan: *atestiguamos lo que hemos visto con nuestros propios ojos, y palpado con nuestras mismas manos.* [3] Pero antes de decir y comentar un hecho notabilísimo, que fué el que nos obligó á dar un grito en medio del silencio y la calma con que examinábamos en aquel dia la fisonomia peculiar de cada uno de los acontecimientos, debemos en obsequio de nuestra conciencia, que así nos lo exige, guardar silencio y cerrar los lábios, porque la Cabeza visible de la Iglesia ha hablado y hecho la relacion de cuanto en tiempo anterior han hecho sus enemigos para ir abriéndose camino con el fin de llegar á ese dia, y de lo que ha pasado en él y los que le han seguido. El Sumo Pontífice ha dirigido últimamente una Encíclica á todos los Obispos del orbe católico, diciéndoles cuál es su posicion en medio de los enemigos de la Iglesia, y mandándoles que se lo hagan saber á los fieles sometidos á su cuidado pastoral, para que no igno-

[1] Jer. Lament., cap. I, vv. 1, 4, 5.
[2] Ibid. cap. IV. v. 1.
[3] I. Jo., cap. 1 v. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ren estos su despojo, su cautiverio, y el escarnio y las befas que sufre de sus opresores, despues de haber estos bombardeado la cátedra de San Pedro, y usurpado con fuerza brutal el trono real, que Dios se dignó establecer para su Vicario en la tierra, á fin de que se sentase mas altamente que los reyes del mundo, y no estuviese sujeto á cetros humanos el que es Virey del Rey de los reyes. [1]

Oigase la voz del Pastor universal, y despues diremos algo de lo que hemos visto: en esas Letras Apostólicas el venerable cautivo, cumpliendo con su oficio de defender la justicia, y sin temor alguno á los hombres, declara terminantemente que el gobierno subalpino arrastrado por los consejos malvados de los sectarios, habia consumado con desprecio de todo derecho, natural, divino y humano, la invasion de sus dominios, cuyo acto venia proyectando desde hace algunos años por medio de villanas arterías y de manejos astutos é indignos. Tambien dice el santo Pontífice, que con la mas impudente hipocresía el mismo gobierno, al consumar la usurpacion sacrílega, ha ido publicando que lo hacia para establecer en las provincias robadas los principios de la moral pública, siendo así, que apenas se ha posesionado de algunas, ha establecido el culto y ejercicio público de la inmoralidad y de la mentira. No pasa en silencio las largas instancias que le viene haciendo ese gobierno, para que entre en convenio con los malos, lo que jamás podia consentir por ser semejantes pactos contra el derecho divino y humano. Expone además el Mártir del Vaticano, que el dicho gobierno ha estado enviando desde hace mucho tiempo á las ciudades y provincias de sus Estados conspiradores inícuos, y muy en especial á Roma, pagándolos con largueza, y derramando por medio de ellos el oro, para promover revoluciones incendiarias, y que ha dado ayuda y prestado apoyo á cohortes de hombres malvados y perdidos, para que, hace tres años, atacasen sus dominios; lo que se frustró por haber dispuesto la divina Providencia que precisamente cuando los foragi-

[1] Encíclica *Respicientes ea*, 1º de Noviembre de 1870.

dos empezaban á robar y asesinar dentro de las puertas de Roma, llegasen las tropas auxiliares que enviaba la noble nacion francesa. Revela tambien á toda la Iglesia el santo Pontífice, que el ocho de Setiembre le dirijió el rey subalpino una carta, en la cual le hacia saber con un razonamiento lleno de rodeos y de palabras falaces que, puesto que era su hijo amante y católico devoto, y deseaba mantener el órden público y dar proteccion á su persona, tenia determinado ir á apoderarse de sus dominios y de la ciudad donde tiene su Cátedra pontificia, sin que creyese jamás Su Santidad que esto fuese un acto hostil, sino un medio de satisfacer las aspiraciones del pueblo, y de conciliar su suprema jurisdiccion espiritual con el derecho y la libertad: "Nos, dice el Padre "Santo, contestamos á esta carta, reprobando su conte-"nido; pero no habia llegado nuestra respuesta á manos "del rey, cuando su ejército habia entrado en nuestras "ciudades, atacándolas á viva fuerza: y por fin amane-"ció el dia infáusto de veinte del mismo mes, en el cual "esta ciudad, Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, cen-"tro de la religion católica y refugio de todas las gentes, "fué vista por Nos mismo cercada por miles de soldados, "derribados sus muros, y cubierta de espanto en su in-"terior por los miles de proyectiles que en ella caian; ha-"ciéndose todo esto por mandato de aquel, que poco an-"tes Nos decia, que era Nuestro afectuoso hijo y fiel a-"mante de la Iglesia católica."

Hasta aquí la historia de esa revolucion impia, tejida con el laconismo majestuoso del rey, y con la dignidad incomparable del Pontífice. Despues, guiado por las luces de la inspiracion y por las reglas de la filosofia mas alta que hay en la tierra, el Vicario de Cristo entra á formar apreciaciones sobre lo que veia con sus propios ojos, penetrando con los de su entendimiento en el oscuro laberinto de males que iban á caer sobre su ciudad amada y sobre las cosas santas, como ya lo ha visto el mundo espantado de tanto sacrilegio. "¿Qué cosa mas triste pudiera acontecer para Nos y para todos los fieles, continúa diciendo el Padre Santo, que ver en ese dia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plagada la ciudad santa de turbas de facinerosos venidos de fuera, contemplar perturbado el órden, insultada con voces inícuas la dignidad del Pontificado en Nuestra humilde persona; entregadas al escarnio las tropas fieles que guarnecian la ciudad; triunfantes la licencia y petulancia mas desenfrenadas, allí mismo donde poco antes se habian aglomerado innumerables gentes para consolar con afecto filial á su comun Padre, inundadas las calles de libros obscenos é impíos, de efemérides públicas, que rebosaban en desprecios y calumnias de la religion, y tenian por objeto exaltar los ánimos contra Nos y contra esta Santa Sede Apostólica, presentadas por todas partes pinturas obscenas y abominables, en las cuales se envilecian las cosas y las personas mas sagradas, golpeados y heridos los sacerdotes, sujeto á pesquisiciones Nuestro palacio del Quirinal, violado el domicilio de las vírgenes consagradas á Dios, y arrojados de su habitacion los oficiales de Nuestra cámara, los familiares de Nuestra casa, y hasta un Cardenal de la Santa Romana Iglesia?"

Cuarenta y un dias han mediado desde que se consumó el gran sacrilegio hasta que Nuestro Santo Padre publicó estas Letras; y si hubiera esperado unos cuantos mas, habria podido decirnos que la abominacion intentaba sentarse en el lugar santo; pues sabemos ya todos que los salones del palacio Quirinal, destinados á publicarse en ellos palabras de verdad y de doctrina, han sido convertidos en salas de baile, que se arrojan granadas en los templos en medio de las funciones sagradas, que se insulta á los ministros de Dios aun estando en oficios santos, y que se hace bajar de la cátedra del Evangelio á los predicadores de la verdad, enseñándoles la órden de descender en los cañones de un rewolver; que se hiere con puñales y garrotes á las personas piadosas que van á visitar el sepulcro del Apóstol San Pedro, que se dispersan por estos medios bárbaros las turbas de los católicos, que quieren demostrar que ha crecido su amor al Padre Santo desde que está reducido á cautiverio, y por fin, que las hordas revolucionarias se reunen junto á la Basílica Vaticana y bajo las ventanas

donde está el santo cautivo para vomitar allí imprecaciones de toda clase contra cuantos han defendido al Pontífice, contra su secretario de Estado, y contra el mismo Pontífice; lo que no podemos transcribir de donde lo copiamos (1), sin exclamar: ¡oh instinto diabólico de todos los revolucionarios, de maldecir todo lo que Dios bendice, y de bendecir cuanto es por naturaleza maldito y Dios maldice.

Hemos transcrito las palabras de Nuestro Santísimo Padre relativas á los medios inícuos y proditorios con que se ha preparado la invasion desalmada de sus Estados, y á la manera salvaje con que se han ejecutado; y vamos á exponer ahora un pensamiento que nos asaltó inopinadamente cuando vimos entrar las tropas invasoras en Roma, lo que nos hizo prorumpir en una exclamacion. Al viajar por Italia, cuyas provincias habiamos recorrido desde Sicilia hasta las Romañas, no habiamos visto revistas de ejército ni regimientos en formacion: en ese dia veinte de Setiembre, para siempre execrable por lo que sucedió en él, podemos decir que el ruido de la artilleria no nos sobrecogia, ni nos infundia miedo, pues nuestra única ocupacion era estudiar, como hemos dicho, la fisonomia peculiar de cuanto acaecia. Vimos pasar algunos grupos gritando descompasadamente, pero sin que su vista pudiese imprimir carácter, ni causar mas impresiones que las de lástima; eran traperos del Gheto, gente plebeya, pueblo de la ínfima clase, los que iban pasando llevando banderas republicanas. Pero al poco empezaron á pasar los batallones invasores con sus estandartes alzados; vimos muchos, y todos llevaban un mismo lábaro, la señal de la cruz en campo blanco; al verlos, pensarlo y decirlo fué un acto simultáneo, *¡oh!* exclamamos: *he ahí la cruz de la cruz: hé ahí el crux de cruce: se cumplió en toda su extension la prediccion simbólica* (2)

(1) *Pensamiento Español*, sabado 24 de Diciembre de 1870, pag. 4. col 2ª Allí se leen otros atentados cometidos dentro de la misma Basílica, como es el de pasearse dentro de ella con el sombrero puesto y fumando, y el de haber amenazado con puñal en mano á los sacristanes, quienes rogaron á los profanadores que no lo hiciesen.

(2) «Andan en manos de todos esas predicciones atribuidas á san

Creemos sinceramente que no nos hemos equivocado, pues los hechos han venido á corroborar nuestro juicio. Desde aquel dia empezaron á desaparecer las armas, que Jesucristo dió á su Iglesia entregándoselas á su Vicario como símbolo de su potestad universal, para gobernarla, enseñarla y dirijirla. Las llaves coronadas de la tiara fueron arrancadas de todas las casas, donde existian oficinas de órden público, ó de expendicion de objetos reservados al gobierno temporal del Sumo Pontífice. Solo se permitió que quedasen en las fachadas de los embajadores ó encargados de las potencias extranjeras cerca de la Santa Sede; en lo cual muchísimos vieron envuelto un pensamiento maligno, el de que creyesen los que no se fijan si no en exterioridades, que el Sumo Pontífice era un verdadero soberano, pues tenia junto á sí embajadores y ministros de otros soberanos; siendo así que desde el veinte de Setiembre es un soberano despojado y un cautivo, á quien no se ha tenido valor para arrojarlo de su palacio, pero cuya persona se guarda con soldados

Malaquias Obispo: las trae el Cornelio á Lápide en sus Comentarios, que cuentan ya cerca de tres siglos; son simbólicas, porque por medio de enigmas va señalando cada Papa ó cada Pontificado. Se habian visto cumplidas esas predicciones en muchos Pontífices, pero desde que se vió el viaje de Pio VI á Viena, por ver si amansaba al emperador filósofo de Austria, que despedazaba con dureza la disciplina de la Iglesia, nadie dudó de que este Pontífice estaba descrito en el lema que decía *Peregrinus Apostolicus*. Seguia otro, que decia; *Aquila rapax*, y nadie dudó despues de los hechos que este era Pio VII, cuya persona, cuya tiara y cuyos Estados robó el águila rapaz de Napoleon, llevándose á París los objetos artísticos mas preciosos que habia en Roma. Hay despues cuatro símbolos siendo el último, *Crux de cruce*, el cual corresponde al actual Pontificado. Muchas veces hemos meditado sobre estas tres palabras, y ya desde el Congreso de París empezamos á entrever que en dos de ellas se encerraba la casa de Saboya; y cuatro años mas tarde, cuando Napoleon entró en Italia y fué llamado por los italianos, *salvador*, dijimos, no sin derramar lágrimas, que el símbolo *Crux de cruce* empezaba á enseñar sus uñas; al ver las maniobras del príncipe Napoleon en Toscana en ese año, y la invasion de las Marcas y de la Umbría, ya no dudamos de que la cruz del martirio del santo Pontífice tendría su complemento en aquel lábaro de donde se originaba; al ser testigo de lo que pasó en Roma el dia de su toma sacrílega, no pudimos ménos de decir, que la cruz de la persecucion de la Iglesia, *crux*, venia de la cruz de Saboya, *de cruce*. Sin embargo, lo que decimos en este particular, no tiene mas valor que el de una simple congetura, en la cual podemos equivocarnos.

invasores que lo rodean por todas partes. Despues han ido aumentándose las invasiones sacrílegas; manos brutales han ido poniendo escalas y echando abajo á martillazos el símbolo de la potestad del Padre Santo; y por fin se ha dispuesto, por órden del gobierno subalpino, que el palacio del Quirinal sea propiedad nacional, y que se sustituyan unos emblemas con otros; y en efecto, sobre aquellos dinteles sagrados de los salones del Cónclave, ya no están las armas de San Pedro y son otras las que campean.

¿Cuáles son éstas? He aquí lo que oprime el corazon de quien quiera que medite en lo que son los hombres, y en su triste y lamentable mutabilidad; y es ese un pensamiento opresor del corazon, porque nos hace ver la decadencia moral del mundo y la transformacion de bien en mal, de mal en peor y de peor en pésimo de los hombres; cumpliéndose al pié de la letra aquellas tristísimas palabras de San Pablo á Timoteo (1), en las cuales le asegura que: *los hombres malos irán de mal en peor, errando ellos é induciendo á otros en error*. Esos símbolos que se han ensalzado quizás en el salon consistorial, donde se ha pronunciado el decreto pontificio que coloca en los altares á mas de un soberano que los tremoló combatiendo *contra* los enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede, son la cruz de Cristo. (2) De manera que no se ha hecho mas que colocar una cruz sobre otra cruz, la de Saboya sobre la de Pedro, la de los hombres sobre la de Cristo.

¡Qué contrastes presenta la historia! ¡Raices santas y ramas sacrílegas! principios sanos y continuaciones corrompidas! Ninguna casa Real tuvo mas santos que la de Kent, y todas las dinastías los han tenido, cual mas, cual ménos. Entre tanto; de un Eduardo santo, salió en el Albion un Enrique VIII: de un Enrique piadosísimo de Alemania, vino un Enrique heretical y un Barbaroja

(1) II. Tim. cap. 3, v. 13.

[2] Debemos advertir que la casa de Saboya tiene cinco santos: el Beato Humberto, el beato Bonifacio, el beato Amadeo, la beata Ludovica y la beata Margarita; y que con el tiempo tendrá entre ellos á la venerable madre del actual rey de Nápoles Francisco II, declarada ya venerable por sus virtudes en "grado heróico."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

excomulgado; de un Luis virtuosísimo, un Felipe el Hermoso lanzado de la comunion de la Iglesia; á una Saboya madre de santos, sucede una Italia madre de sacrílegos (1) Esta consideracion nos hace decir á cada instante, que solo Dios es grande, porque solo él puede decir: *Ego Dominus et non mutor.* (2)

CAPITULO II.

LA REVOLUCION Y EL VICARIO DE CRISTO.

Consideraciones de una importancia vital para la sociedad se presentan al espíritu con la simple enunciacion de estas dos palabras: *la revolucion y el Vicario de Cristo.* Son dos entidades gigantescas, que están viviendo en un combate contínuo hace ya diez y nueve centurias; y no hay una sola página en los anales de la sociedad humana que comprenden este gran período de tiempo, que no tenga relacion con la naturaleza respectiva de esas entidades. La primera, á quien, por tanto, no queremos dejarla condecorada con el título de entidad, por

[1] Por mas que se diga y se publiqne que ha habido aspiraciones nacionales, que la Italia es la que ha querido volverse *una*, y que para formar esa unidad, han ido levantándose sucesivamente los pueblos, y proclamando su anexion libre y espontánea á la Italia *una;* los hechos vienen á decir por fin quien es la verdadera personalidad, á quien se ha dado el sobrenombre de *Italia una.* Tenemos á la vista la *Gazzetta di Roma* del 21 de Setiembre, en la cual se hacia la descripcion de la jornada anterior, y que trae las siguientes palabras: (pag. 3ª col. Iª línea 57,) "El fuego de los zuavos era vivísimo á las diez y media; pero los nuestros avanzan siempre; un grito como un trueno resuena en los espacios; ¡SABOYA!!.....y los nuestros superan todo obstáculo, suben por la brecha y toman las baterías: todo está concluido." Véase lo que quiere decir *Italia una:* de donde sale el ardor que inflama al soldado cobijado por su bandera, de allí parte tambien la iniciativa, de allí la ambicion. De ahí ha salido la absorcion de los Estados, de ahí procede la cruz del martirio del santo Pontífice PIO IX, de la cruz de Saboya.: *Crux de cruce.*

[2] Mal. cap: III, v. 6.

no ser mas que una pura negacion en el órden de la verdad y la moralidad, es como una especie de vendabal continuado que sopla con furor contra un edificio, ó como una agua mansa que rodea un vasto alcázar, y trabaja sin cesar por infiltrarse en sus ángulos para socabarlo poco á poco, á fin de que se desplome y caiga en ruinas. La segunda, verdadera entidad tan magestuosa como celestial, no hace mas que poner sus manos como dos estribos á ese mismo edificio, á buscar salidas á esas mismas aguas para que no se estanquen al rededor de su alcázar. Fuerte es la primera, fortísima la segunda; astuta aquella, sàbia esta; la primera destruye, la segunda edifica; aquella desmorona, esta repara: y en esta ocupacion no interrumpida se encuentran las dos, y no la dejarán jamás: aquella porque así lo quiere en su orgullo ella misma y su padre Lucifer; esta, porque así se lo tiene mandado Dios. Vamos por consiguiente á describir lo que son estas dos entidades; pues si no lo hacemos así, no podremos comprender con perfeccion el principio y el fin de los hechos de la revolucion consumada en veinte de Setiembre del año actual.

§. I.

Revoluciones y revolucionarios.

Segun las inspiraciones de la ley natural y las prescripciones del derecho público y de gentes, toda empresa de armas supone en quien la proyecta una idea noble, y un fin caballeroso: faltando eso en la reunion de las cohortes, aunque estas sean numerosas, nunca pasarán de ser mesnadas de bandidos, ó compañias de ladrones, organizadas para merodear en grande escala.

Por eso la profesion de las armas se llama noble en todos los pueblos del mundo, y se han alistado en ella los reyes y príncipes de las naciones; pues en el uso de ellas iba por delante la nobleza, no empeñándolas jamás sin razon, ni dejándolas sin honor: no empleándolas contra el hombre inerme, no defendiéndose sin

excomulgado; de un Luis virtuosísimo, un Felipe el Hermoso lanzado de la comunion de la Iglesia; á una Saboya madre de santos, sucede una Italia madre de sacrílegos (1) Esta consideracion nos hace decir á cada instante, que solo Dios es grande, porque solo él puede decir: *Ego Dominus et non mutor.* (2)

CAPITULO II.

LA REVOLUCION Y EL VICARIO DE CRISTO.

Consideraciones de una importancia vital para la sociedad se presentan al espíritu con la simple enunciacion de estas dos palabras: *la revolucion y el Vicario de Cristo.* Son dos entidades gigantescas, que están viviendo en un combate contínuo hace ya diez y nueve centurias; y no hay una sola página en los anales de la sociedad humana que comprenden este gran período de tiempo, que no tenga relacion con la naturaleza respectiva de esas entidades. La primera, á quien, por tanto, no queremos dejarla condecorada con el título de entidad, por

[1] Por mas que se diga y se publiqne que ha habido aspiraciones nacionales, que la Italia es la que ha querido volverse *una*, y que para formar esa unidad, han ido levantándose sucesivamente los pueblos, y proclamando su anexion libre y espontánea á la Italia *una;* los hechos vienen á decir por fin quien es la verdadera personalidad, á quien se ha dado el sobrenombre de *Italia una.* Tenemos á la vista la *Gazzetta di Roma* del 21 de Setiembre, en la cual se hacia la descripcion de la jornada anterior, y que trae las siguientes palabras: (pag. 3ª col. Iª línea 57,) "El fuego de los zuavos era vivísimo á las diez y media; pero los nuestros avanzan siempre; un grito como un trueno resuena en los espacios; ¡SABOYA!!.....y los nuestros superan todo obstáculo, suben por la brecha y toman las baterías: todo está concluido." Véase lo que quiere decir *Italia una:* de donde sale el ardor que inflama al soldado cobijado por su bandera, de allí parte tambien la iniciativa, de allí la ambicion. De ahí ha salido la absorcion de los Estados, de ahí procede la cruz del martirio del santo Pontífice PIO IX, de la cruz de Saboya.: *Crux de cruce.*

[2] Mal. cap: III, v. 6.

no ser mas que una pura negacion en el órden de la verdad y la moralidad, es como una especie de vendabal continuado que sopla con furor contra un edificio, ó como una agua mansa que rodea un vasto alcázar, y trabaja sin cesar por infiltrarse en sus ángulos para socabarlo poco á poco, á fin de que se desplome y caiga en ruinas. La segunda, verdadera entidad tan magestuosa como celestial, no hace mas que poner sus manos como dos estribos á ese mismo edificio, á buscar salidas á esas mismas aguas para que no se estanquen al rededor de su alcázar. Fuerte es la primera, fortísima la segunda; astuta aquella, sàbia esta; la primera destruye, la segunda edifica; aquella desmorona, esta repara: y en esta ocupacion no interrumpida se encuentran las dos, y no la dejarán jamás: aquella porque así lo quiere en su orgullo ella misma y su padre Lucifer; esta, porque así se lo tiene mandado Dios. Vamos por consiguiente á describir lo que son estas dos entidades; pues si no lo hacemos así, no podremos comprender con perfeccion el principio y el fin de los hechos de la revolucion consumada en veinte de Setiembre del año actual.

§. I.

Revoluciones y revolucionarios.

Segun las inspiraciones de la ley natural y las prescripciones del derecho público y de gentes, toda empresa de armas supone en quien la proyecta una idea noble, y un fin caballeroso: faltando eso en la reunion de las cohortes, aunque estas sean numerosas, nunca pasarán de ser mesnadas de bandidos, ó compañias de ladrones, organizadas para merodear en grande escala.

Por eso la profesion de las armas se llama noble en todos los pueblos del mundo, y se han alistado en ella los reyes y príncipes de las naciones; pues en el uso de ellas iba por delante la nobleza, no empeñándolas jamás sin razon, ni dejándolas sin honor: no empleándolas contra el hombre inerme, no defendiéndose sin

motivo justo, no atacando á nadie,sin derecho para hacerlo, sosteniendo con ellas al huérfano y á la viuda y al anciano, si el caso lo exige contra el agresor inícuo, peleando con denuedo por Dios, por el rey, por la patria y por la ley, y usando de ellas con moderacion despues de la victoria. Por eso la Iglesia católica, al entregar la espada bendita al caballero armado, le dice estas palabras: *recibe esta espada para tu defensa y la de la santa Iglesia de Dios, y para confusion de los enemigos de la cruz de Cristo; y guárdate de esgrimirla para herir á alguno injustamente.* (1)

Puede decirse que la calidad ó el uso de cada arma lleva en sí misma mayor ó menor grado de nobleza, y en sentido contrario, de vileza y degradacion: mas noble es la espada que el venablo, porque este se lanza á lo léjos y aquella no; noble es ella y vil el puñal, porque aquella va al cinto del general que entra con ella en presencia de los reyes, y este va oculto bajo el corpiño del asesino. Entre tanto, cuando una empresa es injusta, y conocidamente depredatoria, tanto envilecen y degradan á los combatientes la espada como el puñal, la pieza de batir como la pistola. Allí no hay caballeros, ni nobles por mas que se empuñen espadas guarnecidas de brillantes, y cuelgue del cinto vaina de oro; donde no hay nobleza de empresa, no hay nobleza de accion, el ataque es un crímen, la victoria un borron, el despojo del vencido un latrocinio, la muerte del contrario un asesinato; y el crímen, la ignominia, el robo y el homicidio no han dado jamas cuarteles de nobleza en la sociedad racional. Cuando no hay ni causa leve para atacar, cuando el derecho natural y divino condenan la agresion, cuando se marcha resueltamente á despojar de lo suyo á quien lo posee con derecho justo y no puede defenderse, ¿qué importa que el ejército lleve al frente reyes, que las divisiones sean mandadas por príncipes, que relumbren espadas damasquinas, que reluzcan entorchados, que tremolen estandartes milenarios, y que armas nobles derriben las murallas? ¿Qué importa que los que acometen

(1) Pontifical Rom., parte 2ª de Benedict. ensis.

así, sean diez ó diez mil, seis mil ó sesenta mil? Solidariamente serán sesenta mil innobles, sesenta mil criminales, sesenta mil ladrones, sesenta mil asesinos.

Como aparece á la simple vista, no nos concretamos precisa y directamente á indivíduos, sino á individualidades, al tratar de la nobleza de las empresas que se llevan á efecto á mano armada, y de la natural vileza de las que no están fundadas en justicia y son reprobadas por el derecho natural y divino. De una y otra sin embargo hay que tener presentes dos circunstancias, que aumentan ó disminuyen el crímen ó el lauro; pues en las batallas dadas por causas evidentemente justas, si la empresa es noble, muchas acciones individuales pueden ser innobles y criminales, por condenarlas la ley de Dios; pero en las empresas inícuas sucede al revés en general; siendo en ellas criminal por su naturaleza cuanto concierne á preparar y consumar la accion, desde que el simple corneta llama al soldado, hasta que la orquesta militar toca en presencia del ejército el himno de la victoria; no habrá crímen en el que toca el clarin por cumplir la órden superior, pues no conoce el objeto de la llamada, pero lo hay ya, y consumado, en el rey ó general que le ha mandado hacerlo; por consiguiente, aparte la iniquidad propia de la empresa malvada, de la cual es solidario todo el ejército que la da cima, pueden darse, y se dan, acciones nobles, puramente individuales, en esos mismos guerreros, ora por combatir legalmente, teniendo ignorancia invencible de la injusticia que se comete, ora por salvar al que se rinde de la matanza salvaje, que intente la ferocidad de sus camaradas. Hablamos por tanto de la vileza y criminalidad de las empresas injustas, la cual es característica de todo aquello que se llame revolucion, sea esta cual fuere.

Y es la criminalidad el carácter esencial de toda revolucion, porque esta es hija de un crímen que la ha precedido, el cual, siendo por su naturaleza injusto, no tiene fuerza moral para justificar los medios; la causa es mala, y los efectos lo han de ser necesariamente. Esta madre de la revolucion es la rebelion contra lo que es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bueno por naturaleza, y lo único que posee el derecho de vivir é imperar en la sociedad racional para siempre. Comprenderáse con toda lucidez lo que es una revolucion, cuando se vea lo que fué la primera que hubo en el mundo; pues sabemos que primero hubo rebelion, y que esta estuvo como en incubacion intelectual, estallando al poco en revolucion y despues de lucha, en batalla y en derrota. El profeta Isaías nos describe esos pensamientos ocultos que tenia el primer revolucionario que ha habido, Lucifer; descríbelo simbolizándolo en el rey de Babilonia, y dice que tenia un pensamiento en su corazon que lo enardecia y lo animaba á consumar una gran empresa: *subiré al cielo*, decia, *pondré mi sólio mas arriba de los astros, me sentaré en el monte del testamento, junto al aquilon, subiré por mucho mas allá de las nubes; voy á ser semejante al Altísimo.* (1) Hé ahí los planes de la revolucion en la rebelion pensada y consentida; consumada: cuando *se dió una gran batalla en el cielo? Miguel y sus ángeles peleaban con el dragon, y el dragon combatia con sus ángeles, y fueron estos vencidos y arrojados del cielo.* (2)

Y este es el carácter peculiar de las revoluciones: vístanlas los revolucionarios con cuantos coloridos quieran, que jamás podrán eximirlas de la criminalidad que tienen antes de ejecutarse por ser hijas de la rebelion que las enjendra; lo cual hace que cuantos toman parte en ellas con advertencia plena, sean reos de un crímen solidario, á cuya consumacion se agregan otros muchos que hacen mas criminal á cada indivíduo revolucionario. Y esto está escrito en la conciencia de cada hombre, habiéndonoslo tambien enseñado Jesucristo cuando dijo: *que cualquiera que mire á una mujer con intencion formada de pecar, ha consumado en su corazon el pecado.* (3) La revolucion es la manifestacion externa de un crímen interno, de la rebelion.

Tal es por lo tanto la naturaleza del atentado consumado por la revolucion el veinte de Setiembre en la toma de Roma; el crímen se ha consumado por la fuerza

[1] Isa.cap. XIV, vv. 13 14.
[2] Apoc., cap. XII, vv. *7, 8.*
[3] Mat. cap, V, v. *28.*

brutal de hombres y de armas, precediéndole un encadenamiento de hechos criminales que recibian su ser de un pensamiento oculto que se incubaba con malicia diabólica en el seno de una política anti-cristiana á la par que anti-social, pues llevaba dos fines: el de impedir al soberano Pontífice el ejercicio de su autoridad, dejando á la Iglesia católica sin la direccion y gobierno que la dió Jesucristo y en una horfandad lamentable, y el de quitar al Vicario de Cristo el principado temporal del cual es propietario y heredero legítimo por los principios del derecho natural, divino y de gentes, por el de prescripcion, y el de pacífica posesion. Este pensamiento escondido es el que estaba animando ese complexo de hechos no interrumpidos, que iba dejándose ver poco á poco, los cuales completaron al fin una revolucion precedida y acompañada de cien cosas criminales y reprobadas que forman la lactancia, la puericia y la adolescencia de esa revolucion sacrílega. ¡Triste leche! Horribles pañales! Execrables alimentos! Fraudes, mentiras, perjurios, seducciones, robos, sacrilegios y parricidios, desenvueltos al fin con un aparato nunca visto de fuerza brutal, de ir contra un solo hombre setenta mil.

No examinamos los hechos de esta revolucion en el órden de las cosas materiales, sino en el órden moral: del primero solo diremos, que hasta el simple soldado se avergonzaria, si los quisiese poner en tela de juicio; porque, poner cuarenta cañones contra cuatro, no se ha llamado jamás ir á pelear, sino á asesinar: asestar cuarenta piezas de batir contra un lienzo de murallas, que pueden llamarse de carton, es arremeter cien hombres robustos con puñal en mano contra cuatro tímidas doncellas, que de solo verlos se vuelven estatuas de hielo. En nada de eso hay nobleza ni honor militar; hay, sí, cosas, cuya calificacion dejamos al hombre hidalgo y bizarro, que á fuer de caballero, no sale á la arena sino en campo igual y con armas del mismo calibre. (1) Pero si diremos, que

[1] Debemos notar que las murallas de Roma pertenecen á cuatro épocas: hay lienzos del siglo III, en tiempo del emperador Valeriano, y comprenden parte al Sudoeste y parte al Sur: los hay al Oeste fabricados en el siglo IX por el Papa Leon, para precaver al Vaticano de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en falta de derecho se presentó la revolucion henchida de orgullo y altivez, y repleta de iniquidad. Se preparó con medios reprobados, fué moviéndose como se mueve el tigre, arrastrándose por entre malezas para llegar junto á la oveja, y saltar sobre ella con ojos centelleantes y con rugido de alegría, y despues de haber puesto su mano sacrílega sobre la herencia de Dios, se glorió de sus azañas, y ensalzó hasta el cielo el valor de mil combatientes contra diez y la pericia de cien artilleros contra cinco. (1) Y era por cierto el caso de decirla con el Profeta: *¿Porqué te glorias en tu malicia, tú, que eres poderoso tan solo en la iniquidad?*

No es justo ni razonable que en estos dias, en que se envanecen tanto los hombres de haber tocado, segun algunos, á la meta de la ilustracion, se deje viajar á la mentira con el mismo pase que dió á la verdad el que es su autor; mucho menos lo es, que los que sabemos con toda certeza, que la sociedad, lejos de haber llegado á ese punto culminoso de ilustracion, ha retrocedido muchísimo, por haber abandonado la fuente cristalina de la sabiduría de Cristo, y estamos firmemente persuadidos de que el Evangelio condena todos esos atentados, que

irrupciones de los mahometanos, y se llaman los muros de la ciudad leonina, renovados segun el sistema moderno, por Urbano VIII y otros Pontífices hasta el actual; siendo estos lienzos los de tercera clase, y comprendiendo desde la puerta Portese hasta la Angélica, y una parte al Nordeste, por el monte Pincio; pero hay un gran lienzo por la parte del Este que data de los tiempos de Belisario, y en ella está flanqueada la muralla de torreones hasta la puerta de san Lorenzo, siendo estas murallas de unas treinta pulgadas de espesor en su mayor parte; y por allí precisamente estuvieron vomitando balas rasas sin fin los cañónes de la revolucion contra tapias que tienen doce siglos.

[1] La gaceta de Roma del 21 de Setiembre, al describir el modo como se abrió la brecha junto á la puerta Pia, dice estas palabras: (pág. 3, col. 1ª, línea 41.) "A las diez del dia, el ardor de los artilleros y la precision de sus tiros son incomparables. ¡Qué soberbia artillería es la nuestra!" Al leer esta fanfarronada de la revolucion, yo no pude menos de decir para mí: ya lo veremos cuando venga Ciro, pues él vendrá: ¡pobres legiones revolucionarias! ¡sabe el cielo á qué carnicería estareis quizás destinadas! ¡sabe el cielo si para expiar vuestro crímen y decir á la revolucion: *¡Atrás! ¡A tus montañas!* ¡ha de correr sangre por las campiñas de Italia revolucionaria, como agua lleva el Teberone!

la revolucion ha cometido, queriéndose cubrir con falsas galas de derechos que no existen, y poniéndose una aureola de luz, que no es luz, sino humo espeso de iniquidad, consintamos que la ramera corrompida y hedionda quiera presentarse en la sociedad, aparentando el candor de esa vírgen celestial, la verdad y la sinceridad, que vino al mundo con Jesucristo, para que acompañase à los hombres. Arrancarémos la máscara, rasgarémos ese ropaje, para que se deje ver una desnudez que obligue por sus úlceras á cubrirse el rostro y huir; le quitarémos esos rayos de luz finjida, con que orla su frente, para que se vea que la tiene de cobre á fuerza del impudor, y que toda ella es una harpía. Diremos en dos palabras, que esa revolucion es el ahogo de la verdad, con que Dios quiere que se lleven á cabo todas las empresas de la sociedad; los funerales del derecho que la ley natural y divina tiene establecido, la destruccion de todos los fueros de los hombres, la abolicion de la justicia que Dios quiere que esté sentada en los tronos de los soberanos y viva en los hogares de sus súbditos, y por fin, la persecucion á mano armada de la única religion verdadera que hay, que es la católica, y la servidumbre mas villana, que se ha intentado imponer al Vicario de Jesucristo desde que este dió á San Pedro las llaves de su reino. Este, y no otro, es el carácter esencial de lo que ha consumado la revolucion el dia veinte de setiembre.

Se encuentra ya frente á frente del Papa despues de haber acortado las distancias por los caminos de la maldad; de la misma naturaleza que cuantas se han consumado contra el Vicario de Cristo, se distingue esta revolucion de todas las anteriores por el modo. Se está gloriando en su obra por efecto de la embriaguez de su triunfo de un dia. Pero ¿ha pensado quién es ese, delante de quién se encuentra? ¿No sabe que á ese, á quien pretende ahogar es á quien Cristo entregó el depósito de su doctrina, prometiéndole que todo el poder de Satanás y sus aliados se ha de estrellar contra él, porque es una roca fundada en la roca, Cristo? ¿Ha pensado, ni aun ligeramente, que, aunque todos los hombres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se volvieran gigantes y se empeñasen en ahogar entre sus brazos hercúleos á la hija del cielo, no lo han de conseguir, porque esta se les ha de escapar con vuelo de paloma, y que, aunque todos se armen de mazas de hierro y se vistan de corazas de templado acero, no de han establecer el derecho salvaje de la fuerza contra el que vive bajo la égida de Dios, ni se han de librar de que las flechas que este dispare desde su roca, les traspasen el corazon? Sépanlo los revolucionarios: la justicia y el derecho que han hollado para poder acortar las distancias, y ponerse en frente del Papa, para echar sobre su rostro venerable el lodo del sarcasmo, es la justicia y el derecho de Dios; y al fin, ella ha de reaparecer, levantando ufana y gloriosa su noble frente coronada de gloria y hermosura, así como despues de horrible granizada despedida de negros nubarrones, y desleida al poco por los ardores del sol, germina con lozanía la semilla que estaba oculta en la tierra. Ténganlo entendido: de esa roca, donde está sentado el Papa, que los revolucionarios pretenden envolver en la oscuridad y anonadar en el asedio, está saliendo una voz que dice asi á la revolucion: *¡oh enemiga! no te alegres sobre mí porque he caido* en tu poder: *me levantaré despues de haber estado* oprimida *por las tinieblas: porque el Señor es mi luz.* (1).

§ II.

Una personalidad, cual no hay otra.

El que dijo que este mundo es un gran teatro, en cuyo escenario hace cada uno su papel, anunció una verdad de orígen divino, la cual por lo mismo será siempre tan verdadera en el órden social, como lo es en su procedencia. Cada hombre, en efecto, representa algo que es más que él mismo, pues sin pasar del órden natural, cada indivíduo de la naturaleza humana lleva en sí, en el hecho de serlo, la representacion de su propia dignidad,

[1] Mich. cap. 7, v. 8.

lo cual debemos decir que vive en él sin él, es decir, sin que él se la haya dado; pues le ha venido de arriba, y proviene de una ley eterna é inmutable, y no puede quitársela ni despojarse de ella. Podrá envilecerse en el crímen, degradarse en los vicios, y embrutecerse en los placeres; pero su dignidad natural sale de entre ese mismo fango de corrupcion, como llama sagrada que por su naturaleza sube hácia la esfera: podrá tambien destruir su vida temporal con dogales ó tósigos y bajar á la fosa; pero su dignidad natural no oye los cantos funerarios, porque á pesar de su materialismo idiota que lo ha conducido al suicidio, esa dignidad vive para siempre, y lejos de bajar á confundirse entre la podre de la mortalidad, vuela hácia el cielo á oir la sentencia de su degradacion en el tribunal del que se la ha dado. Si esto no fuera asi, no diria San Leon Magno estas palabras: "ten presente, oh cristiano, tu propia dignidad, y una vez hecho participante de la naturaleza divina, no pretendas volver á tu antigua degradacion por una conducta indigna de tí." (1). San Leon habla en esta ocasion como maestro de la fe y como gran filósofo: pues hombre cristiano quiere decir, hombre regenerado por la gracia divina, y constituido de nuevo en la dignidad, que Dios le dió, y el perdió por la culpa. Esa dignidad, es por tanto, una cualidad superior al compuesto del hombre, en la cual él no tiene imperio, antes bien está sujeto á ella.

Otro tanto acontece en el órden social, en el cual necesariamente tenemos que vivir todos los indivíduos de la naturaleza racional, representando cada uno algo que es superior á él. Es Dios mismo quien ha instituido este órden social, en el cual hay dos representaciones de significacion altísima, pues una y otra son sobre el mismo órden social externo, y sobre todos y cada uno de los que viven bajo su imperio. En este órden unos llevan la representacion del deber, de la obligacion que los liga, y otros la del derecho que han recibido, viniendo todo ello de Dios, y siendo por consiguiente superior ú cuantos lo poseen. Bástanos, para probarlo, aducir el

(I) S. Leo. Lag., Serm. 1º de Nativit. Dom.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testimonio del Apóstol, que describe en dos palabras lo que cada hombre representa en el órden social. *El príncipe*, dice San Pablo á cada hombre, *es para tí un ministro de Dios para el bien; pero si obrares mal, teme, pues no en vano lleva espada, que es ministro de Dios, para castigar con severidad al malo. Por tanto, estad sujetos á él, por que estais obligados á ello por necesidad, y esto no por miedo del castigo, sino por deber de conciencia.* (1). Clarísimo está el Apóstol en enseñarnos lo que representamos, cada cual, en el órden social: el príncipe, como ministro de Dios representa el principio de autoridad, pero de una autoridad que es superior al mismo que la tiene, atendido que, como dice el mismo Apóstol, le ha venido de Dios: (2) todos los demás representan tambien algo que es mucho más que ellos, la obligacion que tienen impuesta por Dios para obedecer, obligacion venida del cielo y sancionada por ley eterna é inmutable, pues no siendo así, no diria el Apóstol es un deber de conciencia. El príncipe de los Apóstoles da á este órden social su extension con su fuente diciendo á los cristianos; *estad sujetos á toda criatura humana por Dios; al rey como al primero, á los capitanes como á sus enviados para castigar á los malos y para bien de los buenos, porque esta es la voluntad de Dios.* (3). Es decir, que, segun San Pedro y San Pablo que hablan inspirados por el Espíritu Santo, el rey representa á Dios en mantener el órden social y promover y sostener el bien temporal de su pueblo, y sus enviados representan al rey; y en efecto, todo funcionario público ha obrado siempre á nombre del rey: el general da batallas á nombre del rey, el magistrado da sentencias á nombre del rey, y el gobernador manda á nombre del rey, y hasta el mismo verdugo, por vil é infame que sea su oficio, aplica al reo el instrumento del suplicio á nombre del rey. Todos ellos, en suma, representan mediata ó inmediatamente el principio de autoridad, desde el rey hasta el último alguacil; mientras que desde el mismo rey hasta el mas ínfimo de sus

[1] Rom., cap. XIII, vv. 3, 4, 5.
[2] Ibidem, cap. XIII, v. 1.
[3] S. Petr., cap. II, vv. 13, 14, 15.

mandatarios y el humilde de sus súbditos, todos llevan en sí la representacion de su respectiva dignidad social, que los liga y encadena en este mundo á representar dignamente esa misma legacion que tienen, no mandando el rey cosa alguna contra el derecho natural y divino, no haciendo sus enviados cosa alguna contra la voluntad del príncipe, ni desobedeciendo los súbditos á estos; y esta dignidad individual permanece viva y perenne, hasta que cada cual responda de la conformidad de sus actos ó de su discrepancia con ella ante el autor y principio de toda autoridad, mas ó menos extensa, que es Dios. Y este es el órden social y político instituido por Dios; y todo lo que sea destruir estos derechos y estos deberes, llámese derechos políticos ó como se quiera, es una pura invencion humana, hija de una ciencia que solo existe en los entendimientos rebeldes.

Pasemos ahora al órden de las cosas religiosas, y veremos que, si Dios ha establecido esa dignidad de derechos y de deberes en el órden social, que tiene por fundamento la ley eterna impresa en el corazon de cada hombre, con mucha mas razon la ha establecido en cuanto pertenece á la religion, la cual depende toda de la revelacion positiva, que Dios en su misericordia se dignó hacer á los hombres; pues aparte aquellos dogmas de la existencia de Dios y de su unidad esencial, los cuales son conocidos por las luces naturales del entendimiento humano cuando ha llegado al uso perfecto de la razon, y que son como dicen los teólogos con Santo Tomás, los preámbulos de la fe, nada de lo que pertenece á la religion puede conocer el hombre por sus propias luces, y nada sabria de los misterios divinos, si Dios no se lo hubiera manifestado, hablándole y enseñandole. No es religion, ni puede serlo, aquella que no tenga una autoridad infalible, que haya recibido de Dios mismo el derecho de enseñar su fe revelada, y no imponga á cuantos la profesan el deber de acatar esa autoridad, creyendo á sus palabras, ejecutando sus mandatos y obedeciendo á cuanto por sí misma ó por sus enviados manda á los creyentes. Seria fuera de nuestro objeto el detener-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos á demostrar esta verdad; pero diremos en sustancia lo que seria tema de larga disertacion: diremos que, consistiendo la religion en el culto interno y externo, y siendo la sociedad religiosa una sociedad perfectísima y visible, y compuesta de séres visibles, es esencialmente necesario que haya en ella una cabeza visible, la cual tenga el derecho y la potestad de decidir cual es la verdad que Dios ha revelado y cuál el culto interior y exterior que ha prescrito, y que todos los demás tengan el deber ineludible de oir su voz y de obedecerla. Por esa razon se ha mantenido pura é intacta la revelacion; y no habiendo ese derecho en uno y ese deber en otros, hubiera sucedido con la revelacion segunda lo que acaeció con la primera por efecto del pecado de Adan; pues los pueblos se olvidaron de Dios y de los dogmas que habia revelado al primer hombre, y no fueron para ellos sino como unas sombras transvertidas con las ficciones de una mitología imaginaria. Por esa razon, en sentido inverso ninguna de las sectas, que el pueblo por ignorancia y algunos hombres de ciencia por falta de sabiduría, llaman religiones, es ni puede ser religion, por no haber en ellas una autoridad visible con derecho divino para enseñar, ni en sus falsos creyentes un deber de conciencia para obedecerla. Por eso, en fin, ese abigarramiento de sectas, que se llama protestantismo, no es religion, sino una série de fracciones sin fe divina, en cuyo seno nadie inclina su cerviz delante de Dios, ni lo adora, porque cada cual se obedece á sí mismo, y adora su propia razon, no reconociendo autoridad religiosa: en el hecho mismo de haber establecido el libre exámen de la revelacion en cada indivíduo, uno mismo es quien manda y quien obedece, quien interpreta la ley y se la impone, volviéndose todos un Proteo de la torre de Babel, donde nadie entendia á su prójimo, y aun peor que aquella confusion, porque aquí nadie se entiende á sí mismo.

Pero entremos en demostraciones históricas, para llegar á la personalidad singular, y esencialmente única del Papa: sabemos por la revelacion positiva que, tan pronto como Dios la dió, instituyó una autoridad visible que tuviese el derecho de conservar esa misma revelacion con sus dogmas, para que fuese perenne el culto interior, y el exterior con todos sus ritos, y tanto el uno como el otro se mantuviesen puros, y sin mezcla de las supersticiones que la corrupcion de los hombres podia introducir; y no ignoramos que tambien dispuso quién habia de ser el heredero de ese derecho, despues que faltase por la muerte aquel á quien se lo habia dado. Instituyó Dios esta autoridad en Moisés y Aaron, á quienes indistintamente dirigía la palabra mientras vivieron, hasta que, llegando el tiempo de la muerte del primero, y cuando habia sucedido al segundo en el sacerdocio su hijo Eleazar, el mismo Dios mandó á Moisés que llamase á Josué á la presencia de este, le impusiese sus manos sobre la cabeza, le diese una parte de su gloria, que era la de introducir á los hijos de Israel en la tierra prometida, anunciando al mismo Josué y á todo el pueblo, que Eleazar, Sumo Sacerdote, quedaba encargado de consultar al Señor en cuanto se habia de hacer. (1) Ahora, ¿qué decia el autor inspirado Jesús de Sirac acerca de Moisés y de Aaron poco tiempo antes de la venida de Jesucristo? *Dió*, dice, *á Moisés públicamente preceptos, y ley de vida y disciplina, para enseñar á Jacob su testamento y sus juicios á Israel.* (2) *Confirió á Aaron el sacerdocio de su nacion;* lo vistió de vestidos riquísimos y llenos de gloria, *púsole corona de oro sobre su mitra significativa de santidad,* con cuyos ornamentos *no se vistió, ni el extranjero, ni otros que no fuesen sus hijos y sus nietos,* pues *lo eligió Dios de entre todos los vivientes; y le dió autoridad en sns preceptos, en el testamento de sus juicios, para que enseñase sns testimonios á Jacob, y diese luz en su ley al pueblo de Israel.* (3)

Se ve de todo esto una autoridad constituida por Dios, la cual posee el derecho divino de enseñar la ley, de conservar las tradiciones santas y las escrituras, ilustrando al pueblo en sus ignorancias acerca de la misma ley. Por esa causa se conservaron en la mas perfecta integridad las mismas escrituras, habiendo el Pentateuco atra-

[1] Num. cap. XXVII, vv. 18 á 21.
[2] Eccli. cap. XLV, v. 6.
[3] Ibidem, cap. XLV, vv. 8 á 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vesado quince siglos, los salmos de David diez, otros diez escasos las profecías de Isaías y de nueve profetas menores, seiscientos años las de Jeremias, Ezequiel y Daniel, y quinientos las de otros tres profetas menores, y mil los libros sapienciales de Salomon. Y era tanta su pureza, que Jesucristo los citaba para apoyar su mision, invitando á sus enemigos á que los leyesen, pues en ellos verian le que decian de él; (1) lo cual nos enseña tambien el gran Padre san Agustin, cuando decia á los fieles, que si los incrédulos les preguntaban donde estaban esos grandes dogmas de la fe y de las promesas de Dios, les contestasen que sus enemigos los judios podian mostrárselos en sus libros sagrados, pues eran estos una especie de armario, donde se conservaban. Hay que desengañarse: siendo la institucion religiosa una sociedad visible, seria la institucion mas raquítica é imperfecta, si no tuviese una autoridad visible, ordenada para conservar en su pureza las verdades reveladas, á la cual obedezcan los que la profesan. Una institucion que no tenga estas cualidades, no puede ser obra perfecta, y por consiguiente tiene que ser pura invencion de séres imperfectos, pero nunca de Dios.

Ahora pues: Jesucristo, al fundar con su sangre la Iglesia católica, afirmó claramente que habia en ella una representacion perfecta de la autoridad divina; pues dijo á sus apóstoles, que él les enviaba, como su Padre le habia enviado á él (2) y que quien les oyese, le oia á él, y quien les despreciase á ellos, le despreciaba á el, y quien le despreciaba á él, despreciaba al que le habia enviado á él (3). No puede darse mayor claridad para expresar el principio de autoridad que ha de haber en la Iglesia de Jesucristo; pues él ha recibido cuanta tiene de su Padre, y los Apóstoles la reciben de él; y por consiguiente, los apóstoles al enseñar y gobernar la Iglesia, representan inmediatamente á Cristo en la mision que les dá, y mediatamente á Dios, pues de él recibe Cristo en la naturaleza humana, como Sacerdote eterno y mediador de los hombres, su infinita dignidad. Pero tenia Jesucristo decretado concentrar más esta representacion, disponiendo que uno de sus Apóstoles poseyese en sí solo el principio visible de la autoridad divina que instituia en su Iglesia, para que él solo representase una personalidad, que nadie puede tener sino por una voluntad y delegacion expresa del que le confiere esa dignidad; y tambien tenia decretado que este fuera Pedro y cuantos le sucediesen en su peculiar apostolado. Se lo habia prometido á este solemnemente: le habia dicho en presencia de los demás Apóstoles, que por tanto le habia cambiado el nombre de Simon en el de *Cephas* ó Pedro, porque era él la piedra sobre la cual fundaria su Iglesia: le habia prometido además que le entregaria su poder para atar y desatar en la tierra, simbolizándolo en las llaves que le habia de dar del reino de los cielos: (1) le habia asegurado además que la fe que tenia seria indefectible; (2) y al fin, pocos dias antes de subir al cielo, le cumplió cuanto le habia anunciado, mandándole que apacentase todos los corderos y todas las ovejas de su rebaño, es decir, á toda la Iglesia. Con esto desde entonces, Pedro empezó á llevar en su persona una personalidad cual no hay ni puede haber otra, la personalidad de Cristo, y por consiguiente la personalidad moral de Dios.

A esta personalidad, por la cual el Sumo Pontífice representa á Dios en la tierra, va unida otra personalidad moral, que consiste en llevar en su persona los derechos de un principado terreno que posee desde hace doce siglos, principado que no le ha venido de los hombres, aunque hayan contribuido á que lo tuviera los acontecimientos humanos. Habiendo venido el segundo despues del primero, es consiguiente que en teoria estos dos principados son separables, aunque en concreto ya no deban serlo; porque si al primero le dá una perpetuidad legal el derecho divino, al segundo se la dá el natural y el de gentes. Prescindimos por ahora de tratar de este, dejándolo para otro capítulo, y nos circunscribimos á ha-

[1] Jo., cap. V, v. 39.
[2] Ibidem, cap. XX. v. 21.
[3] Luc., cap. X, v. 16.

[1] Mat., cap. XVI. vv. 17, 18.
[2] Luc., cap. XXII, v. 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blar del primero, describiendo ligeramente su importancia altísima, para que se comprenda la magnitud del crímen que la revolucion ha cometido al atacar la cátedra de San Pedro, y poner valladares de hierro al rededor del que está sentado en ella. Una simple pregunta y su respuesta es lo suficiente para explicar esto en pocas, pero conviecentes palabras. ¿Quién es el Papa?

Hé aquí lo que inquirimos: y la contestacion demostrará que la revolucion no busca lo ménos en haber despojado inícuamente al soberano Pontífice de su dominio temporal, sino lo mas, que es impedirle el ejercicio de su principado espiritual. ¡Quién es el Papa! Lo diremos recapitulando los dogmas de la revelacion, y nadie podrá reprocharnos que son conceptos humanos, sino razonamientos divinos los que emitimos. Es el Obispo de Roma, y como tal, es el sucesor del Príncipe de los Apóstoles y de todos los derechos que Cristo le dió: es el Lugar-teniente de Dios en la tierra, el Vicario de su Hijo humanado, la cabeza visible de la Iglesia, el fundamento visible de ella y de la fe revelada, el maestro de los Obispos, el moderador de los reyes, el Pastor universal, el regulador de los cánones, el centro de toda doctrina, el principio de toda jurisdiccion, el orígen de toda jerarquía eclesiástica y el Doctor de todos los cristianos. Como Obispo de Roma, como Vicario de Jesucristo, como Sumo Pontífice, tiene en todo el orbe el mismo derecho de potestad espiritual que Cristo dió á san Pedro, el mismo que tiene Jesucristo: con la única diferencia en órden jurisdiccional, de ser en Jesucristo una cosa propia y natural de su sacerdocio eterno, y en el Papa una delegacion que el Sacerdote Eterno le ha dado, para que haga sus veces en la tierra; pero viniendo á ser en el Episcopado singular de la cátedra de Roma, y en el que la ocupa, una jurisdiccion inmediata, ordinaria y episcopal en toda la Iglesia.

Las consecuecnias que dimanan de estas premisas son todas de derecho divino, sobre el cual nada pueden disponer los hombres. Así como el Obispo de Roma tiene el estrictísimo deber de conservar incorruptible é intacto el depósito de la fe, ejerciendo la autoridad que le dió

Jesucristo y de enseñarla á todo el mundo, así el orbe entero está tambien estrictísimamente obligado á someterse á sus decisiones, venerando en él al mismo Jesucristo, como decian en el siglo V, los Padres del Concilio Tarraconense, (1) acatando el principio de autoridad que reside en él, y recibiendo con sumision de entendimiento y sinceridad de corazon las decisiones en materia de dogma y de doctrina, que promulgó como Maestro, Doctor y Pastor universal y á recurrir á su autoridad suprema, como dice san Ireneo, (2) cuando los herejes atacan la verdad, ó cuando la mentira se empeña en oscurecerla, y la duplicidad maligna del error pretende enmarañarla entre los rodeos y anfibologías de una razon tortuosa y depravada, para saber cierta é infaliblemente qué es lo que Dios ha revelado en materia de fe, y qué es lo que manda ó prohibe en la de doctrina.

Esta es la gran personalidad moral del Romano Pontífice: personalidad que podemos llamar divina, por cuanto representa á su poderdante que es el Hijo de Dios. Daremos todavía una contestacion más extensa á la pregunta, *quién es el Papa*, para disipar las alucinaciones tenebrosas que los revolucionarios en materia de autoridad pretenden infundir en los entendimientos sencillos de los pueblos. Es necesario tener presente, que este derecho y esta potestad del Obispo de Roma, no es precisamente de órden, sino de jurisdiccion, pero jurisdiccion externa, visible y por decirlo con mas expresion, tangible: la cual en el órden espiritual, en lo que pertence al culto interno, al externo y á cuanto esté en relacion con él, se extiende á toda la tierra, de confin á confin; y con soberana independencia de toda autoridad imperial, real ó llámese como se llamare, y fuere como fuese, liga las conciencias de todos los cristianos en el foro interno y en el externo. Porque no es esta jurisdiccion espiritual una cosa invisible y sin relacion á personas y á objetos, como lo pretenden los herejes modernos y sus secuaces, sino visible en su ejercicio, como son visibles los hom-

[1] Epist. ad Hilar. Pap.
[2] Advers. haeres. Lib. 3, cap. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres; y tangible, como tangibles son los templos, los altares, las materias de los Sacramentos, y sensibles sus formas, y tangible y sensible todo aquello que constituye al hombre santificado por la gracia invisible, indivíduo conocible como cristiano, en el foro externo y en medio de la sociedad visible, en que habita. Así como es visible y palpable la rebelion de los hombres contra la autoridad divina, no obstante que esta rebelion es un acto invisible del entendimiento, consumado en la obstinacion de la voluntad, pero manifestado exteriormente por palabras y obras, así tambien es visible la jurisdiccion espiritual, por cuanto se ejerce sobre séres que no se entienden entre sí por medio de puros conceptos intelectuales, los cuales son invisibles é imperceptibles, sino por palabras, señas, y acciones externas y sensibles.

Dicho esto, nos encontramos con hilacion legítima en una disyuntiva, de la cual nadie puede evadirse: porque, ó es preciso confesar, que en virtud de las palabras que Cristo dijo á San Pedro, cuando le mandó que confirmase á sus hermanos y que apacentase toda su grey, le dió una jurisdiccion externa en el órden espiritual, la cual se extiende á todo hombre viador que esté en el rebaño de Cristo, y que esta jurisdiccion abraza el gobierno de todas las Iglesias, de todos los Obispos, de todos los Sacerdotes y de todos los fieles en cuanto pertenece á la fe y las costumbres, á los Sacramentos y á su administracion, al culto y á sus ritualidades, al ministro y al modo de adquirir derecho legítimo para administrar las cosas santas, ó si esto se negare, resultaran irrisorias las palabras de Jesucristo, lo que equivale á negarlas. Quítese hipotéticamente á esas palabras el sentido natural y óbvio que tiene: désele al romano Pontífice y á los Obispos esa jurisdiccion abstracta, que no puede ligar conciencias, ni intervenir en acciones externas, como lo desean los perturbadores del órden que Dios ha establecido en su Iglesia, y entonces, Obispos y sumo pontificado quedan reducidos á una nulidad completa; entonces el Sumo Pontificado de la Iglesia católica quedaria tan rebajado como lo estuvo el aaronítico en los tiempos de Antioco y Menelao; cada Iglesia formaría una tribu nómada como

los beduinos, y cada fiel seria un misántropo en religion.

Puestas por tanto las cosas en su verdadera luz, y considerando que la Iglesia es una sociedad perfectísima, en la cual, por institucion divina, el principio y centro de toda autoridad que se ejerce está en su Cabeza Visible, aparecen tambien en toda su luz las tendencias de esa revolucion que á mano armada ha quitado el principado temporal al Vicario de Cristo. Por más lenidad que quiera tenerse al formar un juicio crítico de los planes que han precedido á este atentado, no puede ménos de ser calificado como un crímen de lesa magestad divina, pues se han puesto las manos en el que es ungido del Señor, y de quien Dios dice que hace sus veces entre los hombres, pues lo que él hace ó deshace en la tierra, hecho ó ó deshecho queda en los cielos. (1) A mas de esto, se ha hecho esa revolucion solidaria de todas las rebeliones que se han fraguado en tiempos pasados contra el Vicario de Cristo; y si se pone en la balanza de una crítica severa el modo como la ha llevado á efecto, hay que retroceder mas de trece siglos para encontrar hombres y acontecimientos con que compararla. (2) Porque sabido es, que esa altísima dignidad del romano Pontífice, por

(1) Mat., cap. XVI, v. 19,

(2) Séanos permitido, como por digresion, pero sin establecer comparaciones, referir una conversacion de que fuimos testigo y en la cual tomamos parte hace algunos años. Era á fines de Mayo de 1862, en ocasion de pasar desde Ancona á Imola en el ferro-carril. Llamóme la atencion el lenguaje de los empleados, que no comprendia, no obstante que entendia bien el italiano. Pregunté á uno de los caballeros que iban en el mismo compartimento, qué lenguaje era aquél, y me contestó que era piamontés, añadiendo que no oiria otro en los empleados, pues lo habian invadido todo. Para mí, le dije, es esto el caso del Apóstol: ni ellos me entenderian á mí y seria para ellos bárbaro, ni yo los entiendo á ellos, y son para mí bárbaros. [I, Cor., cap XIV, v. 11,] Lo segundo sí puede ser, me dijo el interlocutor, porque esta bajada de los piamonteses á las provincias meridionales parece una invasion de bárbaros. Tanto no diré yo, le contesté; pero sí os diré, caballero, que el Baron de Humboldt en su Cosmos hace una observacion, y es, que las invasiones de los bárbaros están en armonía con los grandes cataclismos en el órden físico: pues se nota, que todos los cabos del mundo están al Sur, como el de Comomí en la India, el de buena Esperanza en Africa, el de la tierra del fuego en América, lo que ha sucedido en el gran cataclismo del diluvio, cuyos furores empezaron en el Artico y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la cual es el mas elevado de los príncipes de la tierra; ese magisterio universal sobre pueblos y reyes, y esa potestad de atar y desatar, han sido siempre la horrible pesadilla que ha turbado el sueño del monarca altivo y del hereje, y la espada pendiente sobre las cabezas de aquellos que, ejerciendo poder en la tierra, se erigen en estátuas como la del campo de Dura, y pretenden que todos doblen su rodilla, y adoren el simulacro de la vanidad y altaneria, (1) diciendo como Faraon: *¿Quién es Dios, para que yo oiga su voz? Yo no lo conozco*, ni quiero saber nada de él. (2)

Desde que nuestro Señor Jesucristo instituyó su Lugar–teniente en la tierra, se levantaron los dos fuertes del mundo, uniéndose para destruir esa autoridad; y es preciso confesar, que el error de los herejes y cismáticos, y la obcecacion de los potentados del mundo han tenido un criterio, muy certero segun ellos, para adoptar los medios oportunos, propios de su lógica diabólica, á efecto de lograr destruir esta autoridad. En vano buscaremos en esas inteligencias, que se dan el nombre ridículo de espíritus fuertes, una sola chispa de fe divina; pero en cambio no les falta una especie de instinto, semejante al de los brutos, para escojer los medios que con completa inmediacion los llevan á su fin. Este instinto les ha dicho siempre, que en el Vicario de Jesucristo existia el fundamento visible de unidad en la fe revelada; lo que veian confirmado desde el principio por la sumision universal de todos los miembros de la Iglesia á la autoridad de los sucesores de Pedro, y por la premura con que de todas las partes del mundo acudian los Obispos y los fieles á la santa ciudad, donde el orbe venera los cuerpos de los Apóstoles, y en especial de san Pedro y

bajaron hácia el Antártico. Y lo mismo han hecho los bárbaros: su instinto los ha traido siempre de Norte á Sur, como se vé en los suevos, alanos, etc. Magnífica es, me contestó el caballero, esa observacion sobre los bárbaros, y os confieso, que la aplico del mismo modo á las irrupciones actuales: esta invasion por los piamonteses de los Estados del Papa es para mí la última que han hecho los bárbaros. Aquí me callé yo.

(1) Dam., cap. III, v. 1.
(2) Exod., cap. V, v. 2.

san Pablo, á postrarse á los piés del Sumo Pontífice, y suplicarle que con su voz infalible dijese cuál era la verdadera doctrina en materias de fe y de costumbres, y condenase los errores, ó diese sancion solemne á lo que los Obispos condenaban ó aprobaban en los Concilios generales ó provinciales. Decia, pues, el instinto á los entendimientos rebeldes y á los potentados mundanos, que era preciso destruir aquella roca fundamental, para desmoronar el edificio de unidad divina de la Iglesia católica; pues una vez socavado el cimiento, esto aparecia muy hacedero; y además, desapareciendo el centro visible de la unidad de la fe, era fácil despues sembrar á mansalva la cizaña del error en el campo del Señor, é imponer sin dificultad un yugo de hierro á los Obispos dispersos por toda la tierra, sujetándolos á caprichos cesáreos en el ejercicio de su jurisdiccion espiritual; de la cual tenemos que decir, aunque con las convenientes restricciones anexas á su dependencia del supremo Gerarca y su limitacion, que es tambien externa, visible y palpable en sus diócesis respectivas. Hé aquí lo que han intentado llevar á efecto en todos tiempos los herejes, los cismáticos, y los que se han querido arrogar una autoridad que Dios no les ha dado. Para eso se han confabulado con armonía constante, ora los rebeldes que intentaban entender algun dogma segun su espíritu privado, ora los que pretendian romper el vínculo de unidad, ora por fin los que echaban mano de los fautores de la herejía, para poner las suyas en la herencia de la Santa Sede Apostólica, diciendo todos con los impios: *poseamos como herencia nuestra el santuario de Dios.* (1)

Esta oposicion contínua de los poderes terrenos contra el espiritual, es un hecho histórico, como lo veremos despues. Por consiguiente, reasumiendo cuanto llevamos dicho, concluiremos por ahora, que la revolucion se ha presentado en actitud imponente y hostil ante el Papa, para darle la última embestida, para ver si puede aniquilar su autoridad divina. La voz infalible de Jesucristo nos asegura, que todos los esfuerzos de esa revolu-

(1) Ps. LXXXII, v. 13.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

cion han de estrellarse contra esa autoridad; pero para que se pueda ver con toda claridad el fundamento de esta indestructibilidad de la piedra visible, sobre la cual Jesucristo ha fundado su Iglesia, vamos á presentar un cuadro donde se observe de una sola ojeada la razon por qué son indestructibles las obras de Dios, resaltando entre estas con colores vivísimos la Iglesia católica y el Sumo Pontificado, no como dos entes metafísicos separados ó separables, sino como un mismo objeto, en el cual por su especial naturaleza aparece el principio de su indestructibilidad en su esencial unidad.

CAPITULO III.

DOS UNIDADES PERFECTISIMAS.

Es evidente que así como el hombre tiene conocimiento de los misterios de Dios porque él se los ha revelado, así el conocimiento del motivo primero que Dios tiene para obrar cosas grandes é inefables, solo puede llegar á nuestro conocimiento, cuando Dios se digna manifestárnoslo. Sin embargo, es preciso confesar que en medio de la limitacion de nuestra razon, no se nos ocultan algunas verdades relativas á la naturaleza divina, siendo estas entre otras la de la existencia de Dios y la de su unidad; á cuyas nociones naturales, añadidas las luces de la revelacion, debe el linaje humano esa ciencia admirable y esa sabiduría profunda de darse cuenta á sí mismo de la razon por qué las obras de Dios son como son, y por qué algunas de ellas no pueden ser de otra manera. Así nos damos razon de por qué el réprobo es eternamente réprobo, por qué Dios es infinitamente justo, y no puede perdonar á quien lo ha ofendido resueltamente y no ha querido humillarse ante Dios cuando podia hacerlo, ni se le humillará jamàs, porque su obstinacion será eterna desde que pase al tiempo interminable. Procede Dios en eso en virtud de una lev eterna; y como ha impreso en nuestro entendimiento la lumbre de su rostro, este

no puede ménos de comprender que eso es así, y que no puede ser de otra manera. Y sucede otro tanto al tratar de investigar, por qué la naturaleza de Dios es indestructible esencialmente, pues basta conocer su unidad esencial· vemos por la razon, que toda naturaleza que se multiplica es divisible, y que lo que es divisible es destructible, y deducimos infaliblemente, que siendo Dios esencialmente uno, es eterno, no pudiendo haber en él multiplicacion en su naturaleza, ni divisibilidad, ni destructibilidad.

Hé aquí establecida irrefragablemente la existencia de una unidad esencial, que es la de la naturaleza divina. En armonia con ella se presenta á nuestra mente la existencia de otra unidad moral, y es la de la verdad; porque así como en el órden físico no hay sino una unidad infinitamente perfecta, que es Dios, así en el órden moral no hay más que una unidad esencialmente perfecta é indivisible, que es la religion; la cual, como dice el Apóstol, por tanto es una, por cuanto Dios es uno: *no hay Dios*, dice, *sino es uno*: (1) *un solo Dios, una sola fe.* (2) Plugo al Señor en su misericordia darnos un trasunto visible de esa unidad de su naturaleza en la fundacion de su Iglesia; pues al formar Jesucristo este cuerpo místico, mandó á la cabeza Visible de él y á sus miembros, que se amasen como el los habia amado; (3) *como me amó mi Padre*, les dice, *asi os he amado yo: permaneced en mi amor*. (4) Y habla aquí el Redentor, no solo de aquel amor, ó de aquella caridad que nos hace amigos de Dios, ó de aquella que nos une á nuestros prógimos, y nos lleva hasta el punto de dar la vida por su salvacion, sino tambien, y muy especialmente, de aquella unidad perfecta, que ha de existir en su Iglesia entre la cabeza y los miembros y estos entre sí, no teniendo sino una sola fe, un solo cuerpo de doctrina, las mismas leyes, la misma cabeza y los mismos sacramentos. El mismo Jesús espresó su mente en este particu-

(1) I. Cor., cap VIII, v. 4.
(2) Ephes., cap. IV, v. 5.
(3) Joan., cap. XIII, v. 34.
(4) Ibid., cap. XV; v. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion han de estrellarse contra esa autoridad; pero para que se pueda ver con toda claridad el fundamento de esta indestructibilidad de la piedra visible, sobre la cual Jesucristo ha fundado su Iglesia, vamos á presentar un cuadro donde se observe de una sola ojeada la razon por qué son indestructibles las obras de Dios, resaltando entre estas con colores vivísimos la Iglesia católica y el Sumo Pontificado, no como dos entes metafísicos separados ó separables, sino como un mismo objeto, en el cual por su especial naturaleza aparece el principio de su indestructibilidad en su esencial unidad.

CAPITULO III.

DOS UNIDADES PERFECTISIMAS.

Es evidente que así como el hombre tiene conocimiento de los misterios de Dios porque él se los ha revelado, así el conocimiento del motivo primero que Dios tiene para obrar cosas grandes é inefables, solo puede llegar á nuestro conocimiento, cuando Dios se digna manifestárnoslo. Sin embargo, es preciso confesar que en medio de la limitacion de nuestra razon, no se nos ocultan algunas verdades relativas á la naturaleza divina, siendo estas entre otras la de la existencia de Dios y la de su unidad; á cuyas nociones naturales, añadidas las luces de la revelacion, debe el linaje humano esa ciencia admirable y esa sabiduría profunda de darse cuenta á sí mismo de la razon por qué las obras de Dios son como son, y por qué algunas de ellas no pueden ser de otra manera. Así nos damos razon de por qué el réprobo es eternamente réprobo, por qué Dios es infinitamente justo, y no puede perdonar á quien lo ha ofendido resueltamente y no ha querido humillarse ante Dios cuando podia hacerlo, ni se le humillará jamàs, porque su obstinacion será eterna desde que pase al tiempo interminable. Procede Dios en eso en virtud de una lev eterna; y como ha impreso en nuestro entendimiento la lumbre de su rostro, este

no puede ménos de comprender que eso es así, y que no puede ser de otra manera. Y sucede otro tanto al tratar de investigar, por qué la naturaleza de Dios es indestructible esencialmente, pues basta conocer su unidad esencial· vemos por la razon, que toda naturaleza que se multiplica es divisible, y que lo que es divisible es destructible, y deducimos infaliblemente, que siendo Dios esencialmente uno, es eterno, no pudiendo haber en él multiplicacion en su naturaleza, ni divisibilidad, ni destructibilidad.

Hé aquí establecida irrefragablemente la existencia de una unidad esencial, que es la de la naturaleza divina. En armonia con ella se presenta á nuestra mente la existencia de otra unidad moral, y es la de la verdad; porque así como en el órden físico no hay sino una unidad infinitamente perfecta, que es Dios, así en el órden moral no hay más que una unidad esencialmente perfecta é indivisible, que es la religion; la cual, como dice el Apóstol, por tanto es una, por cuanto Dios es uno: *no hay Dios*, dice, *sino es uno*: (1) *un solo Dios, una sola fe.* (2) Plugo al Señor en su misericordia darnos un trasunto visible de esa unidad de su naturaleza en la fundacion de su Iglesia; pues al formar Jesucristo este cuerpo místico, mandó á la cabeza Visible de él y á sus miembros, que se amasen como el los habia amado; (3) *como me amó mi Padre*, les dice, *asi os he amado yo: permaneced en mi amor*. (4) Y habla aquí el Redentor, no solo de aquel amor, ó de aquella caridad que nos hace amigos de Dios, ó de aquella que nos une á nuestros prógimos, y nos lleva hasta el punto de dar la vida por su salvacion, sino tambien, y muy especialmente, de aquella unidad perfecta, que ha de existir en su Iglesia entre la cabeza y los miembros y estos entre sí, no teniendo sino una sola fe, un solo cuerpo de doctrina, las mismas leyes, la misma cabeza y los mismos sacramentos. El mismo Jesús espresó su mente en este particu-

(1) I. Cor., cap VIII, v. 4.
(2) Ephes., cap. IV, v. 5.
(3) Joan., cap. XIII, v. 34.
(4) Ibid., cap. XV; v. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lar diciendo á su Padre en presencia de sus Apóstoles *Padre Santo, guarda á estos en tu nombre, para que sean una sola cosa como tú y yo somos una sola.* (1) *Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad.* (2) *No te pido tan solo por ellos, sino por cuantos por medio de ellos han de creer en mí, para que todos sean una misma cosa; asi como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que ellos sean una misma cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que tú me enviaste.* (3)

No puede darse mayor claridad en la expresion de la voluntad de Dios respecto de la unidad de la verdad, de la manera de profesarla y permanecer en ella. Habia dicho Jesucristo á Simon: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia:* (4) *confirma á tus hermanos:* (5) *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas;* (6) y en ellos nos declara con toda solemnidad, que no hay mas que una Iglesia, la que está fundada sobre la piedra visible que es Pedro; que no hay otros pastores verdaderos y que tengan derecho procedente de Dios para enseñar á los pueblos, sino los que fueren confirmados y enseñados por Pedro: que no son corderos ni ovejas de su rebaño, sino aquellos á quienes apacienta Pedro; y por fin, que no hay mas que un fundamento de fe y de verdad revelada, el que el mismo Dios ha puesto, invisible en su Hijo, visible en Pedro; que no hay sino un solo Pastor universal que deba regir á los demás Pastores, y un solo redil para su rebaño. Todo lo que no sea edificar sobre ese fundamento, es formar un edificio de barro sobre arena, que un ligero viento destruye. (7) Cualquiera que se ingiera en gobernar la Iglesia de Cristo, sin ser enviado por Pedro, recibiendo de él la mision para enseñar y regir la parte del rebaño del Redentor que le señale, es un ladron que entra por la ventana, ó por otra parte que Cristo no ha señalado. (1) Todos los que sin el mandato de Pedro intenten tomar el cayado para gobernar este rebaño, son el leon de uñas de acero, que no sabe mas que depredar lo ageno, devorar hombres, hacer viudas y desolar ciudades. (2) Y cuantos se empeñen en salir de esta unidad divina, y apacentarse hipócritamente entre las ovejas y corderos de Pedro, ó se obstinen en salir de su redil, escogiendo á su arbitrio otros alimentos de doctrina, no son sino el javalí feroz que devora la viña de Dios, (3) los machos cabrios, que se tragan los alimentos pingües y dejan para las ovejas los desperdicios, y se beben las aguas cristalinas de la fuente del Señor, enturbiándolas despues con sus pezuñas, para que no puedan beberlas las ovejas, y se mueran de hambre y de sed; (4) y por fin, cabritos altivos y sensuales, destinados á ocupar la izquierda ante el tribunal del juez supremo, y oir de sus lábios aquel terrible decreto, con que serán lanzados para siempre del consorcio de la santa unidad de Cristo y de su Iglesia, en cuyo seno no quisieron vivir cuando militaba, y con la cual querrán vivir cuando triunfe, porque el crímen de su apostasía ha de ser tan eterno como la misma eternidad. (5)

(1) Jo., cap. XVII, v. 11.
(2) Ibid., cap. V, v. 17.
(3) Ibid., cap. XX, v. 21.
(4) Mat., cap. XVI, v. 18.
(5) Luc., cap. XXII, v. 32.
(6) Jo., cap. XXI, vv. 16, 17.
(7) Mat-, cap. VII, v. 27.

Esta unidad esencial de la Iglesia católica es, en cuanto á su existencia, de la misma naturaleza que el que se la dió: es inmutable, indivisible y perenne: es como Jesucristo, *de hoy, de ayer y por los siglos de los siglos.* (6) Y en vano se empeñarán los hombres en querer establecer una unidad moral, que tenga existencia perenne fuera del cuerpo místico, que Jesucristo instituyó sobre sí mismo; que nunca lo conseguirán. ¡Miserables criaturas! Nosotros nada poseemos en materia de tiempo: lo de ayer es pasado hoy, lo de hoy será cosa pasada mañana; y por más que intentemos dar consistencia á nuestras obras,

(1) Jo., cap. X, v. 1.
(2) Ezech., cap. XIX, v. 6.
(3) Psal. LXXIX, v. 14.
(4) Esech., cap. XXXIV, v. 18.
(5) Mat., cap. XXV, v. 41.
(6) Heb., cap. XIII, v. 8.

UNIVERSIDAD AVE MARIA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA ANTONIANUM
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

vemos que nuestros esfuerzos quedan inutilizados ante un agente terrible é inexorable que todo lo devora, el tiempo. La perennidad perpétua es tan solo propia de Jesucristo y de sus obras, de Jesucristo para quien el *ayer* es hoy, y el *hoy* los siglos de la eternidad. Y este es el carácter esencial de la Iglesia católica, una en Jesucristo, una en su fe y sus preceptos, una en sus leyes y Sacramentos, una en su permanencia, una en su institucion y naturaleza, y una en su duracion, reproduciendo en sí misma de una manera admirable y visible las cualidades esenciales, aunque invisibles, de la naturaleza de Dios. Así, decimos de Dios, que es esencialmente uno en su naturaleza, porque es eterno, y decimos que es esencialmente eterno, porque esencialmente es uno. Y lo mismo decimos de la Iglesia católica respectivamente; porque Dios, que es su autor, es esencialmente uno; y por tanto, ella tambien es por naturaleza una é inmutable en sus dogmas, en sus preceptos y en su constitucion, porque Jesucristo es uno y eterno. Empezó, sí, á dejarse, ver en el tiempo, así como el Dios invisible en su naturaleza se dejó ver en la nuestra, cuando llegó el momento prescrito por él en la eternidad; pero es eterna en su duracion, no mudándose, ni pudiéndose mudar, sino en el modo extrínseco de existir, de Iglesia que milita y padece tribulacion, en Iglesia que triunfa y goza, coronada por su Esposo.

De próposito no hemos enumerado entre las cualidades de la Iglesia una, que es la mas esencial para que se vea de una ojeada lo que vendria á ser sin ella: no hemos hablado de la unidad esencial de su magisterio y gobierno, porque esto es una cosa tan al alcance de toda inteligencia, que casi se puede callar por demasiado sabida. Fundó Jesucristo en la Iglesia su cuerpo místico, como dice el Apóstol; (1) si la Iglesia es un cuerpo, precisamente ha de tener cabeza que lo gobierne y lo dirija, no permitiendo que ninguno de los miembros obre contra el cuerpo, ni de un modo contrario á su oficio peculiar, y en efecto, como dice el mismo Apóstol, (2) el

(1) Colos., cap. I, v. 25.
(2) Col., cap. I, v. 18.

mismo Jesucristo *es la cabeza de este cuerpo*. Ha llegado por tanto el caso de decir, que así como la Iglesia es esencialmente una en los dogmas y en su doctrina, tambien ha de tener esencialmente tal unidad de cabeza, que nada pueda hacerla multiplicable; porque entonces resultarian dos cabezas y por consiguiente dos cuerpos, ó un cuerpo con dos cabezas, lo que equivale á un cuerpo mónstruo ó sin ninguna. Pero esto es esencialmente imposible, porque Cristo es por naturaleza uno, y una ha de ser siempre la cabeza de la Iglesia, uno su magisterio, y uno su gobierno.

Ahora pues, ¿cabia en la ciencia infinita de Cristo irse á los cielos, habiendo fundado la Iglesia esencialmente una, sin dejarla una cabeza visible como lo es la Iglesia, para que la gobernase con perfectísima unidad? Injurioso seria para nuestro Redentor el hacer esta pregunta dudando; porque lo que no se esconde á la ciencia humana, ¿cómo se ha de ocultar á la divina? Ningun rey se ausenta de su reino, sin dejar un ministro con plenos poderes, para que en su ausencia gobierne él la nacion, y no se levanten facciones que formen un gobierno diferente del que él prescribe. Y precisamente Jesucristo es ese rey, que se separa corporalmente de su Iglesia, para ir á tomar posesion de su reino y volver mas tarde. (1) Habia dado potestad á sus Apóstoles para enseñar á todas las gentes, (2) mandándoles observar lo que él les habia prescrito: tenian estos que dispersarse en todo el mundo, y vivir separados por vastos piélagos, largos trayectos de tierra y montañas agrestes, y era necesario cortar de raiz todo principio de cisma y de division; lo que jamás se hubiera hecho, si Jesucristo no hubiese nombrado una cabeza visible con derecho innato é inmediato en ella para gobernar y enseñar, y con obligacion en todos, desde el Apóstol hasta el último fiel, de obedecer á esa cabeza y oir sus mandatos. Y es esto tan esencial á la constitucion de la Iglesia, que desde los princípios de su fundacion se tuvo por regla de fe el

[1] Luc., cap. XIX, v. 18.
[2] Mat., cap, XXVIII. vv. 18, 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no desviarse de la tradicion primitiva, que constituia el centro y el fundamento visible de la unidad de la Iglesia en la cabeza de ella. Y como sabian y creian todos los santos Padres que esta cabeza es el Príncipe de los Apóstoles y sus sucesores, concluian diciendo: "y como no puede faltar la palabra de Jesucristo que dice: tú eres Pedro, y sobre esta piedra he de edificar mi Iglesia, de ahí que los hechos han demostrado siempre la verdad de lo dicho por Jesucristo." (1) Es decir, que así como en sentir del Apóstol, lo primero que ha de creer el hombre que *se acerca á Dios, es, que Dios existe y es remunerador de los que lo buscan;* (2) en el sentir de la Iglesia y de los Padres, la primera regla de salud en el seno de la Iglesia católica, es observar y conservar este dogma de la unidad de cabeza visible, que Jesucristo estableció en ella antes de subir á los cielos.

Tenemos dicho ya que Jesucristo hizo todo eso, y no hay para qué repetirlo; pero sí diremos de nuevo, que ese instinto de las potestades adversas en dirigir sus arremetidas feroces contra la cátedra de San Pedro, es una de las inspiraciones mas consecuentes de la ciencia carnal; y lo llamamos instinto, porque el apreciar lo que vale la cabeza en el cuerpo, cualquiera que sea, de hombre ó de bruto, es en aquel un resultado del raciocinio, y en este un sentimiento material que la misma naturaleza irracional dá á cada individuo de ella: así vemos que en sus peleas encarnizadas, los animales no tiran mas que á preservar la cabeza de los ataques de su adversario, porque su instinto les dice qne la conservacion de la vida del cuerpo depende de guardar incólume la cabeza. Y por cierto, hay una obcecacion espantosa en los hombres de la revolucion en presentarse frente á frente de esa cabeza visible, para aniquilarla; pues ya que con ignorancia crasísima no tienen las nociones sobre lanaturaleza de esa cabeza, no obstante que saben cuanto vale, debieran retirarse de su arriesgada empresa, siquiera porque no les suceda lo que saben que ha sucedido á muchos. Les diremos en dos palabras la naturale-

(1) Formul. Hormisd., saec. VI.
(2) Heb., cap. XI, v. 6.

za esencial de esa cabeza, para que puedan comprender que disparar contra ella balas y proyectiles es tanta locura, como lanzar piedras á las estrellas.

Esa cabeza es de esencia del cuerpo místico de la Iglesia, y como las esencias de las cosas son indestructibles, tambien lo es la cabeza. Esa cabeza es esencialmente una, como la Iglesia es esencialmente una, como Cristo es esencialmente uno, como la verdad es esencialmente una, como Dios es esencialmente uno. En términos representativos esa cabeza representa á Cristo, como Cristo representa á quien lo envió: en los de mision y delegacion, desde esa cabeza se vá directamente al principio de todas las cosas, á la unidad esencial de la naturaleza divina; pues el Padre dá al Hijo el cargo de enseñar al mundo y de redimirlo, y el Hijo dá á Pedro la delegacion de su potestad, para que enseñe y gobierne como él enseñó y gobernó. Atacar á Pedro es atacar á Cristo; arremeter á Cristo es arremeter á Dios. Loca es por tanto en demasía esa temeridad, con que se ha venido á las manos la revolucion con la personalidad mas augusta que hay, y puede haber en la tierra, con la personalidad del romano Pontífice, Vicario de Cristo y fundamento visible de la unidad de la Iglesia. Lo que á continuacion diremos, relativo á otra unidad que intenta campear en el mundo, será una demostracion palmaria de esta verdad importantísima. Pero antes de proceder á ella diremos lo que es una unidad esencial.

La unidad es la base de cuanto ha de proceder de ella, y si esta unidad se multiplica, todo lo multiplicado descansa sobre ella, y por consiguiente, quitada esa unidad, desaparece completamente cuanto se ha construido sobre ella: así en las operaciones matemáticas, por sublimes y profundas que sean estas, no hay cálculo ni teorema que no dependa absolutamente de una unidad, la cual forma la esencia de esa ciencia. ¿Qué son, por ejemplo mil millares de millones, sino mil millares de millones de unidades? Destrúyase por hipótesis la primera unidad que es la esencial, y todos esos millones de unidades bajan á la nada. Y de este símil sencillísimo damos un vuelo inmenso á verdades sublimísimas, cuyo conocimiento perfecto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenemos despues de habernos Dios revelado la grandeza de sus obras, comprendiendo la ilacion y conexion íntima que aquellas tienen entre sí. En la unidad de Dios, descansa la unidad de la verdad: en la unidad de la verdad, la unidad de la religion: en la unidad de la religion, la unidad de la Iglesia; y en la unidad de la Iglesia, la unidad de su cabeza visible. Hé aquí cuatro unidades que descansan esencialmente en una sola unidad; porque Dios es la verdad por esencia; la religion no es mas que el culto interno que todo ser racional debe á esta verdad, y el esterno que le han de rendir los séres racionales que constan de alma y cuerpo; y la Iglesia no es màs que el cuerpo místico del Hijo de Dios hecho hombre, en el cual él mismo ha señalado cuál es el culto interior y exterior, que Dios quiere que se le dé. La primera unidad es indestructible, y por consiguiente tambien lo es cuanto está fundado en ella; y lo es tambien la cabeza visible de ese cuerpo, porque esa cabeza está fundada sobre la unidad de Cristo que esencialmente es Dios. Sin esa cabeza no hay Iglesia; no habiendo Iglesia, tampoco habria culto verdadero, y no habiendo culto verdadero, no habria verdadera religion, y no habiendo verdadera religion, tendriamos que volver al quinto dia del mundo, cuando no habia en la tierra más que cuadrúpedos y reptiles; pues sabemos por revelacion, que en el sexto sacó Dios al hombre de la nada, y le dió una alma racional, le infundió la ciencia del espíritu, le mostró el bien y el mal, le manifestó las grandezas de sus obras para que lo bendigese siempre por ellas y alabase su santo nombre, y le dió preceptos y enseñanza de vida, diciéndole: abstente de obrar mal. (1)

A tal retroceso nos lleva, por deducciones de una lógica ineludible, la destruccion intentada por la revolucion de la cabeza visible de la Iglesia. Querer destruir esta cabeza, equivale á intentar destruir la religion, la verdad, y á Dios mismo; porque Jesucristo nos ha dicho que él es el camino, la verdad y la vida, y que nadie va á su Padre si no por medio de él, (2) y además mandó

[1] Eccli., cap. XVII, vv. 6 á 11.
(2) Joan., cap. XIV, v. 6.

á sus Apóstoles que enseñasen lo que él les habia enseñado, añadiéndoles que, el que creyese y fuese bautizado, se salvaría, y el que no creyese se condenaria. (1)
Y puesto que una de las cosas que mandó, fué que Pedro hiciese sus veces en la tierra, aceptando y gobernando la Iglesia que fundó sobre él, resulta una verdad infalible y es, que nadie va á Cristo sino por medio de la enseñanza de Pedro: que nadie profesa la verdad si no se la enseña Pedro: que nadie dá culto, interno ó externo, si no es el que señala Pedro: y por fin, que donde está Pedro, segun el gran dicho de San Ambrosio, está toda la Iglesia: *ubi petrus, ibi Ecclesia;* y por consiguiente, donde no está Pedro no hay sino asociaciones humanas, que se diferencian muy poco de las asociaciones paganas; pues en resúmen, las sectas religiosas que se han separado de la fe de Pedro, si no son la idolatría que tenia treinta mil divinidades, son la antropolatría, que hace de cada razon individual una divinidad, á quien cada hombre da culto de adoracion. La cátedra de Pedro es por consiguiente indestructible, segun aparece por su unidad esencial. Vamos ahora á demostrarlo por hechos innegables.

CAPITULO IV.

UNA UNIDAD ABIGARRADA.

Hemos visto que la gran obra de Dios es indestructible, por estar fundada en una unidad esencial, y ahora vamos á hacer el exámen de otra unidad moral, que Satanás, verdadero farsante de las obras divinas, ha intentado formar, barnizándola con coloridos seductores, y adornándola con los oropeles de un ídolo, para oponerla á la unidad de la Iglesia católica en sí y en su cabeza visible, y seducir de ese modo á los hombres. Esta unidad es la del error, siempre uno en sus tendencias, en

(1) Mar., cap. XVI, v. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenemos despues de habernos Dios revelado la grandeza de sus obras, comprendiendo la ilacion y conexion íntima que aquellas tienen entre sí. En la unidad de Dios, descansa la unidad de la verdad: en la unidad de la verdad, la unidad de la religion: en la unidad de la religion, la unidad de la Iglesia; y en la unidad de la Iglesia, la unidad de su cabeza visible. Hé aquí cuatro unidades que descansan esencialmente en una sola unidad; porque Dios es la verdad por esencia; la religion no es mas que el culto interno que todo ser racional debe á esta verdad, y el esterno que le han de rendir los séres racionales que constan de alma y cuerpo; y la Iglesia no es màs que el cuerpo místico del Hijo de Dios hecho hombre, en el cual él mismo ha señalado cuál es el culto interior y exterior, que Dios quiere que se le dé. La primera unidad es indestructible, y por consiguiente tambien lo es cuanto está fundado en ella; y lo es tambien la cabeza visible de ese cuerpo, porque esa cabeza está fundada sobre la unidad de Cristo que esencialmente es Dios. Sin esa cabeza no hay Iglesia; no habiendo Iglesia, tampoco habria culto verdadero, y no habiendo culto verdadero, no habria verdadera religion, y no habiendo verdadera religion, tendriamos que volver al quinto dia del mundo, cuando no habia en la tierra más que cuadrúpedos y reptiles; pues sabemos por revelacion, que en el sexto sacó Dios al hombre de la nada, y le dió una alma racional, le infundió la ciencia del espíritu, le mostró el bien y el mal, le manifestó las grandezas de sus obras para que lo bendigese siempre por ellas y alabase su santo nombre, y le dió preceptos y enseñanza de vida, diciéndole: abstente de obrar mal. (1)

A tal retroceso nos lleva, por deducciones de una lógica ineludible, la destruccion intentada por la revolucion de la cabeza visible de la Iglesia. Querer destruir esta cabeza, equivale á intentar destruir la religion, la verdad, y á Dios mismo; porque Jesucristo nos ha dicho que él es el camino, la verdad y la vida, y que nadie va á su Padre si no por medio de él, (2) y además mandó

[1] Eccli., cap. XVII, vv. 6 á 11.
(2) Joan., cap. XIV, v. 6.

á sus Apóstoles que enseñasen lo que él les habia enseñado, añadiéndoles que, el que creyese y fuese bautizado, se salvaría, y el que no creyese se condenaria. (1)
Y puesto que una de las cosas que mandó, fué que Pedro hiciese sus veces en la tierra, aceptando y gobernando la Iglesia que fundó sobre él, resulta una verdad infalible y es, que nadie va á Cristo sino por medio de la enseñanza de Pedro: que nadie profesa la verdad si no se la enseña Pedro: que nadie dá culto, interno ó externo, si no es el que señala Pedro: y por fin, que donde está Pedro, segun el gran dicho de San Ambrosio, está toda la Iglesia: *ubi petrus, ibi Ecclesia;* y por consiguiente, donde no está Pedro no hay sino asociaciones humanas, que se diferencian muy poco de las asociaciones paganas; pues en resúmen, las sectas religiosas que se han separado de la fe de Pedro, si no son la idolatría que tenia treinta mil divinidades, son la antropolatría, que hace de cada razon individual una divinidad, á quien cada hombre da culto de adoracion. La cátedra de Pedro es por consiguiente indestructible, segun aparece por su unidad esencial. Vamos ahora á demostrarlo por hechos innegables.

CAPITULO IV.

UNA UNIDAD ABIGARRADA.

Hemos visto que la gran obra de Dios es indestructible, por estar fundada en una unidad esencial, y ahora vamos á hacer el exámen de otra unidad moral, que Satanás, verdadero farsante de las obras divinas, ha intentado formar, barnizándola con coloridos seductores, y adornándola con los oropeles de un ídolo, para oponerla á la unidad de la Iglesia católica en sí y en su cabeza visible, y seducir de ese modo á los hombres. Esta unidad es la del error, siempre uno en sus tendencias, en

(1) Mar., cap. XVI, v. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su objeto y en su fin, y tambien en los medios: unidad de tendencias á destruir la verdad, si pudiera: unidad de objeto que es engañar: unidad de fin en hacer muchos compañeros de su apostasía, para consolarse por el mayor número en la eternidad de sus suplicios; y unidad de medios, los cuales se reducen á destruir con la persecucion á los que obedecen la voz de Dios, de la verdad y de la Iglesia, y á estar protestando sin cesar conrta aquello que vé que es idestructible.

Inútilmente ha intentado aquel sér astuto ocultar el verdadero nombre de esta unidad impía entre las mil variaciones innatas al error, entre las cuales la ha ido desenvolviendo segun los tiempos y la índole peculiar de los hombres perversos y de las épocas en que han vivido: en vano se ha prsentado en el gran escenario de sus ficciones con apelativos especiosos y deslumbradores, para alucinar á los pueblos y agrupar como padre de la mentira á cuantos se asociaban con él para consumar su obra; pues al fin él mismo ha declarado el verdadero nombre de esta unidad, oculto en la naturaleza de los hechos. Este espíritu rebelde, ál poco de haber sido criado por Dios, se rebeló contra él, y se vió oprimido de su gloria, y en la rábia de su orgullo, al ser precipitado del cielo, lanzó una mirada feroz hácia el brazo omnipotente, diciendo con furor: *protesto*. Este primer grito del espíritu rebelde manifiesta que la naturaleza del orgullo es estar protestando sin cesar contra la verdad; y nos hace comprender, que decidido el demonio á resistir con una tenacidad eterna á la mente de Dios, estuvo protestando contra él, contra su Hijo, contra sus preceptos y contra la unidad de su cuerpo místico, en el fondo de su corazon, hasta que, desesperado de no conseguir sus intentos, protestando en su rábia oculta contra la verdad, lanzó en medio de la sociedad el grito de consigna, para extender por todos los ángulos de la tierra la liga infernal, y establecer la unidad de todos los espíritus orgullosos en la empresa de arrancar la verdad entre los hombres. *Protestemos todos*, dijo el enemigo: protestemos contra Dios, contra su Ungido, contra la unidad de su Iglesia, contra el llamado Vicario de Cristo, contra su

autoridad y jurisdiccion, contra su magisterio universal y su doctrina, y contra su misma existencia en la tierra

Hay que desengañarse: el ángel rebelde es el primer protestante que ha habido, á quien con unidad crimimal se han ido afiliando otros espíritus altivos ,acompañándole en sus protestas contra la revelacion, que Dios en su misericordia ha hecho á los hombres sobre los designios de su amor. Unos tras otros, han salido al escenario de la humanidad viandante diciendo á Dios y á su Iglesia· *protesto; y no humillaré jamás mi razon á la razon divina*, ni le haré el homenaje obsequioso de mi entendimiento y voluntad á sus misterios y á sus mandatos, *ni le serviré*. (1) Véase que série tan uniforme se nos presenta de protestas sucesivas, llevando todas el sello del error en su naturaleza, variando siempre y contradiciéndose, pero enlazándose todas en una unidad completa de objeto, de fin y de medios, la cual consiste en rebelarse contra la autoridad infalible, en intentar destruir la verdad, y en hacer guerra sin tregua y sin piedad á quien con santa y noble sumision oye la voz divina y cree cuanto le propone, no queriendo faltar á sus mandatos. El ángel rebelde protestó en el cielo contra la soberanía de Dios, y Adan en el paraíso contra su ciencia y su potestad: el paganismo protestó por espacio de cuatro mil años contra la unidad de Dios: vino su Hijo al mundo para salvarlo, y protestó contra él la Sinagoga: despues protestó Arrio contra su naturaleza divina, Macedonio contra el Espíritu Santo, Nestorio contra la persona del Verbo unida á la naturaleza divina y humana, Eutiques contra la distincion de ambas naturalezas, los monotelitas contra sus operaciones, el mismo Nestorio contra la maternidad divina de la excelsa Vírgen María, y Elvidio contra su pureza y virginidad.

Siguió el mundo su curso, y la Iglesia católica su marcha magestuosa, civilizando al mundo; enseñando á los hombres, formando las monarquías, dando vigor á las naciones creyentes, predicando la santa libertad del Evangélio, para salvar al linage humano de la ominosa es-

(1) Jerem., cap. II, v. 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
0093270

clavitud del pobre y del campesino, que habia introducido la política pagana, y la misma Iglesia fué destruyendo poco á poco por la solicitud de los Sumos Pontífices, por la valentía constante de los Obispos, y con la propagacion de la ciencia por los monjes y las santas milicias de religiosos, que erigieron cátedras de doctrina en cada aldea y en cada choza. Pero de entre la florida y lozana civilizacion que la Iglesia dió al mundo, pulularon arbustos venenosos, que descubrieron su altanería muy pronto; y no queriendo humillar su entendimiento en obsequio de la razon divina, ni vivir bajo el yugo suave de la ley de Dios, levantaron el grito diciendo: *protestamos*. Así empezó á formarse la gran liga moderna, que habia de extender sus funestas influencias á los pueblos que han sido civilizados por el Evangélio, para arrancar de su seno hasta el último gérmen de civilizacion cristiana, y sustituirle otra atea, impía, materialista, ó, lo que lo dice todo, filosófica. Lutero protestó contra toda la revelacion, Calvino contra toda autoridad bajada del cielo, Beza contra la ley natural, Carlostadio contra la continencia, Zuinglio contra la Eucaristía, Erasmo contra la sinceridad, y todos ellos con sus secuaces contra la virginidad de la Madre de Dios, contra el honor de la mujer, contra el recato de la doncella, contra santidad del matrimonio, contra el don inestimable de la libertad natural del hombre, contra toda virtud, contra la el mismo pudor, contra la fundacion de la Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana, contra la autoridad de los Obispos, y sobre todo, contra la potestad universal y el magisterio divino que ejerce en toda la Iglesia el romano Pontífice.

Despues de tanto protestar contra cuanto servia de fundamento á la civilizacion del pueblo cristiano, no podia ménos de formarse, y se formó en efecto, una sociedad corrompida. sensual é indiferente, que fuese protestando sucesivamente contra toda verdad que sirviese de obstáculo á sus costumbres depravadas, y la contuviese en los límites de lo honesto y lo justo. Se formuló de nuevo otra série de protestas, que ha ido formando una cadena pesada y enorme, la cual ha rodeado al linaje humano y lo tiene ya encerrado dentro de un círculo de hierro, que lo está oprimiendo, como oprime el oso á su víctima, hasta que consigue ahogarla. La sociedad en efecto, se está ahogando, asfixiada entre una atmósfera densa y oscura de dudas y perplegidades en punto á la revelacion, de negaciones de todo lo que es divino y sobrenatural, de trastorno de los principios eternos é inmutables, de confusion de las nociones del derecho y de la justicia, y hasta de los deberes que la naturaleza impone al hijo para con el padre, al padre para con el hijo, al mayor para con el menor, al súbdito, al discípulo, al favorecido, al sacado de la nada por mano dadivosa, para con el superior, el maestro, el generoso, y el magnánimo en repartir gracias y favores.

Y ¿de dónde proviene este cataclismo de ideas, esta enfermedad de los entendimientos, que va tomando aspecto de crónica, y aparenta llevar en sí el diagnóstico de incurable, si una mano omnipotente no quita con benignidad la costra de errores que cubre al gran leproso, á la sociedad ulcerada con la doble plaga de la indiferencia en religion y del sensualismo? Entre las negaciones que han ido oponiendo en estos últimos tiempos al derecho natural y divino los llamados filósofos modernos, formando esa espantosa cadena de protestas, nuestros padres han oido, y nosotros tambien, el grito de rebelion, de esos espíritus mezquinos, que en ciencias divinas no saben mas que dudar y negar, y reducen las naturales á resolucion de problemas matemáticos, que suman cantidades pecuniarias, para entregarse á goces sensuales, corromper pueblos, comprar lealtades, y poner en mercado el derecho del débil y la justicia del desvalido; nosotros hemos visto, que se ha protestado contra lo que hay de mas venerable, y santo, y social y civilizador en la tierra. Se ha protestado contra la santidad y verdad de la Escritura sagrada y el orígen de la sociedad, contra la naturaleza del hombre, á quien se le ha dado una procedencia irracional, contra los vínculos de la sociedad, contra el lazo que une al hijo con sus padres, contra la fidelidad de los esposos, contra Cristo, á quien se le ha llamado *mito*, contra los hechos porten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tosos de Dios y de su Ungido, que no han merecido otro nombre sino el de las fábulas de Homero ó de Virgilio, contra las leyes escritas por la mano misma de Dios, á cuyo ministro se le ha dado el nombre de impostor, contra la autoridad que es llamada tiranía, contra la obediencia, bautizada con el nombre de esclavitud, contra la continencia, á la cual se la llama ahogadora del instinto humano, contra el matrimonio cristiano, sustituyéndole con otro que tiende á la disolucion de la sociedad cristiana, sin lazos sagrados, sin porvenir, sin santo amor y sin pureza, y contra todo lo que es sobrenatural.

En presencia de tanta protesta contra la verdad y contra la Iglesia de Jesucristo, y al ver que aquella permanece íntegra y conserva el mismo vigor que la dió su divino Fundador, se vé claramente que tan indefectible es esta como aquella, y que son infructuosos todos los esfuerzos de la desesperacion de Lucifer contra ella. Y llamamos desesperacion á este conato antiguo del demonio, porque realmente ese acto de protestar habitualmente contra Dios, contra su Hijo y contra todas sus obras, no es otra cosa, sino un grito contínuo de su rábia contra la cadena que lo oprime; pues al volverse y revolverse para romperla, no pudiendo conseguirlo, la tasca como can rabioso, y no sabe, ni puede saber mas que una palabra, y es la única que pronuncia con furor. *Protesto*, ha dicho Satanás por medio de los herejes, y cismáticos y revolucionarios de todas los tiempos: protesto contra todo eso que no puedo destruir.

Pero es necesario tener presente que en toda esa série de protestas, desde que Jesucristo instituyó su Iglesia, hasta hoy, no hay una sola, formulada por los impíos é incrédulos, que no haya ido directamente contra la personalidad sublime del Vicario de Cristo, contra su magisterio universal, y el cargo que tiene de conservar intacto el depósito de la fe y la verdadera doctrina. Y en efecto, puesta por Jesucristo en la sociedad como ciudad colocada sobre alta montaña, como atalaya del universo, y como faro luminoso, que habia de servir de guia á cuantos quisiesen atravesar el piélago del siglo, siempre tormentoso, y llegar al puerto de salvacion verdadera, que es el mismo Jesucristo, ha sido por lo mismo el objeto más directo de los ataques de Satanás.

El Vicario de Cristo es quien ha condenado todo error y todo levantamiento contra la autoridad de Dios; y al resistirle los contumaces, no han hecho más que protestar contra su jurisdiccion y su magisterio. No hay un solo rey bueno á quien el Vicario de Cristo no haya instruido, ni un solo hombre morigerado, ni una sociedad perfecta que él no haya formado, ni un solo hereje ó cismático que no haya sido condenado por él. Desde aquel Recaredo, que restableció el catolicismo en las Españas, hasta aquella inmortal Isabel que arrojó de ellas al último hijo del Islám; desde aquel Clodoveo, que colocó la fe en el trono de las Galias, hasta el bondadoso Luis, que pasó desde el cadalso al cielo, todos son hijos del Vicario de Cristo. Desde aquel impío que protestó contra el orígen de los dones divinos, y quiso hacer mercado de ellos enseñando su mano atestada de oro vil, hasta el apóstata, á quien daba tertulia Satanás para enseñarle el modo de abolir en la Iglesia la renovacion mística del sacrificio del Calvario: desde aquel que queria hacer el ataud para enterrar al que él llamaba el Galileo, hasta el malaventurado que fijó, no hace aun cien años, el dia de sus funerales, y el renegado que ha querido hacer á Jesus hijo de la plebe, y renuevo de dos aldeanos de Nazaret, no hay uno solo, que no haya sido aterrado por los rayos que le fulminára el Vicario de Cristo. ¿Será estraño, que Satanás y sus secuaces hayan estado protestando contra él en su importante rábia, desde que el Pescador de Galilea empezó á presentar en público su celestial personalidad? No: era esta la única unidad que podia tener el error, y la ha tenido; era la única que podia formar Satanás, y la ha formado.

Así, y lo diremos como de paso, en el sacrílego atentado que acaba de cometerse contra el venerable Pontífice, no hemos de ver en el órden moral, sino la conjuracion de Satanás, de sus satélites y cooperadores de sus designios, en la mayor empresa que le ha sugerido su malicia, que es la de destruir esa augusta personalidad que representa á Dios en la tierra. ¿Cuánto no ha hecho este sér altivo, para sembrar por todas partes lazos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

disimulados, con el fin de enredar en ellos al Vicario da Cristo? ¿Cuántas piedras angulares y cuadradas no he arrojado en el camino de su carrera magestuosa, para que se estrellase en ellas? Tres siglos enteros estuvo viviendo en los corazones de los emperadores romanos, para que se complaciesen con rabia de tigres en echar á los sucesores de Pedro en lagos de fuego, en cloacas y cisternas, en darlos por pasto á osos y leones, en desterrarlos á islas plagadas de sierpes y basiliscos, en enviarlos á las minas mas remotas y trabajosas, y en condenarlos á cuidar de las onzas y panteras que los habian de devorar, en cortarles la cabeza ó arrojarlos con áncora al cuello al profundo del mar.

Impotente para hacer que desapareciese por los martirios la representacion sagrada, y viéndola, al contrario, coronada de gloria y de honor; viendo que en el Vicario de Cristo se cumplian aquellas promesas de Dios hechas por Isaías, las cuales decian: *Vendrán á tí los que te ultrajaban y adorarán las huellas de tus piés*, (1) procuró henchir los corazones de muchos de aguas amargas, de pasiones innobles, para que saliendo como torrente devastador, envolviesen entre sus olas espumantes al que lleva en sus manos el cetro de la fe. Aquí son reyes de mano audaz, que pretenden que quien ciñe la espada al general que va á derramar sangre á torrentes, y desolar ciudades y campiñas, ha de investir de su jurisdiccion espiritual al Santo Pastor, que va á llevar las bendiciones y la caridad cristiana á los pueblos: allí son otros, que creyéndose autorizados para hollar los preceptos de la ley divina, y sacrificar el honor del cetro y la fe de una nacion á la satisfaccion de pasiones brutales, arman máquinas de guerra, y asestan sus ballestas contra el que por la autoridad de Dios omnipotente condena sus deshonestidades, y los arroja por su obstinacion del seno de la Iglesia y del consorcio de los fieles: mas allá son falanges de hipócritas y de aleves, que bajo un retazo de púrpura encubren los designios del parricida, é intentan rodear la roca santa del Vicario de Cristo de guirnaldas aparentes, y paliar traidoramente la mina que

(1) Isaí., cap. LX, v. 14.

querian aplicarla, para que volase el que está sentado en ella.

Esta ocupacion tiene el demonio hace ya diez y nueve centurias: protestar con furor impotente contra la autoridad espiritual del sucesor de San Pedro, llevando adelante su empresa con abominable tenacidad por medio de los hombres de su eleccion. No hay que examinar lo que son esos hombres, y seria una ocupacion inútil el empeñarse en saber sus nombres: sabido es que para formalizar sus protestas contra el Vicario de Cristo, escoje siempre Satanás á aquellos que en realidad se llamen, ó por analogía moral puedan llamarse Judas, Anás, Caifás, Herodes, Pilatos, fariseos, escribas, Nerones, Julianos, Astolfos, Mahomas y Elisabetas. No escoje, ni escojerá jamás, al santo cenobita que recapacita dia y noche las misericordias de Dios; ni al príncipe, que medite que es un ministro del monarca de los cielos, á quien ha de rendir cuenta de la autoridad que le ha dado. (1) Ni tampoco escoje al cristiano humilde, que no tiene mas anhelo que el de servir á Dios y obedecer á las potestades, educar santamente á sus hijos y mantenerlos con decoro; y por fin no escoje, ni escojerá al ladron solitario del desierto, sino á quien, por cubrir su cuerpo con vestidos recamados, y llevar al cinto alfange damasquino, engastado en diamantes y rubíes, mande á huestes numerosas, y se crea con esto que para él no hay tribunales ni verdugos, y que el mundo no lo ha de llamar ladron, sino conquistador, ni caudillo de foragidos, sino gran héroe, poderoso monarca. Paganos, infieles, tiranos, apóstatas, hipócritas, parricidas, herejes, cismáticos, sectarios, perjuros, hombres sin Dios, sin conciencia, sin pudor, sin pacto, rebeldes y traidores: hé aquí los apóstoles de Satanás, sus cohortes, sus jefes, sus soldados, á quienes da por escudo la mentira, la ficcion, el engaño, el dolo, la superchería, la infidelidad, y por armas la seduccion de los pueblos, la negacion de la verdad, el desprecio de la religion, la apoteósis de los vicios, el poner en ridículo la autoridad y á quien la ejer-

(1) Sap., cap. VI, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce, y despues el puñal, el rewolver, el cañon de batir, el mortero, la ametralladora.

Esta es la gran unidad moral formada por Lucifer para oponerla á la unidad indestructible de la verdad de la Iglesia y de su cabeza visible: unidad de toda clase de crímenes contra todas las virtudes; unidad de todos los malos para destruir á los buenos; unidad de poderes mundanos contra el poder celestial; unidad de usurpaciones inícuas contra el derecho dado por Dios. Es esa la gran liga, de que habló el Profeta, al decir: *uniéronse en congreso los reyes de la tierra, y se juntaron los príncipes*, para deliberar lo que habian de hacer *contra Dios y contra su Ungido:* y en este congreso tomaron todos un acuérdo unánime diciendo: *rompamos sus vínculos, sacudamos su yugo.* (1) Esa fraternidad, tan altamente proclamada, desde hace un siglo, como signo de coalicion entre los que se reunen para atacar las instituciones que ponen un freno á lo malo, es la liga que tiene formada el infierno con todos sus fieles servidores que viven en la sociedad humana, los cuales están juramentados para no dejar jamás vivir en paz á los que adoran á Dios en espíritu y verdad. Pero nosotros, los que vivimos en el seno de la Iglesia católica, donde solo se adora á Dios, como él lo quiere, nosotros que estamos íntimamente unidos al que representa al Ungido del Señor, sabemos y creemos firmemente que el Señor que habita en los cielos, se rie de esa fraternidad luciferina, y *les hablará algun dia en su ira.* (2) Algunas veces la liga es más impotente por sus ataques y su mayor gritería, como lo veremos ahora: pero sucederá siempre lo mismo: *el Altísimo se burlará de ellos.*

CAPITULO V.

LA GRAN PROTESTA.

Cuando se tiene fe, y se sabe por ella que hay potes-

(1) Psal. II, vv. 2, 3.
(2) Ibid., v. 4.

tades tenebrosas que no tienen mas ocupacion que atacar las obras de Dios, no sorprenden esas revoluciones que sobrevienen contra la Iglesia. Es casi seguro que tras de algun triunfo señalado y brillante de esta sobre el error, viene en seguida una tormenta deshecha que parece que lo va á envolver todo entre sus iras. Los que ven ese desencadenamiento de los elementos contra el bajel en que va sentado el que lo guia, tienen el corazon oprimido, como sucede á los que desde la ribera observan el aspecto furibundo de las olas del mar, encrespadas por récios aquilones, en cuya hirviente espuma cien veces parece sumergirse la ligera barquilla que boga por entre profundas hondonadas de agua, arrancando á todos un ¡ay! siniestro y un grito unánime: pereció, dicen todos: y entre tanto, el barquero, que tiene una brújula segura y un alma llena de fe, no hace mas que ir oponiendo la aguda proa á cada ola, cuando esta va á romperse, y sube por entre sus crestas espumosas, y baja al través de espantosas barrancadas, hasta que cesan los bramidos del vendabal, las olas se allanan, y empieza á bogar con ligereza hasta llegar al puerto donde es recibido con lágrimas de gozo. Así marcha la nave de la Iglesia, y así marchará hasta el fin.

El piloto que la guia, es aquel Pescador, que vive y preside por sus sucesores en su antigua navecilla: tiene una brújula imantada en una piedra que dice: *no prevalecerá:* (1) tiene una alma grande y serena; porque sabe que el que le mandó navegar por este occeáno turbulento, dice á los vientos: *callad, enmudeced:* y cesan al momento; y viene una calma completa (2) En estos dias precisamente acaba de suceder esto: gran triunfo de la Iglesia: gran tormenta de Satanás. La Iglesia católica congregada en el Espíritu Santo ha enseñado como dogma de fe, que el Vicario de Cristo es infalible, cuando como Pastor universal y Doctor de todos los cristianos declara cual es la verdadera fe y la doctrina que Dios nos ha revelado, y que esta verdad de fe está contenida

(1) Mat., cap. XVI, v. 18.
(2) Marc., cap. IV, v. 39.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ce, y despues el puñal, el rewolver, el cañon de batir, el mortero, la ametralladora.

Esta es la gran unidad moral formada por Lucifer para oponerla á la unidad indestructible de la verdad de la Iglesia y de su cabeza visible: unidad de toda clase de crímenes contra todas las virtudes; unidad de todos los malos para destruir á los buenos; unidad de poderes mundanos contra el poder celestial; unidad de usurpaciones inícuas contra el derecho dado por Dios. Es esa la gran liga, de que habló el Profeta, al decir: *uniéronse en congreso los reyes de la tierra, y se juntaron los príncipes*, para deliberar lo que habian de hacer *contra Dios y contra su Ungido:* y en este congreso tomaron todos un acuérdo unánime diciendo: *rompamos sus vínculos, sacudamos su yugo.* (1) Esa fraternidad, tan altamente proclamada, desde hace un siglo, como signo de coalicion entre los que se reunen para atacar las instituciones que ponen un freno á lo malo, es la liga que tiene formada el infierno con todos sus fieles servidores que viven en la sociedad humana, los cuales están juramentados para no dejar jamás vivir en paz á los que adoran á Dios en espíritu y verdad. Pero nosotros, los que vivimos en el seno de la Iglesia católica, donde solo se adora á Dios, como él lo quiere, nosotros que estamos íntimamente unidos al que representa al Ungido del Señor, sabemos y creemos firmemente que el Señor que habita en los cielos, se rie de esa fraternidad luciferina, y *les hablará algun dia en su ira.* (2) Algunas veces la liga es más impotente por sus ataques y su mayor gritería, como lo veremos ahora: pero sucederá siempre lo mismo: *el Altísimo se burlará de ellos.*

CAPITULO V.

LA GRAN PROTESTA.

Cuando se tiene fe, y se sabe por ella que hay potes-

(1) Psal. II, vv. 2, 3.
(2) Ibid., v. 4.

tades tenebrosas que no tienen mas ocupacion que atacar las obras de Dios, no sorprenden esas revoluciones que sobrevienen contra la Iglesia. Es casi seguro que tras de algun triunfo señalado y brillante de esta sobre el error, viene en seguida una tormenta deshecha que parece que lo va á envolver todo entre sus iras. Los que ven ese desencadenamiento de los elementos contra el bajel en que va sentado el que lo guia, tienen el corazon oprimido, como sucede á los que desde la ribera observan el aspecto furibundo de las olas del mar, encrespadas por récios aquilones, en cuya hirviente espuma cien veces parece sumergirse la ligera barquilla que boga por entre profundas hondonadas de agua, arrancando á todos un ¡ay! siniestro y un grito unánime: pereció, dicen todos: y entre tanto, el barquero, que tiene una brújula segura y un alma llena de fe, no hace mas que ir oponiendo la aguda proa á cada ola, cuando esta va á romperse, y sube por entre sus crestas espumosas, y baja al través de espantosas barrancadas, hasta que cesan los bramidos del vendabal, las olas se allanan, y empieza á bogar con ligereza hasta llegar al puerto donde es recibido con lágrimas de gozo. Así marcha la nave de la Iglesia, y así marchará hasta el fin.

El piloto que la guia, es aquel Pescador, que vive y preside por sus sucesores en su antigua navecilla: tiene una brújula imantada en una piedra que dice: *no prevalecerá:* (1) tiene una alma grande y serena; porque sabe que el que le mandó navegar por este occeáno turbulento, dice á los vientos: *callad, enmudeced:* y cesan al momento; y viene una calma completa (2) En estos dias precisamente acaba de suceder esto: gran triunfo de la Iglesia: gran tormenta de Satanás. La Iglesia católica congregada en el Espíritu Santo ha enseñado como dogma de fe, que el Vicario de Cristo es infalible, cuando como Pastor universal y Doctor de todos los cristianos declara cual es la verdadera fe y la doctrina que Dios nos ha revelado, y que esta verdad de fe está contenida

(1) Mat., cap. XVI, v. 18.
(2) Marc., cap. IV, v. 39.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en las sagradas Escrituras, y ha sido enseñada siempre por los Santos Padres, y profesada por todos los pueblos católicos del orbe, lo que ha sido un triunfo sobre el error oculto entre mil formas seductoras; y al momento vino una gran tormenta. Esta tormenta es una protesta ruidosa del enemigo.

No era posible que el furor del infierno se contuviese dentro de aquel pecho, que es el arsenal, donde se fraguan las iras y los rayos, los vientos y las tormentas que caen como furias, bramando contra la nave del Pescador. Demos todavía un vistazo á lo que ha ocurrido en tiempos pasados, y esto nos explicará lo que está pasando hoy con la Iglesia. Ese magisterio infalible y esencialmente uno del sucesor de Pedro, es lo que carcome y corroe con mas fuerza el corazon de Lucifer. Hace ya mil años, que levantó un verdadero ejército de tropas auxiliares, en las cuales militaban naciones enteras, cuyas frentes ceñian antes tantas aureolas de gloria, cuantos eran los doctores santísimos que la formaron y embellecieron desde los Apóstoles, desde San Ignacio y San Policarpo, hasta el gran Gregorio de Cesarea del Ponto, San Basilio y San Crisóstomo, los Flavianos, Tarasios y Germanos. Eran un cetro imperial, muchas mitras episcopales, y no pocas coronas patriarcales las que formaban al frente de estas naciones, animadas al combate por los Focios y los Cerularios, gritando estos que el Obispo de Roma no era el Maestro universal, y que solo mandaba en el Occidente, pero no en los patriarcados fundados por emperadores poderosos, ó por Apóstoles, tan Apóstoles como Pedro. Esta doctrina sembró Satanás; más, entre tanto, un tupido velo de ignorancia cayó sobre aquellas iglesias, que brillaban antes como estrellas del firmamento; un yugo cesáreo, pesado como el hierro, abrumó las cabezas, donde antes brillára el rayo glorioso de una autoridad sagrada; el Oriente vaciló y se degradó, y la autoridad del Vicario de Cristo se afirmó más y más, y se robusteció.

No paró aquí la maquinacion del infierno: protestando siempre contra la autoridad del Pontífice romano, hizo que el cisma, que habia marchitado las risueñas regiones del Oriente, se trasladase á las que el hielo vuelve tan frias, como fria es y glacial la indiferencia del impio, y la impasibilidad con que el tirano aplasta con mano de hierro al inerme y al débil. Ya que no era posible despojar al Vicario de Cristo de las prerogativas que este le habia dado, empezó Satanás á protestar contra su unidad, enseñando á sus fieles servidores otro camino, que fué el de conferir la supremacía religiosa á los monarcas de cada nacion, ó pretender que el magisterio del romano Pontífice no existe en su persona sola, *in solidum* en todos los Obispos, en el consentimiento de toda la Iglesia; y que no tienen valor sus decisiones dogmáticas, si no las aprueban todos los Pastores del mundo católico. Nada importaba al error caer en la mas flagrante contradiccion con el Evangelio, que manda á los Apóstoles y sus sucesores, que sean perfectos como lo es el Padre celestial, (1) para que puedan ejercer dignamente su autoridad espiritual; ni que esos jefes de iglesia, creacion del orgullo satánico, no sean de aquella naturaleza moral que el mismo Jesucristo describe en el Evangelio, mandándoles que dejen cuanto tienen por su amor, si han de ser perfectos; es decir, padre, madre, mujer é hijos, y aun á sí mismos, (2) expresando así la diferencia esencial de vida entre el que ha de ser sucesor de los Apóstoles y dispensador de los misterios de Dios, y el que no puede serlo. Tampoco le importaba, poco ni mucho, al padre de toda contradiccion invertir en las operaciones del cuerpo místico de la Iglesia el órden natural que vemos, y ve cada sér racional por el sentido íntimo, en las del cuerpo animado por alma racional; el cual consiste en no mandar los miembros en las operaciones de la cabeza, no siendo necesario, sino muy absurdo y destructor, que la cabeza no discurra, si no lo consienten las manos y los piés; pues esa pretension solo seria digna de los habitantes de un manicomio, no del hombre que piensa y discurre segun los preceptos de la ley eterna.

[1] Mat., cap. V. v. 48.
[2] Luc., cap. XIV, v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero el asunto era destruir por la division la unidad indivisible del magisterio universal del sucesor del Príncipe de los Apóstoles, ó poner en ridículo la autoridad que Dios le ha dado, colocándola tambien en hombres que distan de la perfeccion evangélica, mas que el Artico del Antártico. Así vemos, que usurparon el honor de su magisterio, hombres que decian que la revelacion la tenian ellos en las bocas de sus cañones y en la punta de su espada, y se jactaban de que para sontenerla contra quien otra cosa dijese, tenian murallas de agua salobre con miles de naves, mares helados que los defendian de toda contingencia, y desiertos brumosos, donde reproducir los decretos de los Césares paganos contra los Pontífices y Obispos, que no reconocian en el emperador romano autoridad ni jurisdiccion sobre la religion de Jesucristo y la constitucion de su Iglesia. A tal extremo de necedad llegó el inspirador de la mentira, que pretendió revestir de esa autoridad divina, no solo á hombres de brazo hercúleo y al Estado civil, sino tambien á manos femeniles; no advirtiendo que ni los pueblos bárbaros, ni el paganismo en medio de tantas necedades como cometió, han pensado jamás en hacer de la mujer una sacerdotisa, porque la razon natural misma la aleja del altar, aunque sea el de un ídolo.

A este ataque de enemigos exteriores que Satanás ejecutó contra el magisterio del romano Pontífice, planteando en tronos mundanos la herejía y el cisma, sucedieron otros, mas terribles y formidables por sus formas y circunstancias, ocasionados por el abuso de la inteligencia de unos y del poder de otros, y llevados á cabo en el seno mismo de la sociedad católica, por hombres que se creian sin el honor de la magestad, si despues de una arenga dirigida á una asamblea de sábios, no salia de sus lábios una sonora protestacion de su acendrada devocion al Vicario de Cristo, y de sincero y bien razonado catolicismo. Nosotros creemos, decian algunas de aquellas inteligencias, que el Vicario de Cristo es el maestro de la Iglesia; pero no por eso tiene el derecho de definir cuál es el sentido que tienen nuestras doctrinas en sí mismas, sino segun nuestra mente; concedemos

que puede él enseñar en materias de fe y de doctrina; pero si impone obligacion de creer sus resoluciones, nos basta un silencio respetuoso, no obligándonos la sumision interna de nuestro entendimiento: conserve él sus fueros de magisterio, pero no quite al doctor y al maestro los derechos de su libre accion interna. Creemos, decian otros, que el Sumo Pontífice es el maestro supremo de la Iglesia; pero, habiéndosele prometido á esta la asistencia del Espíritu Santo, y conferídose á todos los Apóstoles el magisterio del mundo, preciso es que el Pontífice consulte á los sucesores de estos, antes de enseñar á la congregacion de los fieles; y si no lo hiciere, si los sucesores de los Apóstoles no están todos unánimes, ó si no consienten en su doctrina, tácita ó expresamente, no podemos concederle el don de la infalibilidad del magisterio sobre todo el orbe católico. Pronto se apoderaron de estas teorías, disolventes de la unidad del magisterio universal de la Iglesia, los poderes suspicaces del mundo, que, envueltos en manto de catolicismo, querian conservar oculta la tendencia de concentrar en el respaldar de su trono la espada y el báculo, y sobreponer las coronas á la tiara. Llegado el momento oportuno, ya no dudaron algunos en dirigir mandatos á los Pastores de las Iglesias, para que tuviesen entendido que en su reino no habia mas que una voz de imperio y potestad, que era la suya, y en virtud de la cual ordenaba que se enseñasen y admitiesen las doctrinas que él prescribia respecto de la autoridad y el magisterio del romano Pontífice. (1)

(1) No hay quien lea esto, sin que entienda que estamos hablando de la época célebre del tiempo del rey de Francia Luis XIV, y en especial del espacio que medió entre los años de 1651 hasta el de 1682; y como al tratarse de lo que dió lugar á tantas disputas, se entiende al momento que se habla del galicanismo y se atribuye esta doctrina al por mil y mil motivos venerable, Clero de las Galias, debemos decir, aunque muy de paso, que jamás, en los tiempos que precedieron al concilio de Constanza, el sapientísimo Episcopado de esa nacion, no solo profesó pero ni soñó en semejantes doctrinas, como lo prueban documentos irrefragables de los tiempos de Carlo Magno, que pueden verse en las actas del Concilio de Francfort: que esas doctrinas fueron arrojadas al mundo por Pedro de Aliaco y Juan Gerson, quizás de buena fe, en la época del mencionado Concilio de Constanza, creyendo que con ellas se daria fin al cisma de cincuenta años: que tampoco despues

Poco hay que discurrir, para echar de ver el ataque terrible que se daba con esto al principio de autoridad, que el soberano Pontífice ejerce en la tierra por delegacion especial de Dios mismo. Era esto el primer disparo, por decirlo así, de una guerra que el poder secular, llámese como se llamare, cesáreo ó régio, declaraba al espiritual, revistiéndolo de formas desconocidas en épocas anteriores. Desde luego, la autoridad del Vicario de Cristo venia á ser una cosa indefinida, y quedaba involucrada entre mil ideas confusas, y amarrada entre tantos grillos, cuantos fuesen los obstáculos que quisiese poner el poder civil á la ejecucion de sus mandatos. Aun en la hipótesis de que las doctrinas erróneas de que se han servido las potestades mundanas para avasallar al Vicario de Cristo, no hubiese sido sino un objeto de discusion académica, en el solo hecho de permitirse la discusion, se abria una brecha enorme al principio de autoridad. ¿Qué tenian que oir, en efecto, los hombres en esas disertaciones? Que en materia de enseñanza, la fuerza extrínseca que se forma del parecer de muchos sábios, es de más peso que la intrínseca del que ha recibido autoridad para enseñar: que en punto á autoridad, vale más la que

la siguió el Episcopado de las Galias, como lo atestiguan las cartas que todo este respetabilísimo cuerpo de Pastores escribió al Papa Inocencio X en 1653 en ocasion de haber condenado este los errores de Jansino, y á su sucesor Alejandro VII en setiembre del mismo año, y en 1660 como puede verse en los monumentos históricos: (D' Argentré, Collect. Judic., t. III part. 2.) y por fin, que el empeño para que se aceptasen esas doctrinas, contrarias á la fe implícita ó explícita de la Iglesia respecto de las prerogativas del magisterio del romano pontífice, fué obra exclusiva del poder secular, al cual nunca se sometió en ese punto el Clero galicano; porque diremos de paso; que el ministro Colbert tuvo que dar diez y siete decretos, todos de coaccion, para que las facultades de teología archivasen las doctrinas que jamás habia profesado la Iglesia de Francia; amenazó con destierros á los catedráticos si no las admitian, y negó el salario á los que se negaron á ello, ni mas ni menos de lo que sucede hoy en otros paises al Clero que no quiere jurar una Constitucion atea; y que además, los treinta y cuatro Obispos reunidos en asamblea por Real órden, no representaban al Clero, y aunque hubiera sido así, despues se refractaron de sus opiniones erróneas, por haber sido condenadas las actas de su asamblea por Inocencio XI y Alejandro VIII. No podiamos continuar escribiendo sobre la materia de este capítulo, sin esclarecer este punto, y pagar el tributo de justicia al glorioso Clero de Francia.

se forma por la union de muchos entre sí, que la que posee por derecho uno solo. No bastó entre tanto la simple discusion en los liceos: los potentados del siglo tomaron esas doctrinas como otros tantos arietes, para asestarlos contra la piedra fundamental del edificio de la Iglesia, dando esta temeridad tres resultados deplorables, el de haber ellos mismos puesto una mina de pólvora á sus tronos, el de haber destruido en la sociedad el prinpincipio de autoridad, y el de haber abierto ancha vía á la filosofía del racionalismo para que publicase sus dogmas subversoras contra la sociedad, contra la Iglesia y contra su cabeza visible.

Recórranse, aunque no sea sino como quien lee un elenco, las doctrinas que enseñan sobre la autoridad y sobre la Iglesia, y hay bastante para que se hiele á uno la sangre en las venas. A la autoridad se le señala el orígen en la muchedúmbre unificada: se hace al hombre dueño absoluto de sí mismo en gobierno y en doctrina, siguiéndose á este absurdo el de afirmar que siendo el hombre libre en sus pensamientos y acciones, nadie puede ejercer imperio sobre su entendimiento, ni imponerle creencias. Se predica que el Estado es el todo, y la Iglesia una parte de él: que toda jurisdiccion que se ejerce en él, es una emanacion del mismo Estado: que el Papa es un soberano extranjero, cuyas Letras Apostólicas no tienen valor alguno en las naciones, hasta que no las admita la potestad civil y el pueblo las acepte; y por fin, que la Iglesia no tiene mas derecho de enseñar, que el que la den los gobiernos.

A tan deplorable extremo ha llegado la enfermedad de las inteligencias. Confusion semejante en ideas sobre el orígen de la autoridad no se ha visto jamás, ni tinieblas tan densas como estas habian intentado envolver al mundo en un manto de errores mas antisociales, desde que Jesucristo disipó con su celestial doctrina los antiguos; y de seguro, la sociedad no se ha enredado en este laberinto de teorías destructoras de su bien estar temporal y que tienden á sobreponerse á Dios y á alejarlo del consorcio humano, sino por efecto de haber acariciado los reyes á los herejes, cismáticos y filósofos impíos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que han atacado sucesivamente el magisterio del romano Pontífice, y haberse servido muchos de ellos de esas mismas doctrinas, para hacer la guerra, unas veces oculta, otras paladina, al queDios les dió por padre, moderador y maestro. Y ¿qué ha resultado de esa proteccion dispensada á las malas doctrinas? Apenas puede contestarse á esta pregunta sin derramar lágrimas; se ha desenvuelto, y ha tomado ya proporcion gitantesca esa llamada civilizacion moderna, aniquiladora de la moralidad, destructora de la fe, empobrecedora de los entendimientos, sepulcro de las ciencias, sembradora de un oscurantismo deplorable, materializadora de las ideas que subliman al hombre, y verdugo de la sociedad.

Pero Dios en su misericordia está siempre velando por los hombres; y cuando el mundo, que se apellida ilustrado en las tinieblas de la mentira, llegaba á este estado de miseria profunda, se ha dignado disipar ese horrendo cáos. Levantóse Dios, y, lo diremos con el Profeta, *se levantó el Señor*, con el brio del hombre robusto que ha dormido bien, despues de haber comido y bebido regaladamente. (1) Levantóse; como se levantó para romper el cáos primitivo del mundo envuelto en los pañales de su infancia, y ha dicho en alta voz: *hágase la luz*. (2) Y en efecto, la luz ha sido hecha: este Señor ha congregado en su santo espíritu á toda la Iglesia docente; y esta, despues de haber registrado las Escrituras, y desentrañado los misterios que encierran; despues de haber recorrido, uno por uno, los Santos Padres, conservadores de las tradiciones divinas: despues de haber examinado las palabras y el sentido de todos los Concilios, el sentido comun de toda la Iglesia, y la doctrina que constantemente ha profesado desde la subida de Cristo á los cielos hasta hoy, ha declarado, confirmándolo con su voz el Vicario de Cristo. que este es infalible en sus decisiones en materia de fe y costumbres, y que no puede errar por asistencia especial del Espíritu Santo, cuando, en calidad de pastor universal y Doctor de todos los cristianos, declara lo que se ha de creer como verdad de fe, y

(1) Psal. LXXVII, v. 65.
(2) Genes., cap. I, v. 3.

lo que se ha de obrar en conformidad con los principios de la ley de Dios. Y con esta declaracion solemne, la Iglesia ha dado muerte á todas las herejías, á todos los cismas, y á todas las invasiones de los poderes humanos contra la autoridad de la Iglesia y sus atribuciones; ha aniquilado, además, esas doctrinas que tienen al mundo convulso y desquiciado; presentando al sucesor de Pedro como sol de las inteligencias, columna de la sociedad, fundamento único visible de la fe, maestro de todos los hombres, Obispo de todos los Obispos y de todas las Iglesias y de todos los fieles; ha hecho tambien con esta declaracion, que se arrollen como pergamino vetusto todas esas teorías revoltosas, que turbaban la quietud de las inteligencias, y caigan desplomados esos colosos, con pretensiones de poder espiritual, de los cismáticos y herejes, y los malos católicos como cayó la estátua gigantesca de Nabuco, que por tener cabeza de oro se levantaba hasta el cielo, y fué derribada por una piedrecita bajada del mismo cielo, no dándola consistencia las piernas y los piés de miserable arcilla, mezclada de hierro. (1)

Golpe tan rudo como este apénas lo ha recibido Satanás en muchos siglos; pues ha visto reducidas á pavesas las maquinaciones de diez y nueve centurias. Salióle al encuentro la luz de Dios y no la pudo sufrir, cayendo precipitado á su reino tenebroso. ¡Cómo! ha gritado en su furor ¿un hombre ha de ser infalible, al tratar de los misterios de Dios y de los principios eternos de justicia y de derecho? ¿Yo no pude entender jamás lo que es la humildad, la obediencia, la sumision, el espíritu de pobreza y mansedumbre, y lo entenderá él, y dará reglas infalibles como doctor del mundo? Yo estuve siguiendo los pasos treinta y tres años al Profeta de Nazareth, y no pude descubrir de quien era hijo, pues lo tuve por un miserable aldeano, oriundo de un carpintero y de una mujer cualquiera. (2) Y ¿ése hombre ha de saber los misterios de Dios, y conocer los secretos de su sabiduría? Yo no pude vislumbrar aquel misterio de

(1) Dan., cap. II, v. 54.
(2) Div. Bernard., Homil. 2ª sup. *Missus est.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la encarnacion, que detesto por ser mi mayor tormento, ni saber jamás con plena certeza, que el Nazareno era hijo de Dios, y lo hice pasar entre los grandes de mi reino y los sábios de mi escuela por un embaucador de la plebe, por un revolucionario, enemigo de los césares, por un sacrílego, trastornador de la ley de Moisés, y por un profeta falso que engañaba con nuevas doctrinas, prometiendo muchas felicidades, cuando él no habia querido admitir las innumerables que yo le ofrecia, padeciendo yo la horrible decepcion de sembrar iras contra él en los corazones de mis fieles servidores, para que lo aniquilasen, sin sospechar siquiera, que muriendo el inocente, se salvaba todo el linaje humano que era mi esclavo; (1) y ¿ese hombre ha de saber todo lo que yo ignoraba? Yo que soy lo más grande que hay despues de Dios, no pude ser semejante al Altísimo; y ¿he de tolerar que él lo sea, hablando infaliblemente de sus secretos y sus misterios? No; levantaré contra él nuevos Desideríos de Lombardía, nuevos Enriques y Barbarojas, nuevos condestables de Borbon, y nuevos prófugos de Elba, y veré lo que le aprovecha su infalibilidad.

Sí, debemos decirlo: *el infierno*, como dice Isaías, *se ha conturbado en sus cavernas al salirle Dios al encuentro*, y ha decretado suscitar á los gigantes. (2) Y así como aconteció en Egipto, que se volvieron nécios los príncipes de Taneos, y estúpidos los consejeros de Faraon, (3) así ha sucedido ahora. *Egipto ha sido engañado.* (4) Cuanto está pasando en Roma, segun lo refiere el Santo Padre, (5) lamentándose de tantas iniquidades como allí se cometen, desde que la revolucion invadió la ciudad santa, nos hemos de persuadir, de que es la gran protesta de Lucifer contra el dogma sagrado que el Santo Concilio Vaticano acaba de declarar. Quizás para suscitar una gran tormenta, este astuto calculador de lo que puede suceder, cuando se llegan á sobreescitar las pasiones de los grandes del mundo, arrojó en medio de la sociedad una tea incendiaria, que abrasase en iras y furores á dos grandes colosos, para conseguir que, como dice Jeremías, se viniesen á las manos *los fuertes con los fuertes*, y ambos se arruinasen, (1) y entre tanto la revolucion y sus armados, que solo confian en sus caballos y carros de guerra, dijesen con ufana impiedad: *el Señor no lo ha de ver:, ni lo ha de entender el Dios de Jacob*: (2) llegó nuestra hora: *oprimamos de una vez al varon justo desamparado en su pobreza*: *no respetemos las canas de los muchos años*: *sea la fuerza que tenemos, la ley* de nuestra justicia, y *reputemos por cosa inútil lo que es débil.* (3) ¿Quién lo duda? El inspirador de los engaños y de ciertos amaños, amasados entre dolos y simulaciones hipócritas, no anda lejos de los congresos tenebrosos, de los cuales huye la honra del príncipe, y la noble y franca conversacion del hidalgo. El tiempo lo esclarecerá todo; pero quien conozca un poco lo que es la malicia de Satanás, motivos tiene para creer, que él ha andado entre los que se confabularon, para llevar los negocios mundanos á un punto convenido, en el cual por medios inícuos se consiguiese últimamente, que se dejase abandonado al Vicario de Cristo.

No dudamos bajo ningun concepto publicar los verdaderos razonamientos de Satanás cuando nos atrevemos á decir los que tuvo en su furiosa rábia, al ver consumada la obra admirable del diez y ocho de julio del presente año. El Papa, dijo hablando con sus ministros, ha sido declarado infalible por los pastores de la Iglesia católica. ¡Temerarios! ¿Quién ha oido jamás tanta necedad? ¿infalible un hombre, cuando nos equivocamos nosotros en cuanto intentamos hacer contra el hijo de Nazareth? ¡Soñadores! ¿De dónde les ha venido á esos Obispos ese don que se arrogan de declarar á su Papa, sol que da luz á los planetas, ó manojo de trigo, delante del cual se inclinen los demás: y le adoren como á Vicario de ese

[1] Div. Leo. Magn., Serm. XI de Passion Dom.
[2] Isa., cap. XIV v. 9.
[3] Is., cap XIX, v. 11.
[4] Ibid., v. 13.
[5] Encíclica *Respicientes ea.*

(1) Jer., cap. XLVI v. 12
(2) Ps. XCIII, v. 7.
(3) Sap., cap. II, vv. 10 á 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Profeta de la Galilea, á quien detestamos? Dispersémoslos, y veremos qué les aprovechan sus sueños. (1) Ahoguemos vivo á ese Papa, que ha confirmado esta doctrina: levantemos contra él un caudillo: entremos en el corazon de consejeros de nuestra estofa, y destruyámoslo, empleando para eso todas las fuerzas de nuestro poder. Entraremos en la ciudad, donde tiene su trono: lo cubriremos de ignominia arrojando sobre él todo el lodo de los ludibrios: haremos que lo llamen *hipócrita é impudente,* (2) *testarudo y obcecado* y de una *ceguedad imperdonable en sus sentimientos de ódio hácia sus súbditos:* (3) publicarémos que es un *simple sacerdote, que ha oprimido siempre su patria, sacrificando los hombres á su ambicion;* que ha sido *un agente de policía del extranjero en Lombardía y Venecia;* que en *Roma, en Nápoles y Silicia , en vez de ocuparse en su ministerio religioso, no ha hecho mas que dar ayuda á autoridades despóticas y sanguinarias,* que es *un blasfemo contra la libertad, que prefiere la Italia esclava á la libre y una, y que todos los hombres* aborrecen á ese simple sacerdote. (4) Lo llamaremos *enemigo de la familia humana, que no quiere vivir con ella, y hasta ignorante* de lo *que saben los niños,* á quienes no se les esconde *que su maestro enseñó que su reino no era de este mundo.* (5) Lo presentaremos á las gentes en pinturas inmundas, pondremos en derrision su pretendida autoridad, lo despojarémos de cuanto tiene; y para aniquilarlo para siempre, gritaremos por todas partes, que los que consuman esta gran obra de nuestra protesta, son hijos acendrados y piadosos del Papa, católicos como ninguno, y amantes de la religion y de la justicia como no los ha habido jamás. (6)

Hé aquí los pensamientes de Satanás puestos en práctica por sus satélites: levantáronse sus huestes, conmo-

(1) Gen., cap. XXXVII, v. 20.
(2) Gazzetta di Roma, 3 de Tetiembre de 1870, pag. 2ª col. 2ª, lin. 60.
(3) Gazzetta del Popolo, 7 Ottob., pág. 53, col. 2ª, lin. 32.
(4) Idib., 13 Ottob., pág. 77, col. 2ª, lin. 36.
(5) Ibid., 11 Ottob., pág. 70, lin. 32.
(6) Ibid., 4 Ottob., pág. 55, lin. 14.

viendo y animando á otras para consumar la empresa: *presentáronse* todas sobre la *anchura de la tierra, y rodearon los reales de los santos, y la ciudad escogida.* (1) Cuanto pudo sugerir á Satanás su malicia, lo hemos visto, ú oido ó leido: hemos oido el horroroso estruendo de la artillería que vomitó fuego y hierro sobre la cátedra de Pedro para aniquilarla: hemos visto horrorizados las caricaturas más insolentes, que variaban cada dia, entre las cuales habia alguna que representaba el entierro de la infalibilidad: han llegado á nuestros oidos las voces de los desalmados, que con ecos roncos por la embriaguez del vino y de la impiedad, iban á gritar cerca del Vaticano donde está el venerable cautivo: *vivo ahora la infalibilidad*: hemos leido con la sangre helada, los dicterios que podia pronunciar Lucifer en el infierno, pero que nosotros no podemos repetir: hemos leido un nuevo catecismo de doctrina, cual no lo hubiera escrito Juliano ó Porfirio, en el cual se dice, que cierto rey es *uno en naturaleza, con tres personas realmente distintas,* las cuales son *ese rey, y su hijo, y el espíritu de libertad;* (2) que la señal de la cruz se hace en el nombre de esas tres personas; (3) que ese rey dará en el Capitolio toda clase de placeres sin mezcla de dolor; (4) que la fe, la esperanza y la caridad consisten en *creer en ese rey, en invocarlo, y en amarlo sobre todas las cosas;* (5) y que el Padre-nuestro se reduce á bendecirá ese rey y á hacer en todo su voluntad, y á pedirle armas, para matar hombres sin cuento. (6)" ¿Quién puede continuar refiriendo tantas blasfemias sacrílegas, y una derrision tan abominable de lo más santo y augusto que hay, de la Santísima Trinidad, de nuestro adorable Redentor, de su oracion divina, de las virtudes que nos hacen hijos de Dios y herederos del cielo, y de todo cuanto nos enseña Jesucristo en el santo Evangelio.?

[1] Apoc., cap. XX, v. 8.
[2] Dottrina di Vittorio Emmanuele II. Milano 1870, tipograf. Aut. Edit., propietá de Luigi Garbagnati, 1ª parte domanda 8, 9, 11.
[3] Domad. 2.
[4] Ibid., 6.
[5] Par. 3ª, Domand. 4.
[6] Doctr., par. 5ª, domand. 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, viéndose palpapablemente en estos acontecimientos la mano oculta de Lucifer, y debiendo los creyentes dar gloria á Dios, cuando sus enemigos lo insultan, para alabarlo y bendecirlo con alegría espiritual en el dia de su triunfo, que tarde ó temprano ha de venir, no es justo callar la historia de los improperios de nuestro Padre Santísimo; pues así resalta mas la malicia del enemigo, se ve mas clara la santidad de la víctima, y se verá tambien con mayor evidencia la virtud del Todopoderoso. Diremos por tanto, que hemos visto á la ciudad santa oprimida materialmente por millares de ladrones, inundada de libros impíos y obscenos, plagada de las inmundicias de Nínive en los dias de Sardanápalo, y contaminada con escenas semejantes á las que se vieron en Jerusalen en el dia de la inmolacion del Justo por esencia. Se habia privado al Santo Pontífice de la libertad, ocupado su ciudad, robado sus bienes y vaciado su tesoro: rodeaban su morada soldados sacrílegos, se registraba á los que salian de ella, se abrian y eran detenidas las cartas que se dirigian al Vicario de Cristo, y entretanto, se decia con sarcasmo: *el Papa está libre ¿por qué no sale? Salga el Papa, pues queremos rendirle honores de Rey.*

Gravísima es esta materia, y se presta por sí sola á reflexiones sérias y profundas. Regístrese el Evangelio, y se encontrará entre estos hechos y estas palabras de los revolucionarios el paralelismo mas acabado con lo que ocurria y se decia en los momentos de la crucifixion del Redentor. Hé ahí lo que decian los fariseos al justo por esencia paseándose por delante de la víctima que aplacaba al cielo: *¡Hola! tú, que destruyes el templo de Dios, y lo vuelves á edificar en tres dias, sálvate ahora á tí mismo: si eres hijo de Dios, baja de la cruz: si es Rey de Israel baje de la cruz, y creeremos en él.* (1) Absteniéndonos por ahora de dar mayor extension á la calificacion de estos hechos, solo diremos con lástima cuán desgraciado es el pueblo, á quien le ha cabido la triste suerte de parodiar á la nacion deicida. Porque ¡ay! la víctima estaba dispuesta el veinte de setiembre; fariseos, escribas y personajes sacrílegos abundaban por todas partes, solo los verdugos destinados á consumar el martírio del Vicario de Cristo no habian llegado; y eso, no por falta de voluntad de los revolucionarios, sino porque Dios no da potestad al infierno para que se encruelezca hasta el punto que él señala, así como no permitió á Satanás que quitase la vida á Job, dándole tan solo licencia para que destruyese sus hijos y sus haciendas, y lo plagase de úlceras sin tocar á su vida corporal. (1) Entre tanto, un pensamiento luctuoso abruma nuestra alma: á la parodia sarcástica de los hechos antiguos seguirá quizás otra bien terrible. La víctima está levantando sus manos al cielo, para que perdone á los revolucionarios el crímen que han cometido: no ha derramado aquella su sangre, pero el conato no ha faltado: á la parodia del crímen deicida ha de suceder la de la expiacion. *Tito podrá venir*, y con él muchas ruinas.

[1] Mat., cap. XXVII, vv. 40, 42.

En presencia de estos acontecimientos el mundo creyente se encuentra en el caso de los que observan desde una ribera la tempestad que rodea con sus olas la nave valerosa que combate con ellas: parécele al observador lejano que las sumergen cada vez que la embisten, y no es así. Todo este tumulto levantado contra el sucesor de San Pedro, no es más que la protesta ruidosa que el infierno ha hecho contra el dogma declarado últimamente por la Iglesia sobre la infalibilidad del magisterio universal del Romano Pontífice. Es lo mismo que está haciendo Lucifer desde el momento de su rebelion; lo mismo que hizo, hace ya trescientos cincuenta años, con fracaso y estrépito, cuando suscitó contra la autoridad del Vicario de Cristo á monjes y sacerdotes relajados, á reyes y príncipes voluptuosos, y á pueblos entregados á la licencia y al desenfreno de las pasiones, á quienes dió por enseña de su cristianismo negativo el nombre mas específico de su orgullo: *Protestantismo*. Grande es el ruido de la tormenta que el infierno ha suscitado, y no puede uno ménos de preguntar: ¿Qué sucederá? ¿En qué parará esta confusion espantosa, que la revolucion ha sembrado en la sociedad? Solo Dios sabe lo que sucede-

[1] Job., cap. II v. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá; pero en cuanto á la Iglesia y á su cabeza visible, el mundo creyente ya sabe lo que tiene que suceder.

En cuanto al espíritu rebelde, sabemos que quedará despues de esta tentativa tan vencido como en las anteriores, pero tan obstinado como antes, y tan dispuesto á continuar su guerra encarnizada contra el Vicario de Cristo. Pero tambien sabemos infaliblemente, por habérnoslo asegurado el mismo Jesucristo, que mientras la Iglesia milite en la tierra ha de permanecer sólida y estable, fundada sobre Pedro y sus sucesores; pues á todos estos ha dicho en la persona de aquel: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra he de fundar mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevaleceran contra ella:* (1) *los cielos y la tierra pasarán: pero mis palabras no pasarán.* (2) Haga, por tanto, Lucifer cuanto quiera: suscite emperadores tan poderosos como Trajano y Maximiano, tan filósofos como Marco Aurelio, tan hipócritas y astutos como Juliano, y tan feroces como Domiciano: forme ligas con todos los reyes de la tierra: proporcione á los herejes acervos de oro tan altos como los montes de Himalaya, naves tan numerosas como robles hay en las montañas: forme ejércitos como los de Jerjes y Alejandro: convoque á todos los cismáticos, herejes, sectarios, carbonarios, masones, filósofos, revolucionarios y políticos de mala ley; haga, repetimos de nuevo, lo que ha hecho tantas veces ya; pues nosotros sabemos, y podemos decirlo desde ahora, que en la mayor batalla que puede presentar contra la roca del edificio de la Iglesia católica, ha de quedar derrotado; y que Pedro lo ha de hacer bambolear como á un ébrio, quedando tambien sus cooperadores tan batidos y derrotados, como los ha derrotado hasta hoy.

Esta es la fe católica, este el derecho divino del romano Pontifice; derecho que pretende destruir Satanás auxiliado por sus servidores, de quienes se apodera con sus sugestiones malignas, para tener siempre legiones que militen á sus órdenes. Y esta es la unidad favorita que en su rábia y obcecacion ha opuesto á la unidad

[1] Mat., cap, XVI, v. 18.
[2] Ibid., cap, XXIV, v. 35.

esencial de una cabeza en el cuerpo místico de Jesucristo. Cuando hemos expuesto hasta ahora respecto de esa sublimísima personalidad del Vicario de Cristo, está basada en las palabras del mismo Cristo; y lo hemos hecho impulsados por el deseo que nos anima, de salir al frente contra esas doctrinas impías que corren por el mundo, y ora atraviesan los mares llevadas en las alas de los vientos, ora recorren en pocos dias grandes trayectos arrastradas por el vapor, ora se precipitan con más velocidad que el vuelo del águila por hilos eléctricos. Ahora vamos á entrar en consideraciones no ménos fundadas que las precedentes, ni ménos necesarias para saber lo que es el verdadero derecho. Si en lo que hemos dicho hasta este momento, está interesada la religion ultrajada por los ardides de Lucifer; en lo que diremos están interesados los principios inmutables de la justicia y del derecho, cuyas nociones esenciales y primordiales ha pretendido tambien Lucifer trastornar y oscurecer, sustituyendo al derecho natural y legítimo, otro bastardo é ilegal, que tiene su orígen en el crímen y en las pasiones, y su sancion en la fuerza.

CAPITULO VI.

EL MEJOR DERECHO DE REINAR.

Como preámbulo de lo que hemos de afirmar, tenemos que explicar ante todo lo que hay de verdadero en el órden social establecido por Dios para el bien temporal de los hombres. Hombres, que ampulosemente se llaman filósofos, han intentado trastornar los principios fundamentales del derecho público, abriendo una fosa para enterrar en ella el dercho divino y la revelacion, y un campo anchísimo á las disensiones y combates que han producido sus doctrinas, quitando la paz de la tierra. Y como estos nuevos elementos de derecho convergen todos á constituir el principio de autoridad en el pueblo; por eso estamparémos aquí otros principios; pero principios de verdad eterna, que Dios nos ha revelado. Di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá; pero en cuanto á la Iglesia y á su cabeza visible, el mundo creyente ya sabe lo que tiene que suceder.

En cuanto al espíritu rebelde, sabemos que quedará despues de esta tentativa tan vencido como en las anteriores, pero tan obstinado como antes, y tan dispuesto á continuar su guerra encarnizada contra el Vicario de Cristo. Pero tambien sabemos infaliblemente, por habérnoslo asegurado el mismo Jesucristo, que mientras la Iglesia milite en la tierra ha de permanecer sólida y estable, fundada sobre Pedro y sus sucesores; pues á todos estos ha dicho en la persona de aquel: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra he de fundar mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevaleceran contra ella:* (1) *los cielos y la tierra pasarán: pero mis palabras no pasarán.* (2) Haga, por tanto, Lucifer cuanto quiera: suscite emperadores tan poderosos como Trajano y Maximiano, tan filósofos como Marco Aurelio, tan hipócritas y astutos como Juliano, y tan feroces como Domiciano: forme ligas con todos los reyes de la tierra: proporcione á los herejes acervos de oro tan altos como los montes de Himalaya, naves tan numerosas como robles hay en las montañas: forme ejércitos como los de Jerjes y Alejandro: convoque á todos los cismáticos, herejes, sectarios, carbonarios, masones, filósofos, revolucionarios y políticos de mala ley; haga, repetimos de nuevo, lo que ha hecho tantas veces ya; pues nosotros sabemos, y podemos decirlo desde ahora, que en la mayor batalla que puede presentar contra la roca del edificio de la Iglesia católica, ha de quedar derrotado; y que Pedro lo ha de hacer bambolear como á un ébrio, quedando tambien sus cooperadores tan batidos y derrotados, como los ha derrotado hasta hoy.

Esta es la fe católica, este el derecho divino del romano Pontifice; derecho que pretende destruir Satanás auxiliado por sus servidores, de quienes se apodera con sus sugestiones malignas, para tener siempre legiones que militen á sus órdenes. Y esta es la unidad favorita que en su rábia y obcecacion ha opuesto á la unidad

[1] Mat., cap, XVI, v. 18.
[2] Ibid., cap, XXIV, v. 35.

esencial de una cabeza en el cuerpo místico de Jesucristo. Cuando hemos expuesto hasta ahora respecto de esa sublimísima personalidad del Vicario de Cristo, está basada en las palabras del mismo Cristo; y lo hemos hecho impulsados por el deseo que nos anima, de salir al frente contra esas doctrinas impías que corren por el mundo, y ora atraviesan los mares llevadas en las alas de los vientos, ora recorren en pocos dias grandes trayectos arrastradas por el vapor, ora se precipitan con más velocidad que el vuelo del águila por hilos eléctricos. Ahora vamos á entrar en consideraciones no ménos fundadas que las precedentes, ni ménos necesarias para saber lo que es el verdadero derecho. Si en lo que hemos dicho hasta este momento, está interesada la religion ultrajada por los ardides de Lucifer; en lo que diremos están interesados los principios inmutables de la justicia y del derecho, cuyas nociones esenciales y primordiales ha pretendido tambien Lucifer trastornar y oscurecer, sustituyendo al derecho natural y legítimo, otro bastardo é ilegal, que tiene su orígen en el crímen y en las pasiones, y su sancion en la fuerza.

CAPITULO VI.

EL MEJOR DERECHO DE REINAR.

Como preámbulo de lo que hemos de afirmar, tenemos que explicar ante todo lo que hay de verdadero en el órden social establecido por Dios para el bien temporal de los hombres. Hombres, que ampulosemente se llaman filósofos, han intentado trastornar los principios fundamentales del derecho público, abriendo una fosa para enterrar en ella el dercho divino y la revelacion, y un campo anchísimo á las disensiones y combates que han producido sus doctrinas, quitando la paz de la tierra. Y como estos nuevos elementos de derecho convergen todos á constituir el principio de autoridad en el pueblo; por eso estamparémos aquí otros principios; pero principios de verdad eterna, que Dios nos ha revelado. Di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cen pues estos elementos de derecho natural, divino y de gentes, que *Dios crió al hombre de la nada, y lo hizo conforme á su imágen:* (1) que *le dió* derecho de *potestad sobre las cosas que hay en la tierra:* (2) y que *puso al frente de cada pueblo uno que lo gobernase.* (3) Este es el derecho divino, el natural y de gentes. En él está fundado el derecho de propiedad y de posesion legítima: en él tambien está el derecho de autoridad, con que manda el jefe de la nacion; y en su presencia quedan reducidos á la nada los llamados *derechos del hombre*, los titulados *derechos de la sociedad*, los aclamados *derechos del pueblo*, los apellidados *derechos ilegislables*, si no tienen una conformidad perfecta con los que Dios ha revelado, é impreso en el corazon de cada hombre. Con esta antorcha en la mano, vamos á considerar el mejor derecho de reinar que reside en el Sumo Pontífice; para que considerándolo bajo tres aspectos, aparezca claro como la luz, que los medios adoptados para privarle de sus dominios temporales son otras tantas sugestiones malignas, ora en la teoria, ora en su ejecucion.

§. I.

La voluntad de Dios.

No puede llegar á comprenderse en toda su latitud el crímen cometido en el despojo violento é injusto de los dominios temporales de la Santa Sede apostólica, ni saberse todo lo que tiene de inícuo y sacrílego, si no se pone antes en la balanza de la razon el derecho y la justicia con que el romano Pontífice posee la dignidad Real; si no se aprecian en el valor que tienen los principios falsos y erróneos de un nuevo derecho, que se ha pretendido establecer, para llegar á consumar este atentado, y los medios reprobables, que con su malicia infernal han

[1] Eccli., cap. XVII ,v. 1.
[2] Ibid., v. 3
[2] Ibid., v. 14.

ido encadenando algunos poderosos, para formar como una escalera al cadalso, sobre el cual iba á sufrir la pena capital la personalidad Real mas sagrada y venerable que se ha conocido en el mundo desde que hay reyes. Preciso es para el caso referir hechos históricos; y aunque tengamos que prescindir de la brevedad en su relacion, no podemos menos que comentarlos, desentrañando el sentido que contienen, la filosofia santa que encierran, el derecho invariable que manifiestan, y descubriendo en ellos la Providencia divina y sus designios, y hasta entreviendo tambien en ellos la voluntad expresa de Dios, que así lo tenia decretado.

La dignidad régia é imperial del Vicario de Cristo es un hecho, cuyo preámbulo y cuyo desenvolvimiento cuentan una série de catorce siglos. Sabido es, que tan pronto como Constantino recibió la fe de Jesucristo, y dió decretos para que en todo el orbe conocido y subyugado por las águilas romanas, quedase proscrita la idolatria, se retiró de Roma, trasladando la capital del imperio á la ciudad de Bizanzo, que desde entonces cambió su nombre en el de ciudad de Constantino. Este hecho significa mucho: significa que el primer emperador cristiano reconoció en el romano Pontífice algo que era mucho mas que él; dejándole por lo mismo el puesto que él ocupaba en Roma, por causarle cierto rubor tener su trono imperial allí donde existia un soberano que representaba al emperador de los siglos, al rey de los cielos y tierra. Digan lo que quieran los émulos de la dignidad régia de los sucesores de san Pedro, ó inventen lo que gusten los hombres de la revolucion y la democracia, pues nunca podrán convertir la historia en fábulas ó en mitología; la historia verdadera nos dice, que cuando el águila romana tuvo dos cabezas con corona imperial, mirando una Oriente y otra al Occidente, los emperadores de Oriente vivieron en Constantinopla, mientras que los pocos que hubo en Occidente vivian en Milán ó en Aquileya ó en Rávena; pues no parece sino que veian en Roma una sombra que los aterraba y los alejaba de allí. Eran los preámbulos de la dignidad Real del Vicario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Cristo, que precedian á la aparicion completa, como la aurora se deja ver antes que salga el sol. Habia cónsules, y existia el senado; pero tambien es cierto que cuando el feroz Atila bajaba contra Roma con los ojos chispeando de furor, y haciendo retemblar la tierra con sus caballos y sus huestes, solo le salió al encuentro en las márgenes del Po el inmortal san Leon Magno, como el defensor de Roma, como aquel que tenia á su cargo la incolumidad de Italia. Quien no ve en esto una soberania que empieza á desenvolverse, no ve en la historia ni filosofia ni enseñanza.

Acontecimientos espantosos había en aquella época: una especie de impulso mas que humano llevaba á los bárbaros del Norte al corazon del imperio romano, que languidecia en su cabeza y en sus miembros: todavía vivia el gran Doctor de la Iglesia san Jerónimo, quien por algunos meses no pudo menos de estar repitiendo con lágrimas aquellos versos del poeta romano: *Urbs antiqua ruit, multos dominata per annos.* Habia decretado el cielo que aquella ciudad, cuyos hijos se habian hecho solidarios de todas las idolatrías del mundo, cuyos emperadores habian pasado tres siglos martirizando á los confesores de Cristo, no dejando sin el martirio á ningun Pontífice romano, é inundándola con la sangre de seis millones de víctimas sagradas, quedase reducida á ruinas, las cuales estubiesen hablando para siempre á los hombres y les dijesen: mirad como pasan los imperios que no se fundan en la justicia y la equidad. Aquel Júpiter capitolino, de quien decian los romanos que disparaba rayos, con toda la turba de dioses subalternos, que era ya mas numerosa que la que nacia á los egipcios en un plantel de cebollinos, habia de bajar á la nada; aquellos quinientos templos, monumentos del impudor, habian de desaparecer; aquel monte palatino, morada lúbrica y sanguinosa de los Césares de Roma, se habia de volver un monton de ruinas, visible aun despues de catorce siglos. Todo esto tenia que acontecer, para dar sepultura al imperio de Roma pagana, y levantar sobre sus ruinas las monarquias de la fe de Cristo.

Entonces fué, cuando la divina Providencia empezó á

significar por los acontecimientos, que el Vicario de Cristo estaba destinado á ser rey; pues, desapareciendo del mundo y de la sociedad el rey impío que se llamó rey de Italia, y dejando abandonadas sus risueñas campiñas á nuevos invasores, parciales de otros tiranuelos, los emperadores de Oriente, que aun se daban el título de romanos, tuvieron los Papas que tomar á su cargo la defensa de aquellos pueblos, así como tenian constantemente ocupada su atencion en defender su fe. Entonces fué, cuando el romano Pontífice se dejó ver como rey de Italia y soberano temporal de Roma. Y no se diga jamás que esto sucedió por consentimiento de los pueblos, ni por su aceptacion, porque la autoridad Real nunca necesitó de aceptacion ni de consentimiento para existir, por llevar en su naturaleza la necesidad de ser acatada por los pueblos. Ni tampoco la dignidad Real tuvo su orígen, sino en decretos de la Providencia, que lleva las cosas á su fin con fuerza y suavidad. (1) Hay un rey que lo es esencialmente, rey de cielos y tierra, de los Angeles y de los hombres, y de cuanto existe, visible é invisible: todo el mundo es su reino, y él mismo dice á los reyes, que no son reyes en su presencia, sino ministros de su reino universal. (2) Y ¡qué! ¿Habria dejado abandonado á los caprichos de los hombres, á las exaltaciones de las pasiones, la aceptacion de la dignidad que él confiere? ¿No nos dice él mismo, que él es quien forma los reinos y los traslada, (3) y que castiga á los reyes protervos, privándoles de su reino, para que *conozcan los vivientes, que el Altísimo es quien tiene el dominio en el reino de los hombres; y que lo dá á quien quiere, y coloca en el trono al mas bajo en los hombres?* (4) No hubo en la instalacion de la dignidad Real del romano Pontífice ninguna de esas nuevas teorias, que han nacido hace poco, las cuales estando todavía como niño entre pañales, llevan la tendencia de inundar la sociedad en lagos de sangre. Hubo, si, un designio palpable de la Providencia de Dios, manifesta-

(1) Sap., cap. VIII, v. 11.
(2) Ibid., cap. VI, v. 5.
(3) Dan., cap. II, v. 21.
(4) Ibid., cap. IV, v. 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do en las acciones heróicas de los soberanos Pontífices, y una manifestacion espontánea y como instintiva de los hombres; quienes, desde que el mundo social existe, al ver que entre las masas del pueblo perseguido y atribulado, descuella un hombre que espone su vida por él y lo defiende de los que lo atacan, lo llama sin idea preconcebida su salvador, su caudillo, su cabeza, su señor, gritando por un instinto racional: *Viva el rey.* De tal manera que ni él lo elige, ni le dá autoridad, ni lo coloca en el trono, ni hace más que acatar la autoridad, y aclarar al rey que Dios tenia elegido, manifestando este Señor su voluntad por los acontecimientos que permite y enlaza con fuerza y suavidad.

Y es prueba evidente de esto la elevacion á la dignidad real de Saul. Sabia el pueblo de Israel que Dios era su rey, mas no contento con tener defensores en los jueces que Dios suscitó por espacio de tres siglos, quiso que hubiese reyes como los habia en otras naciones, quienes por derecho hereditario trasmitiesen á sus descendientes el derecho de reinar y el cargo anejo de defenderlos de los enemigos. (1) Escogió Dios el rey, y lo mostró Samuel al pueblo, diciéndole que viese cuán bello y bien formado era; puesto que con gracia y gallardía levantaba su cabeza sobre las de todos, no habiendo en el pueblo de Israel quien se le pareciese; y bastó esto para que el pueblo dijera: *Viva el rey.* (2) No faltaron hombres malos que dijesen, que aquel jóven no los defendería; pero esto no impidió que el pueblo aclamase á su rey, le siguiese el ejército, y aquel le rindiese homenaje llevándole regalos. Claro está en esto el instinto de los hombres que saben, sin que nadie se lo enseñe, que el rey es para defender á su pueblo hasta dar la vida por él. ¿Es por tanto extraño que el pueblo romano, atacado por los hunos y los lombardos, y abandonado de los emperadores, comprendiese que el único que lo defendía era el Sumo Pontífice? ¿No habian visto á este los romanos ir hasta la alta Italia, para contener à Atila? ¿No lo habian visto interponer su mediacion para con el bárbaro

[1] I Reg., cap, VIII, v. 5
[2] Ibid., cap, X, v. 24.

Genserico, suplicándole que no incendiase la ciudad, y cohibiese los excesos de sus soldados, no permitiéndoles matar á nadie ni cometer violencias de ninguna especie?

Cuando acaecian en Roma estas desventuras, había en ella dos clases de ciudadanos: cristianos y paganos: aquellos sabian que por espacio de tres siglos los Papas habian sido los que, por cuantos medios tenian á la mano, los defendian de la persecucion, ó los fortificaban con su palabra, para que no desfalleciesen en ella. Tampoco se les ocultaba que eran deudores al gran Pontífice San Silvestre de cuanto habia decretado Costantino, para dar á los que profesaban la religion de Cristo los derechos que las leyes bárbaras de los perseguidores les habian quitado. Era conocido todo esto, y muy sabido de los primeros, ora por la tradicion y por la historia, ora además porque habia entre ellos algunos ancianos venerables, testigos oculares de los beneficios sin fin, qué habian recibido de los sucesores de san Pedro en aquellas calamidades. Y tanto los primeros como los segundos sabian muy bien que, despues de concluida aquella dinastía destructora de Roma, los emperadores vivian en Oriente, importándoles bien poco la incolumidad y seguridad de los romanos; pues si alguna vez venia allá algun general del imperio, era más para destruir que para edificar; entre tanto, su amparo único era la proteccion del Sumo Pontífice. En el órden, que llamaremos político, Roma no tiene rey: pero en el providencial, en el social, en el sentimiento del pueblo, lo tenia: este rey era el padre que miraba al pueblo romano como á un hijo: el varon intrépido, que salia al encuentro al enemigo para aplacar sus iras: el hombre que defendia los derechos de la sociedad, el romano Pontífice. Por consiguiente, los imperceptibles restos de los paganos, y todos los moradores de Roma, sin necesidad de idea preconcebida ni deliberacion tomada, vieron en el Vicario de Cristo la dignidad Real, y la acataron como dignidad bajada del alto cielo.

Bien examinados estos hechos, se prestan á grandes consideraciones; no siendo la menor la deferencia inmensa que hay en el modo cómo los demás jefes de las mo-

narquías actuales se establecieron ellas en su principio. Las ruinas de las ciudades estuvieron diciendo por muchos años, que habian pasado por allí los hombres feroces del Aquilon, que al entrar en ellas venian cubiertos de pieles de osos y de renos, y despues las mudaron en púrpura de Tiro, cambiando tambien su rodela de cuero, en escudo guarnecido de brillantes con centro de oro. Diferencia hay, por cierto, y distancia infinita, entre ganar una corona dando lanzadas y mandobles al pueblo que resiste al invasor, echando á tierra palacios y cabañas, y derramando sobre un pueblo entero torrentes de ferocidad, en que tuvo que estar anegado antes de empezar á sentir los bienes de un nuevo órden público, y entre ser rey por haber llenado de bendiciones á una nacion, por haber enjugado sus lágrimas y reparado sus ruinas. Si en los acontecimientos humanos que han preparado la elevacion de un hombre á la dignidad real, debemos ver oculta la mano de Dios que se sirve hasta de las pasiones humanas algunas veces, para que se cumplan sus designios, en estos nos vemos precisados á confesar que se advierte clara y ostensiblemente la voluntad divina. Por lo demás, hay que convenir, en que los pueblos todos del mundo confesaron de una manera solemne que ellos lo creian así, y lo demostraron con sus obras conformes en un todo al derecho natural, como diremos ahora.

§ II.

El derecho público y de gentes.

Cuando la religion dá vigor á las naciones, estas no pueden menos de dar sancion solemne á las instituciones fundadas en justicia y en derecho. Y esto sucedió con la dignidad Real del Sumo Pontífice; concurriendo en ello circunstancias notabilísimas, que revelan en los reyes y pueblos la conviccion íntima que abrigaban en su pecho, de que el soberano de Roma era mas rey que los

otros reyes; que habia en su dignidad Real algo muy sublime que ellos no tenian; que era él como el gran anillo de oro, del cual pendian todos los cetros, y que su trono ocupaba una prominencia, desde la cual en grados descendentes iban colocándose los suyos. Para negar esto, como lo han intentado negarlo los hombres del derecho revolucionario, es preciso divorciarse de toda la historia; es preciso más: es necesario condenar á las llamas las páginas gloriosas de la historia de todas las monarquías europeas, fundadas por los reyes cristianos, ó más propiamente dicho, por los Papas y los Obispos que dirigieron á las monarcas en el espacio de muchos siglos. Si no se descubre esa sublime filosofía en los hechos de los reyes, no se hallará jamás la clave para explicar por qué Clodoveo, primer rey cristiano de Francia y Europa, envia al Papa su corona y su espada, haciéndose tributario: por qué Carlo Magno sigue al pasar los Alpes las mismas huellas de Aníbal, para volar con legiones á deshacer al rey lombardo, que ha tenido la osadía de aplicar arietes à los muros de Roma: por qué, cuando el excomulgado Enrique de Alemania, asedia la ciudad santa, se levantan príncipes y pueblos, y lo arrojan de su consorcio y de su trono: por què los concilios generales deponen á los Federicos, que se atrevan contra el Papa: por qué san Enrique de Alemania, san Estéban en Hungría, la dinastía de Kent en Inglaterra, y con ella san Eduardo, los Alfonsos en España y en Portugal, hacen, unos en todo y otros en parte, que sus reinos sean tributarios de la Santa Sede Apostólica; y por fin, por qué, cuando los monarcas de España y Portugal iban descubriendo islas y continentes lejanos, ó abriendo un nuevo camino á la China y al Japon, acudieron al Vicario de Cristo, á fin de que declarase los derechos de cada uno, y se lo diera expreso y terminante para poseer legítimamente los reinos que descubriese, sin faltar á la justicia, y aquellos que en guerra justa conquistasen de fieles y paganos. Hubo en esa larga série de siglos reyes disolutos y altaneros; que no respetaron este derecho público, que los demás reconocian en el rey de Roma; pero tal proceder solo contribuyó á que la dignidad real de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Sumos Pontífices se presentase más magestuosa, quedando los nombres de los príncipes revoltosos execrados para sus contemporáneos, ennegrecidos para los anales, y como padron de innobilidad para sus descendientes.

Esta es la historia de lo que ha pasado en el mundo: historia que nuestra conciencia no nos permite alterar ó corromper, y que no podemos fingir. Hay en ella grandes significaciones respecto del orígen de la dignidad Real del Sumo Pontífice, y del modo cómo la tiene unida á la sublime personalidad de su oficio en la Iglesia de Cristo. Confesaban los reyes en esos hechos, que en el órden de las cosas humanas tenia aquella dignidad un principio nobilísimo en su misma cuna, que ninguno de ellos, ni sus dinastías habian tenido. Tomemos, en efecto, los nombres de los monarcas más ennoblecidos por su remotísima antigüedad, y examinemos las circunstancias de los acontecimientos humanos que los acompañaron en su elevacion al trono, y veremos en su parte menos fea quizás, el derecho de conquista; pero esto mismo es un derecho nacido y germinante en lagos de sangre, lo que no encontraremos en la formacion de la monarquía de los Sumos Pontífices; pues no causaron jamás ni una orfandad, ni una viudez, ni derribaron alcázares agenos, ni tomaron reino de otro; antes por el contrario, se expusieron á peligros por defender al pueblo que era víctima de vejaciones injustas, gastaron en socorrerlo cuanto tenian, y dieron su vida por él durante muchos siglos. Además, si se abren los libros genealógicos de los reyes mas grandes de la tierra, por larga que sea su ascendencia, al fin se llega á un nombre, cuya calificacion es la de un huno, un ostrógodo, un vándalo, ó un hérulo, venido del Norte, donde no se sabe si era un salvaje, ó un asesino. Y por cierto, muy léjos está de acontecer esto en la dinastía del Vicario de Cristo, cuya ascendencia va de un sábio á otro, de un justo á otro mayor, de un Santo á un Mártir, de un Mártir á un Apóstol, de Pio á Gregorio, de Gregorio á Alejandro, Anacleto, Leon, Clemente y Lino, de Lino á Pedro, de Pedro..... ¡ah! Al llegar aquí esta genealogía del Pontífice-rey, se abre un horizonte inmenso de luz, que deslumbra al hombre increyente, que no sabe fijar su vista sino en cosas terrenas, ni descubrir en los acontecimientos humanos, ni elevacion de ideas, ni filosofia siquiera natural, ni grandeza del hombre, no obstante que encierra alguna envidiada de los Angeles: de Pedro, repetimos al rey de los reyes, al monarca universal, á Cristo.

Conocidas son por la fe y por la historia las dos genealogías de Jesucristo: Cristo en el órden visible é invisible es rey, y fué rey, cuando apareció entre los hombres, lleno de gloria, de gracia y de verdad. Segun el derecho de sucesion hereditaria publicado por Dios mismo para su ascendencia en la naturaleza humana, Jesucristo lo tenia al nacer, para ocupar el trono de su padre David; pues así se lo habia prometido Dios mismo con juramento. (I) No se sentó en este trono, vacante entonces por la usurpacion de un idumeo que lo habia comprado á los Césares de Roma, por los altísimos juicios de su sabiduría eterna; pero, si no quiso el hecho, no renunció al derecho; pues para la existencia de este, nada tiene que ver aquel, siendo cierto é indisputable que, así como los hechos consumados no son argumento de derecho existente por sí solos, tampoco el derecho estriba en los hechos para su existencia, sino en la verdad y justicia.

Además, Jesucristo era Sumo Sacerdote, y de hecho nadie lo creyó como tal, pues ninguno de los judios entre quienes vivió, comprendió que su altar era la cruz, su hostia su cuerpo, y el sacrificador él mismo. El derecho de este Sumo Sacerdote estaba escrito en los decretos eternos; (2) el hecho lo veian cuantos asistian á su muerte; pero la grandeza de su Sacerdocio, la virtud del Sacrificio, sus efectos inefables, y aquella union íntima é inseparable que tenian en su persona divina y en la naturaleza humana la dignidad Real y la Sacerdotal, eran secretos que él solo conocia entonces, y se harian claros y manifiestos despues á cuantos creyesen en él.

[1] Psal. CXXXI, v. 11.
[2] Ibid, CIX, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto creyeron los Apóstoles y con ellos lo creyó siempre la Iglesia católica: esto mismo anunció Dios al mundo entero, presentándole aquel gran tipo de los tiempos de Abraham, el cual apareció en la sociedad, sin que la historia refiera su genealogía, (1) y se dejó ver como figura admirable de Jesucristo, rey inmortal de los siglos, y al mismo tiempo Sacerdote eterno. Solo el rey de Salém entre todos los reyes del mundo es rey, con poder temporal para tener súbditos, y Sacerdote que ofrece sacrificio y bendice á los demás reyes, empezando por el primer jerarca de la dinastía mas gloriosa que ha habido en la tierra; rindiéndole este por sí, y por todos sus sucesores en la monarquía, vasallaje y tributo.(2) Sabian esto aquellos reyes que cifraban todas sus glorias en ser católicos; no ignoraban que el romano Pontífice representaba en la tierra al emperador del mundo y Sacerdote eterno segun el órden de Melquisedech; y al verlo decorado con el Sumo Sacerdocio y Pontificado soberano de la Iglesia por derecho divino, y revestido de autoridad Real por una disposicion visible de la Providencia significada en los acontecimientos humanos, se postraban ante él y se le hacian tributarios, como Abraham lo hizo con el tipo que representaba al redentor futuro; porque veian que ninguno de ellos podia reunir en sí las dos dignidades, ni representar lo que él representaba. Y este, y no otro, es el orígen del derecho público, que reinó en la sociedad cristiana, por espacio de diez siglos, de haber hecho los reyes al Vicario de Cristo árbitro de sus querellas, juez de sus contiendas, dispensador del derecho de posesion en continentes é islas descubiertas, y centro de union de todos los monarcas, para defender la justicia y el derecho cuando se viesen atacados injustamente. Fácil les es á los escritores de historias anticatólicas pretender borrar esa sublime filosofia, diciendo que aquellos tiempos eran de hierro; pero la verdad no es esa: la verdad es, que aun en el siglo décimo del cristianismo habia en la Iglesia y en todos los reinos cris-

(1) Hebr., cap. VII. v. 3.
(2) Ibid., vv, 1, 6.

tianos un conocimiento muy profundo de las ciencias, del cual carece nuestro tiempo, y mucho mas el siglo actual, verdaderamente siglo de hierro, que todo el saber de nuestra época se reduce á la *filosofía del metal;* puesto que el mover mucho para caminar, y el inventar medios para matar á mil ó dos mil hombres en un minuto, lanzando de bocas de *hierro* mil proyectiles de *hierro,* y el buscar y amontonar plata y oro para aniquilar el espíritu entre los placeres de la sensualidad, constituyen la ciencia, verdaderamente nada sublime y nada espiritual, sino muy baja, muy material y muy férrea de nuestros dias.

Se notan en la historia del mundo ciertos hechos que, por ser comunes á todos los pueblos, llevan en sí mismos un carácter de universalidad, y entrañan una significacion misteriosa. Cuando se ve establecido en todas partes un derecho público, que es la norma de las acciones de los pueblos, es preciso confesar que ha precedido á su existencia, no precisamente un congreso de soberanos ó una asamblea de pueblo, para creer ese derecho, sino unas bases inmutables é inalterables de justicia, de rectitud y de armonia de los hechos con la ley eterna. Ni los reyes ni los pueblos crean el derecho; pues este debe ser una verdad en su naturaleza metafisica, y la verdad es increada: lo que han hecho siempre los reyes y los pueblos ha sido examinar la admirable universalidad y sorprendente concordia de esos hechos con la ley de Dios y los preceptos de justicia; obligarse recíprocamente á no infringirlos en sus relaciones sociales, y establecer leyes penales, dando sancion pública á ese derecho y levantando por consiguiente valladares, para contener la ambicion de los soberanos, que se empeñasen en obrar contra ese derecho, y para castigar á los pueblos que, en vez de atenerse al deber de obediencia, se sirviesen de la fuerza brutal para levantarse contra el derecho establecido y reconocido. El derecho público, por tanto, no debe su naturaleza metafisica á la armonía de los hechos con ella, ni mucho menos á que hayan pactado hacerlo así los reyes; lo que hay en esto es, que reyes y pueblos llevaban impresos en sus almas los principios inmu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tables de justicia; y obrando en conformidad con ellos, ora en el gobierno de sus súbditos, aquellos, ora en la obediencia á sus soberanos, estos, y en las relaciones con otros pueblos y naciones, todos, el derecho recibió en el fuero externo de las mismas naciones una sancion temporal, la cual no es mas que una manifestacion sensible de la que tiene en el santuario de la justicia desde la eternidad.

Pero hay además en el derecho público, que ha ido dando sucesivamente una estabilidad inviolable á la dignidad Real del Romano Pontífice, una significacion sublime, la cual, bien meditada, nos conduce á entrever algun designio admirable de la Providencia divina. Póngase ante el espejo de la ley eterna el objeto inmediato que tiene el derecho con que los reyes y potentados imperan; y se verá que consiste aquel en que estos posean toda la independencia y toda la fuérza de accion, que son necesarias para promover y mantener el bien temporal de los pueblos que la Providencia les entrega para que los gobiernen. ¿Hay acaso posibilidad lógica de gobernar á un pueblo, si su rey, ó su príncipe, ó su jefe no goza de las prerogativas esenciales de la soberanía? ¿Hay gobierno posible allí, donde el soberano reina y no gobierna; por la sencilla razon de ser los hombres los que se gobiernan à sí mismos, no siendo aquel sino un simple delegado del pueblo, que tiene sobre sí una presion contínua que le obliga á confirmar lo que el pueblo sanciona, so pena de ser arrojado de su sólio, si reitera dos veces su negativa? Demasiada experiencia tiene ya la sociedad, de cuán ingobernables se han vuelto los pueblos que han introducido en su seno este nuevo modo de ser gobernados. El príncipe deja de serlo en realidad, cuando para gobernar á su pueblo necesita de un vasallaje que se llame legal, y queda reducido á ser como una especie de maniquí, al cual por medio de resortes se le hace mover la cabeza, para que en lenguaje mímico diga sí ó no. Es un padre rodeado de hijos, pero sin patria potestad: es un capitan de una falange, pero sin poder mandar á sus soldados; es un piloto que va

mandando su nave, no guiándola él, sino los marineros. ¿Qué adelanta con que se llame á su persona inviolable, cuando tiene violada su voluntad legalmente? Nada: esas son palabras huecas, que no tienen sentido.

Si en las soberanías de los reyes hay este derecho; en la que Dios ha dado al romano Pontífice existe ese mismo derecho para un objeto mucho más trascendental que el que tienen los otros príncipes. Estos lo tienen para procurar y conservar el bien público de su pueblo; pero aquel lo tiene por voluntad expresa de Dios, para conservar el bien público temporal y eterno que Dios ha dispensado por medio de su hijo á los hombres. Ese bien público es por su naturaleza espiritual; pero ¡què! porque sea espiritual, ¿deja de ser para el tiempo, así como es para la eternidad? Gran monstruosidad seria por cierto, que entrase el hombre en la region de la vida interminable, sin haberla empezado: mayor seria en el órden de la justicia que alegase derecho á presentarse en los límites que separa al tiempo presente del futuro, y á entrar en la region de la luz de la eternidad, no habiendo querido dar ni un solo paso en esta vida guiado por la lumbre celestial, sino por los caminos tenebrosos de la mentira y de los vicios. El beneficio de la redencion del mundo es el verdadero bien público, temporal y eterno que Dios ha hecho á todo el linaje humano. Esta verdad por lo mismo nos abre el camino á las consideraciones más grandes respecto del objeto altísimo que tiene la soberanía temporal del romano Pontífice, que no puede ser meditado, sin que se vean de una manera palpable los designios de la Providencia de Dios.

Es una verdad de fe divina que, al ejecutar Dios por medio de su Hijo la redencion del mundo, tenia decretado desde la eternidad, que esta obra de su amor y su omnipotencia durase en sí y en sus efectos por toda la série de los tiempos presentes, y de los venideros, que no tienen fin. *Yo conservaré para siempre con él mi misericordia*, decia el Señor por el profeta, hablando sobre el linaje humano redimido, *y mi testamento ha de permanecer inviolable: y haré que su semilla dure por los siglos*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los siglos, y que su trono sea como los dias del siglo. (1) No hay para que decir, que la conservacion de la obra de la redencion depende inmediatamente de la omnipotencia de Dios; pero tambien debemos tener presente, que para esta conservacion emplea así mismo las causas segundas, y se sirve de la accion y cooperacion de los hombres. Véase si no manifestó Jesucristo con toda claridad que ese era precisamente su designio: dijo á sus Apóstoles, al separarse de ellos para ir al cielo, que enseñasen lo que él les habia mandado, y que estuviesen seguros de que él estaria con ellos hasta el fin del mundo. (2) Ahí está el gran secreto de la Providencia: así como Dios hecho hombre no quiso salir á combate con el enemigo, descubriéndole la gloria de su magestad infinita, y lo venció, no presentándole sino la debilidad de nuestra naturaleza; (3) así tambien, para conservar contra sus ataques el fruto de esta obra admirable entre los hombres, se habia de servir de instrumentos dóciles por su naturaleza, pero fuertes con la gracia de Cristo, y poderosos como dice el Apóstol, para la destruccion de las fortalezas y de los consejos de toda ciencia, que pretenda levantarse contra la ciencia de Dios. (4)

Ahora pues: es otra verdad de fe, que Jesucisto constituyó á Pedro, y en él á sus sucesores, verdadero soberano de su reino espiritual, para que él conservase incorrupta é inalterable su doctrina; lo que equivale á mantener en todo el orbe ese bien público y universal, temporal y eterno del fruto de la redencion. Saltar por consiguiente á la vista, que en ese derecho público de la soberania temporal del romano Pontífice, acatado y reconocido por todos los pueblos y soberanos de la tierra, hay encerrado un designio de la Providencia divina, confesado implícitamente por los hombres, y profesado en la reverencia con que han mirado siempre su trono. El derecho público viene á ser una expresion tácita, de que es voluntad de Dios que su Vicario sea soberano

(1) Psal. LXXXVIII, vv. 29, 30.
(2) Mat., cap. XXVIII. v. 20.
(3) S. Leo Mag., Serm. 11 de Pass. Dom.
(4) II. Cor., cap. X, vv. 4, 5.

temporal, para que independiente de toda potestad mundana, disponga y ordene cuanto es necesario para el gobierno de la Iglesia universal. Y en este particular, debemos atenernos al testimonio de aquellos hombres, á quienes está concedido el privilegio de entrar, mas que á los demás, en el conocimiento de los secretos de Dios y de sus designios. Y este es verdaderamente un secreto del cielo.; pues en efecto, Dios no ha revelado claramente, que quiere que su Vicario sea soberano temporal; pero, cuando se ha servido de los acontecimientos humanos para elevarlo á un trono; cuando ha inspirado por espacio de tantos siglos á todas las naciones una veneracion tan profunda hácia ese rey; cuando el derecho público y de gentes le ha dado en el órden social, á lo menos, la misma estabilidad que se reconoce en las demás soberanías temporales, la voluntad del cielo no puede ser mas clara y manifiesta. Esos hombres, por tanto, han hablado tan pronto como los acontecimientos han dado lugar á ello, protestando contra la infraccion del derecho público que tuvo lugar, cuando el Piamonte entró con sesenta mil soldados en los Estados del soberano Pontífice, y con pretextos, tan falsos como inícuos, le arrebató sus mejores provincias, hace diez años: fueron los Obispos de todo el orbe, quienes unánimemente dijeron que el Papa era soberano temporal por un designio admirable de la Providencia de Dios y por fines altísimos. (1)

(1) Debemos advertir aquí, que en general los Obispos no enseñan sino la doctrina que es de fe, inculcándola en sus instrucciones por cuantos argumentos les sugiere la razon ilustrada por la misma. Pero apenas se presenta algun error, al momento se levanta para prevenir á sus fieles contra las argucias de los impíos, y así ha sucedido respecto del poder temporal del Sumo Pontífice. Si exceptuamos á Atanasio Bibliotecario que escribió en el siglo VIII sobre los hechos relativos á ese poder, y al Cardenal de Orsi, que hace dos centurias hizo un relato sapientísimo de la historia del dominio temporal de los Papas, pocos Obispos hubo que tratasen sobre esa materia. Pero no bien se publicaron ciertas teorías de que hablaremos más adelante, y se consumó el robo de algunas provincias del reino del Sumo Pontífice, todos unánimes alzaron su voz contra las doctrinas y contra el atentado. Esta unanimidad es de un peso inmenso, y seria una temeridad el negar que existe una verdad afirmada por el consentimiento unánime de ellos, aun en una materia que no es de fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los escritos sapientísimos que publicaron los Obispos, concluian todos que si el Papa no fuera rey temporal, era mûy dificil, si no imposible, que pudiera ejercer el altísimo cargo que tiene, con la independencia que le es necesaria. En esta asercion del Episcopado católico hay una idea sublime y un pensamiento profundo: desde luego la revelacion nos enseña, que el tipo animado que representó á Jesucristo en tiempos de la ley natural, se presentó siendo al mismo tiempo Sacerdote y rey: la realidad de este gran tipo, Cristo Señor nuestro, era por derecho divino Sacerdote y rey. Ahora pues, en la Iglesia católica el romano Pontífice es por derecho divino quien representa á Jesucristo, para sostenerla, defender sus dogmas y su doctrina, y enseñar á los reyes, á los Obispos y á los pueblos. No argüimos por eso que, así como es el Virey de Cristo por derecho divino, tenga que ser soberano temporal en fuerza del mismo derecho; pero tiene tanta atingencia con este derecho divino la causa porque reclamamos todos la conservacion de esta dignidad en quien representa á Cristo; que nos vemos en el caso de afirmar, como afirmamos, que, si bien no está escrito en la palabra de Dios, ni en las tradiciones divinas, que el romano Pontífice sea rey temporal, es preciso confesar que lo es por una sapientísima disposicion de la Providencia divina. Porque es de derecho divino, que tanto el Sumo Pontífice, como los Obispos y ministros sagrados, sean independientes de toda autoridad terrena en la administracion de las cosas divinas; y si bien los sucesores de los Apóstoles y los demás que cooperan bajo su direccion y gobierno á predicar el Evangelio, se ven expuestos á ser violentados mas de una vez en el ejercicio de su ministerio, por la fuerza de mandatarios mundanos; no parece que está en el órden providencial, que aquel que es el primer jerarca y que tiene obligacion de enseñar á los reyes, y el deber de arrojarlos de la comunion de la Iglesia, cuando la persiguen, ó apostatan de la fe, sea súbdito de ninguno de ellos, ni esté expuesto á sus caprichos, y á que se le impida el ejercicio de su cargo de Maestro, Pastor y Doctor universal. Hé ahí el pensamiento profundo: la soberanía

temporal del Papa es una deduccion lógica de la independencia que tiene por derecho divino para regir y gobernar la Iglesia universal.

Jesucristo no quiere tener una Esposa esclava, sino libre é independiente de las potestades terrenas, en cuanto es propio y peculiar de su mision altísima y sagrada. Léjos de eso, dijo á sus Apóstoles y en ellos á sus sucesores, que les enviaba así como su Padre le habia enviado á él: (1) dijo entre tanto à sus discípulos que serian arrastrados por ante los reyes y presidentes, donde serian tratados como reos y criminales por su nombre: (2) y ¿qué! ¿cuando Jesucristo decia eso á sus Apóstoles, se contraia acaso solamente á aquellos reyes idólatras, ó á los senados de Jerusalen incrédula, ó de Atenas novelera y versátil en sus errores? ¿No sabia que habia de haber reyes llamados cristianos, que harian mas guerra á su Iglesia que los mismos idólatras, y congresos de pueblos que serian mas estóicos que aquel que trató á san Pablo de sembrador de palabras, y se reia de que este anunciase la resurreccion de la carne? (3) Todos sabemos que el Episcopado equivalió al martirio por espacio de los cuatro primeros siglos de la Iglesia; que despues, salvas algunas excepciones, ha sido casi siempre un martirio lento; y que han llegado épocas en las cuales un Obispo es como un soldado, que está siempre en la brecha, macilento, por haberle quitado el pan sus enemigos, pero intrépido, combatiendo contra ellos.

Hemos visto, en efecto, á los Basilios y Crisóstomos, desterrados por capricho de un emperador ó porque sus predicaciones apostólicas no agradaban á una emperatriz, relegados á la Armenia ó al Ponto. Hemos visto á un Estanislao de Cracovia. tratado de usurpador del bien ageno por un rey impío, á un Toribio de Lima, acusado por los émulos de su virtud y los enemigos de su autoridad, de tiránico en su gobierno, de arbitrario, y de malversador de los bienes de la Iglesia; y á otros her-

[1] Job., cap. X v. 21.
[2] Mat., cap. X, v. 18.
[3] Act., cap. XVII, v. 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manos suyos en el Episcopado detenidos sin saber por qué, despojados de sus papeles, llevados como reos, encerrados en una cárcel con centinelas de vista, sin más que por puras arbitraridades y por informes falsos y calumniosos. Los vemos procesados y condenados á penas gravísimas, tan solo porque enseñan la doctrina católica, ó porque cometen el gran crímen de decir á los potentados con libertad apostólica, lo que nuestro gran Osio dijo á Constantino; á saber: que no se entrometiese en cosas eclesiásticas, pues los castillos eran suyos, pero las Iglesias eran de los Obispos.

Nada del porvenir de la Iglesia se ocultaba á Jesucristo, quien, además, quiso, en cuanto hombre, pasar por la experiencia de lo que suelen ser las potestades del mundo respecto de los sucesores de los Apóstoles. Tambien él quiso que lo presentasen sus enemigos ante una potestad, que sacrificó su conciencia á miras políticas, y obrando en contradiccion con sus convicciones, condenó al inocente y se echó en brazos de los malvados: además, tambien permitió que lo condujesen al tribunal de un rey licencioso, que hubiera tenido mucho gusto en ver algun milagro del célebre reo; pero que no lo hubiera tenido menor en hacer con él lo que hizo con el Bautista, si una bailarina pedia la gracia de que se le regalase su cabeza.

Hé ahí la historia de la Iglesia; y así como en la metrópoli de la nacion que profesaba en tiempos antiguos la religion verdadera, existian hombres como estos, no habian de faltar quienes se les pareciese en el cristianismo. Hombres de toga y espada que tratasen á los sucesores de los Apóstoles con la severidad que merece un criminal, tan solo porque venia de arriba una voz que decia: *si dejais libre á ese, no sois amigo del César:* monarcas, que concederian á los Obispos con gran gusto, que hiciesen las obras mas portentosas, con tal que no les dijeran á ellos, sino cosas agradables á su orgullo y vanidad, como los falsos profetas de Acab, pero no la verdad: todo esto habia de haber en el seno de las naciones católicas, lo que por cierto, no ignoraba Jesucristo. Bien veia el Señor, cuando decretaba que su Iglesia, sus Pastores, y

sus ministros, fuesen independientes de toda autoridad terrena, para ejercer las funciones de su ministerio sagrado, que aquellos habian de ser atropellados y encarcelados en todas partes del orbe; pero sabia tambien, que estas tropelías parciales influian poco en la Iglesia universal; porque por estos hechos aislados, y aun cuando mueran los Obispos en la cárcel, ó en el cepo, no pierde esta á su Pastor universal, ni se ve privada de su magisterio. Pero no sucederia otro tanto, si el romano Pontífice fuese súbdito de un monarca; pues podria llegar el caso de que viniera algun Herodes, que envejeciese en el trono tanto como en los crímenes, y quisiera tener en encierro perpétuo al Vicario de Cristo, no permitiéndole dirigir sus Letras Apostólicas á los Obispos, ó recogiéndolas por la fuerza, y dejando á la Iglesia en orfandad espantosa. No es lo mismo padecer la cabeza, que sufrir los miembros: cuando aquella falta, el cuerpo muere; pero, por interesantes que sean los miembros que falten, con tal que no falte la cabeza, el cuerpo vive. Sea libre en accion la cabeza de la Iglesia, y esta es libre; sea esclava la cabeza, y entonces la Iglesia universal es esclava.

Y hé aquí, volvemos à decir con plena aseveracion, el pensamiento profundo que encierra la doctrina de todo el Episcopado católico sobre la necesidad del dominio temporal del Vicario de Cristo. Este pensamiento indirectamente está basado en el derecho divino de su independencia para gobernar la Iglesia y en el que tenemos todos los católicos dispersos en la tierra, tambien divino, y que ningun rey nos lo ha dado, ni nos lo puede quitar, de ser enseñados y gobernados por él; pero hay además una base directa, la cual resulta del exámen desapasionado del modo como la Providencia de Dios lo colocó en un trono temporal, haciéndolo, como dice David hablando de Cristo, *mas glorioso y enaltecido que los demás reyes de la tierra.* (1) Y en esto tambien es preciso confesar, que Dios ha hablado por dos medios, permisivo uno y preceptivo otro, en los cuales se nos demuestra con to-

[1] Psal. LXXXVIII, v. 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da evidencia su voluntad de que su Vicario no sea contado jamás en el número de los súbditos de ningun rey, ni que ponga la mano sobre èl ningun potentado de la tierra. ¿No vemos lo que Dios permitió que sucediese cuando estaba como en embrion el principado temporal del Sumo Pontífice, y el imperio romano, relegado ya al Oriente, pretendia extender una mano moribunda hácia el Occidente, que se le iba á escapar para siempre? Aquí es un emperador, que sin contar con el Jefe de toda la Iglesia convoca un Concilio general, para tratar de dogmas y disciplina: allí otros que se vuelven arrianos, y toman bajo su proteccion á los herejes, y entran en la grey de Cristo con zarpa de leon, desterrando á cuantos Obispos defienden la fe, deponiendo Patriarcas y entrando á saco las basílicas, sin mas causa que porque reconocen al Papa por única cabeza de la Iglesia, y siguen impertérritos la fe que él enseña. Hoy es una emperatriz, tan caprichosa como cismática, que no pudiendo conseguir que el Sumo Pontífice restituya su silla perdida al Patriarca eutiquiano de Constantinopla, envia al impío Belisario, para que entre en Roma, se apodere del Vicario de Cristo y lo martirice: mañana un rey bárbaro de Italia, quien, no sufriendo que el Papa hubiese ido á Oriente á pedir el auxilio del emperador contra los latrocinios de un rey salvaje, que asolaba sus ciudades y campiñas, lo lleva á Rávena, y lo arroja en cárcel asquerosa, donde espira á fuerza de los fétores y del hambre: mañana es otro emperador, que llamándose cristiano, y aun haciendo obras de religion, se arroga el derecho de publicar una *Ecthesis* dogmática, en la cual trastorna los dogmas sobre las naturalezas divina y humana de Jesucristo, prescribiendo que todos sigan su doctrina.

Todo esto permitió Dios en los siglos que vieron los funerales del imperio romano y referian su naciente ruina; y estos sucesos, y otros muchos que la historia nos refiere, dicen en voz alta, que Dios no queria que su Vicario estuviese sujeto á ninguna potestad terrena en lo temporal, para que pudiese ejercer con toda independencia su jurisdiccion espiritual en todo el orbe. Y, aun des-

pues que Cristo se dignó enriquecer á su Esposa con bienes temporales, como dice Nuestro Santísimo Padre en su citada Encíclica, dando á su cabeza visible, campiñas, aldeas, castillos, villas, ciudades, provincias y un cetro glorioso, ¿no hemos visto que los Sumos Pontífices han tenido que combatir contra agresores hereticales de su potestad espiritual, y que otros han pretendido ejercer sobre ellos una presion moral, trasladando su residencia á una de sus provincias; mandando en los cónclaves, para no tener Papa que no fuese uno de sus súbditos; renovando así una era nueva del cautiverio de setenta años de la antigua sinagoga, en la ley de gracia; abriendo el camino á un cisma de cincuenta años, y el mas deplorable todavía, para las doctrinas que han turbado los entendimientos, hasta que el Espíritu Santo habló en el Concilio Vaticano el dia de eterna memoria de diez y ocho de Julio del presente año? Tambien hablan altamente estos acontecimientos que Dios permitió, y dicen á todo el que pretenda tener alguna filosofia cristiana, que no era voluntad suya que el Príncipe visible de la fe fuese súbdito de nadie. La historia de los nuestros es mas elocuente todavía, como lo veremos ahora.

Más de doce siglos tenia ya de existencia la monarquía temporal del Vicario de Cristo, cuando todavía presentó Dios al mundo un nuevo argumento, demasiado triste por cierto, sobre la necesidad de la soberanía temporal de su Vicario, para que desempeñe con independencia absoluta la que tiene espiritual. Hubo un hombre, que encontró escrito en la punta de su espada el derecho de llamarse rey de Roma, y en su voluntad de hierro el de apoderarse de la persona del Vicario de Cristo, porque protestó contra su ambicion sacrílega, y su designio tiránico de quitarle sus dominios y su soberanía temporal. Intacta quedó la espiritual en su esencia, pues no llegan á ese punto les fuerzas de los que quieren parodiar á los Alejandros ó á los Césares. Pero ¿quién no sabe cual fué el luto de la Iglesia y cuánta su tribulacion? Oigan nuestra relacion los que con una abominable hipocresía publican que tienen establecidas garantías para el santo prisionero que vive hoy dia en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vaticano, y los que intentan panegirizar esa última civilizacion que consagra la licitud del robo con el sarcasmo de los hechos consumados. Entonces fué, cuando una mano feroz puso la pluma en la mano del Pontífice cautivo, para que, quisiese ó no quisiese, rubricára decretos contra la independencia de la Iglesia en su gobierno y enseñanza; entonces se dió un decreto imperial, que suprimia todas las misiones católicas bajo cualquiera denominascon que exestiesen, dejando á los infieles en las tinieblas de la idolatría. (1) Entonces salió á luz un Senado-Consulto, por el cual se arreglaba un nuevo modo de gobernar la Iglesia en la parte espiritual; y se mandaba que, al ser elegido un nuevo Papa, jurase, que jamás decretaría nada contra las doctrinas galicanas; (2) no obstante que habian sido condenadas por la Santa Sede; y se disponia que todas las Iglesias católicas del imperio profesasen las doctrinas, que jamás habia profesado la Iglesia de las Galias en cuerpo, sino algunos palaciegos, que no tuvieron bastante valor para resistir á insinuaciones de orígen real, los parlamentos que se habian puesto en guerra con la Iglesia, los áulicos que no saben mas camino que aquel por donde va su señor, y algunos doctores arrastrados por el aura popular.

Véase cómo andaria la Iglesia de Jesucristo, si el soberano Pontífice no tuviese la independencia necesaria para gobernar la Iglesia. Se prohibia por decreto imperial que se enseñase que el Papa era sobre el Concilio, como lo habia creido siempre la Iglesia desde el principio, y lo creia á pesar de las doctrinas de algunos escritores aislados; y se autòrizaba al calvinista para que en escuelas y templos enseñase, que la Iglesia romana era la prostituta de Babilonia. que el Papa era el anti-cristo, y que el sacrificio sagrado de la Misa es una idolatría. Entregar el santo Anillo del Pescador á un general sacrílego, para que él lo estampase en los Breves Pontificios; apoderarse de la tiara y llevarla á tierra extraña; conducir como ovejas al sacrificio á todos los Cardena-

(1) Jauffret, menor. historic., tom. II, pag. 311.
(2) Henrion, *Historia general de la Iglesia*, t. XII, l. 15.

les; prohibir á los que no aprobaban un matrimonio ilícito, que pudiesen llevar el traje de su dignidad; y encerrar por cinco años en lóbrego castillo al Vicario de Cristo, son actos que manifiestan á las claras lo que entraña el ser este súbdito de un rey. La historia nos dice, que en tiempo de los emperadores romanos, perseguidores de los Sumos Pontífices, no hubo jamás una prision de estos que durase tanto; y la Iglesia se vió tan atribulada en estas circunstancias, que muchos de sus hijos llegaron á temer que se acercaban los últimos tiempos del mundo, y que el hijo de perdicion habia aparecido ya. [1]

Adviértase muy á las claras en estos eventos cuál es la voluntad de Dios; y si bien no habla ya como habló á los Profetas, porque por medio de su Hijo dió la última palabra de la revelacion; no por eso deja de dirigirse al mundo con lenguaje expresivo fácil de entenderse; y por él aparece claro como la luz de mediodía, que no es voluntad del ciclo, que el sucesor de san Pedro sea súbdi-

(1) En efecto, las conquistas rápidas de Napoleon, y el haber destruido diez reinos en pocos años, trajo á la memoria de algunos sábios la historia profética de la Iglesia escrita en el Apocalipsis, en el cual se dice, [Apoc, cap. XVII. v. 12.] que diez reyes recibirian el reino despues de la bestia; pues ápenas deponia Napoleon á uno de los antiguos, lo sustituian con otro de su familia ó de su devocion, para que todos estuviesen sumisos ciegamente á su voluntad. Sospechaban por tanto muchos observadores de la rara fortuna de este soldado feliz, que podria haber encerrado en ese hombre algo más que lo que se veia. ¿Será ese hombre, se decian, el anti-cristo? Pero crecieron las sospechas, cuando cometió la tropelía de la escalada del Quirinal por medio del general Miolis, y la deportacion del Papa á Savona, unida al poco tiempo á la declaracion de rey de Roma en favor de su hijo. Confrontaron más y más los hechos con las profecías, y al fin hubo quienes creyeron que realmente Napoleon era el anti-cristo, pues llevaba su nombre. Y en efecto, el anti-cristo tendrá el calificativo de esterminador, nombre que en griego se escribe apollion; cuyo nombre es propio del angel del averno, que preside como padre de los malos á los que se conjuran contra Dios, y sus santos, como se dice en el capítulo nono, versículo undécimo del mismo libro. No nos parece extraño, que algunos sábios, al ver tantas iniquidades contra la Iglesia y su cabeza visible, perpetuadas por el soldado feliz, confrontasen segun reglas etnográficas su nombre con el del hijo de perdicion, que lo tomará de su padre, y dijesen que de *Napoleon á Apollion* apénas habia diferencia radical. Se engañaron sin embargo: Waterlo y la roca de santa Elena desmintieron sus conjeturas, hijas del espanto que aquel hombre produjo en el mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to, sino rey. Y debemos tener entendido, que en cuanto pertenece al derecho natural y de gentes, la revelacion positiva la hizo Dios en las alturas del Sinaí, publicando los diez preceptos del Decálogo, cuya segunda tabla es el fundamento de todo derecho público; derecho que, lo decimos de nuevo, no forman radicalmente ni los reyes ni los pueblos, pues no hacen estos mas que examinar los hechos encadenados por la série de los tiempos, y ver que están conformes con los principios de justicia eterna; convenir en que ese, y no otro, es el derecho de gentes, y decretar con unanimidad que, cualquiera otro derecho que intenten formar los hombres, que no esté conforme con esos principios y con lo observado siempre por los reyes y los pueblos, no es derecho, ni justicia, sino violencia brutal é iniquidad. Dios, por tanto, no ha de hablar mas en ese particular: habló una vez por pura misericordia; pues en rigor de justicia, no estaba obligado á dar una ley positiva, cuando esta estaba escrita en los corazones de todos los hombres. Dió los diez mandamientos escritos en tablas de mármol; porque los hombres embrutecidos en la idolatría habian bastardeado sus ideas sobre la naturaleza y esencia de esos mismos mandamientos, que la ley natural enseña á cada uno. Pero vino su Hijo al mundo, para explicar en toda su latitud á los hombres los mismos mandamientos; y con su doctrina celestial quedaron fijados para siempre los principios de justicia, en que ha de apoyarse el derecho público y de gentes; sin que pueda influir en ellos para lo mas mínimo ninguna de esas ignorancias modernas, que se llaman *progreso intelectual del espíritu humano, y grandes conquistas de la razon*; porque todo eso no es mas que altisonancia de palabras, que meten ruido para aturdir á unos y engañar á otros, pero que se reducen á nada. La verdad de Dios queda lo que es, y como es, no pudiendo haber en ella ni progreso, ni evoluciones; pues entonces, seria tan de poco valor como nosotros que antes de saber algo, somos ignorantes, y por tanto adelantamos en la ciencia, por cuanto vamos alejándonos poco á poco de una estupidez muy crasa en que nacimos. Pero tengamos tambien entendido, que si Dios no habla

de viva voz, tiene tantas lenguas para publicar su voluntad, cuantos son los seres criados, que le obedecen: y hasta las mismos impíos que se le rebelan, se convierten en lenguas que publican la voluntad de Dios, precisamente cuando ellos se levantan para hacerle la guerra, como lo vamos á ver en seguida.

§ III.

La sancion del cielo.

Apénas hay una ley de Dios dada á las criaturas racionales que no tenga su sancion, ora para premiar su observancia, ora para castigar sus infracciones; y tanto las recompensas, como los castigos, parte abrazan el tiempo, parte la eternidad; y unas de aquellas y muchos de estos se prometen al individuo, otras y otros al individuo constituido en dignidad y preeminencia, y ambas cosas á los pueblos y naciones en masa. Para asegurarse de esto, basta tomar en la mano los preceptos del Decálogo, en el cuarto de los cuales leemos que manda Dios al hijo que honre á sus padres, añadiéndole que haciéndolo así, vivirá largos años sobre la tierra: (1) hé aquí una recompensa temporal. Recompensas, temporales tambien y muy grandes, prometió Dios á la nacion entera de Jacob, cuando la dijo estas palabras: *Si oyeres mi voz, é hicieres lo que te prescribo, seré enemigo de tus enemigos y afligiré á los que te persigan, y te acompañará siempre mi ángel.* (2) ¿Qué más? Hasta Jesucristo que convida á los que le siguen con los bienes inefables del otro mundo, promete á los que le imitan con perfeccion una retribucion temporal, pues dice estas palabras: *nadie deja padres, ó hermanos, ó mujer, ó hijos, por el reino de Dios, sin que reciba muchas cosas más en este siglo, y la vida eterna en el venidero.* (3)

(1) Deut., cap. V, v. 16.
(2) Exod., cap. III, v. XX 23.
(3) Luc., cap. XVIII, vv. 29, 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paralela á esta sancion de la piedad divina está tambien la penal, para los que ejercen altas dignidades en este mundo; decretándose los castigos que les han de sobrevenir en el tiempo, sin perjuicio de los que se les reservan en aquel tiempo interminable, á cuya primera entrada tendrán un encuentro horrendo y pronto, como dice el sábio (1) Hay esta sancion penal para el gran Sacerdote; pues le amenaza Dios con privarle de su culminante dignidad, trasladándola á quien mas fielmente le sirva, y permitiendo que quien mas faltó á este deber, caiga en tanta miseria, que al ofrecer una torta en oblacion santa, pida un pedazo de ella por caridad, para poder comer un bocado y no morir de necesidad; y hay que advertir que, al manifesatr Dios el decreto de su justicia, dice estas palabras: *todo el que me honrare será honrado; pero el que me despreciáre, llevará sobre sí el sello de la innobilidad*: (2) La misma sancion hay para los reyes; pues no los establece en su reino cuando se portan néciamente; (3) trasladándolo á quien reine segun el corazon de Dios; y los arranca de su sólio, permitiendo que mueran sin que haya quien los llore, y que sean enterrados á manera de un asno, (4) ó mandando que los arrojen de la sociedad y los aten con cadenas como á una bestia, y coman heno como ellas, y duerman á la inclemencia, hasta que conozcan que han obrado mal y confiesen que la potestad y el reino vienen de Dios. (5) Hay, repetimos, esa sancion penal para todos los reyes; pues todos tienen sobre si un Rey á quien su Padre le dice, *que los gobierne con cetro de hierro*, y cuando sea necesario, *los haga pedazos como una vasija de barro*. (6)

Habiendo estas sanciones penales para el sacerdote y el rey, á quienes Dios pone al frente de la muchedumbre para que procuren su bien y felicidad, aquel la espiritual que dura para siempre, y este la temporal; nece.

(1) Sap,. cap. VI, v. 6.
(2) I Reg., cap. II, vv. 30, 36.
(3) Ibid., cap XIII, v. 13.
(4) Jer., cap. XXII, vv. 18, 19.
(5) Dan., cap. IV, v. 29.
(6) Ps. II, v. 9.

sariamente ha de existir la sancion penal para las leyes y mandatos que da á los pueblos, estableciendo para ellos castigos y plagas, si faltan á lo que Dios les prescribe. Y estas calamidades son nacionales y en consecuencia, del tiempo presente. ¡Qué¡ En el último dia ¿juzgará Dios á la Palestina, al Egipto, á Italia, á la Libia, á España, á Francia, y á la Germania? No: el juicio de las naciones se verifica en este mundo, y hé aquí como se hace: Oid, oh pueblo, decia Moisés á todo Israel: vosotros habeis visto las abominaciones de Egipto: cuidado que no las imiteis: si lo hiciereis, mirad que ha de venir sobre vosotros la ira de Dios como sobre Sodoma y Gomorra: y cuando esto suceda, si alguno preguntare la causa de vuestra ruina, se le responderá, que vosotros mismos la habeis buscado, por haberos apartado del pacto que Dios hizo con vuestros padres, y habeis servido á dioses agenos, é imitando las abominaciones de los idólatras. (1) Esta es la ley penal, cuyo cumplimiento se ve en las palabras terribles del Profeta Jeremías. Oiga el rey de Judá, decia este Profeta, oigan sus siervos y todo el pueblo: *obrad con justicia y equidad: librad de la mano del calumniador al oprimido por la fuerza: no atormenteis al forastero, al huérfano y á la viuda, ni los oprimais inícuamente, ni derrameis la sangre inocente en este lugar- Oigalo el rey y sus grandes, los que van en carrozas, los que cabalgan en alazanes y todo el pueblo entero:* si continuais viviendo como hasta aquí, dice Dios lo que sigue: *he jurado por mí mismo que esta ciudad ha de quedar desierta*. (2)

Esta es la ley de cuya sancion no se libran los pueblos. Las calamidades públicas, ó son avisos paternales de la Providencia, ó castigos que envia por los pecados del pueblo: el que fundó la sociedad sobre bases inquebrantables, para que el linaje humano fuese feliz en la observancia de su ley, estableció tambien el equilibrio de los elementos, para que con sus suaves influencias se conservase y robusteciese la salud pública; y él es tam-

(1) Deut., cap. XXXIX vv. 10 á 26.
(2) Jer., cap XXII. vv. 3, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien quien los descompone, para que reinen aires infectos, á cuyo pernicioso contacto se llenen de úlceras los mortales, reinen enfermedades devoradoras de la vida humana, y bajen los vivientes por millares á la region del sepulcro. El es quien dió á las naciones leyes fundamentales é indefectibles de un equilibrio fundado en los principios de justicia y de derecho; y él es tambien quien permite que se levanten en tumulto las pasiones de los poderosos, para que, obcecados en proyectos de ambicion, se arrojen con furia sobre sus antiguos aliados, ó se erijan en tiranos que destruyan pueblos y naciones enteras. Los libros santos nos dicen, *que el pecado hace miserables á los pueblos*, (1) que su perdicion les viene de ellos mismos, viéndose precisados á comer el negro pan del destierro y beber el agua de la amargura, por sus iniquidades. (2)

No parezca á nadie demasiado extensa la explicacion que acabamos de dar sobre las sanciones penales; pues eso y mucho más hay que decir al tratar de un asunto tan trascendental, cual es la soberanía temporal del romano Pontífice. Porque en realidad, no consta que haya una ley escrita, por la cual se exprese clara y terminantemente cual es la voluntad de Dios en ese particular, excepto aquellas en que manda que no se quite á nadie lo que posee con derecho legítimo; esta ley es positiva, y ella ha sido siempre un baluarte firmísimo para los tronos, así como lo ha sido para la propiedad. Pero es el caso, que si no conocemos la existencia de ese decreto de Dios que dispone que el Sumo Pontifice sea rey temporal, estamos casi en el caso de suponerlo; porque vemos palpablemente que existe la sancion penal, la cual supone la existencia de esa misma ley; pues ni la recompensa ni el castigo existen, si no es para premiar la observancia ó castigar la inobservancia de aquella. Cuando en el órden providencial se advierte una série constante, uniforme é idéntica de hechos semejantes, verificados en épocas muy distantes unos de otros, los cuales

(1) Prov., cap. XIV v. 34.
(2) Ezech., cap. XII, v. 19.

han recaido del mismo modo sobre indivíduos que han perpetrado la misma accion inícua: cuando se ve, que algun tiempo despues que algunos reyes ó algunas naciones han consumado un mismo crímen, ó ejecutado un mismo proyecto respecto de una persona dada ó de una institucion particular, sobrevienen calamidades inesperadas á esos reyes ó á esos pueblos, la sana razon no puede atribuir nada de eso á causa puramente humanas, ni mucho ménos al acaso, pues no exsiste, sino á un órden superior, á disposiciones de la Providencia.

Y este es el caso de decir, que tal está sucediendo desde hace doce siglos, con relacion á la soberanía temporal de los Papas. Dios ha estado dando una ejecucion pública y solemne á la sancion penal, contra todos y cada uno de los que han atentado contra esta soberanía. ¿Los mismos atentados? Los mismos castigos. ¿Los mismos sacrilegios? Las mismas calamidades. ¿Qué es esto? En tiempos tan distantes entre sí, es cosa muy notable en los fastos del linaje humano, que siendo los acontecimientos tan vários como numerosos, haya en uno solo una semejanza, ó mejor dicho, una reproduccion perfecta de lo pasado. En vano se pretenderá involucrar las causas de ciertos acontecimientos, ruidosos como las detonaciones eléctricas, y ruinosos para ciertos indivíduos y naciones como una inundacion diluviana; porque cuando se advierte que preceden los mismos atentados, y suceden despues los mismos castigos, hay que decir, de buen ó de mal grado, con los encantadores de Faraon: *el dedo de Dios está aquí.* (1)

Dios ha hablado en todas esas ocasiones, y siempre del mismo modo, en magnificencia y gloria: Dios ha hablado en su indignacion, arrancando los montes altos del orgullo, arrojándolos al profundo del abismo, derrocando los empinados cedros de la temeridad sacrílega, y precipitándolos en horribles hondonadas: Dios ha llevado los ecos de su voz terrible á todos los confines del mundo, pasa enseñarle con las calamidades que han pesado sobre monarcas y naciones en épocas determinadas,

(1) Exod., cap. VIII, v. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y despues de atentados de perfecta asimilacion, que no toquen á su Vicario, pues le tocan á él en las niñas de sus ojos, como dice un Profeta. (1) Lo mismo hace Dios en el siglo octavo, que en el décimo, que en el duodécimo, que en el décimo tercero, que en el décimo octavo, que en el décimo nono. Se horripila el alma al recordar lo que ha acaecido á los que, no respetando la inviolabilidad del Rey de Roma, han querido poner sobre él su mano sacrílega, han intentado despojarle del dominio temporal, y han aplicado á los muros de Roma los arietes demoledores, ó entesado el arco sagitario, para lanzar dardos sobre las Basílicas donde reposan las cenizas de los Apóstoles; pues en seguida viene la sancion penal, en muertes violentas de los perseguidores, ó en calamidades públicas de una naturaleza singular.

¿Con qué carácter se presentan esos infortunios que afectan á toda una nacion, ó van á aterrar á algunos de los que llevan en su seno nombres altísimos? Examínese lo que les ha precedido, y se comprenderá que esas desgracias son las protestas del cielo contra las infracciones de la ley eterna. (2) Hay en efecto ciertas coincidencias de una naturaleza sorprendente; y una de ellas fué lo que aconteció al que quiso derribar hace sesenta años el tro-

(1) Zach., cap. II, v. 8.

(2) En esta materia queremos preferir las sentencias de un gran filósofo cristiano, á nuestro propio razonamiento. Escribia este á principios del siglo actual una carta á su soberano, y le decia así: «Hemos recibido la carta amenazadora de Napoleon, que intenta deponer al Papa. Me parece imposible que....no haya alguna protesta sublime. Sea lo que quiera. V. M. asiste así como todos nosotros, á una de las mayores esperiencias que se han hecho sobre esta materia. Jamás soberano alguno ha puesto la mano sobre un Papa, fuese el que fuese, (con razon ó sin ella, pues no me meto en eso) que se haya podido lisongear despues, de un reinado largo y feliz. Enrique V sufrió cuanto puede padecer un hombre y un príncipe. Su hijo desnaturalizado murió de la peste á los cuarenta y cuatro años, despues de un reinado agitadísimo. Federico I murió en el Ciduo á los treinta y cuatro; Federico II murió envenenado por su propio hijo, despues de depuesto. Felipe el Hermoso murió de una caida de caballo á los cuarenta y siete de edad. Mi pluma se resiste á referir casos ménos antiguos. Me dirán quizás, que todo eso no prueba nada. Sea así: pero yo digo que eso sucede á todos *aun cuando eso no pruebe nada.*» Conde de Maistre, carta al rey de Cerdeña, San-Petersburgo 25 de Mayo de 1810.

no del Vicario de Cristo: su estrella se eclipsó; sus soldados bajaron á la fosa á centenares de miles; coligáronse las naciones contra él, y sujetaron con esposas las manos que quisieron abarcar diez cetros; una nave solitaria lo recibió en su bodega; un hombre de mirada atroz y de fruncido ceño mandaba con ronco acento al que ponia á los reyes de camareros suyos; y un peñon desierto le dió albergue, para que se cerrasen para siempre en su ámbito estrecho aquellas pupilas, no satisfechas de ver todas las glorias mundanas postradas á sus piés. Se dirá acaso *que esto no prueba nada*; pero téngase presente, que quien fué víctima de tamañas desventuras, una vez acostumbrado á divertirse con cetros y coronas, como lo hace un niño con sus juguetes, llegó á creer que el cetro de los Papas era tan hueco como los de los otros reyes, y que su corona era tan inconsistente como las de estos. ¡Ah! El leon enjaulado en santa Elena vió muy pronto que no era así.

Hemos tocado un punto histórico; por cuyas circunstancias no podemos pasar á vuelo de ave ligera. El que no vea en la aparicion inesperada de ciertos hombres, una disposicion providencial para ejecutar grandes designios de su misericordia ó de su justicia, es un extraño en el conocimiento de la historia del linage humano. Esos hombres, extraordinarios ó por sus virtudes, ó por sus hazañas, y hasta por sus crímenes y sus tiranias, son llamados exprofesamente por los profetas y los evangelistas hombres suscitados y enviados por Dios: tal fué José, enviado á Egipto para el aumento del pueblo de Israel: (1) tal fué Nabucodonosor, enviado por Dios para castigar á los reyes de Edom, de Moab, de Ammon, de Tiro, de Sidon y de la Judea; (2) pues Dios mismo llama á este rey su ministro, su servidor, su enviado: (3) tal fué Ciro, para derribar á Babilonia, ahuyentar á muchos reyes y humillar á los orgullosos de la tierra; pues Dios lo llama su ungido, su escogido para esto y para

(1) Gen., cap. XLV, v. 5.
(2) Jer., cap XXVII, v, 5.
(3) Ibid., cap. XXV, v. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvar á su pueblo; (1) y tales han sido en los tiempos del Evangelio los bárbaros bajados de las selvas *germánicas*, para destruir el imperio romano perseguidor de Cristo; los árabes venidos del Sur para azotar al pueblo cristiano entibiado en su fervor en los goces de la paz; y otros muchos hombres que de vez en cuando se presentan, llenos de fuego, de actividad, de ciencia y de virtud unos, feroces y turbulentos y ambiciosos otros, aquellos para restaurar la piedad, y estos para castigar reyes y pueblos. Y ¡qué! ¿Creerémos, que aquel que al principiar este siglo se presentó en los años floridos de su edad, victorioso como Julio César, atrevido como Annibal, ambicioso como Alejandro, y destructor de tronos como Nabucodonosor: que ese hombre extraordinario, que con una sola batalla ganaba una corona, y se divertia en quitar reyes como un maestro de escuela en dar castigos á sus alumnos, no fué un enviado de Dios para vengar su justicia.?

Para saberlo, no hay más que exáminar lo que pasó antes que él viniese al mundo; y entonces se verá palpable la existencia de un decreto celestial de expiacion, la ejecucion de una sancion penal no publicada en leyes escritas, pero existente en los consejos de la Providencia, vista clara y palpablemente en los acontecimientos públicos. Todavía no habian pasado cuatro décadas desde que los reyes de la tierra se habian ligado contra el Sumo Pontífice, para obligarle con una presion política de la mayor rudeza, á que eliminase de la Iglesia católica la milicia más heróica y aguerrida que se habia formado en su seno en los tiempos modernos, contra la herejía y la impiedad. La habian mirado con horror en su cuna Lutero y Calvino: causaba espanto á los que con una ciencia hipócrita querian eludir los preceptos emanados de la Cátedra romana: era una pesadilla que no dejaba reposar á los políticos afilosofados: era un baluarte que no podian conquistar, y se juró extinguirla. *O extinguirla ó sufrir una cátastrofe en el dominio temporal*, fué el grito de la conjuracion, y la tema que se repitió en

(1) Is., cap XLV, v. 1. etc.

cien misivas al Vicario de Cristo. Hay nombres que no se pronuncian sin que vengan á la memoria épocas tristes para los reyes: Du Choiseul, Pombal y Aranda son sinónimos de gabinetes filosóficos, de cortes voluptuosas, de alcázares rebeldes á las constituciones católicas y de monarquias en decadencia moral y religiosa. Veian ellos lo que hacian, sorprendiendo corazones generosos de reyes, pero llenos de marasmo; y no verian lo que por su culpa habia de sobrevenir à los hijos y nietos de estos potentados. La violencia hecha al Vicario de Cristo habia caido bajo la inexorable ley de la expiacion: la sancion penal habia de producir sus efectos.

Y ¿quién no ve que Dios mandaba á una isla que diese á luz al que iba à ser el instrumento de su justicia, irritada contra los reyes? Antes que ese jóven guerrero ciñese su espada, estaba escrito un decreto contra los transgresores del pacto divino que decia así: Vaya de mi presencia ese pueblo que me ha abandonado: *salgan todos á su destino*, dice el Señor, *quien á muerte á muerte: quien á espada á espada: quien á hambre á hambre: quien á cautiverio á cautiverio.* (1) ¿Cabe acaso en el órden de las cosas humanas, que las monarquías mejor cimentadas, cimentadas en el amor de sus pueblos, sostenidas por ejércitos numerosos y temidas de toda la tierra, cayesen en presencia de un jóven, que apenas acababa de salir de la escuela militar? Cabe en los cálculos políticos, que un mozo con espada en mano vaya dando tajos, y que á cada golpe caiga un trono y diga á quien se sentaba en él: *tú vete al cautiverio, tú al destierro, tú á tierras australes*, y vengan esos cetros á mi mano? No: hay que decir que habia en ese hombre una mision de arriba, mision que él no conocia en todos sus pormenores, pero que se traslucia en sus hazañas. El daba tajos crueles para el corazon de los hombres, pero al descargar cada uno de ellos, le acompañaba una voz, que decia: *y ahora, entendedlo bien, y recibid esta leccion, oh reyes de la tierra.* (2) La altísima veneracion que tenemos hácia los

(1) Jer., cap XV. vv. 2, 3.
(2) Ps. II, v. 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reyes, y el especial afecto y singular adhesion, que tuvimos á quien fué contado entre estas víctimas del furor de un ambicioso cual hubo pocos, y la muy acendrada que profesamos á su descendencia, no nos permite estampar aquí aquellos nombres augustos. Pero si diremos, que al verse envueltos en aquellas desventuras supremas, bien pudieron decir como los antiguos israelitas: *los padres comieron los agraces, y la dentera ha sido para los hijos.* (1)

Por más que los hombres, que no quieren ver la mano de Dios en los acontecimientos extraordinarios que palpamos, se esfuercen en atribuir al curso de los tiempos las convulsiones sociales, no es posible hacerse ilusiones. Lo que tocamos con nuestras manos, hace ya un siglo, es casi nuevo en la historia del mundo civilizado con la doctrina de Jesucristo. ¡Qué caer las monarquias que contaban quince siglos de existencia, y estaban ceñidas de aureolas inmortales de gloria que les habian grangeado emperadores santos y reyes sapientísimos, no amados sino adorados en sus pechos! ¡Qué hundirse en la cima de la ignominia, hombres que creian que podian tocar con su sien coronada la region de las nubes! ¡Qué levantarse de entre el polvo otros, de quienes dijo un sábio que *permite Dios que reinen, por dar lugar á ello los pecados del pueblo*! (2) ¡Qué extraviarse los pueblos para derrocar reyes, y aplaudir á los que esquilman sus sudores, convirtiéndolos quizás en lujo y en voluptuosidad; mientras sus hijos lloran pidiendo pan, sus esposas se lamentan por la indigencia cotidiana, y sus hijas entrevén la pérdida de su tesoro mas precioso para no caer en la inedia; y mientras el santuario está cubierto del crespon del luto, y sus ministros alargan la mano en busca de un pan que nadie les da! ¡Qué aglomerarse á cada una década hombres y hombres, manejando instrumentos de guerra, mas mortíferos que los que usaban las gentes mas feroces de los tiempos de la barbárie, y destinados á sembrar en pocas horas el luto y la orfandad en naciones enteras, y amontonar mas cadáveres, que calaveras recogia para

(1) Ezech., cap. XVIII, v. 2
(2) Job., cap LXIII, v, 30.

formar piramides el sangriento tártaro Gengis-Kan, despues de dar muchas batallas y destruir las ciudades á millares!

Este escenario de horrores se está viendo hace casi un siglo; y por mas que se intente echarse un velo sobre las pupilas del alma para no ver lo que hay encerrado en todo eso, la filosofia sublime de la historia está hablando, y anunciando en lo que va expuesto, el cumplimiento de una sancion del cielo. No confiesen eso, norabuena, los diplomáticos, cuya lengua se paraliza delante de altas consideraciones de Estado; pero debemos decirlo los que no debemos conocer mas reglas de diplomacia, que las que prescribe el Evangelio, donde están consagradas y sancionadas todas las leyes del derecho natural y de gentes, con arreglo al cual se han de manejar los reyes en el gobierno de sus pueblos en el órden temporal, y las del derecho divino, al cual deben conformarse en un todo los príncipes cristianos en las relaciones que han de conservar con la Iglesia y su cabeza visible. Diremos por tanto lo que se entrevé en esas guerras fratricidas y en esas conmociones espantosas.

Hay un reato público, nacional, europeo de atentados y crímenes cometidos contra el Vicario de Cristo, que todavia está en pié. Dios es vengador de las injusticias, y lo es, como dice un Profeta, *con furor*. (1) Pues ¡qué! ¿se puede olvidar el Señor de las artes malignas que se están empleando, hace ya dos siglos, por los grandes del mundo, para poner valladares á la libertad é independencia que Jesucristo dió á su Vicario para el gobierno y enseñanza de su Iglesia? ¿No está en pié aquella tentativa, ya vieja y caduca, y condenada ya tambien por el Espíritu Santo en el dia para siempre imperecedero del diez y ocho de Julio de este año, de levantar á los Pastores contra el Pastor universal, y decirle que si ellos no consentian en sus decisiones dogmáticas, no tenian la fuerza moral bastante para entrañar obligacion intrínseca de creerlas y obedecerlas? Verdad en que, quizás un príncipe bueno y piadoso lavó con su sangre la mancha de sus mayores, inclinando su cerviz augusta al mandato inícuo de

(1) Nah., cap. I, v. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un verdugo. Pero ¡qué! ¿no se hicieron solidarios de ese atentado otros rectores de pueblos? ¿No está consignado con grandes caratéres en varias legislaciones el imperioso veto, que no deja pasar de las fronteras nacionales las Constituciones Apostólicas para el bien espiritual de la Iglesia universal? ¿No se conservan impresas las huellas que Pio VI señaló con sus plantas en los caminos que guian á dos Vienas, á la una de las cuales fué para rogar á un emperador que anulase aquellas ordenanzas, que convertian la Iglesia en esclava, y hacian de las cámaras episcopales oficinas imperiales, siendo conducido á la otra para entregar su alma á Dios en medio de una nacion que habia prohibido hasta pronunciar su nombre incomunicable, y habia sustituido los emblemas de su adoracion con los que significaban las inmundicias de la corrupcion? ¿No se está llevando á los tribunales á los Obispos que dan publicidad á las Letras Apostólicas relativas al dogma y disciplina de la Iglesia; al mismo tiempo que se da ámplia libertad para que las publiquen los diarios, y para que algunos las comenten con sarcasmo, é insulten al que hace las veces de Dios en la tierra? ¿No están palpitando ahora mismo esas doctrinas nuevas sobre la legitimidad legal de los hechos consumados, sobre la no intervencion en los negocios de los pueblos y ese derecho novísimo llamado el *plebiscito*; derecho que es el barómetro del descenso de la civilizacion, y de un retroceso á los tiempos de la barbárie; cuando los trastornadores y revolucionarios de Grecia pagana constituian su derecho brutal en la voluntad de un pueblo ignorante, y embriagado en las orgías que le procuraban los revoltosos, para que, al derrocar ellos á un rival y apropiarse el ejercicio del poder, hubiese una vocinglería confusa, que dijera, Sí?

En todo esto hay, clara ya y manifiesta, una infraccion solemne, europea, social, del derecho divino, natural y de gentes: haciéndose partícipes y solidarios del mismo crímen todos los que son ministros del Rey de los cielos, y han recibido de él la espada que ciñen para mantener la justicia en la tierra. Y no es esto un secreto de la política, escondido entre los repliegues de negocia-

ciones fementidas y traicioneras; es un hecho conocido de todos, que se han planteado semejantes doctrinas para llegar á consumar el atentado cometido en veinte de setiembre; pues nadie hay que no haya visto á los príncipes del mundo estarse con los brazos cruzados, cuando se despojaba al Vicario de Cristo; mientras que se han puesto en movimiento activo, y sin ser llamados, cuando han creido que se podia atentar, siquiera muy á lo léjos, no ya contra sus derechos, existentes mal ó bien, sino contra sus pretensiones de preponderar en fuerzas materiales y morales, y de tener á otras naciones uncidas á su carro; como si el alma de la civilizacion viviese en sus alcázares, y como si el órden de la sociedad debiera mudarse con un fruncir de sus cejas. Trataremos en el lugar que les hemos destinado, (1) de la iniquidad que encierran estos principios; pero no podemos menos de decir aquí, que todo hombre honrado se conmueve al presenciar este modo de obrar; y que toda alma que tenga amor á la verdad y á la justicia, protesta contra contradicciones tan públicas y solemnes como se notan; y nosotros protestamos contra el hecho consumado en el despojo del soberano Pontífice, y contra las doctrinas absurdas que han sido el precedente para llegar á él. Y fundados en el derecho que nos asiste de poder poner en la balanza de la crítica los hechos que son de dominio público, preguntarémos á quienes toleran hoy un hecho y mañana lo atacan, una sola cosa. ¿Esa doctrina de no intervenir en los negocios de otras naciones, es verdadera? Pues si es verdadera, es necesario que lo sea siempre, no pudiendo variar la verdad. ¿No lo es? Pues en ese caso no pudo dejarse ejecutar una sola vez, sin faltar á la verdad, al derecho natural, al de gentes y al mandato expreso de Dios, que tienen los reyes, de no permitir que triunfe el malo sobre el inocente con la fuerza brutal.

La materia que tocamos nos conduce en este instante á consideraciones tan tristes, que casi se resiste la pluma á escribir, porque en vez de encontrar tinta, da con

(1) Capítulo VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lagrimas. Lágrimas en efecto nos hace derramar una carnicería humana, que estamos viendo; pero no por eso dejaremos de decir algo sobre ella, y escribiremos aun que tengamos que hacerlo con lágrimas. En el seno de la Europa civilizada está la desafortunada nacion, que algun dia fué de Carlo Magno y de san Luis, sobrellevando una calamidad, de la cual no hay semejanza en la historia, á no ser que volvamos nuestras miradas á las batallas de Alejandro contra Darío. Ciudades arruinadas, miles y miles de cadáveres amontonados, centenares de miles de guerreros conducidos al extranjero, calamidades sin cuento, todo está pesando sobre esta nacion cristiana. Y ¡cosa singular! está entregada á sí misma: se encuentra en el abandono mas absoluto: nadie interviene para sacarla de una guerra que la devora: y si bien excita la compasion en los corazones sensibles, no se oye una voz autorizada que intente venir en su auxilio; mientras que no ha faltado alguna, que ha dicho que estaba bien que se la humillase, aunque no debia permitirse que bajase hasta el último grado de su humillacion.

¡Qué coincidencias tan raras presenta la historia contemporánea! Hace quince años hubo la intervencion más ruidosa que se ha visto desde el tercer lustro de este siglo: tres potencias se unieron para intervenir en sostener al sucesor de Mahoma, é impedir que las águilas negras del Norte echasen sus uñas sobre el imperio carcomido, que por nueve siglos estuvo tratando de resolver el problema, de si reinaría en la tierra la Cruz con el Evangelio, ó el Alcorán con la media luna. Pocas veces ha corrido tan á torrentes la sangre humana: perdió por más de un año el mar del Ponto su nombre, pues de negro se volvió en sanguíneo: jamás el antiguo reino de Mitridates tuvo que abrir tantas fosas para enterrar en montones confusos al cristiano, al hereje, al turco y al cismático. Y ¿de donde salió esa mezcla de tantos y tan diferentes guerreros? Todos lo saben: de las márgenes del Sena: *intervencion, intervencion*, se dijo: y por primera vez quizás el defensor del islamismo, el enemigo de Cristo, fué honrado por los monarcas que profesan el Evangelio, con el nombre del hermano, pues los hechos eran de hermano á hermano. Venció la intervencion: habia entre los interventores un monarca cuyo poder se extendia á cortos límites: era necesario premiarlo por sus méritos contraidos en Alma é Inkerman. ¿Cómo se le habia de premiar? Aquí corremos un velo.

Entre tanto, de aquellas mismas márgenes, de donde habia salido el grito de intervencion empezó á dejarse oir otra voz que decia; *no intervencion: deben formarse nacionalidades grandes y compactas: los pueblos son dueños de sus destinos: las soberanías menores son un embarazo para el equilibrio europeo: el Papa no necesita de poder temporal para ser Sumo Pontifice: puede vivir como Rey en el Vaticano, habiendo otro rey en el Quirinal: no intervencion, no intervencion en los negocios de los pueblos.* (1) Otra cosa rara y singular se presenta, y es, que simultáneamente con la aparicion de estas máximas de *no intervencion*, empezaba á verse en las regiones subalpinas un movimiento hácia las regiones meridionales de Italia; no contentándose sus gobernantes con las regiones del pino y del enebro, y ansiando por las risueñas riberas del Tíber, por las deliciosas llanuras de Càpua, y por las fértiles islas Tirrénicas. Levantamientos populares, promovidos por emisarios ocultos, portadores de talegas de oro; amotinamientos ocasionados por predicantes de esquinas y plazas; trastornos en una parte, expulsion de autoridades legítimas en otras; sublevacion de unas provincias del dominio temporal del Papa, y gritos y victores á un rey nuevo, era el espectáculo que turbaba á los pueblos, rechazando casi todos ellos la idea de sustraccion de su legítimo soberano, y reprobando esos atentados, mientras que algunos pagados por los invasores gritaban con ellos dando vivas á la libertad. Entre tanto, salia la misma voz del mismo paraje, diciendo: *no intervencion, no intervencion. en los asuntos de cada nacion: cada pueblo es dueño de sí mismo*

Y esta nueva ley europea ha imperado, mientras se consumaba el despojo del dominio temporal del Sumo Pontífice, efectuado por la fuerza brutal de las armas.

(1) Todas estas doctrinas contenia el folleto intitulado, *El Papa y el Congreso*, impreso en París en 1859.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero no se ocultan á Dios los pensamientos de los reyes, ni se le esconde lo que se trata en los gabinetes más ocultos; ni son un velo para él las maniobras tenebrosas, pues las tinieblas para él son como luz de medio dia. El alma que tiene fe, y se eleva á la contemplacion de las obras divinas, no puede ménos de ver á este Señor mirando desde el cielo con rostro airado y diciendo á los autores de tanta iniquidad· ¡cómo! ¡habeis gritado *no intervencion*, mientras habeis despojado de la gloria que yo le dí á mi Vicario! ¡Vosotros, que habeis sacrificado cientos de miles de guerreros, para intervenir en sostener al que tiene guerra declarada á la mision que yo mandé á mi Hijo que cumpliese en la tierra! Habeis inventado un derecho nuevo, contrario al que yo establecí al criar al hombre, á quien impuse el precepto de mirar por el bien de su prójimo: (1) habeis despreciado las voces de mi Vicario, que reclamaba la defensa del justo, oprimido por el impío, fiándoos en vuestro poder: lo habeis abandonado, preparando el camino al tigre que queria devorarlo. *¿A quién me habeis asemejado á mí?* (2) ¿No sabeis, que yo soy el leon fuerte que *estoy velando los dias y las noches sobre mi heredad*? (3) *¿Hemos oido la soberbia de Moab: muy soberbio es: mayor es su soberbia y su arrogancia que su fortaleza* (4) Yo os daré lo que estableciste para despojar á mi ungido: os daré no intervencion por no intervencion, abandono por abandono, despojo por despojo, desolacion por desolacion, y ruinas por ruinas.

A este estado de cosas ha llegado la Francia; pero ¿Cómo? ¿por qué medios? Esto es lo que llama nuestra atencion, las desgracias de este pueblo han tenido su orígen en una intervencion. Se habia negado esta al Vicario de Cristo, y solo se le concedia una asistencia ilusoria, asistencia que parecia establecida para engañar á los católicos, y para servir de consigna á los que estaban alargando sus uñas hácia Roma, y solo esperaban

(1) Eccli., cap. XVII, v. 12.
[2] Isai., cap. XL v. 25.
(3) Is., cap XXI, v. 8.
(4) Ibid., cap XVI, v. 6.

una coyuntura oportuna, la cual se les proporcionó al desaparecer por causas frívolas el signo convencional de una proteccion nula. Pero hé aquí que entonces mismo, la España que andaba en busca de un rey, y disponia de sus destinos, siguiendo las doctrinas creadas á las márgenes del Sena, se quería dar uno perteneciente á la familia real de Prusia, y ¿quién lo hubiera podido sospechar? Hacia años que se decia en las altas regiones de la política, y lo repetian á gritos los hombres de la revolucion: *no hay intervencion;* y de repente se deja oir una voz imperial que grita: *intervencion*; y toda la nacion responde diciendo: *sí, sí, intervencion*; y al instante se arman las escuadras, se abren los arsenales, se ponen en marcha los ejércitos, se preparan miles de bombas y morteros para marchar contra la Prusia, para impedir que el príncipe que España se queria dar por rey, franquease los montes del Pirene. Y he aquí, que esta nacion ínclita, lanzada al combate por faltar á su nuevo derecho de no intervenir, se ve á los pocos dias como estupefacta, y sin saber lo que le pasa: un emperador cautivo: trescientos mil soldados prisioneros: las fortalezas inconquistables tomadas, la gran metrópoli, que se llamaba el alma del mundo moderno, estrechada por un asedio de hierro, acosada por el hambre, atacada, bombardeada, comiendo pan negro, devorando carne de caballo, matando el hambre con carne de animales inmundos, y no viendo en aquellas plazas y calles, donde antes se oia el canto de la cítara y del harpa, sino espectros de muerte, silencio, palidez, estallidos de bombas, crugimiento de edificios que caen con estrépito, la muerte misma, la hórrida parca, que con guadaña feroz está segando los vivientes y pretende hacer de esa gran ciudad un inmenso monton de ruinas y cadáveres. Y esto se prolonga sin que haya un rey ó emperador que diga: *intervencion*, mientras no falta quienes miran la ruina de la llamada Babilonia moderna, y dicen con una especie de alegría desdeñosa: *abandonémosla á su suerte.*

¿Quién no advierte estas coincidencias de los acontecimientos? ¿Quién no ve en esto los males que causa á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la sociedad la doctrina contraria al Evangelio? No habia intervencion, cuando se iban arrebatando sucesivamente al Sumo Pontífice sus provincias: no la habia, cuando el pueblo de Italia arrojaba á los príncipes legítimos de sus tronos: no la hubo, y sí un abandono desleal, cuando estaba concentrándose un ejército de sesenta mil hombres en las fronteras de la Toscana, y en la Sabina, y en los confines de Nápoles: (1) no la hubo en todas las depredaciones sacrílegas de los dominios de la Iglesia; y no la hubo porque el nuevo derecho de no intervenir en lo que hacen los pueblos dueños de sí mismos para constituirse, ponia un veto: no la hubo, porque consecuentes á esta doctrina los que la engendraron en el alcázar de las antiguas tejerías, decian que la Italia se queria dar un rey á su gusto, y nadie tenia derecho para impedírselo. Pero, respóndasenos á una sola pregunta: y ¡qué! ¿la España no es un pueblo como los demás? ¿No tenia esta nacion, segun las nuevas doctrinas, derecho á constituirse? ¿No lo tenia para darse un rey á su gusto, segun esas mismas doctrinas salidas de las riberas del Sena? ¿Cómo pues se ha concluido ese derecho? La Italia lo podia hacer para despojar al Papa, que estaba sentado pacíficamente en su trono, y ¿no lo podia la España que se encontraba sin su reina hacia ya dos años?

He aquí los hechos que consignamos, y cuyo estudio bien profundizado debia ser una leccion elocuente para la sociedad, que se está desmoronando como edificio carcomido, por efecto de las malas doctrinas. La no intervencion en el despojo paulatino del Padre Santo, ha sido precedida de la intervencion mas sangrienta, y seguida inmediatamente de otra intervencion, la mas calamitosa que ha habido para los autores de las dos. Siempre se

(1) Hemos pasado todo el mes de agosto de este año en Vitervo, y sabíase ya el 10, que las divisiones de los piamonteses estaban concentrándose en esos puntos: fué hácia el dia dicho, cuando la corta guarnicion francesa, que habia en esta ciudad y en la próxima de Montefiascone, se retiró á Civitavechia, y para el cuatro de setiembre ya no habia un soldado francés en los Estados romanos: salieron ellos, y no se nos tachará de temeridad, si decimos que la salida de los defensores ilusorios, era la consigna de la entrada de los invasores.

mintió á sí misma la iniquidad, como dice el Profeta (1) pero pocas veces lo ha hecho con tan poco pudor como esta: mas pocas veces tambien ha recibido tan instantáneamente el castigo. (2) En el estudio de esa revolucion no hay que ir á la ligera, pues se han visto cosas muy notables. El hijo de muchos reyes santos no debe considerarse en la ejecucion de los planes revolucionarios como el hombre, y sí como el nombre. Nacido en cuna real, y siendo rey por derecho hereditario, bien sabe que así como él reina en los Estados que fueron de sus augustos ascendientes en virtud de ese derecho, igual le tenian para reinar los príncipes que ha desposeido la revolucion, y mas que todos el romano Pontífice. Digno es de nuestra compasion ese rey; pues sobre su nombre carga la responsabilidad por ante el mundo; y digno de mayor lástima, cuando de la roca inmovible del Vaticano, han sido lanzados los rayos que tarde ó temprano, matan á quien los recibe. Pero digamos las cosas como ellas aparecen que son: otros mas adiestrados en el arte de revolucionar que el rey subalpino: otros que no nacieron en el mundo con derecho para ser reyes, son los que han tomado, no al hombre, sino al nombre, para llevar adelante sus planes contra la Iglesia y contra el Vicario de Cristo. El hijo de los Humbertos no habia nacido, cuando se habia formado la conjuracion tenebrosa contra el poder temporal del Papa; y la revolucion dejó ese proyecto en testamento á quien supiese entenderlo mejor, andando los tiempos. Quiso entonces el génio del mal llevarlo á cabo por la violencia, y fracasó; pero legó á quien lo entendiese mejor que aquel, la astucia y la hipocresía, para que fuesen la vanguardia de la fuerza brutal, y consumase á cañonazos lo que habia preparado: la proclamacion de unos derechos contrarios á la ley de Dios.

No queremos dar una plumada mas en este cuadro lúgubre: estamos llorando con la ilustre madre de tantos reyes santos, y de innumerables hijos que la han hecho

(1) Ps. XXVI, v. 12.

(2) Cuando salian de Civitavechia los últimos soldados franceses, se estaba dando la batalla de Sedan; y esto basta para probar esa verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloriosa por sus virtudes, por su saber y por sus conquistas. Pero, al derramar lágrimas por sus desventuras, no nos causan tanta amargura que nos perturbe, y no nos deje ver, que han vivido en ella ejércitos de filósofos impíos, los cuales con sus doctrinas han querido desterrar á Dios de la sociedad; y que debe á esos destructores de los principios salvadores del mundo la tristísima situacion á que ha llegado; porque son ellos los que han preparado el camino á lo que hemos visto consumado el veinte de setiembre en Roma: son ellos los que han enseñado á los reyes una política impía: son ellos los que han echado de la sociedad los ideas del derecho legítimo, para sustituirlo con otro derecho que proporciona á la misma sociedad una tiranía constante, que se llama de un modo distinto á cada momento, pero que es siempre la misma. Hoy es asamblea nacional, mañana convencion, despues terror, aquí consulado, allí imperio, despues restauracion, despues rey ciudadano, luego república, al poco presidencia, en otro instante imperio, y otra vez república; pero siempre tiranía disfrazada, sufrimiento para los pueblos, guerras sangrientas, revoluciones encadenadas, una tras otra, subversion de los principios sanos, destruccion de las fortunas, apocamiento del fervor, desaparicion de la piedad, ruina de las costumbres, eliminacion de la ciencia, sangre, muerte y calamidades sin fin, como lo estamos viendo hoy dia por desgracia.

Hay por tanto un punto sobre el cual no podemos guardar silencio, porque es el resúmen de cuanto encierra este artículo. Esas calamidades públicas que afligen hoy más que nunca á los pueblos, encierran el lenguaje del cielo. Dios parece que está diciendo al mundo con voz terrible, ya que este ha desoido la dulce y benigna: *no toqueis á mis ungidos.* (1) No toqueis á mi Vicario, reyes de la tierra, pues yo soy quien lo he constituido rey en Sion, que es el monte santo donde vivo. No pongais vuestras manos sobre él, porque tened entendido que vuestros reinos y vuestras islas son en mi pre-

(1) Ps. CIV v. 5.

sencia como las arenas, y vuestros cetros y coronas como los aristas, que haré que vuelen como una pluma arrastrada por el furioso viento del aquilon. No toqueis á mi Vicario, oh pueblos, pues yo mismo lo he coronado de gloria y honor, y lo he hecho rey con un derecho más alto que el que tienen vuestros reyes: porque si lo ultrajais, he de trataros en mi furor, y he de castigar vuestro crímen, enviándoos todas las plagas, y mandándolas que sacien su furor sobre vosotros. No pongais vuestras plantas en la ciudad santa, sino para adorarme á mí, y venerar á quien me representa en la tierra; pues si intentáreis entrar en ella con proyectos hostiles al que ha recibido de mí las llaves del cielo, desencadenaré los elementos, vendrán sobre vosotros terremotos, pestes, hambres y guerras, y correrá á torrentes vuestra sangre para lavar con ella la tierra. No le negueis la obediencia, pues tiene derecho para mandaros; porque, si os levantareis contra él, yo permitiré que se levanten tiranos en la tierra, y en vez de padres que os manden con amor, os enviaré hombres de corazon duro que derriben vuestras ciudades, y sean como sierpes y dragones que devoren vuestras sustancias, y os impongan un yugo de hierro, que jamas podreis sacudir.

Fecunda es, quizás como ninguna, en enseñanza para la sociedad, la época actual: fecunda es para los reyes y para los pueblos, y ó nos engañamos mucho, ó no podemos ménos de decir, que las calamidades extraordinarias que pesan sobre algunas naciones, son tambien una leccion extraordinaria que el cielo nos está dando, para manifestarnos que se está faltando á lo que él ha mandado. ¿Son estos castigos una justa retribucion á las iniquidades cometidas para atentar al derecho que tiene el Sumo Pontífice al trono real que Dios le ha dado, y una reprobacion solemne de los falsos principios de política que han introducido en el gobierno del mundo sus rectores? Responderémos con humilde acatamiento, que Dios tiene la ciencia de sus obras, y nosotros la fe; y puesto que la historia sagrada nos presenta documentos infalibles, que nos enseñan que Dios castiga á los monarcas y á los pueblos por olvidarse de él, con razon creemos que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á la negacion sistemática de la verdad revelada, y al empeño, con que trabajan los hombres para desterrar á Dios de la sociedad, y hacerse independientes de la autoridad de su Vice-gerente en la tierra, han seguido los castigos, que tienen por objeto destruir lo malo y restablecer el imperio de la justicia. Son muchos los errores que se han propagado para consumar el crímen del despojo del Padre Santo, como lo diremos ahora con toda claridad; y no extrañamos que Dios haya tomado en su mano la vara de la justicia; pero, antes de entrar en la vasta materia del derecho nuevo, permítasenos hacer una corta reflexion sobre esos grandes infortunios de las Galias. Triste y lamentable es su estado; la juventud ha tenido que abandonar los talleres y la labranza: las fábricas, esos grandes focos de desmoralizacion y corruppcion de ideas de la edad florida del hombre, se encuentran cerradas: un solo pensamiento anima hoy dia á cuantos viven en esa nacion, el de unirse todos sus hijos, para sostener su independencia y défender su integridad. Y no podria esto ser una cura que Dios quiere dar á la enfermedad social, que estaba amenazando ya á la existencia de ese pueblo? ¿No vimos hace ocho meses los levantamientos de los operarios, que en todas partes querian ser los dueños y administradores de los bienes de los propietarios, de donde salia su subsistencia por medio del trabajo? ¿No tuvo que intervenir en todas partes la fuerza de la autoridad para obligar á entrar en el círculo de sus deberes á los amotinados? Todo eso era el principio de una guerra provocada por el socialismo, en el cual han sido iniciadas las clases proletarias mediante dos elementos poderosos, y capaces ellos solos de destruir la sociedad. Uno de estos, es la libertad sin freno que han dado los gobiernos á la prensa corruptora de los principios de justicia, y la proteccion que ha dispensado á los que atacan sin cesar la religion revelada: otro, la publicacion incesante de tanto libro nefando, en los cuales se ha desterrado á Dios de la sociedad, se ha enseñado al pueblo, á levantarse contra los ricos, para la reparticion de la propiedad agena, y á constituir el derecho y la ley en la fuerza y en el número. Una guerra

social hubo en Francia hace ya ochenta años, en la cual, al grito de igualdad, libertad y fraternidad, fueron despojados de sus bienes los templos, el clero y la grandeza, habiendo costado esta guerra cerca de millon y medio de víctimas humanas; siendo la primera un rey bondadoso, y la última hasta un plebeyo que tuviese opinion contraria á los que con nombre de igualdad reinaban con ferocidad sobre el pueblo.

Y ahora, ¿á donde queria llevar sus conatos el pueblo corrompido por las malas doctrinas? A la destruccion del propietario para apoderarse de sus riquezas; y de allí se hubiera ido al planteamiento de la horrible guillotina en las ciudades, y en las comarcas donde hubiese hombres ricos. ¿Es acaso esa guerra, volvemos á decir, un remedio que la mano misericordiosa del Señor ha querido aplicar para detener, á lo menos por algunos años, la marcha que queria emprender el mónstruo horrendo del socialismo? Lo ignoramos; pero el exámen imparcial de ciertos hechos públicos nos mueve á creer, que quizás eso puede ser así; y tenemos bastante fundamento para ello, cuando sabemos por la fe, que Dios es padre amoroso de los hombres, que no toma en su mano la vara para castigar sino á los que ama, y con el fin de que vuelvan en sí, y reconozcan sus errores. Dichoso entre tanto es el pueblo á quien Dios visita con tribulaciones para amonestarlo, si él sabe aprovecharse de la leccion. *Dichoso es*, dice el Profeta, *aquel á quien tú instruyéres, oh Señor, y le enseñáres tu ley, para que lo libres de los dias malos.* (1)

CAPITULO VII.

DEL DERECHO NUEVO.

Es tan natural al entendimiento humano el tener reglas inmutables para obrar en conformidad con ellas, y tan innato el buscar en todo la verdad, que aun el hom-

(1) Ps. XCIII, vv. 12, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á la negacion sistemática de la verdad revelada, y al empeño, con que trabajan los hombres para desterrar á Dios de la sociedad, y hacerse independientes de la autoridad de su Vice-gerente en la tierra, han seguido los castigos, que tienen por objeto destruir lo malo y restablecer el imperio de la justicia. Son muchos los errores que se han propagado para consumar el crímen del despojo del Padre Santo, como lo diremos ahora con toda claridad; y no extrañamos que Dios haya tomado en su mano la vara de la justicia; pero, antes de entrar en la vasta materia del derecho nuevo, permítasenos hacer una corta reflexion sobre esos grandes infortunios de las Galias. Triste y lamentable es su estado; la juventud ha tenido que abandonar los talleres y la labranza: las fábricas, esos grandes focos de desmoralizacion y corruppcion de ideas de la edad florida del hombre, se encuentran cerradas: un solo pensamiento anima hoy dia á cuantos viven en esa nacion, el de unirse todos sus hijos, para sostener su independencia y défender su integridad. Y no podria esto ser una cura que Dios quiere dar á la enfermedad social, que estaba amenazando ya á la existencia de ese pueblo? ¿No vimos hace ocho meses los levantamientos de los operarios, que en todas partes querian ser los dueños y administradores de los bienes de los propietarios, de donde salia su subsistencia por medio del trabajo? ¿No tuvo que intervenir en todas partes la fuerza de la autoridad para obligar á entrar en el círculo de sus deberes á los amotinados? Todo eso era el principio de una guerra provocada por el socialismo, en el cual han sido iniciadas las clases proletarias mediante dos elementos poderosos, y capaces ellos solos de destruir la sociedad. Uno de estos, es la libertad sin freno que han dado los gobiernos á la prensa corruptora de los principios de justicia, y la proteccion que ha dispensado á los que atacan sin cesar la religion revelada: otro, la publicacion incesante de tanto libro nefando, en los cuales se ha desterrado á Dios de la sociedad, se ha enseñado al pueblo, á levantarse contra los ricos, para la reparticion de la propiedad agena, y á constituir el derecho y la ley en la fuerza y en el número. Una guerra

social hubo en Francia hace ya ochenta años, en la cual, al grito de igualdad, libertad y fraternidad, fueron despojados de sus bienes los templos, el clero y la grandeza, habiendo costado esta guerra cerca de millon y medio de víctimas humanas; siendo la primera un rey bondadoso, y la última hasta un plebeyo que tuviese opinion contraria á los que con nombre de igualdad reinaban con ferocidad sobre el pueblo.

Y ahora, ¿á donde queria llevar sus conatos el pueblo corrompido por las malas doctrinas? A la destruccion del propietario para apoderarse de sus riquezas; y de allí se hubiera ido al planteamiento de la horrible guillotina en las ciudades, y en las comarcas donde hubiese hombres ricos. ¿Es acaso esa guerra, volvemos á decir, un remedio que la mano misericordiosa del Señor ha querido aplicar para detener, á lo menos por algunos años, la marcha que queria emprender el mónstruo horrendo del socialismo? Lo ignoramos; pero el exámen imparcial de ciertos hechos públicos nos mueve á creer, que quizás eso puede ser así; y tenemos bastante fundamento para ello, cuando sabemos por la fe, que Dios es padre amoroso de los hombres, que no toma en su mano la vara para castigar sino á los que ama, y con el fin de que vuelvan en sí, y reconozcan sus errores. Dichoso entre tanto es el pueblo á quien Dios visita con tribulaciones para amonestarlo, si él sabe aprovecharse de la leccion. *Dichoso es*, dice el Profeta, *aquel á quien tú instruyéres, oh Señor, y le enseñáres tu ley, para que lo libres de los dias malos.* (1)

CAPITULO VII.

DEL DERECHO NUEVO.

Es tan natural al entendimiento humano el tener reglas inmutables para obrar en conformidad con ellas, y tan innato el buscar en todo la verdad, que aun el hom-

(1) Ps. XCIII, vv. 12, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre perverso, cuando se aparta de la rectitud y justicia, se finge á sí mismo ciertos principios sugeridos por su propia malicia, los que sigue en su obcecacion como regla de su conducta. Es claro, por tanto, que para consumar el despojo mas criminal que han visto los nacidos, y destruir por la fuerza brutal un derecho revestido de todas las condiciones prescritas por la ley natural y divina, acatado por el derecho público de las naciones, y venerado por las generaciones de quince siglos, era necesario preparar de antemano los medios de poderlo hacer sin ofender ostensiblemente la conciencia, que llamaremos pública, y sin chocar con el sentido comun, que es propio de todo el linaje humano. Porque este, inspirado en los principios de la verdad eterna, nunca califica de justo lo que es injusto, ni llama bueno lo que es malo, por mas que la iniquidad se presente embozada con galas aparentes de justicia; pues el hipócrita podrá andar enmascarado, un dia, pero no diez, pero no ciento: el buen sentido comun lo descubre tarde ó temprano, y al fin lo rechaza con indignacion justísima; que á la verdad nada repugna tanto como la ficcion. Preciso es decir públicamente, y nadie lo podrá negar, que la revolucion hostil al poder temporal del Sumo Pontífice, al fin de su jornada ha revelado con sus actos lo que la guia en sus empresas. Tiene siempre en sus lábios el derecho, no consiguiendo nada sino por la fuerza: todo su derecho se ha reducido entre tanto, á mover ejércitos formidables y atacar á un venerable anciano, para lo cual, no era necesario por cierto estar urdiendo por muchos años tela de falsedades, racamada de mentiras y ficciones, y orlada de una repugnante hipocresía, á fin de delinear en el lienzo principios de un derecho que no es el que Dios á publicado, y que el Vicario de Cristo no podia ménos de anatematizar, como ahora lo veremos en dos extensas consideraciones.

§. I.

Doctrinas subversivas.

Antes de deslindar dos campos, es necesario ver qué bandera tiene cada uno de ellos: hemos de llegar á uno, en el cual ondea un pabellon con color blanco, emblema de santa sencillez, y otro amarillo, significativo de la doctrina más fina y más probada que el oro. Pero, tambien es necesario echar una mirada al estandarte del primer campo que hemos de recorrer; y es triste decirlo, allí campea un color pardusco y sombrio, con algunos enigmas de oropel, es el estandarte de la revolucion, cuyo fondo no revela mas que una idea, la de la hipocresía. Cuanto se haga en ese campo, lleva el mismo sello: palabras buenas, obras malas: acciones al parecer indiferentes, intenciones torcidas: miradas de cordero, intenciones de tigre: movimientos apacibles, arremetidas traidoras y violentas. Esta es la disciplina del campo de la mentira.

A quien haya leido con atencion los santos Evangelios, y observado con estudio lo que pasó en el palacio de Herodes, tan luego como supo que tres sábios venidos de Oriente querian adorar á un rey recien nacido, nada de esto le admira. Oye decir que ese rey va á sentarse en el trono que él ha usurpado, y su único pensamiento es destruirlo. Entre tanto, observemos qué devoto se muestra del rey recien nacido, qué respetuoso hácia las sagradas profecías, y qué obsequioso con los reyes del Oriente. ¿Con que venís, les dice, á rendir homenaje al gran rey, y deseais saber donde ha nacido? No ha nacido aquí; pero los santos Profetas dicen que ha de nacer, no en Jerusalen, sino en Bethlehem: piadosos sois, á la verdad, en vuestra empresa, y dignos de ser imitados; id, pues, á esa ciudad, y *despues que lo hayais encontrado, volved por aquí, que yo tambien quiero ir á adorarlo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) No extrañará, repetimos, lo que ha sucedido, en vista del degüello de los inocentes, resultado final de aquella política solapada, benévola y piadosa en los lábios, cual ninguna; pero sí debe asombrarnos, que potentados regenerados por la sangre de Cristo, hayan aprendido la política en la escuela del que, por medio de palabras llenas de suavidad, se propuso, engañando á los buenos, exterminar al Redentor. Sin embargo, así lo han hecho los que han despojado á Nuestro Santísimo Padre de su reino. Referirémos lo sucedido; descubrirémos la máscara de la política mundana; desentrañarémos la malicia de las máximas que ha establecido contra los preceptos de la ley natural y divina y contra el derecho de gentes, para abrir el camino á ese gran atentado; pero antes de hacerlo, repetirémos aquellas palabras de un escritor sagrado, quien al referir los males de su patria vendida á los griegos por los hombres malos de su pueblo, decia así: *ruego á los que lean este libro, que no se espanten por los casos adversos, sino que piensen, que lo que ha sucedido, no es para exterminio de nuestra nacion, sino para que aprenda y se enmiende.* (2) Eso dice el sagrado escritor, y lo mismo decimos desde ahora. Esto ha sucedido para que aprendamos; pero no para que se concluya el poder temporal del Vicario de Cristo, pues él se levantará con nueva gloria.

Tambien para preparar y consumar sin contradiccion esta hazaña sacrílega, se han pretendido introducir en el mundo dos unidades, una en el órden de la moralidad, y otra en el de las nacionalidades. La primera tenia por objeto trastornar las ideas de muchos católicos, amantes de sistemas nuevos, y poco cimentados quizá en los principios eternos de la verdad, á fin de que con su prestigio, adquirido como hombres de Estado, oradores elocuentes, escritores sábios, y aun como altos personajes en la sociedad católica, diesen apoyo á las teorías, que salian á volar por el mundo, atronando las conciencias pacíficas, así como taimado y silencioso se desprende un

(1) Mat., cap. II. v. 8.
(2) II Macab., cap. VI, v. 12.

cuervo de un árbol, cual Nabucodonosor le vió, turbando con sus graznidos la quietud de las aves. (1) En ese escrito, atribuido á un personaje muy elevado, se establecia un derecho nuevo respecto del Soberano Pontífice, cuyo despojo temporal se trataba como asunto en el cual pudiesen tener derecho legal de intervenir los reyes, á la mira de disponer como jueces, el modo conveniente para que viviese sin el poder temporal. Era este escrito, á la par que hipócrita, subversivo de los derechos natural y de gentes. ¿Quién ha autorizado jamàs á los reyes, para que erijiéndose en tribunal, despojen à otro rey de su soberanía? Si ellos no se la han dado; si esta viene de Dios, como es verdad que viene; si esa soberanía es una herencia legítima, ¿cómo podrán los reyes despojar de ella á uno de sus hermanos? ¿Por los votos de ellos? Pues eso es lo que se llama el derecho de la fuerza; y ese derecho pretendia publicar aquel cuervo, contra cuyas voces perturbadoras y principios destructores se levantó el Episcopado de la Iglesia. Norabuena que los reyes quiten lo que ellos dan, si en justicia creen que deben hacerlo por el bien de su pueblo; pero ¿lo que no dan? Eso seria un latrocinio como otro, con la diferencia accidental de su calificacion, latrocinio imperial ó real. Dios ha dado al Papa una corona de rey: ¿qué derecho tendrian á privarle de ella todos los reyes de la tierra? Una vez establecido ese derecho ¡què consecuencias tan tristes establecian los reyes contra sí mismos! Preciso es decir, que si alguna mano real trazó las páginas donde tales doctrinas se insinuaban, no pertenecia á reyes que se sientan en el trono, subiendo á él por las gradas, sino escalándolo por las intrigas. Iba esa doctrina encaminada á seducir á los reyes, presentándoles un cuadro del aislamiento y separacion, en que se encontraban respecto del rey de la ciudad santa; aislamiento ocasionado por la santa resistencia, con que este se empeñaba en seguir en su política una marcha opuesta á la de ellos; lo cual se hacia, para

(1) No queremos que nadie se equivoque, creyendo que en este lenguaje metafórico, hay lo que no hay. Hablamos de escritos: ese cuervo que turbó al mundo con sus graznidos, es el folleto llamado *El Papa y el Congreso*, el cual salió de París á fines de 1859.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que llegado el momento de las invasiones brutales, abandonasen todos al santo rey, y lo dejasen entregado al destino que, segun se decia, él mismo se habia grangeado por su oposicion constante á las reformas modernas. Iba además enderezada á corromper las ideas del pueblo católico,diciéndole que en los Estados romanos no se conocia ninguna de las felicidades, en que, como en lago lácteo, se bañaban los demás pueblos; para que los malos católicos, que no faltan, aun en las congregaciones de los justos, suspirando por una libertad, que puede llamarse dogal de los espíritus, y cadena disimulada de las dominaciones tiránicas, fuesen desertando de la tierra clásica de la verdadera libertad, se instruyesen poco á poco en el modo de formar revoluciones, gritasen por todas partes que en los dominios de la Iglesia no hay sino esclavos, y al fin volviesen á ellos protegidos por miles de soldados, y entrasen en Roma diciendo á gritos, (1) que la habian librado del cautiverio de la tiranía, que habian conquistado la libertad, y que habian consumado lo que se llamaba con impudor, *exigencia del derecho, reclamacion de la justicia.*

Muchos años ha en efecto,que se está atronando nuestros oidos, con las voces de que nuestro santo Padre no quiere entrar en las vias de la civilizacion moderna, ni

(1) Trasladamos literalmente las palabras que el jefe del gobierno subalpino pronunció el 9 de octubre, en contestacion á la comision romana que le presentó el resultado del plebiscito del 2 del mismo. «Si debemos no poco á la fortuna, debemos mucho mas á la justicia evidente de nuestra causa, al libre consentimiento de la voluntad, y á la mútua correspondencia de las promesas ..... Ahora los pueblos italianos son verdaderamente dueños de sus destinos.» (*Gazzet, del pop.*, Rom. 11 Ottob. 1870, nº 18, pág. 7 col. 2, lín. 25.) ¡Magnífica doctrina en los lábios del jefe de una nacion! Consagra con ella el derecho de la fuerza mayor; pero para sostener ese nuevo derecho, preciso es, que prepare un ejército formidable; porque ese mismo pueblo, *dueño de sus destinos*, mañana dirá que quiere darse á sí mismo otras instituciones, y enviar su jefe supremo al ostracismo, ó á otra parte peor. Esos acentos que se oyeron en el palacio Pitti, los habian vocingleado las turbas forasteras, que entraron en Roma á millares el 20 de setiembre La empresa de tomar á Roma *por una granizada de balas era lo mas leal y lo mas santo:* concluida la accion, se entonó *el himno de la victoria y de la libertad.* (*Gazzet. de Rom*, 21 settem, pág. 2, lin. 25 y 37.)

reconciliarse con los sistemas del liberalismo de la época, ni abrir un camino en el progreso. Grosera calumnia es esta, pero muy propia de los que han aprendido de su maestro aquella máxima, *mentir siempre, y calumniar, porque siempre queda algo.* Notorio es, como afirma el santo Pontífice en su Encíclica última, y lo pueden atestiguar cuantos han vivido en sus Estados, que la enseñanza de todas las ciencias divinas y humanas, y la de todas las artes útiles al comercio de la vida, se hallaban en su apogeo. Sabe tambien todo el mundo, que los Estados pontificios eran los que en toda Europa mantenian mas número de habitantes por milla cuadrada: nadie ignora, que el pueblo sometido á la jurisdiccion temporal de los Papas no llamaba á estos reyes, sino Padres, porque allí no habia, puede decirse, sino una gabela, el amor, el afecto: una sencilla contribucion, cual la ley natural prescribe, con el fin de mantener las cargas del Estado, y procurar el bien público era todo el tributo de aquellos pueblos á su soberano: allí trabajaba el labrador todo el año para sí y para sus hijos, sin saber que hubiese en el mundo recaudadores que fuesen al hogar pacífico á exigir á viva fuerza, siquiera la milésima parte de su sudor; allí no se arrancaba á la madre su hijo, para conducirlo á la boca de un obús enemigo, ni se vestia mas luto que el que pagamos á la naturaleza por la muerte de nuestros objetos amados; allí todo era paz, tranquilidad, felicidad, viviendo los súbditos con su rey, como los hijos de los patriarcas al lado de estos.

Pero la civilizacion moderna ha desterrado de la tierra esta vida pacífica, dando en cambio á los pueblos una felicidad, que se quiere hacer consistir en estar todos en movimiento contínuo, trabajando sin cesar para formar partidos políticos, ganar votaciones, derrocar á los que mandan, para mandar, despojar de su puesto á un empleado que come, para comer, unirse los hombres para perorar, disputar y sancionar cada dia una ley que no se ha de observar, y formar oligarquías despóticas, que imponen á los soberanos, y tienen en conmocion á los pueblos. La civilizacion moderna ha dado á los pueblos una panacea venenosa que los tiene adormecidos, para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poder abusar de ellos los hombres de la revolucion. Les han dicho que son libres, y con esto los han derribado de su vigor y han producido en ellos un marasmo mortal; pues con ese lema de libertad los tienen trabajando, al labrador todo el año entre hielos y ardores, al comerciante entre ansiedades, al artífice entre sudores, para que sostengan ejércitos sin número, naves sin fin, instrumentos de guerra sin término, y despues vayan sus hijos á morir en calles y barricadas; en combates horrorosos; y todo esto, por sostener una idea falsa, por defender á un ambicioso astuto, por echar á tierra á un candidato, ó por apoyar á un falsario que ha tenido el arte de engañarlos á todos.

Estos resultados de la civilizacion moderna los estamos viendo; y tambien palpamos ese estado pavoroso de los pueblos, que están como hartos de vivir así, y en una sobreexitacion contínua, que no saben de donde les viene, pero que los impele á romper todo dique, y entregarse al mas sanguinario comunismo y á todos los excesos. Y, siendo estos los efectos de esa civilizacion moderna, ¿podia el rey de Roma entrar por las vías de un progreso que haria infeliz á su pueblo? ¿Podia establecer esos partidos políticos, que se miran unos á otros como hienas, y tienen en conmocion habitual á los hombres, convierten la nacion gobernada antes por un rey, en pueblo mandado por cien tiranos; los cuales destronan hoy, y coronan mañana, hoy condenan á un hombre, y mañana le rinden honores, hoy dicen sí, y mañana dicen no; y entre tanto, comen, beben, se divierten, tienen orgías, y se entregan á todo exceso, consumiendo en sus conspiraciones y en sus triunfos los sudores del pueblo? No: el Sumo Pontífice no podia entrar en esos llamados progresos de la civilizacion moderna; porque entonces no hubiera sido rey segun el corazon de Dios. No hizo Dios los reyes, sino para que fuesen padres de los pueblos, pues los llaman las santas Escrituras *padres* y *pastores*, que velan por el bien comun. Dios formó la sociedad humana para otros fines, mas altos y mas nobles que los que le señala la civilizacion moderna; no para que vivamos en ese malestar moral, que nos causan esos sistemas de la

filofia que ha invertido el órden social. Dios ha criado al hombre para sí, y viene cada individuo á formar cuerpo con la gran familia, para vivir en paz con sus hermanos que son todos los hombres; para esto viene protegido por el derecho con que entra en el mundo, que es el de obedecer, pues nace sometido á potestades superiores, (1) y no hay ley alguna, natural ni divina, que le dé derecho para rebelarse contra ellas. El soberano Pontífice, por lo tanto, ha obrado conforme á derecho y justicia, y segun los preceptos que Dios impone á los reyes, no permitiendo que se introduzcan en su pueblo esos progresos, que no dan otro resultado, sino la destruccion de la autoridad, el envilecimiento de las potestades subalternas, la degradacion del pueblo, su empobrecimiento, su miseria y su ruina.

Tambien se ha estado gritando, largos años hà, contra la esclavitud intelectual de los felicísimos súbditos del romano Pontífice. Allí, se decia: no hay libertad del pensamiento: la razon no puede dar vuelos: el Papa no quiere ceder, ni conceder esa libertad. Todo esto se ha propalado; pero es este otro tegido de calumnias, de sofismas filosóficos, de anfibologías y absurdos en el órden de las ciencias naturales y en el de las sobrenaturales. ¿Quién es, en efecto, el que ha defendido la libertad natural del entendimiento humano, si no el Vicario de Cristo? ¿Quién el que ha sostenido y protejido la verdadera libertad social, y la que han tenido los verdaderos sabios, para tratar de las cosas divinas? ¿No son estos los que bajo la direccion de los romanos Pontífices han enriquecido la sociedad con volúmenes, numerosos ya como las arenas del mar, en los cuales resplandecen todos los conocimientos de las ciencias naturales, unidos admirablemente con una sabiduría altísima de las divinas, sin que haya en la explicacion de estas el mas leve error, y guardando armonía lo que es humano con lo que es divino? Al tratarse de las ciencias naturales todo entendimiento es libre, y es esclavo. Pues ¡que! el matemático que trata de aritmética, el cronólogo que de-

(1) Hebr., cap. XIII. v. 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fine el órden del tiempo, el regulador de las séries de las cosas, que son libérrimos para tratar sobre esas materias con elevacion y elocuencia, ¿son acaso libres para enseñar que tres y dos hacen seis unidades, que el año mil empezó antes que el centésimo, y que la unidad cuarta precedió á la primera? Quien enseñase esto, no seria calificado de tener un pensamiento libre, sino un entendimiento extraviado, ó de ser un estúpido, ó como uno de esos pájaros, que oyen los ecos del hombre, y repiten sin armonía ni concierto sonidos inciertos y de meros autómatas. El hombre se debe á la verdad, y segun la sana lógica, nunca puede discurrir contra ella.

Y sucede otro tanto en la explicacion de las ciencias naturales con relacion á las divinas. Libre es el filósofo para explicar los fenómenos de la luz, el curso de las aguas, la potencia matriz de los cuerpos y el organismo natural de estos. Pero ¿es acaso libre de invertir el órden de la naturaleza, diciendo que el rayo de luz no sale del foco, que el rio no proviene de la fuente, que el cuerpo se mueve sin potencia motriz, y que la parte vale mas que el todo? Esta esclavitud impone á cada entendimiento la ley eterna, y quien pretenda llamarse libre para decir lo contrario á esos principios, será tenido, por ante el tribunal del sentido comun, por un hombre privado de razon. Y esto es lo que cabalmente está sucediendo con esa libertad del pensamiento que la sociedad moderna pretende entronizar en la tierra: se intenta dar sancion á las locuras del hereje y del impío, que no quieren creer en la religion que Dios ha revelado, sino en la que se forjan ellos mismos; que se empeñan en afirmar, que su entendimiento bañado con un rayo de luz divina, (1) es mas que el foco infinito de luz, que es Dios; que afirman que deben su caudal de ciencia, no á la fuente divina de donde desciende todo don perfecto, (2) sino á sí mismos; que su alma discurre, no porque Dios le haya dado facultad espiritual para ello, sino por-

(1) Ps. IV v. 7.
(2) Jac., cap I, v. 17.

que tienen un cerebro y unos filamentos encefálicos más finos que los de los animales; y por fin, que cada uno de sus pensamientos vale tanto como aquel entendimiento infinito, del cual afirman que son emanacion, no creacion limitada, é infinitamente imperfecta comparada con Dios, de quien dicen que no necesitan ellos, ni hombre alguno, ni la sociedad. Todo esto podrá llamarse filosofia; pero es una filosofia de manicomio.

La libertad del pensamiento en el sentido que la proclaman los libres pensadores, así como es un absurdo en el órden natural, es una herejía en órden á las ciencias divinas; pues constituye un desprecio formal de Dios, y de la doctrina que él nos ha revelado, y entraña la destruccion del cuerpo místico de la Iglesia, que es columna y firmamento de la verdad, (1) y la desaparicion de la piedra visible, sobre la cual estriba este edificio. ¿Podrá, por tanto, el soberano Pontífice, ni como Maestro universal de la Iglesia, ni como rey de su pueblo, conceder esa libertad, que hoy dia reina en todas partes de escribir contra la verdad revelada, contra la moral del Evangelio, contra los principios del derecho natural, y hasta contra el pudor? El que condenó á Pelagio, porque daba al albedrio humano una fuerza que inferia injuria y detrimento á la gracia divina, el que anatematizó á Lutero, rebelado contra la autoridad de la Iglesia á nombre de la libertad, para enseñar despues, que el hombre en materia de sus destinos eternos era un esclavo, un jumento sin ginete, para servirnos de su grosera locucion, sobre el cual cabalgaba Dios, si llegaba el primero, ó el demonio si le cogia la delantera, llevándolo cada cual, irrevocablemente y sin su consentimiento libre, ó al cielo ó al infierno: el que sabe infaliblemente, que la paz, la felicidad y la prosperidad de los pueblos está cimentada en la observancia de la ley de Dios y en la obediencia á la autoridad: el que sabe infaliblemente tambien, que las malas doctrinas corrompen las buenas

(1) II, Timot., cap. III, v. 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

costumbres, (1) y está condenando sin cesar esos libros impíos y esos papeles efemerídicos, que derraman sin intermision veneno para las almas: el que ha defendido siempre los fueros de la verdadera libertad, y condenado igualmente el abuso de la misma, así como la tiranía, y hoy está viendo que, á fuerza de ese abuso, la sociedad ha llegado al borde de un abismo, ¿podia plantear esa malhadada libertad en su pueblo? Esto equivaldria á empeñarse en que de un mismo foco que es de pura luz, saliesen tambien tinieblas, y que en una misma fuente brotase en un mismo borboton agua dulce y salada. Esto no puede ser en el órden fisico, y mucho ménos en el moral: el rey de Roma reina y gobierna segun los preceptos de Dios, que dicen así: *oh reyes, amad la sabiduría, á fin de que reineis para siempre: el rey sábio es la salud del pueblo.* (2) *el necio, su ruina.* (3)

Así las cosas, empezó á asomar su cabeza un áspid, cuya primera mirada fué bastante para que se comprendiese que, si le dejaba crecer, vendría á ser un dragon que destruiría con su ferocidad la viña del Señor. *Reconciliacion, Santo Padre,* decian voces sirénicas: *reconciliacion con el progreso moderno: la Iglesia católica ganará mucho; y aparecerá grande y generosa, y el número de sus hijos se aumentará, entrando en su seno las naciones disidentes en doctrina.* Poco pesadas quizás en la balanza del criterio católico eran estas frases en unos, malignas y traidoras en los lábios de otros, y atentatorias á las prescripciones eternas de la verdad lo eran en todos. Se ha querido que los legos tomasen parte en el gobierno de las Iglesias de sus respectivas localidades, así como en la teoría utópica de las cosas mundanas se pretende que nadie apronte para el bien comun del pueblo, sino lo que él juzgue que debe erogar. Se ha pretendido, que la Iglesia forme convenio fraternal con la libertad sin freno que se dá hoy dia, para que en los teatros, escuelas de costumbres, se alabe el vicio, se represente la

(1) I. Cor., cap. XV, v. 35.
(2) Sap,. cap. VI, v. 22, 26.
(3) Eccli., cap. X, v. 3.

obscenidad, se aplauda al impudor, se enseñe á formar conspiradores, se haga la apología del regicidio, se ostenten con sarcasmo las cosas sagradas, y se dé tanto valor moral al amor de un padre y una madre, como el de un adúltero y una esposa desleal; que en las aulas se enseñe tambien el ateismo y el materialismo, y el panteismo, y esos nefandos inventos, de ser el hombre un hijo del mono, un discípulo de los animales, pero que ha sido mas sábio que sus padres y sus maestros, pues se ha formado para sí un Dios, una religion y un sacerdocio; que en la sociedad se tribute igual honor y respeto á Dios y á Lucifer, á Cristo y á Mahoma, al virginal retrato de la Madre de Dios, como al ídolo inmundo de Chipre ó del Indostan, y en las grandes ciudades se conceda una existencia legal á la demoralizacion de costumbres, y se convierta esa legalidad en un tributo para mantener las cargas del Estado, que forme acervo con el del hombre honrado y la mujer casta. Se ha querido que el Vicario de Cristo entre en pacto con los que destruyen las obras del mismo Cristo, derriban sus templos, arrojan del claustro á sus esposas, y les conceden ménos privilegio y garantías que á las rameras; con los que lanzan del retiro á los religiosos y los llevan al vivac y al campamento, encarcelan Obispos, porque obedecen á su Cabeza, á sacerdotes, porque obedecen á sus Obispos y obran segun su conciencia con arreglo á la ley de Dios; con los que trabajan, en fin, sin cesar, para desterrar á Dios de la sociedad humana, y volver á los hombres, á fuerza de propinarles el ópio de la libertad, estúpidos en religion, enervados en el amor mismo de su propia felicidad, y esclavos de las pasiones.

¿Quièn no se enardece en celo de la verdad al oir esto? ¿Quién no se llena de una santa indignacion en presencia de tanta temeridad? ¿Quién no exclama con el profeta Isaias: *la tierra está llena de infeccion por sus habitantes, porque traspasaron las leyes, mudaron el derecho y anularon el pacto sempiterno, haciendo por esto que la maldicion la devore, y que pierdan el sentido y se enloquez-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

can los que cultivan la viña? (1) ¿Puede el Vicario de Cristo hacer concordatos con la iniquidad, con la rebelion contra Dios y la apostasía de la fe revelada? *¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, el fiel con el infiel, Cristo con Belial?* (2) El Padre santo es rey segun la política sagrada de Dios, no segun la sacrílega de Lucifer: Dios destruye lo malo para edificar lo bueno: Lucifer restituye lo bueno, para no edificar nada. Dios en su sabiduria infinita permite, como dice san Agustin, algunos males, y los tolera para que no se pierda un bien; pero no remedia un mal con otro mal, ni un pecado con otro.

La política de Dios en el gobierno de la sociedad humana, cuyos individuos, sin esceptuar uno solo, son libres para seguir el camino de la rectitud; no pudiendo nadie imprimirles necesidad intrínseca ni extrínseca para cometer el pecado; consiste en enseñar á los séres racionales los medios de obrar con arreglo á la ley eterna; en proporcionarles los medios y los auxilios que ellos no pueden tener por sus propias fuerzas; en remover los obstáculos que les puedan venir de una fuerza exterior, y darles la gracia para que puedan vencer los que opone á cada cual la debilidad intrínseca de su naturaleza viciada; en no violentar á nadie, sino dejarle que siga el camino que lo lleva al cielo ó al abismo; y en tolerar con sapientísima longaminidad, que haya en esa gran heredad de Dios trigo y cizaña, grano y paja, corderos y cabritos, hasta que llegue el gran dia de segar el trigo junto con los cardos, separar el grano de la paja, al cordero del cabrito, allegar el grano en las trojes de Dios, y llamar al cordero á su eterno redil, echando la cizaña, la paja y los cabritos al lago del fuego inestinguible. Esta es la política divina que Jesucristo nos enseña en el Evangelio. Y es por cierto bien contraria á esta, la que observa Satanás en el gobierno de su reino tenebroso.

En la política de Satanás no hay libertad sino escla-

(1) Isai., cap. XXIV vv. 5, 6.
(2) II, Cor., cap. VI, v. 14.

vitud (1) allí no se permite elevacion del alma sino envilecimiento, degradacion y ruina; (2) allí, se proporcionan con liberalidad todos los medios de corromper el entendimiento, extragar la voluntad y aniquilar las potencias del alma, para que no entre jamás en ella la sabiduría, la cual, como dice el sábio, no puede vivir en cuerpo sujeto al pecado; (3) y se dan por patrimonio de esta esclavitud, glorias que pasan como el humo, y riquezas que devora la polilla. (4) Allí la órden del dia es siempre la misma: *coronémonos con rosas*, dice, *antes que se marchiten: no haya un prado de lujuria, donde no pongamos el pié:* (5) *comamos y bebamos, que mañana hemos de morirnos*: (6) allí, la consigna de accion no se cambia jamás; reduciéndose á oprimir al justo, por ser contrario á Satanás en sus obras, atormentarlo, tentarlo, probar su virtud, y exterminarlo en último caso, para que ni memoria quede de él en la tierra: (7) allí, no hay ilustracion alguna, sino ceguedad intelectual que dura para siempre; (8) y por fin, allí no hay paz; pues la bestia que cayó del cielo, y se pasea entre los pueblos de la tierra, no tiene boca sino *para blasfemar contra Dios, contra su nombre, contra su santuario, y contra los que habitan en el cielo*; ni emplea sus fuerzas mas que *en hacer guerra á los santos*, (9) ¡Ah! Ese tirano de las almas vestido de arriba abajo de sangre, no se ha mostrado á la faz de la tierra, sino para *arrancar de su seno la paz* (10)

Véase por tanto qué inmensa distancia, y qué diferencia tan opuesta hay entre el código de la política de Dios que es nuestro padre, y la legislacion de la curia de Satanás que es el tirano de las inteligencias, que quieren adoptar su tenebrosa civilizacion y vivir en su

(1) Job., cap VIII, v, 34.
(2) Mat., cap. IV, v. 9.
(3) Sap., cap. I, v. 4.
(4) Mat., cap. IV. v. 8.
(5) Sap., cab II, v. 8.
(6) Isai., cap XXII, v. 13.
(7) Sap., cap. II, v. 12. etc.
(8) Ibid., cap. II, v. 21.
(9) Apoc., cap. XI, vv, 6, 7.
(10) Ibid., cap VI, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reino. Entre tanto, pónganse la mano sobre el pecho, y dígasenos, si hay un padre que dé á su hijo una piedra cuando le pide pan, y le presente una sierpe venenosa, cuando le pide un pescado; [1] dígasenos, si hay una madre que no aparte de su hijo tierno el acero ó el veneno, con que puede mutilar alguno de sus sentidos ó suicidarse sin saberlo; si hay alguna, que, aun en medio de sus extravios, no quiera que su hija sea pura como la azucena, y no sea testigo de sus infidelidades. Puede haber madres que se olviden de sí mismas hasta ese extremo; pero todos las llamarían madres crueles, que, semejantes á la fiera tintorera que al parir sus hijos entre las aguas salobres, va tragándose á los que no huyen rápidamente, devoran á sus propias hijas. Pues bien: todo rey es un padre, es una madre de su pueblo; y entre todos los reyes de la tierra, el Vicario de Cristo es padre de todos los creyentes en la fe; y en la sociedad civil, es por excelencia el padre de sus vasallos. ¿Puede por la tanto aprobar en el mundo un progreso mentiroso que es la ruina de la religion, y dar sancion á la bandera de la libertad, que, segun anunció su predecesor, habia de desplegarse en la sociedad como un velo encubridor de toda malicia? [2] ¿Podia acceder á esas voces, que pedian reconciliacion y convenio con una civilizacion destructora de la fe y de los preceptos divinos? ¿Podia introducir en sus Estados la legalidad del crímen amparada por la propia autoridad del que, á semejanza de Dios, tolera que haya pecadores entre sus súbditos, se compadece de los que yerran, amonesta á los que caen en error, pero no puede entrar jamás en pacto con el pecado, con la mentira, con la herejía, ni con la política que se funda en principios y axiomas contra la ley eterna?

Es preciso no echar en olvido que, en cuanto concierne á la religion, toda la sociedad es un niño, un niño de vastas dimensiones, que necesita siempre de la tutela y direccion de su padre. Por más que oigamos decir, que el linaje humano ha llegado á la cumbre de las

(1) Mat., cap. VII, vv. 9, 10.
(2) I, Pet., cap. II, v. 16,

ciencias; todo eso es una paradoja filosófica; pues, aparte el decir que hasta hoy dia no sabemos ninguno de los grandes secretos de la conexion que tienen entre sí esos globos inmensurables que pueblan los espacios, de los cuales solo podemos observar los fenómenos; ni siquiera conocemos el cómo se visten tan galanas las flores, y pasan los jugos de la raíz de una yerba hasta su punta, ni otras mil cosas que ignoramos; todavía no hemos visto un solo hombre que herede de su padre la ciencia y la sabiduría; porque esta la dá Dios insensible y paulatinamente á cada uno; habiendo para todos un límite, del cual, aun en las ciencias naturales nadie puede pasar en la tierra, y en las divinas ni aun en el cielo; porque la comprension de Dios, segun el modo de Dios, solo es propia del mismo Dios. Y ¡qué! por muy difundido que esté en el mundo el conocimiento de la verdad revelada; por innumerables que sean los que la enseñan, ¿no sabemos todos que el hábito sobrenatural de la fe es un don de Dios que dá á cada uno en el santo bautismo, y que esta fe va fortificándose y aumentándose con la enseñanza, y con la cooperacion del creyente y su correspondencia á los auxilios divinos? ¿No sabe infaliblemente el Vicario de Cristo que el depósito de la doctrina revelada no ha recaido en los pueblos, ni los reyes, ni en cada uno de los Pastores, sino en aquel á quien ha dicho Dios con decreto irrevocable, que enseñe á todos sus corderos, y le ha asegurado, á él solo, que su fe no ha de caer jamás? ¿No sabe que él, y no otro, es el maestro infalible, que ha de enseñar siempre á este gran párvulo compuesto de todo el linaje humano, y que el que no quiera oir su voz, no pertenece al reino de Dios, y que no puede él, que ha de salir por los fueros de la verdad y la justicia, hasta morir en su defensa, entrar con convenio con la iniquidad y la apostasía de quien quiera enseñar el error?

Considérese en consecuencia, si el soberano Pontífice podrá jamás admitir la palabra *reconciliacion* con una civilizacion, que reduce los principios del derecho, á la fuerza; los de justa posesion, á la consumacion de un hecho; la honestidad de las obras, á la habilidad para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer las malas, sin que un prójimo las vea; la moral pública, á permitir que haya toda la hediondez de los antiguos misterios eleusiacos, con tal que se perpetren entre cuatro paredes; la libertad en poder cada cual creer lo que quiera, y predicar las malas doctrinas; la institucion de la juventud, en abrevar su alma con los errores; la doctrina religiosa, en aniquilar al Sér divino en el panteismo, en el deismo, en el naturalismo y en la negacion absoluta; y el fin del hombre, en la sensualidad, en el libertinaje y en la soledad de la tumba. Ni como Maestro de los creyentes, ni como rey de justicia y de paz para su pueblo podia el romano Pontífice acceder á esa reconciliacion con semejante progreso, destructor de la religion y de los principios eternos de la justicia; ni plantearlo en su pueblo. Es una verdad inconcusa, que mientras el ángel en el cielo y el hombre en la tierra cumplieron con los deberes de justicia, dando á Dios el honor que le correspondia, reinó en ambos parajes la paz; lo es tambien que el gran tipo que representó al rey de los siglos, Melquisedech, primero se llama, como nota con sabiduría celestial el Apóstol, (1) rey de justicia, y despues rey de paz; ni lo es ménos que, para que pudiese ser anunciado al mundo que se daba paz á los hombres, (2) fuè preciso que el Verbo eterno, hecho hombre, se humillase infinitamente ante su Padre en nuestra naturaleza que tomó, y cumpliese con el deber de justicia á que todo el linaje humano habia faltado; y por fin, es indudable que el Profeta constituye el ósculo santo, no entre la paz y la justicia, sino entre la justicia y la paz: *La justicia y la paz*, dice, *se besaron*. (3) precede pues la justicia á la paz, como la causa al efecto, como la aurora al sol; por lo que, para que en las naciones hubiese una paz inalterable, como aquella que Dios prometia por Isaías, que habia de derramar sobre su pueblo, semejante á un rio caudaloso que lo llena todo, (4) una sola cosa basta, y es, practicar obras

(1) Hebr., cap. VII. v. 2.
(2) Luc., cap. II, v. 14.
(3) Ps. LXXXIV v. 11.
(4) Isa., cap. LXVI v. 12.

de justicia; pues *el fruto de la justicia será la paz*. (1)

Todo esto es infalible, como salido de los labios de Dios: la paz y la felicidad de los pueblos ha tenido siempre por base la obediencia á Dios, y la observancia de sus preceptos. Preguntamos, pues, por última vez: ¿Podía el Vicario de Cristo como Pontífice de la Iglesia católica, como Doctor de toda ella, como Maestro de la fe y la doctrina, como depositario de la verdad, como padre de todos los fieles, y como rey justo y pacífico de su pueblo, abrir las puertas al progreso de una civilizacion que está consumando aquel apartamiento terrible de que habla el Apóstol, (2) diciendo que ha de ser el precursor del hombre de perdicion, rebelàndose contra la autoridad divina, hollando la doctrina de Jesucristo, erigiéndose en maestra del mismo Dios, pretendiendo arrogarse el derecho de dar lecciones al Maestro constituido por Cristo, sembrando la discordia en la tierra, arrancando la paz de la sociedad, y ocupándose en ver quien llega con algun invento formidable á consumar los deseos de aquel emperador feroz, que sentia no tener una mano tan fuerte y una hoja de acero tan poderosa, que cortase la cabeza á todos los hombres de un solo golpe? Admitan norabuena esta civilizacion aquellos que están como embargados mirando de hito en hito á esa meretriz que, sentada sobre muchos pueblos, ostenta sus vestidos de oro, de piedras preciosas y de perlas, llevando en su mano la copa de oro de sus iniquidades; pero el Vicario de Cristo no. Admítanla aquellos potentados, que se postran ante la gran Babilonia, y están destinados á preparar los caminos del dragon del abismo, y *han de hacer la guerra al cordero de Dios*; (3) pero el Maestro de la fe no. Admítala esa sociedad corrompida, que adora á la béstia del abismo, diciendo que estos prodigios de la moderna civilizacion, que mueve el hierro como las aristas, le bastan para ser feliz; pero el Doctor de la verdad y de la fe no. Admítanla esos pueblos, en

[1] Isai, cap. XXXII, v. 17.
[2] II, Tess., cap. II, v. 3.
[3] Apoc., cap. XIII, vv. 4, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuyo seno el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el hijo y el siervo han adoptado en sus pensamientos y en sus obras el carácter de la béstia, el cual podemos decir que es *la libertad*, y sin cuyo carácter nadie puede ni vender ni comprar; pero el que está destinado á pelear con ella, á auyentarla, á lanzarla rayos, defendiendo la santa libertad y la santa doctrina de Jesucristo, no. (1) Retírese la sabiduría de todos los sábios, la bondad y prudencia de todos los reyes, la justicia de todos los tribunales, pero no del que es la sal de la tierra, el faro de las inteligencias cristianas, el defensor del derecho, el sostén de la verdad, el sol que irradia la fe de los astros de la Iglesia, y el encargado por Dios para sostener la verdad; pues no llamará jamás al error, sino error; á la iniquidad, iniquidad; á la mentira, mentira, y á la mala libertad, libertad satánica.

Palpables son las tendencias de la conjuracion contra el Vicario de Cristo: se ha intentado que la sociedad no tenga sino un solo lenguaje, un solo pensamiento y una sola accion; introduciendo en todas partes las mismas instituciones liberales, acompañadas de los mismos principios de nuevo derecho contrario á ley de Dios; y esto se ha hecho para poder decir á los pueblos, que el romano Pontífice no quiere asociarse al grande y saludable movimiento de la civilizacion moderna; que es un retrógrado que pretende estacionarse en los tiempos de lai gnorancia y la bárbárie, y un obstinado en teorias añejas y caducas, á quien es preciso obligar, de buen ó de mal grado, á que dé sancion á las nuevas doctrinas del progreso. Líbrenos Dios de calificar esta pretension de lo que se supone que es, impía y heretical: debemos llamarla con el nombre que le debe dar la simple razon ilustrada por la historia del linaje humano; y este calificativo no puede ser otro, sino el de pretension nécia, que reboza por todas partes ignorancia é ingratitud.

¿No se acuerda esa Europa moderna de que son los sucesores de San Pedro los que la han formado? ¿No tiene presente que fué San Pedro, quien envió á las

(1) Apoc., cap. XIII, vv, 7, 16, 17,

márgenes del Rhin, al interior de las Galias y de las Españas, aquellos santos Obispos que les predicáron la santa libertad del Evangelio, cuyas doctrinas han sido la espada que ha ido cortando las cadenas de la antigua esclavitud introducida por la ley de la fuerza? Las águilas romanas que subyugaron la tierra y aherrojaron á sus moradores con un yugo ferreo, empezaron à abatirse con la dispersion de los Obispos enviados por los Papas á todas las provincias del imperio; y al fin cayeron todas á tierra á medida que fué izándose en sus hastas vetustas el lábaro de Cristo. No queremos interpelar á ninguna nacion en particular; exceptuandp á una, cuya historia antigua tiene mil y mil páginas gloriosas, que nunca hubiera podido escribir, si no hubieran existido los Papas. ¿No tiene la altiva Albion consignado en sus libros becerros, que sus hijos eran vendidos, todavía en el siglo sexto del cristianismo, en los mercados europeos, como se venden todavía en la antigua Estambul los infelices circasianos? ¿No recuerda que fué un Papa, quien compadecido de ver á jóvenes de aspecto angelical, ligados de dos en dos en público mercado, para ser vendidos, dispuso al momento, que fuesen operarios apostólicos á aquellas regiones de las arenas blancas á predicar el Evangelio, para que desapareciese de ellas aquel tráfico ominoso, y supiesen todos sus habitantes, que eran todos hermanos, é hijos del Padre celestial? (1)

Regístrense sin pasion las hazañas gloriosas de esa nacion, los hechos de sus monarcas, y hasta sus glorias guerreras, desde la familia real de Kent hasta los dias de Guillermo de Normandía; y se verá que ni un solo

(1) Sabida es de todos aquella escena tierna que pasó en Roma entre san Gregorio Magno y los que le acompañaban, al pasar por uno de los mercados de la ciudad. Vió el santo Pontífice una muchedumbre de mancebos de blanca téz y de cabellera rubia, que estaban silenciosos como si fueran corderos. Preguntó el santo quiénes eran aquellos jóvenes, y le contestaron que eran esclavos que estaban de venta: y ¿de dónde son? preguntó de nuevo: son ingleses, le contestaron; *sunt angli*. ¡Ah! dijo entonces: *non angli, sed angeli ii vocandi:* no anglos, sino ángeles debian ser llamados. A los pocos dias salian para Cantorberi el gran apóstol de Inglaterra San Agustin, con otros muchos que le ayudasen en la obra de la ilustracion de aquel gran pueblo. (Berault Bercastel, *Historia de la Iglesia*, siglo sexto,)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho, el más insignificante, hubiera tenido lugar, sin aquella influencia saludable que los Sumos Pontífices ejercian por aquellos tiempos en todas las naciones de la tierra ilustrada por el Evangelio. Fueron estos los que por medio de los Obispos que enviaban, iban formando poco á poco una sociedad perfecta, desterrando de ella las tinieblas de la ignorancia, estableciendo los principios de justicia, introduciendo la lenidad en los corazones de caudillos, antes feroces; aboliendo por medio de la célebre *Tregua de Dios*, la costumbre salvaje de los desafios, llevados á efecto por aquel mal entendido punto de honor de los señores de feudos y caballeros errantes de los tiempos antiguos; y conservando por medio de los monjes la literatura del Oriente, que hubiera perecido sin esta solicitud de la Iglesia.

Ningun hombre de sano criterio puede negar esto; así como está obligado á confesar, al leer la historia de Europa, que se debe á los Sumos Pontífices la reaparicion de las ciencias, que se cultivaron antiguamente en Grecia y en Roma, ora entre los filosófos más célebres, ora por los santos Padres de los siglos de oro de la Iglesia de Oriente; debiéndose advertir además, que los Papas purificaron las ciencias antiguas de los errores de que adolecian, y eliminaron de la legislacion romana las leyes que se resentian algo de la dureza y aun de la crueldad, propias de tiempos en los cuales aun no era conocida siquiera la palabra caridad, y mucho ménos se practicaba esa virtud No hablamos sino de hechos generales conocidos de todos, á los cuales añadiremos otros relativos á las relaciones internacionales que existen hoy entre el Oriente y Occidente.

¿Quién ignora que los Papas fueron los que inspiraron las Cruzadas y promovieron aquella liga Europea, que concluyó en Lepanto con la preponderancia de la media luna? ¿Quién no sabe que estuvieron enviando á las playas de los Dardanelos, de la Siria y del Egipto, por espacio de seis siglos, varones apostólicos, que rescataban los cautivos, y sembraban poco á poco en los corazones infieles la semilla de la caridad; pues veian estos, siempre con nuevo asombro, que en falta de dinero, cargaban los apóstoles de la caridad con los grillos del cautivo, para que este volviese á su hogar á consolar á su esposa é hijos sumidos en la orfandad? Esa seguridad con que los europcos viven hoy en Oriente, no se debe tanto á tratados modernos, como á los Papas que han preparado por medio de la religion esos faustos resultados, que los hombres de una ilustracion superficial, y de nimguna filosofia en historia, atribuyen á puras actualidades cuya conexion no ven con lo pasado, á la política de hoy? Hay al presente en la China un millon de cristianos, y cerca de tres en la Occeanía, en las islas y continente africano, y en el Indostán: cultívanse las ciencias divinas entre cuarenta millones que hay en las Américas, allí donde, hace cuatro siglos, no era conocido el nombre de Cristo, ni la existencia del Dios verdadero; allí, donde Moctezuma ofrecia cada año veinte mil corazones extraidos á diez mil mancebos y á otras tantas doncellas, en las aras de la idolatría; allí donde hace setenta años no se conocia más religion en sus regiones setentrionales que la que tiene ese cristianismo negativo que se llama protestantismo: cultívanse las mismas ciencias entre los mismos ciento sesenta millones de católicos que hay en el resto del orbe, y existen entre ellos verdaderas eminencias en ciencias naturales y exactas, en fisica, en matemáticas, en astronomía, en geografia y en historia: y ¿á quién se debe todo esto sino á los Papas? Quítese al Papa de la tierra, y habrá un eclipse moral tan rápido, como sucederia, si estando el sol en el zenit de su carrera, se precipitase al Occidente en un segundo, ó se subiese, por una inversion de las leyes de su movimiento, á la region de las estrellas fijas.

A primera vista se descubre en todo ese tegido de la revolucion, un crímen contra los fueros naturales del linaje humano; porque se pretende establecer un divorcio con todo lo pasado. Y ¿qué adelantamos con que se haya progresado en haber adquirido una sensibilidad esquisitísima, en cuanto se dice que atañe á conveniencias sociales, y en procurarse los medios de pasar una vida cómoda y voluptuosa, á lo que se cifra en su último resultado la civilizacion moderna? Séres hay visibles y sensi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bles, que son de un instinto muy fino, y de una sensibilidad nada dudosa para cuanto pertenece á sus operaciones; pero estos séres no pueden tener conciencia de que vivieron ayer, ni temer de no vivir mañana: nada saben de lo pasado, ni puede importárseles un ardite de lo que fueron sus ascendientes, ni un bledo de lo que serán ellos. El hombre que no quiere saber lo que él vale, porque pertenece á una familia, en la cual la vida física casi no es nada al lado de la vida moral é intelectual, de las tradiciones: y las doctrinas de sus mayores y de sus glorias, de las cuales él es solidario, y á cuyo aumento debe contribuir siguiendo las mismas tradiciones: el hombre que rompe tan bruscamente con ese peso, llamémoslo inmenso, de gloria y de grandeza inmortal, algo ménos que hombre parece que es, y algo menos que hombre pretende que se le llame. Pero hay otro crímen en esa revolucion, y es el de ponerse en guerra abierta con Dios, y despreciar las sentencias que salen de sus lábios, teniendo la osadía temeraria de abocarse con él, y alegarle razones falsas é inícuas, no cesando de blasfemar, aunque Dios se digne responderles, y aunque con justa indignacion los anatematice. Veremos esta temeridad bien palpablemente delineada en el diálogo que la revolucion tiene desde hace algun tiempo con el Vicario de Cristo, y en las respuestas de este; lo que nos presta materia para el siguiente artículo.

§. II.

Los anatematismos.

Una gran escena se está representado, hace tiempo, en el seno de la sociedad católica, cuyo exámen sincero y desapasionado causa pavor al hombre pensador. Es un combate que tienen empeñado algunos hijos de la gran familia cristiana con su padre; y en esta contienda se advierte que los llamados hijos, han asumido un papel, que en el órden social seria un atentado contra los

derechos naturales de la paternidad; y en el religioso es una especie de monstruosidad, repugnante á la razon esencial que cada viviente tiene para ser lo que es, y existir como existe. Porque con la historia y la tradicion en la mano, está demostrado indudablemente, que esa existencia religiosa de los pueblos, ese modo de ser en el órden moral, que tienen las naciones civilizadas por el Evangelio, se lo deben todas á la predicacion del mismo Evangelio, donde están consignados los principios de verdad eterna; y á la solicitud de la Iglesia gobernada y enseñada por el Vicario de Cristo, que tiene el encargo de conservar la fecundidad virginal de la doctrina revelada, y hacer que se prapaguen sus frutos por toda la tierra. ¿Qué pretenden por tanto estos hijos de nueva especie que están interpelando al Papa, hace tantos años, y no quieren cesar de gritar, por mas que oigan razones infalibles de los labios del que hace en la tierra las veces de Dios? Un absurdo increible: saben que el Vicario de Cristo es quien les ha dado por medio de su santísimo ministerio el sér moral que tienen de cristianos; y se empeñan despues de haber sido engendrados en la fe y en la doctrina que los engendre de nuevo, y que les quite el sér que tienen y les dé otro; no como lo intenta el que engendra, y no puede engendrar sino segun las prescripciones de una ley eterna é inmutable, sino segun le agrade al que ha de ser engendrado. De modo que esos hijos intentan que su padre en vez de engendrar séres que sean lo que él es, engendre mónstruos.

En esta escena no hay más que dos personajes; y cuanto es noble, santa y magestuosa la figura de uno, tanto, y con muchos grados más es innoble, criminal y envilecedora la del otro. Es este personaje degradado la revolucion, que se empeña en que el Vicario de Cristo descienda por su propio querer del trono glorioso en que Jesucristo lo sentó cuando lo nombró su Lugar-teniente en la tierra; y consagre con su aquiesencia cuanto la revolucion misma ha introducido entre los hombres, respecto del nuevo modo de vivir en sociedad con des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

precio del derecho natural y divino. Atrevidas son las sugestiones; pero admirables, y características de la verdad, las respuestas; horribles son las últimas razones de la revolucion, pero pavorosa la última contestacion, Veámoslas.

Padre Santo, dice la revolucion, vuestro pueblo está inquieto y vive perturbado, porque no es gobernado por instituciones liberales, ni le permitís asociarse al progreso de las naciones modernas; dádselas, pues os exponeis á que él se constituya como le agrade, y como dueño de sus destinos, se dé el gobierno que mejor le acomode. *No podemos*, responde el Pontífice: no es cierto que mi pueblo se agite por sí; ni tampoco se agitaría jamás, si los sectarios del error no se introdujesen en su pacífico seno, para corromper su inocencia con doctrinas impías. Mirad, decia una voz hipócrita, que hay hombres mal intencionados, que pretenden entrar á mano armada en vuestras provincias, para proclamar los derechos del pueblo, y sublevarlo, y plantear los principios liberales que hoy dia labran la felicidad pública; antes que suceda, hacedlo Vos, dándoselas con generosidad; dàdselas, para no tener que entrar en vuestro dominio con tropas, á pacificar vuestras provincias y satisfacer las aspiraciones del pueblo, como manda el derecho y lo exige la justicia.—*No podemos*: esos hombres de designios malignos son enviados por vosotros; por vosotros que conculcais el derecho, y colocais la justicia en la fuerza brutal de las armas, y despreciais la ley de Dios. —Mirad, que hemos entrado con sesenta mil soldados en vuestros Estados, y el pueblo ha sancionado su alzamiento con un plebiscito, á lo que no podeis oponeros; porque el pueblo es soberano de sí mismo, y él es quien manda en sí; sancionadlo; decid, que el plebiscito es el principio de la autoridad, en el cual ha sentado la base de su existencia la moderna civilizacion.—*No podemos:* vosotros sois los que habeis aniquilado cruelmente mis fieles soldados en el campo de vuestro deshonor; los que habeis tiranizado á mi pueblo con vuestras armas; los que habeis derramado dinero sin fin, para corromperlo, para comprar en vil mercado su lealtad, para proporcionarle embriaguez y libertinaje; y ese plebiscito no es más que un juego, con que pretendeis engañar al mundo, y un medio para colocar la injusticia y la rapiña en tronos donde debia reinar la equidad, y conservarse, como en su propio alcázar, el honor.—Os daremos garantías, Santo Padre: hemos formado convenio de soberanos, para daros de comer, y no permitir que nadie toque vuestra augusta persona, y goberneis la Iglesia con toda libertad, pues nosotros respetarèmos sus instituciones.—*No podemos*: ¿Qué derecho teneis vosotros para hacer convenios sobre lo que Nos habeis quitado? ¿De dónde os ha venido ese derecho? ¿Es acaso el Vicario de Cristo algun pupilo, ó algun demente, para que le instituyais un tutor; y sois vosotros tan poco cuerdos, que deis por tutor al mismo que lo ha despojado de sus bienes, y se ha enriquecido con ellos? *No podemos*: pues no hay derecho natural, ni divino que os autorice á formar ese convenio; siendo vosotros mismos los secuestradores de nuestra propiedad, los corruptores de nuestro pueblo, y los invasores armados de nuestros Estados? *No podemos*: no podemos dar crédito á vuestras palabras; pues apenas habeis entrado en Nuestras provincias, léjos de respetar la Iglesia y sus instituciones, habeis erigido templos al cisma, habeis establecido la desmoralizacion de costumbres, estais regalando libros impíos, repartiendo pinturas obscenas, abriendo teatros de licencia é impiedad; desterrais á los Obispos, los castigais con multas y cárceles, si publican Nuetras Letras, perseguís á los Sacerdotes fieles, dais láuros á los apóstatas, decretais honores á los que han muerto envueltos en crímenes contra Dios y la sociedad, suprimís los institutos religiosos, arrojais á la calle á las vírgenes que se han consagrado á Dios en el cláustro, poneis la mano en los bienes de las Iglesias, y asesinais á los ministros del Señor. *No podemos:* porque está escrito para instruccion de los reyes, que Dios es quien dá el reino á quien le place, (1) y que la potestad de los reyes, y la autori-

(1) Dan., cap. IV, v. 14.

dad para gobernar á los pueblos, solo viene del Altísimo; (1) y para la de los pueblos está escrito tambien, que toda alma debe estar sometida á las potestades mas altas que ella; y que no hay potestad que no venga de Dios y no sea ordenada por él, (2) y á los súbditos manda Dios, que obedezcan á sus superiores y les esten sujetos (3) *No podemos*: porque ese sofisma de la soberanía del pueblo, es invencion del error, para oponer la fuerza brutal al derecho, á la justicia y á la autoridad legítima: y ese plebiscito que habeis formado, no ha salido de mi pueblo, sino de miles de hombres perdidos, comprados por vosotros para venir de léjos á dar un colorido, que es el sarcasmo de la razon humana, á vuestras rapiñas é iniquidades.

Bien claro tenemos á la vista el tristísimo drama que se representa en el seno de las naciones, civilizadas antes por el Evangelio, y seducidas hoy con una palabra mal entendida, y otra adulterada en su significacion genuina, las cuales son *progreso y libertad*. El crímen meditado por algunos años es ya un hecho consumado: el desenlace de tanto amaño hipócrita y de tanta iniquidad y malicia, como encerraban ciertas estipulaciones y ciertas promesas fementidas, habia de ser lo que hemos visto, el cautiverio del Vicario de Cristo, La unidad moral de los que simulan y publican, que aman á los pueblos, á quienes ametrallan sin piedad cuando llega el caso, y á quienes dicen que temen no concederles sus derechos, siendo así que los atan con una cadena dorada con el oro nuevo de la llamada *libertad*, dándoles despues por alimento lo que el pródigo ansiaba, cuando estaba entregado á los excesos de la carne; (4) la unidad moral, repetimos, que intentaba la revolucion, que de todo tiene temor, ménos de Dios, ha producido su último resultado, que era la destruccion del dominio temporal del Sumo Pontífice, y con ella su encadenamiento, para que no pueda gobernar la Iglesia con independencia.

(1) Sap., cap. VI, v. 4.
(2) Rom.; cap., XIII, v. 1.
(3) Hebr., cap. XIII. v. 17.
(4) Luc., cap. XV, v. 16.

No sabemos decir si, al ejecutar sus planes, la revolucion ha sido ó más astuta, ó más insensata; el desenlace, que está escrito en los libros de la Providencia, nos dirá sin duda que el segundo extremo fué lo que en ella prevaleció. Por ahora, lo que aparece muy claro es su astucia criminal. Vió que dos colosos se estaban déstruyendo mútuamente en guerra cruel; lo vió, y se alegró; alegróse mucho más de que uno de estos gigantes, fiel á sus palabras de promesa solemne de no extender su brazo armado sobre el Papa para protejerle, dejando ese encargo á la misma revolucion, habia mandado arrollar su bandera, de aparente proteccion al que debia dejar abandonado á la suerte que anunció aquel escrito, de que hemos hablado yá: vió que una gran monarquía, á cuyos ascendientes imponian la corona los Papas, y á quienes como emperadores de los romanos incumbia protejerlos, habia dicho solemnemente que, "en consecuencia de ciertas resoluciones del Concilio Vaticano, ha debido declarar que no se consideraría ya ligado por el Concordato, establecido sobre bases muy diferentes" (1) Comprendió que los sucesores de los Otones, y de aquel Enrique, que dispensó tantos favores à la Iglesia y repuso en su trono á Benedicto VIII, fugitivo por las persecuciones de los malos, no estaban dispuestos á *desaprobar la invasion de los Estados Pontificios*; por cuanto una voz salida de aquel sólio, en otros tiempos glorioso, decia, que *no se creia autorizada á censurar á una nacion extranjera, que tiene conciencia de sus actos, y de haber obedecido á las necesidades de la situacion.* (2) Viendo que en las regiones más elevadas de la sociedad, se daba el nombre de conciencia á la que prescinde de los principios del derecho natural; que se respetaba esa conciencia, formada, no por las reglas inmutables de la ley, y por lo que piensan y hacen los que la observan, sino por los axiomas y los hechos de los revolucionarios; y que además se la honraba, llamándola *conciencia pública*; viendo, por fin, que no habia entre los soberanos

(1) Libro rojo de Austria.
(2) Iden. Id. id. id.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien se fuese á oponer á su última empresa, por que la única voz, que quizás se hubiera dejado oir con grandeza y energía, habia enmudecido por efecto de otra revolucion: viendo todo esto la revolucion piamontesa, exclamó llena de entusiasmo *Llegó la hora: consumemos de una vez la obra, pues nadie nos lo impedirá* (1).

Con toda esa astucia ha procedido la revolucion, á cuya marcha han abierto el camino los principios absurdos que se están publicando, desde que se formó la liga moderna contra Dios y contra quien lo representa en la tierra. Basta ya de paciencia, se dijo á sí misma: está convenido que nadie puede intervenir en asuntos de otros pueblos, sino que debe dejarse á estos en plena libertad: para que ellos labren su suerte, y formen sus destinos segun les agrade, derribando tronos y monarquías, y dándose potestades á su antojo: basta ya de estar oyendo siempre ese *No podemos*, con que contesta el Papa á cuanto se le dice que haga: hagámosle entregar á la revolucion su trono, y retirarse á vivir como cualquier otro sacerdote; pues todos los de su clase están viviendo bajo la potestad de los reyes, y tienen que permitir que florezcan las instituciones liberales. ¿Qué es eso de tanto *No podemos*, con que se opone á los progresos del siglo, y á los derechos de los pueblos? Veamos ahora que está solo de qué le sirve estar invocando siempre el derecho y la justicia. Dice sin cesar, que su causa es la de Dios y que deja á este el cuidado de defenderle: veremos si es así; entraremos en sus dominios con ejércitos poderosos y arrastrando cañones y morteros: él invoca el derecho y la justicia; pero nosotros invocaremos el derecho de los arietes, pues en ellos bien manejados y en las falanges bien ordenadas está el

(1) La Gaceta del pueblo, (Roma 11 de Octubre de 1870, núm. 18, pág. 69, col. 1ª) explica perfectamente la mente de la revolucion, pues hablando con los consejeros del Sumo Pontífice, les dice las siguientes palabras: «si creeis que alguna potencia extranjera quiera emprender una guerra por vosotros, os equivocais mucho, mucho..... Ni aun la misma reina de España lo haría, si volviese al trono.» Esto decia el diario revolucionario; y nosotros diremos, como de paso, que recojemos esas palabras como un testimonio solemne que la revolucion, dá á España, del celo que ha tenido en todos tiempos por la defensa

verdadero derecho. (1) Caigan esos muros que lo defienden; asestemos bocas de fuego á esa roca inexpugnable, y entremos á sangre y fuego en Roma; pues no hay quien pueda impedírnoslo.

Así habló la revolucion impía; y despues de haber consumado el crímen: despues de haber despojado al Padre Santo de sus dominios, y tomado sus tesoros, los tesoros enviados por todos los católicos del orbe al Vicario de Cristo, y en su nombre á san Pedro: despues de haber reducido á su habitacion al sucesor de san Pedro y privádolede su libertad: despues de ejercer sobre su palacio una vigilancia severa, reteniendo las cartas que le dirijen los fieles, y registrando á los que salen de la morada pontificia, la revolucion se presenta altiva y sarcástica, diciendo: Oiga el Papa: le habíamos ofrecido garantias extraterritoriales y una soberanía en su ciudad leonina; pero sepa, que "una fuerza irresistible ha impulsado á Italia á apoderarse de Roma, y con la misma fuerza debe apoderarse de la ciudad leonina: ella debe dar

de la Santa Sede Apostólica. Por eso la misma revolucion está trabajando hace ya sesenta años con un empeño infernal, para arrancarla su fe, esa fe que la hizo tan grande y tan gloriosa en épocas pasadas. Aun en medio de la decadencia á que esta nacion, privilegiada en su catolicismo, se ha visto reducida, por haber abrasado muchos de sus hijos las doctrinas revolucionarias, ha dado pruebas nada equívocas de que siempre se ha creido la defensora más natural del Vicario de Cristo, no ya por estar tan inmediata á su Cátedra Apostólica como la Francia, sino porque era ella entre todas las naciones la que podia llamarse *vírgen en la fe*, por no haber dado jamás abrigo á ninguna herejía. La reina Dª Isabel, á cualquiera parte que fuere, llevará consigo la gloria de haber sido la primera, que en 1848 declaró no poder mirar con indiferencia la ocupacion de Roma por los revolucionarios, enviando allá su ejército y su escuadra; y la de no haber querido conocer el reino de Italia, sino despues de haber resistido por mas de tres años, habiendo tenido que ceder al fin, por causas que saben todos los que estudien esa maquinaria política de los pueblos donde hay gobiernos representativos. Con gusto damos este testimonio á nuestra nacion católica, deplorando que ahora no pueda hacer nada. Hoy la España no es de sí misma: una presion anti-católica no la permite manifestar lo que fué siempre; la defensora de la Santa Sede.

(1) Véase lo que decia el general Cadorna en Roma á 21 de Setiembre: «Romanos: La bondad del derecho y la fuerza del ejército, me han colocado en pocas horas entre vosotros, reivindicándoos la libertad.» (*Gazzet. di Roma*, 21 Sett., pág. 3, col. 1ª lín. 47.

cumplimiento á esa parte esencial de la revolucion que consiste en destruir el poder temporal del Papa." (1) "Tambien le hemos ofrecido la libertad, correo, y telégrafo propios, y no los quiere; quejándose de que no es libre; ¡cosas del Papa! No merece la pena de oir lo que dice." (2) "No somos responsables de ese estado en que se encuentra: es el Papa mismo por su imponderable ceguedad, y sus consejeros por su obstinacion." (3) Oid pues lo os que dice la revolucion; pues los que la hacemos, somos vuestros hijos devotos: "despojáos de ese retazo de poder que os queda, que no os sirve de nada; aceptad sin restricciones ni reservas la palabra de Cristo, que os ha dicho donde está su reino; dejad ese poder, y consagráos á millones de millones de católicos, á quienes debe de llegar vuestra palabra venerada y sagrada: sed Papa, y no seais rey· sed Vicario de Cristo, y no gobernador malamente impuesto á algunas centenas de hombres: en fin, pensad en la Iglesia y no en el reino, para que aquella, inspirándose en el espíritu vivificante de la libertad, pueda resplandecer con nueva luz, adquirir nueva autoridad." (4) Apénas puede concluirse esta relacion, sin que el alma se cubra de luto. Hemos dicho antes que esta revolucion es en su esencia de la misma naturaleza que otras que la han precedido contra la Iglesia y su cabeza visible; pero debemos añadir, que, en su conjunto y en cuanto al modo se distingue de todas, por su arrogancia y altivez y por sus bárbaras irrupciones, mas bárbaras por efecto de una ilustracion depravada, que las de los bárbaros que carecian de ella; pues sabemos que Atila se postró ante el Sumo Pontífice, y Genserico escuchó sus ruegos. Parece que la revolucion actual es una especie de fuego volcánico que, contenido muchos años por inmensa mole, abre al fin una boca horrenda, por donde brotan torrentes de lava que destruyen en pocas horas ciudades y campiñas, y lo asolan todo. En verdad: el sarcasmo del vencedor sobre el vencido es el mayor envilecimiento de las armas: solo el tigre se relame con ojos chispeantes y rugidos de deleite sobre su presa; pero en la consumacion de una empresa satànica, así es como se canta el himno de la victoria.

(1) *Gazzet. del Popol.* 29 Settem. 1870, nº 8. p. 29 c. 2.
(2) Ibid. 8. Ottob. p. 59, c. 2, l. 4.
(3) Ibid. 7 Ottoc. nº 14, c. 2 y 3.
(4) Ibid. 29 Sett. nº 8, p. 29, c. 3.

Mejor es trasladarse al campo de la sinceridad y de la dureza de la doctrina: para consuelo del corazon oprimido con la balumba de tanta hipocresía, y de tanto perjuicio, conviene elevar las miradas al Vicario de Cristo, al Mártir del Vaticano. Oiganse sus respuestas á las últimas interpelaciones de la revolucion; pues dan nuevo temple al alma, é imprimen terror al impío. «Tiempo es ya, le ha dicho la impiedad, que entreis en pacto con nosotros: ya nadie os librará de ser súbdito, como lo son todos, de una revolucion que lleva púrpura, cetro y espada.» *No podemos*, ha respondido como siempre el venerable Pio IX con la misma magestad: *No podemos*: pero ésta vez ha sido su voz sonora como la del cielo, cuando despide rayos, y terrible como la de Dios, cuando habla en su ira y manda á la montaña erguida que se pricipite en el Océano. Huyan, ha dicho, de nuestra presencia, la mentira, la hipocresía y el error. Nuestro pueblo gozaba de una paz inalterable, y habeis venido á perturbarlo, diciendo con mentira que no reinaba el órden en su seno, y que queriais establecer en él los principios de moralidad. ¿Por qué intentais unir á Cristo con Lucifer? ¿Por qué la verdad con la mentira? Nos habeis despojado con violencia del poder temporal, que Dios Nos dió; habeis arrojado sobre Nuestra Cátedra plomo, hierro y fuego, asesinando á Nuestros hijos que la defendian y decís que venís á dispensarnos proteccion, mientras que en realidad Nos habeis constreñido á una servidumbre, que nos impide gobernar la Iglesia universal. ¡Oh! no: no entraremos jamás en convenios con la mentira y el error: Nos habeis reducido á un corto espacio, del cual no podemos salir; pero tened entendido que, bien podeis reducirnos á lóbrega prision; y darnos el negro pan del desterrado para comer, y las lágrimas amargas del cautivo para beber, más no por eso conseguireis vuestros intentos sacrílegos: triunfareis de un anciano, reduciéndolo á cautiverio, ó dando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fin á sus dias; pero no sobre el derecho que Dios ha establecido; no sobre la justicia de su causa. Si Nos, no viéremos el dia del triunfo, lo verá Pedro; Pedro que vive con Nos en su Cátedra, y vivirá y presidirá en ella con Nuestro sucesor. En cuanto á entrar en convenios con ese progreso impío de la civilizacion, que pretende separar á los hombres de Dios y del Evangelio de su Hijo; en cuanto á hacer pactos con la revolucion, que constituye el derecho en la fuerza; y en cuanto á abdicar el derecho que tenemos de poseer el dominio temporal, con que Dios se ha dignado enriquecer á su Iglesia, tened entendido, que estamos dispuesto con la gracia del cielo á dar Nuestra vida, antes que consentir en ello. Y, puesto que os hemos amonestado muchas veces, aconsejándoos que os separáseis de los caminos de la iniquidad y de la injusticia, y habeis despreciado Nuestros avisos paternales, permaneciendo obstinados en el mal: puesto que habeis declarado la guerra á aquel Dios, que Nos ha constituido su Vicario en la tierra; por la autoridad del mismo Dios Todopoderoso, y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la Nuestra, os arrojamos de la comunion de los santos, y os echamos fuera del seno de la Iglesia católica, y os condenamos al anatema eterno, á vosotros los que habeis consumado la ocupacion de Nuestras provincias, la invasion de Nuestra santa ciudad, y la usurpacion de Nuestro dominio; á los que lo han mandado ejecutar, á los que han dado favor, y prestado ayuda; á los que lo han aconsejado, á los que se adhieren á este atentado, y á cuantos lo han procurado ó ejecutado, sea cual fuere su dignidad, aunque fuere de aquellas que llevan un nombre especial. (1) Hé ahí la voz temible, que ha contestado al fin á la revolucion. Y ¿qué significa esta voz? Terrible es su contenido; pues dice así: "sea vuestra parte con Satanás á sus ángeles, y con todos los precitos en el fuego inextinguible del infierno, mientras no os arrepintais, y hagais penitencia. (2)

[1] Encíclica *Respicientes ea.*
(2) Pontífic. Rom., II p. Ord. excom,

La escena del espectáculo que describimos está en su último acto: la revolucion, no solo parece que triunfa, sino que se le consagran mantos purpurados y coronas duplicadas: el telon cayó y ya no se oyen otros rumores, sino los de los gritos, de los victoriosos, quienes pretenden ahogar los ayes de doscientos millones de almas que lloran por el triunfo; no faltando algunas que llenas de timidez piensan que la torre de Babel va á concluirse esta vez. A estas almas hay que repetir aquellas palabras con que el profeta Jeremías consolaba á los israelitas, cuando creian próxima á perecer su raza: oid, decia al pueblo escogido á quien Dios afligia en su misericordia; *esto dice el Señor: descanse tu voz del llanto, cesen tus ojos de llorar: porque hay recompensa para tus obras, y tus hijos volverán de la tierra enemiga.* (1) A estas almas hay que decirles que aviven su fe, y oigan lo que decia Isaías tocante á una ciudad, en la cual estaba simbolizada la gran revolucion de los hombres contra Dios y contra su ungido. *Yo he mandado á los que tengo elegidos,* dice el Señor: *he llamado en mi ira á los valientes,* que van *alegres en mi gloria. Voz de muchedumbre en las montañas como de muchos pueblos: voz de sonido de reyes y de gentes y naciones reunidas: el Señor de los ejércitos se puso al frente de las milicias de guerra.* (2)

No hay que temer que prevalezca la impiedad: la escena ulterior llegará, siendo Dios quien levante el telon que la revolucion ha corrido, creyendo que el drama está terminado: falta la escena trágica, para la cual él mandará *á los que vienen de tierras lejanas, del punto más alto del cielo.* No importa que la revolucion diga que, si bien "los soldados italianos se han debido abrir paso á cañonazos, para entrar en la ciudad eterna, no eran estos disparados ni contra la Iglesia ni contra el Papa, sino contra un soberano semejante á los demás soberanos de la tierra," (3) pues aquel que manda á los ejércitos, sabe que no es así, no ocultándosele los secretos de los

(1) Jer., cap XXXI. v. 16.
(2) Isai., cap. XIII, vv. 3, 4.
(3) *Gazzet. del Po.*.4 Otob. 1870 nº 12 pág. 45, col. 3, lín. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazones revolucionarios; y nosotros sabemos que el Sumo Pontífice representa á Dios en la tierra, y por consiguiente sabemos que esos aparatos de guerra se han armado contra Dios; y estamos ciertos de que la revolucion que ha disparado cañonazos contra el Papa y ha arrojado bombas sobre las basílicas en que reposan las cenizas de los Apóstoles, y donde está realmente Jesucristo; se los tiraria á este, si estuviese visiblemente de rey en Roma, y no perdonaria al Príncipe de los Apóstoles, como no respeta á su Sucesor: nosotros sabemos que ese soberano no es como los demás, ni por sus derechos á ser rey, ni por su instalacion en su trono, como lo hemos dicho ya, ni por su gobierno enteramente paternal, y sobre todo, ni por reunir por derecho divino en su persona real la dignidad mas grande que hay en el mundo de Virey del Rey de los reyes y emperador de los siglos. Y la Europa y el orbe saben, que ni á ese soberano, ni á ningun otro, es lícito atacar sin motivo justo, ni echarle de la posesion legítima y pacífica de sus Estados; y que quien hiciere lo contrario comete un crímen de injusticia, de latrocinio, al cual van unidos otros de asesinatos, de violencias, de hurtos, de rapiñas y de depredaciones: no pudiendo quitarle ese reato ningun tribunal, no justificándolo la reunion de muchos para consumar el atentado; pues esos muchos incurrirán en la misma criminalidad, y serán tan reos como él, de los excesos que se cometan.

Tampoco importa nada que la revolucion, tan altanera como impía, se plante de brazos ante el sumo Pontífice y le insulte con risa feroz, diciéndole que sus protestas no tienen valor ninguno, pues en años pasados, "provincias enteras de sus dominios se separaron de él, una revelándosele, otras formando plebiscitos.....y que entonces tambien publicó protestas enviando circulares á Europa y usando de las armas espirituales, sin obtener ningun resultado." (1) Oiga, pues, esa revolucion insultante: ¿No valen nada las protestas del Papa? ¿No adelanta nada con fulminar los rayos que Dios ha puesto en su mano? Vea esa revolucion insensata, cómo se ha levantado en todo el orbe ese grito de execracion contra ella, apénas Pío IX ha abierto sus lábios para anatematizar el crímen: vea, cómo de todas partes se oyen las voces de los pueblos sensatos contra la invasion bárbara á la simple voz del Pontífice que se lamenta. ¡No han hecho caso los reyes! No importa; pues no son ellos los amos de las naciones, y no son ellos los que las han de levantar, cuando Dios despliegue su estandarte de guerra, y haga que resuene el clarin que ha de llamar á sus guerreros. ¡No valen para nada las armas espirituales! Oiga pues la revolucion: acuérdese de lo que aconteció al malhadado Enrique IV de Alemania; del fin tràgico del célebre repúblicano romano Niccolo Renzi: traiga á su memoria la campaña de Rusia del soldado feliz de este siglo: no pierda de vista á Sedan, y á lo que ha venido despues; pues todo ese conjunto de lápidas sepulcrales, de hombres y de naciones, que han tenido la osadía de tocar, insultar, atacar y engañar al Vicario de Cristo, están diciendo á los revolucionarios la leccion de los difuntos: *hoy para mí, mañana para tí.* Pero, puesto que la revolucion está haciendo lo posible para volver á los hombres paganos, oiga de la boca de un sábio pagano la descripcion de la obra que ha querido llevar á cabo, y de lo que tarde ó temprano le ha de suceder; con cuyas palabras concluimos este capítulo, encargando á la revolucion que las aprenda.

"Affectasse ferunt regnum coeleste gigantes,
"Altaque congestos sustulisse ad sidera montes.
"Tunc Pater Omnipotens misso, perfregit, Olympum,
"Fulmine, et percussit subiectum Pellion Ossa.

Ovid. *Methamarphos.*

(1) *Gazzet. del Pop.*, 11 Otob. 1870, nº 18 pág. 69, col. 2 lín. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII.

LAS UNIDADES POLITICAS.

Hemos dicho ya que la revolucion ha tenido un empeño decidido en formar una unidad moral entre los hombres de todos los pueblos, inspirándoles á estos en todas partes las mismas ideas falsas respecto del principio de autoridad, y de los dogmas incontrastables que sostienen la sociedad en el órden y moralidad pública y privada, que le ha dado la divina Providencia; y hemos explicado que el fin que se propone en esto la revolucion, es hacer que en medio de esa diferencia que hay en la tierra de pueblos, de naciones y de idiomas, sea aquella, en cuanto á profesar doctrinas contrarias al derecho divino, lo que era el linaje humano antes de la confusion de la torre de Babel. Una sola lengua, una sola manera de expresarse, se ha querido introducir en el círculo de las ideas; intentando que en todas partes sean las mismas, impías, irreligiosas y anti-sociales. No ha conseguido su objeto la revolucion enemiga de Dios y de los hombres; porque, no son ocho mil los que no han doblado su rodilla delante del ídolo de la razon, (1) sino muchas decenas de millones del pueblo católico; las cuales reprueban esas doctrinas y dan testimonio de su fe pura, al levantar su voz en todo el orbe, protestando contra el resultado parcial y transitorio, que han dado en la invasion sacrílega de los Estados del romano Pontífice, y contra los medios reprobados que se han adoptado para conseguirlo. Pero; al mismo tiempo que se iba introduciendo en la sociedad la formacion de esa pretendida unidad moral en las ideas impías y subversoras, iba vocingleándose la necesidad de las nacionalidades, ó de las unidades políticas, á las cuales debia darse cimiento en la libre voluntad de los pueblos, y fuerza y cohesion en la agregacion de lo menor á lo mayor, y en la absorcion de aquello por esto. Lo absurdo é injusto de estas unidades aparece con toda claridad, al examinarlas con las luces de la fe y de la razon; lo inícuo y perverso del fin que se han propuesto los renovadores de errores antiguos, se ve demostrado en los actos violentos que se vienen cometiendo, desde hace ya algunos años, con una publicidad no vista sino en épocas de barbárie, y con una impunidad que causa espanto, porque es preámbulo de males horrendos, que nos han de sobrevenir, como lo demuestra ineluctablemente lo acaecido en Roma el veinte de Setiembre. Examinarémos esta materia en dos secciones, en las cuales aparecerá la admirable unidad política que resulta por la observancia de lo que Dios enseña, y se verá cuán léjos de esa verdadera unidad, y del fin que la revolucion proclama, andan los revolucionarios.

(1) III Reg., cap, XIX, v. 18.

§. I.

La Iglesia católica y las soberanías.

No se admire nadie de que al escribir sobre esta materia, nos levantemos, y tomemos para defensa nuestra, como soldado veterano, el escudo y las armas de Cristo, las cuales llevan estampado el derecho que nos asiste para pelear y para defender nuestro puesto de honor. Oyese hoy dia decir con la mayor sangre fría, y como si fuera una verdad inconcusa, que estas materias de cosas mundanas no son del círculo de la ciencia del hombre del santuario; como si todos los que se dedican á dispensar la enseñanza espiritual y las cosas sagradas, hubieran de ser hombres ensimismados, entregados á una misantropía perpétua; como si debiendo estar en medio de la sociedad, no tuvieran sentidos corporales, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

una alma sensible á los males de sus semejantes, ni viesen las calamidades públicas que ocasiona una política contraria al Evangelio, ni oyesen las predicaciones antisociales que salen á borbotones, por desgracia, de los lábios de los malos, y aun de aquellos que, apellidándose amigos del órden y conservadores de las buenas doctrinas, preparan sordamente y por medio de actos que tienen mas de hipócritas que de religiosos y arreglados á justicia, las revoluciones radicales que todos vemos y lamentamos.

Para apoyar esa pretension tan gratuita, óyeseles afirmar, como si fuera una verdad revelada, que Jesucristo lo dispuso así, cuando dijo que su reino no era de este mundo. (1) Digamos de paso que ni los revolucionarios, ni los sábios carnales entienden esas palabras sublimísimas de Jesucristo, en las cuales está encerrado el gran misterio de su generacion eterna y de los derechos que él tiene, no como los que vemos concretados en este mundo á personas que pasan como el vaporcillo del agua caliente; sino originarios de otro mundo mejor y del Sér infinito; porque su Padre lo engendra consustancial é igual á sí mismo en su naturaleza divina, y desde la misma eternidad lo declaraba rey de paz, y Pontífice eterno, en la humana que habia de tomar, en la cual era y es verdadero rey de este mundo, y Señor natural de todos los pueblos y de todos los reyes; no por derecho de sucesion hereditaria, como lo son de sus reinos los príncipes mundanos, sino por el propio é innato que tiene por su naturaleza divina; pues al engendrarlo su Padre le dice eternamente que todas las gentes son su herencia, y todos los pueblos su patrimonio. (2)

Y por cierto, no hablaríamos sobre este particular, que parece alejarnos algun tanto del objeto principal, si no viéramos la osadía, con que los diarios revolucionarios de Roma echan en cara al Padre Santo esas sentencias de los ignorantes; diciéndole que recuerde que Cristo dijo, que su reino no era de este mundo. Diremos por tanto en pocas palabras, que Jesucristo no dijo

[1] Jo., cap. XVIII, v. 36.
(2) Ps., II. v. 5.

lo que le atribuyen los revolucionarios. En las dos frases que el Redentor dirigió al presidente romano, hay dos preposiciones, y una y otra son de orígen: la primera es: "regnum meum non es *de* hoc mundo:" la segunda: "si *ex* hoc mundo esset regnum meum, etc." Estas frases con sus preposiciones vertidas á nuestro idioma y á las demás lenguas vivas, son simplemente así: *mi reino no es de este mundo*; lo que puede envolver la idea de procedencia, ó la de situacion. Los revolucionarios dejan la primera y toman la segunda para decir en seguida, que ni Cristo quiso ser rey en este mundo, ni sus ministros tienen que ver nada con las cosas de él. Pero en la lengua latina, la idea que envuelven esas preposiciones, no es de posicion, ó situacion, sino de orígen y procedencia. Y en efecto: Jesucristo demostró á Pilatos que si fuera el rey como los demás, tendria el aparato que estos tienen, y como cosa aneja á él, ejército y ministros que lo defendiesen de los judios; concluyendo con estas palabras, que explican el sentido de las dos proposiciones anteriores: *nunc autem regnum meum non est hinc*: *por tanto, mi reino no es de aquí.* (1) Jesucristo por tanto, no dijo á Pilatos que su reino no era de este mundo, sino que no tenia su orígen en este mundo. Bien claramente dijo á san Pedro en el huerto, dónde tenia orígen su reino; allí lo tenia, donde estacionan sus legiones; las cuales vendrian á millares, á la primera insinuacion que él hiciese á su Padre. (2) En el cielo tenia su orígen, como se lo habia dicho ya el mismo Jesús á los fariseos, aunque ellos no lo entendieron, con estas palabras: *lo que mi padre me dió, es mayor que todas las*

(1) En la sagrada escritura se empla el adverbio *hinc* unas cuarenta veces, y en todas ellas significa ó el principio de donde una cosa precede, ó los límites que la circunscriben, ó la posicion relativa que guardan dos objetos; todas estas significaciones se refieren á orígen ó procedencia, pero nunca á existencia en un lugar ó en otro. Puede verse la verdadera significacion de ese adverbio en aquellas palabras del apóstol Santiago, cuando dice: *¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de aquí,? ¿de vuestros deseos desarreglados que viven en vuestros miembros? ¿Nonne hinc?* (Jac., cap. IV, v. 1.)

(2) Mat., cap XXVI, v. 53.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosas: y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. (1) En esa generacion eterna tiene orígen su derecho de reinar.

De paso tan solo hemos tocado una materia, cuya discusion está hoy, por decirlo así, á la órden del dia, por efecto de esa tendencia que se nota en esta época en muchos pueblos, llamados católicos, á separar la religion del Estado, ó mejor dicho, á separar á los hombres de toda influencia religiosa, y desterrar á Dios de todos los actos gubernativos, formando una sociedad atea. Entre tanto, hay para llorar, al echar una mirada escudriñadora sobre el verdadero estado de la literatura del siglo; porque á cada paso que dá uno en la sociedad, tropieza con hombres que presumen de sábios, que se precian de haber estudiado la religion, sin que despues de todo sepan los primeros rudimentos de ella, ni retengan en su memoria el símbolo de la fe, y ni aun la oracion dominical; y se lanzan á hablar de asuntos religiosos con el mismo aplomo que si fueran unos maestros consumados. ¿Qué cosa hay más comun en estos tiempos, que el oir á cada instante palabras sentenciosas sobre lo que Jesucristo prescribe á sus Apóstoles? Se habla mucho de esa pobreza del Maestro de los hombres, que no tuvo ni donde reclinar la cabeza; de aquella humildad, con que declinaba los honores; de aquel abandonarse á las manos de la Providencia para las cosas necesarias á la vida, que enseñaba y prescribia á los discípulos; de aquella abnegacion de sí mismos; de aquel dar la capa á quien les huibese arrancado la túnica, y de aquel presentar la mejilla izquierda á quien les hubiese ultrajado, hiriéndolos en la derecha.

Nociones vagas, é ideas confusas, y casi informes, sobre la doctrina de Jesucristo son las que van teniendo hoy dia por las llamadas capacidades, casi en general; siendo aquellas sin embargo muy determinadas para cuando se intenta alejar á los ministros del santuario de que influyan con la doctrina saludable del Evangelio en los asuntos de los pueblos. No se les oye fácilmente á esos semi-literatos proferir una sentencia del Salvador, de aquellas dirigidas á todo el que lleva el nombre de cristiano, por las cuales nos manda á todos, que seamos humildes, pobres de espíritu, sóbrios, castos y perfectos, como lo es nuestro Padre celestial; que seamos obedientes á la autoridad, que no nos afanemos por atesorar en la tierra, y que no vivamos como los paganos entregados á la indiferencia por la salvacion de nuestras almas, y dando pábulo á la sensualidad Al oir á esos hombres, se diria que Jesucristo no habló nada para ellos; y que su doctrina es tan solo para los Obispos y Sacerdotes, quienes, segun ellos, nada deben entender de política y de cosas mundanas.

(1) Jo., cap. X, v. 29.

Entre tanto, son precisamente los ministros sagrados, los que con mas perfeccion han de conocer las reglas de la buena y sana política; porque se reduce al derecho que tiene el príncipe para mandar, y al deber en que está el súbdito de obedecer; siendo esto lo que enseñó Jesucristo á sus Apóstoles, para que ellos lo enseñasen tambien á todos. Y ¿cómo han de enseñar lo que no saben? ¿Cómo han de dirijir las conciencias, si ignoran las reglas del derecho natural y divino, en las cuales ha de fundarse toda política, ora profana, ora sagrada? Y ¡qué! ¿No hay una política santa y sagrada, con cuyas prescripciones los ministros de la religion de Cristo han de llevar á efecto la administracion de las cosas sagradas? ¿No puede haber en esa administracion, alguna vez injusticia por parte del ministro, abuso de autoridad, y olvido de las reglas establecidas por la Iglesia? Pues bien: las reglas para gobernar al pueblo en asuntos sagrados, son respectivamente las mismas que para gobernar en asuntos sociales; todas están basadas en la ley eterna, por mas que no sean idénticas en su naturaleza, en su objeto y en su fin. Las reglas de buen gobierno mundano son de derecho natural, y tienen por fin la felicidad temporal y el bien público de los pueblos; y las del gobierno espiritual, además de ser de derecho natural, están consignadas expresamente en el divino; son relativas á una institucion puramente divina, y se ende-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rezan inmediatamente á la salvacion de las almas. Sabémoslo muy bien; esa eliminacion de los ministros del santuario de cuanto pertenece al gobierno de los pueblos, es el medio que pretende introducir en la sociedad católica la civilizacion moderna, con la mira de hacer del Sacerdote un empleado del gobierno civil, y ponerle una mordaza, para que cuando entren los lobos en su grey, no pueda gritar contra ellos, ni salvar sus ovejas.

Este conocimiento incumbe más principalmente á los sucesores de los Apóstoles; pues á ellos dirigió Jesucristo su voz, para enseñarles las máximas esenciales de la sana política, fundándolas todas en aquella que dice: *dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,* (1) porque á ella convergen todos los preceptos que Cristo dió á príncipes y á súbditos. Y ninguno mejor que sus discípulos ha comprendido estas máximas; pues clara y terminantemente dijo san Pedro á los príncipes de la Sinagoga, que en ningun caso tenian derecho para mandar cosa alguna contra lo que Dios dispone; y si lo hacian, él no estaba obligado á obedecerlas. (2) El mismo Apóstol es quien enseña á los fieles que obedezcan á los príncipes, aunque sean díscolos, en cuanto les manden, y no sea contra el honor de Dios; (3) y otro tanto prescribe san Pablo, al encargar al Obispo de Efeso, que *se dirijan á Dios oraciones y preces por los reyes y cuantos ocupan una eminencia de autoridad, para que todos llevemos una vida quieta y tranquila en toda piedad y castidad.* (4)

Estos son los principios invariables que ha profesado la Iglesia tocante al respeto hácia las soberanías; los mismos que profesará hasta el fin del mundo. Es ella una gran reina bajada del cielo, llevando en su corazon el amor, y en sus manos el código que contiene las leyes de justicia y equidad, con que deben ser gobernados los hombres. A do quiera que se presenta esta princesa nobilísima, acata el poder mundano que encuentra establecido; se interesa en su posesion pacífica y legítima; y encarga á sus hijos, que le rindan homenaje, y obedezcan á su autoridad. Pero si encuentra leyes que contradigan al honor del Altísimo que es su Padre, las lleva reprobadas en su código, escrito por la mano misma de Dios; no habiendo potestad ni fuerza humana, que pueda obligarla á su observancia. Por eso tiene la Iglesia tantos millones de mártires gloriosos. Eran estos, ora Senadores de Roma, cónsules ó prefectos del imperio, ora caballeros y pajes de los mismos Cèsares, ora capitanes ó soldados de sus legiones; quienes defendian con heroismo á sus señores, cuando se trataba de conservar su vida, ó sus derechos y los del imperio. Pero esos mismos hombres, tan obsequiosos con los altos mandatarios, y tan ciegos en su obediencia para cumplir sus órdenes; tan pronto como se les mandaba que diesen al César lo que es tan solo de Dios, hablaban con la misma valentía, que lo hizo san Pedro al senado de Jerusalen; (1) y renunciaban empleos, honores, fajas, espadas y vidas.

(1) Mat., cap. XXII v. 21.
(2) Act., cap. IV, v. 20,
(3) I. Pet., cap. II, v. 18.
(4) I, Tim., cap., II. v. 12.

Claro es por tanto, que ninguno, mejor que la Iglesia, comprende lo que es la verdadera política en el príncipe y en el vasallo: en aquel, la política ha de fundarse en la justicia, no en leyes inícuas que atenten al derecho ageno; ni en la fuerza brutal; no intentando extender sus dominios sino por medios lícitos, no por absorcion violenta de otros principados menores que el suyo; pues la razon natural le enseña á todo hombre, que lo que no quiera para sí mismo, no lo haga á otro; no permitiendo que sus hermanos en el poder perezcan sin darles una mano generosa; no tolerando que prevalezca el poderoso sobre el débil, por solo el derecho de la fuerza; y por fin, no sirviéndose en sus tratados y convenios, de palabras insidiosas, de ficcion ó hipocresía, de falacias de conversacion ó restricciones mentales, sino teniendo siempre á la vista el temor de Dios, de quien ha de reconocer ministro; y el honor de su verdadero sentido, el honor, que si se perdiera en el mundo, debia hallar un santuario en el corazon de los reyes. En el vasallo de

(1) Act., cap. IV, v. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la política es de la misma naturaleza, en cuanto á su orígen y sus efectos: obedecer con respeto, servir con lealtad, considerar en la autoridad una atribucion venida del cielo, y rendir, *á quien tributo, tributo: á quien gabela, gabela: á quien temor, temor: á quien honor, honor: estando sujeto á la autoridad, no por su propia eleccion, sino por que así es necesario: no porque lleva espada el rey como ministro del Rey celestial y puede castigarlo, sino por deber de conciencia.* (1)

Sobre estos principios de derecho natural y divino, fundó Dios la sociedad humana; y en ellos radica la política sana de los pueblos, con cuya observancia todo armoniza en la sociedad, y dá frutos de paz y de ventura; lo superior está en relacion intrínseca con lo inferior, y lo inferior, con lo ínfimo; el derecho y el deber se favorecen con mútua reciprocidad; la desigualdad esencial que reina entre quien manda y quien obedece, se allana ante la igualdad moral, que resulta de la aplicacion desapasionada é imparcial de la ley y de la recta administracion de justicia, la paz se conserva en el seno de los pueblos, y se consolida la alianza con las demás naciones. Pues ¡qué! ¿No es un insulto á la Divinidad suponer, siquiera, que Dios confiere el derecho de mandar á uno, y no impone la obligacion de obedecer á otro? ¿Tan poco sábio se pretende hacer á Dios, que constituya la esencia de la autoridad paterna en la aceptacion de los hijos, y la del superior en la union de los súbditos para aceptarla? Seria necesario decir entonces, que la rebelion está justificada en los principios del derecho natural y divino. Es esto una blasfemia, la blasfemia que profirió Lucifer no queriéndose sujetar á Dios: la blasfemia de todo espíritu orgulloso, que no reconoce mas autoridad que la suya: la blasfemia ¡oh infortunio de nuestros tiempos! que se intenta elevar á sistema social; arrogándose la muchedumbre el derecho y queriendo imponer á la autoridad el deber, siendo así que el derecho es propiedad de esta, y el deber es el patrimonio de aquella.

(1) Rom., cap. XIII, vv. 5, 6.

Siendo esta doctrina infalible é inmutable, no podemos pasar en silencio que, para llegar á consumar el crímen sacrílego de despojar al Vicario de Cristo de sus dominios temporales, se ha pretendido echar por tierra todos esos principios de la sana política; sustituyéndolos con otros, cuyo planteamiento produjese los resultados de que somos testigos. Díjose en primer lugar, que no convenia que existiesen principados pequeños, porque estaban estos habitualmente en peligro de ser atacados por otros mayores, y entrar por absorcion bajo el dominio de estos; se afirmó en segundo, que debian crearse las antiguas nacionalidades, para que cada una de ellas se llamase grande y fuese poderosa; y en tercero, despues de hinchados con ese humo los corazones de los pueblos, se les dijo á estos, que existia un derecho, el de podér constituir cada pueblo como mejor le agradase, el de poder declararse libre de la autoridad constituida, y el de poder anexionarse á quien le pareciese. Y, hay que decirlo para vergüenza de esa ciencia raquítica, del progreso tan decantado de nuestro siglo: con estos axiomas del nuevo derecho, se nos ha dispensado la honra de un retroceso mas allá de los tiempos de Agamenon ó de Sesostris; á la confusion de lenguas en el campo de Sennaar; donde Dios separó los hombres, dándoles el lenguaje que los constituia en pueblos y naciones diferentes, (1) y derramándolos en toda la haz de la tierra; y además se ha proclamado el derecho de la fuerza, como base á propósito para poder destruir todas los derechos adquiridos á la sombra de la ley natural y el derecho de gentes, respetados en la sociedad desde que hay hombres en la tierra; y abolir toda propiedad, planteando en las naciones un comunismo, que tiene la tendencia de convertir la racionalidad en instinto, y á los hombres en fieras.

Así las cosas, y viendo trastornados los principios del derecho natural, divino, y de gentes, y hasta corrompidas las nociones del sentido comun del linaje humano, ¿cómo es posible que la Iglesia, depositaria de toda ver-

(1) Gèn., cap. IX, v. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, guarde silencio, y no levante su voz para condenar tamaños errores, y decir á los pueblos que se precipitan en un abismo de males? No es cierto, no, que los principados menores estén expuestos á desaparecer, si se observan los principios de justicia y equidad, que la sola razon humana enseña á cada hombre. Hay principados pequeños en extension material, pero no hay soberanía pequeña, porque todas vienen de Dios con la misma esencia y naturaleza; y tan grande es el derecho de soberanía del emperador que tiene reyes por vasallos, como el del rey que tiene provincias, el del príncipe que tiene ciudades, y el del baron que posee castillos. ¿Qué otra ley sino la de la fuerza brutal, puede atentar á los derechos de cada soberanía? Reina es la noble princesa que habita en álcazar de techumbre de oro, y reina es de su casa la zagala que no tiene mas posesion que una chosa de césped; y tanto derecho de soberanía defiende al rey de la agresion brutal de otro monarca, como al grande de su reino de una depredacion inícua de su mismo soberano, y al noble que posee feudos y castillos de la mano audaz de un ladron. Pues ¡qué! ¿No es tanto el derecho que tiene la niña tierna sobre la horquilla con que prende el velo en su cabellera, como el que tiene el general bizarro á la espada que pende de su tahalí? Aquel hilo de metal arrancado á la niña inocente con fuerza brutal, ¿no clamarà con tanto derecho, como el sable arrancado por asesinos al noble guerrero, y no dirán uno y otro que quien los ha arrebatado, es un ladron, que no puede poseerlos? Y ¿salen acaso estas voces del mayor ó menor volúmen del objeto, ó del principio eterno de justicia, que asiste á quien posee una cosa, de la cual nadie puede privarlo con violencia y tiranía? Decir lo contrario, es convertir la sociedad humana en la insociable sociabilidad de los brutos, y proclamar para los hombres la ley y el derecho del leon, que por tener zarpas de temple de acero prevalece sobre el ternero; y la justicia y equidad del lobo, ante el cual el cordero no puede alegar derecho alguno para no ser devorado.

Si así fuera, repetimos, habria que borrar de las sagradas páginas los monumentos, en que consta la donacion hecha por Dios de reinos y provincias á un solo hombre, instituyendo para su descendencia el derecho hereditario; como lo hizo con Abraham, á quien prometió la posesion de toda la tierra de Canaan, dándole dominio pleno sobre ella, y sobre todos sus habitantes; y trasladando á su cetro y á su trono el dominio que tenian en ella mas de treinta reyes. (1) Tambien habria que borrar los elogios que dá el Espíritu Santo al justo Naboth, á quien podemos llamar, el *Mártir del derecho de propiedad sobre la herencia legítima*, asesinado infamemente por disposicion de un tirano, porque no quiso vender la viña heredada de sus padres. (2) El derecho de soberanía es por tanto un bien real que viene de Dios, dándolo á quien le agrada. Así dió el primer imperio que ha habido en el mundo, que fué el de los caldeos, á Darío rey de los persas; (3) de este lo trasladó á Alejandro; de los griegos lo trasladó á los romanos; y por fin, de estos lo trasladó en muchas fracciones, dándolas por partes, á los hijos del pueblo santo. (4)

Ya hemos dicho que uno de estos reyes es el soberano pontífice, á quien Dios dió cetro y corona imperial, real y sacerdotal; la cual por derecho legítimo de sucesion debia pasar de Pontífice á Pontífice, como ha pasado en efecto por espacio de quince siglos; acatando este derecho todas las generaciones que ha habido en esa gran série de tiempo, excepto los reyes bárbaros en el siglo octavo, los turcos en el nono, dos emperadores excomulgados en el undécimo, un ejército de herejes en el décimo sexto, un gran déspota al principiar nuestro siglo, y un pueblo alucinado por las doctrinas anti-sociales en estos momentos. Son estas Doctrinas las de la soberanía de la muchedumbre; la de ser los reyes unos simples delegados del pueblo; la de poder estos deponer á sus delegados, cuando quieran; la de poder anexionarse los dominios de otro soberano; la de no deber pagar á los gobernantes el tributo que estos tienen

(1) Gen., cap. XIII, v. 15.—Josu., cap. XII, v. 24.
(2) III. Reg., cap. XXI.
(3) Dan., cap. V, vv. 28, 31.
(4) Ibid., cap. VII, v. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derecho á percibir para mantener el órden público y promover el bien general, si el pueblo no consiente en ello; con otras que son contrarias al derecho natural, al divino, al de gentes.

No hay ley alguna, en efecto, que autorice al hijo á levantarse contra su padre, al menor contra el mayor, al pobre contra el rico, al súbdito contra el que ejerce sobre él autoridad y potestad. Ni tampoco la aglomeracion de hombres con hombres, por grande y numerosa que sea, puede crear un decreto legítimo contra otro que lo es. Si la ley de Dios prohibe á un súbdito rebelarse contra su rey, lo prohibe á dos, y á mil, y á cien mil. Si un ladron despoja al opulento, ladron es siempre, que no puede dar derecho legítimo sobre lo robado á ninguno que se le agregue, porque él no lo tiene; y por innumerables que sean los compartícipes, el derecho no puede crearse, pues son ladrones ellos, como es ladron él El hecho injusto no entraña fuerza legal para dar derecho al que lo comete; no pudiendo resultar potestad legítima en él, para trasladar derecho justo, ni por cesion, ni por resignacion, ni por adopcion. Al contrario, Dios prohibe expresamente esos actos inícuos, anulando como criminales los resultados de la union de muchos para levantarse contra uno. *Hijo mio*, dice á cada uno de los hombres, *si los pecadores pretenden amamantarte, no los oigas. Si te dijeren: ven con nosotros, pongamos asechanzas al inocente, pues hemos de encontrar muchos haberes y hemos de llenar nuestras casas de riquezas; toma parte, en nuestra suerte y sea comun entre nosotros el ajuar; no te juntes con ellos, hijo mio; mira que esos hombres corren al mal, y no hacen mas que inventar fráudes contra sus propias almas.* (1) ¡Ah! El derecho de la fuerza, el de la rebelion conjurada, el de la traicion á la autoridad, es el derecho de Cain, el de Absalón, el de Achitofel, condenados todos por sentencia expresa de Dios.

Y estos son los principios invariables y eternos que profesa la Iglesia católica; los que predican sus minitros; y cuya rigorosa observancia constituye al hombre eminentemente político, y dá estabilidad á los gobiernos, proporcionando paz y ventura á los pueblos. Y no hay que olvidarse de esta doctrina: cuanto más entre la religion en ayuda de las soberanías; y cuanta mayor influencia ejerza en los poderes y en los pueblos, tanto mayores valladares tienen unos y otros; aquellos para no decaer por debilidad, ni exponerse á una ruina por pasar de la justicia y recta severidad al despotismo; y estos para no verse envueltos en los horrores de las guerras ó de la anarquía. Oigase al gran Padre san Leon cómo trata esta materia, al rechazar la calumnia de los fariseos contra Cristo, de quien tuvieron la osadía de afirmar, que andaba sublevando los pueblos; (1) echando en cara al presidente romano su enemistad con el César, sino lo condenaba á muerte como sedicioso. (2) "Hé ahí dice el santo Doctor, que los fariseos no encontrando crímen alguno, de qué acusar á Jesús, inventan maliciosa y calumniosamente el de afirmar que se queria hacer rey. Pero ¡qué! ese nombre de rey aparecería formidable para el imperio del César, si el aparato tiránico de un armamento probase que existía el propósito de hacerse rey; si se hubiesen descubierto depósitos de armas, reunion de capitales, y fuerzas de soldados. Pero nada de esto habia en quien quiso escoger por divisa de sus obras y de su doctrina la humildad. No contradijo á las leyes romanas, se resignó al censo, pagó el didracma, no prohibió las alcabalas, mandó dar á Dios lo de Dios, y a César lo del César. Eligió la pobreza, aconsejó la obediencia, mandó que se observase la mansedumbre; y todo esto, léjos de combatir al César, es ayudarle." (3)

El ejemplo admirable de humildad y mansedumbre que nos dió Jesucristo, y las máximas infalibles que enseñó, han sido y serán siempre la base de la concordia entre el imperio del sacerdocio y el de las soberanías; y esto es, como dice el mismo santo Doctor, lo que engendra en la sociedad esa unidad indefectible é inquebran-

(1) Prov., cap. I, vv. 10, 18.

(1) Luc., cap. XXIII, v, 5.
(2) Jo., cap. XIX, v. 12.
(3) S. Leo. Mag. Serm. 10. de *Pass. Dom.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

table, que hace grandes y poderosos á los pueblos. Doy gracias á Dios, escribia al emperador Marciano, de que os haya Dios elevado al imperio, precisamente cuando iban á sobrevenir los escándalos de la herejía; lo que ha hecho por la salvacion del mundo, pues se ven resplandecer á la par el poder imperial y la solicitud sacerdotal. Y alégrome mucho, al ver con qué diligencia tan piadosa ayudais á que se establezca la paz, que no puede conservarse sino con la unidad de la predicacion del Evangelio." (1) Así se forman las unidades imponentes en las naciones, y así se consolidan los imperios; siendo humildes los que mandan, para no sacudir el yugo de la ley natural y divina que les impone el deber junto con el derecho, el deber de no mandar sino lo que es justo y acepto á los ojos divinos; y siendo tambien humildes, mansos, y pacíficos los que obedecen, considerando en quien ejerce la autoridad al Ministro de Dios en el órden de las cosas temporales.

Pero no hay que equivocarse: el sacerdocio católico tiene una mision recibida de Dios, la de predicar las doctrinas de su Maestro; y entre los muchos miembros de este gremio sagrado de la sociedad, hay algunos que han sido puestos por el Espíritu Santo, para gobernar la Iglesia adquirida con la sangre de Cristo; sobresaliendo entre ellos por su potestad universal aquel, á quien la voz misma de Dios le manda conservar su doctrina intacta é incorrupta, y enseñarla á todos hasta el fin del mundo. Se vé por lo tanto; que hay un imperio sacerdotal en la sociedad humana, que reside en el primer Gerarca; quien llama á tomar parte en su solicitud pastoral á todos los sucesores de los Apóstoles, y estos en sus respetivas regiones á los sacerdotes que viven bajo su inmediata jurisdiccion. Hay, pues, necesidad indispensable de que en todo imperio, sea sacerdotal, sea mundanal, tenga quien lo ejerce una humildad con que se sujete á Dios, una humildad, con que se crea siervo de todos, y una humildad, por fin, que sea tan noble cuanto es santa; no descendiendo del puesto en que Dios lo ha colocado, con

(1) Ad Marciam. August., Epist 89.

envilecimiento del derecho de la verdad y de la justicia. Y del mismo modo, en los súbditos de un imperio mundano, es necesario que haya una humildad que los haga sumisos á la autoridad, una humildad santa á la par que noble; que se persuadan de que no por ser humildes hasta el grado mas heróico, se han de separar de la ley divina, obedeciendo á quien les manda cosas contra la ley de Dios, la verdad de la fe, y los preceptos de la religion; porque así como en el príncipe la humildad exije que no descienda de su puesto, por someterse á influencias de los que le inspiren que mande cosas contra la ley de Dios, pues seria eso, no humildad, sino degradacion y envilecimiento; así la verdadera humildad y mansedumbre del cristiano exige de él que se someta á toda criatura humana por Dios, pero que no descienda jamás de su alta dignidad de cristiano, obedeciendo á quien le mande apostatar de la observancia de los preceptos divinos.

Y debemos decirlo: ninguno mejor que el ministro de la religion ha de poseer esta virtud en su parte mas noble y mas característica de verdad, obedeciendo á las autoridades constituidas en cuanto pertenece al bien público y temporal; porque sabido es, que la Iglesia no trastorna jamas el órden público que encuentra establecido, que conserva con el jefe supremo de todo pueblo la paz y la armonía que Dios quiere que exista entre dos poderes supremos, cada cual en su círculo, que si es noble en el órden de las cosas temporales, es nobilísimo en cuanto concierne al bien de las almas. Ella conserva relaciones pacíficas con el príncipe pagano, para sacarlo de sus tinieblas y traerlo á la verdadera luz; con los cristianos, para conservar en ellos el conocimiento que tiene de la religion relevada; y con los extraviados de ella, para que vuelvan. Pero esta sacratísima economía de su política celestial, no la hace tan humilde que descienda de su altísimo puesto á condescendencias indignas de su grandeza magestuosa. Si trata con un Nerón, primero se deja crucificar que acceder á sus pretensiones inícuas de abandonar el culto del Señor. Si con un Teodosio, le dice con toda libertad que, ó salga del templo, ó haga penitencia pública, por haber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pecado públicamente; y si con un Enrique que se apellida *defensor de la fe*, y no hace mas que destruirla, la anatematiza; y lo entrega á Satanás, para que caiga con él en los suplicios eternos. No; no manda Jesucristo á los Apóstoles que tengan esa humildad que los hombres de ideas revolucionarias quisieran ver en sus sucesores, de someterse á mandatos que son contra la independencia y libertad de la Iglesia, contra la institucion de ella, contra la santidad de los Sacramentos, contra el órden establecido por Dios; al contrario, les dice que dén testimonio á la verdad en presencia de toda la tierra, (1) y que no se fatiguen mucho en discurrir sobre lo que han de decir cuando se presentaren por ante reyes y gefes de pueblos; porque les bajará de lo alto en aquellos momentos una eloquencia tan convincente, que ninguno de sus adversarios podrá impugnar; porque, les dice, *no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.* (2)

Véase, repetimos, si el sacerdote, si el sucesor de los Apóstoles tiene que entender de cosas del mundo, y del modo de ser gobernados los pueblos ¡La politica agena de los ministros del Evangelio! Pues en ese caso habrá que desterrarla de la literatura sagrada; que solo en el Evangelio están las máximas con que se han fundado y consolidado las monarquías modernas, solo él ha sido el que ha destruido aquellos imperios, en los cuales el despotismo estaba en relacion con su extension material y era tan pujante y bárbaro, como sus fuerzas; solo á él se debe la formacion de muchas monarquías menores, cuyos soberanos profesasen la verdadera religion, y se favoreciesen mútuamente; desterrando las antiguas absorciones, que hicieron casi siempre, que en la familia humana hubiese un gran tirano y un gran rebaño de esclavos, subdivididos en señores parciales, entre los cuales para un ciudadano libre habia veinte mil, que no eran dueños ni aun de su propia vida, Testigo de esto es la antigua Grecia y la Roma idólatra. Y ¿cuál era la causa?

(1) Act.. cap. I, v. 8.
(2) Mat., cap. X. v. 30.

el no conocerse la virtud de la humildad. Faltaba esta, hasta que Cristo dijo que en lo sucesivo el que mandase habia de ser siervo de los demás; (1) y los príncipes eran tiranos, que no reconocian mas código para hacer bien, qne su capricho, ni mas ley para destrozar vidas y haciendas, que sus iras. Faltaba la humildad noble y celestial, que sabe distinguir lo que pertenece á Dios de lo que es propio de la autoridad temporal; hasta que Jesucristo lo explicó, mandando dar á cada cual lo suyo, no confundiendo jamás la autoridad de Dios con la de los príncipes terrenos; y los súbditos eran todos viles esclavos, que se postraban delante de un ídolo, tan solo porque lo hacia así su señor, y por no desagradarle. Apelamos á Cicerón, que de sí mismo confiesa que tambien lo hacia así.

Y esta es la causa de la distancia inmensurable que hay entre las monarquías fundadas por la pura ciencia carnal, y aquellas que se han levantado á favor de las doctrinas de la Iglesia. En aquellas no conocian los hombres su propia dignidad, el príncipe era un sér degradado en su orgullo, y los vasallos otros tantos séres degradados y envilecidos en su estúpida esclavitud. Habia filósofos que trataban del poder del monarca; pero no era más que para colocar á estos en el número de los dioses mitológicos, célebres todos por sus tiranías y violencias, ninguno por una simple virtud, siquiera filosófica. Habia tribunos y oradores que dirijian la palabra á los pueblos; pero era para precipitarlos en dos extremos, ora enseñándoles á postrarse en tierra cuando pasaba su emperador, reconociendo en él un nuevo dios, ora encendiéndolos en iras contra el mismo, para que entrasen, cuchilla en mano, en su alcázar, y los arrojasen por un despeñadero á una cloaca, La Iglesia no obra así: respeta en el monarca al ministro de Dios; pero no le permite asumir cargos que Dios no le dá; enseñándole á conservarse en su puesto, que es el de procurar el bien temporal de su pueblo: ríndele los honores debidos á su elevacion: pero no quema jamás en su presencia un grano

(1) Mat., cap. XXIII. v. 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del incienso, que solo se ofrece al Altísimo. Y lo mismo respectivamente hace con el pueblo: le enseña cuál es la dignidad natural del hombre, y cuáles sus verdaderos derechos, así como sus deberes; pero al decirle que Cristo le ha dado la libertad y la gloria de los hijos adoptivos de Dios (1) le enseña que no hay potestad que no venga del Altísimo, y que debe vivir sometido á ella. (2)

Hé aquí por tanto la diferencia de las sociedades que ha habido: la pagana no conocia la dignidad del hombre; la cristiana formada por la Iglesia la conoce con toda perfeccion, poniendo en la práctica de las virtudes un valladar al despotismo de quien manda; y á la rebelion de quien debe obedecer. La revolucion por medio de sus doctrinas hace lo contrario: eleva mucho los derechos del hombre; pero no opone mas valladar al orgullo, que es el efecto inmediato de ese ensalzamiento, que la fuerza brutal; y eso es lo que precisamente produce la tiranía solidaria de la muchedumbre; la cual sustituye en los tiempos modernos á la que residia en un solo hombre en aquellos, que eran con toda verdad de ignorancia y de barbárie, como aparecerá por lo que vamos á decir.

§ II.

La revolucion y las soberanías.

No hay cosa más fácil que la seduccion del pueblo; porque en él es la ignorancia su estado habitual, del cual no saldrá jamás en ciertas materias. No hay al mismo tiempo cosa más comun, que oir á cada momento en labios de los doctrinarios modernos, la necesidad de ilustrar al pueblo; y cuando se les oye formar el panegírico de la ilustracion, se creeria que semejantes oradores son los hombres mas interesados en la felicidad pública. ¡Pobre pueblo! Feliz es su ignorancia, como es feliz la casta doncella que tiene un corazon precioso como el oro, sin haber bagado por él una sola sombra de hálitos pestilentes, y sin que haya asomado todavía en ella la mas lijera idea de corrupcion; porque hay ciertas ignorancias, que hacen feliz al hombre para toda la vida. ¡Pobre pueblo, repetimos! Aquel no saber, que labra la felicidad individual quizá por cien años de peregrinacion terrestre, se pierde en un instante por aprenderse cosas, que estaban encubiertas tras de un velo tupido, que una mano audaz ha levantado; pero el velo tupido que venda los ojos del pueblo para que no vea ciertas cosas que por su naturaleza son altas y profundas, nadie se lo ha de quitar jamás; pues aun los sábios necesitan estudios muy largos y extensos para poderlas saber, puede decirse á medias. El pueblo siempre es pueblo, cuyas ideas no pueden pulimentarse, sino en muy corta esfera; la cual se reduce á cosas muy materiales, á fin de que se grangee un bienestar temporal en el trabajo, para el cual nació el hombre como nace el ave para volar. (1) Querer que el pueblo tenga ciencias de cosas altas, es querer un imposible; y empeñarse en darle una tintura de ellas, cuando no puede llegar jamás á comprender su sentido, ni penetrar en lo hondo de sus muchas significaciones, es querer arruinarlo, quitándole la felicidad innata á ciertas ignorancias; y conducirle á un laberinto, al laberinto de penas y dolores que tiene el hombre que posee alguna ciencia; pues como dice el sábio, *á medida que crece la ciencia, crece el trabajo*. (2) Pero en ese laberinto, el filósofo halla el consuelo de la misma ciencia que es para él un tesoro; mientras que el pueblo no encuentra, sino su desesperacion y su ruina.

Sin embargo los enaltecedores de la civilizacion moderna, que saben muy bien que el pueblo, despues de sus peroratas de esquina, se queda tan pueblo como an-

[1] Rom,. cap. VIII. v. 10
[2] Ibid., cap. XIII. v. 2.

(1) Joc., cap. V, v. 7.
(2) Eccle., cap. I, v. 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes; están trabajando sin cesar, para levantar un poco de se velo de la ignorancia popular, y enseñarle un poco e- la luz de la ciencia; sucediendo que, como su foco es deslumbrador, el pueblo queda deslumbrado, no iluminado, corrompido, no ilustrado; pervertido, no mejorado. Vayan unos ejemplos: dice un declamador al pueblo, que el hombre es libre, y esto es una proposicion de fe divina; pero, para que el pueblo entienda bien esa verdad, es preciso esplicarle todo un tratado de teología, que no sabe el que predica, ni puede entenderlo el que oye; y como el pueblo propende á sacar consecuencias inmediatas, al momento dice: pues si el hombre es libre, cada uno puede hacer lo que le da la gana. Dícesle que los hombres son todos iguales; y esta es otra proposicion de fe, si se trata de la santa igualdad que inspira la caridad; pues Jesucristo nos dice que todos somos hermanos, y que tenemos un Padre comun que está en los cielos. Pero esta santa igualdad no destruye aquella desigualdad esencial que media en el órden social, entre la potestad y la obediencia, y la superioridad en quien manda, sobre el que tiene que obedecer; y el pueblo, amigo de oir cosas que alhagan, apénas oye que todos somos iguales, discurre en su ignorancia con tintes de ilustracion, y dice: pues entonces yo soy igual al rey, soy tanto como el alcalde, y no soy ménos que el corregidor; siguiéndose á este discurso el desprecio de la autoridad, la idea ya concebida de no obedecerla, y otra que se asomará más tarde, de levantarse contra ella, si le manda lo que no le agradare cumplir.

Saldríamos de nuestro objeto, si quisiésemos continuar en esta demostracion: basta lo dicho, para que se comprenda que las armas de que se valen los revolucionarios para derribar las instituciones mas venerables, son todas traidoras, por ser parecidas á las flechas imperceptibles que arrojan los salvajes, las cuales causan muerte instantánea al que hieren, por llevar la punta mojada en tósigo mortífero. Nos contraerémos tan solo al asunto de que tratamos, y diremos, por haber sido testigo ocular, que la revolucion ha empleado estos medios para corromper al pueblo sencillo de los Estados Pontificios, y apartarlo de la sumision y obediencia que profesaban á la soberanía sagrada del Vicario de Cristo. Este pueblo, tan sencillo como lo son en lo general los demás de la tierra, se vió inundado de emisarios, semejantes á aquellos de quienes dice el Espíritu Santo, que vendieron sus almas para hacer el mal; (1) oyó razonamientos tan concisos como los proverbios, pero llenos de malignidad; y asintió á esos, al parecer, halagüeños discursos, pero tan preñados de rebelion, como lo está una nube tenebrosa de verano, de rayos y centellas. Ora se les enseñaba una doctrina de fe divina, diciéndoles que el Papa es Vicario de Cristo; de Cristo, añadian, que no fué rey temporal: despues venia un emisario que inspiraba devocion, y ponderaba aquellos dias de oro del cristianismo, cuando Pedro y Pablo enseñaban á los romanos la religion, añadiendo, que eran pobrísimos, que no vivieron en palacios, que no tenian cetro ni corona temporal; y despues concluian ponderando el gran lustre que tomaría el cristianismo, si se viesen en Roma hombres que como san Pedro, no tuviesen dominios temporales, sino que estuviesen absortos en contemplar las grandezas del catolicismo, y ocupados esclusivamente en propagarlo. Más tarde aparecia otro con visos de católico ferviente y defensor de los Pontífices, diciendo que muy pronto seria el Papa el personage mas respetado del mundo; que los reyes iban á reunirse para abrir cada año sus tesoros, y señalarle unas rentas muy pingües; que no tendria que pensar en nada; sino vivir en su ciudad leonina; que le daria la guardia un gran rey, que viviria en el Quirinal; y que entonces, no teniendo que pensar en gobernar súbditos temporales, estaria siempre pronto á recibir hasta los mas infelices del pueblo. Todo esto decian los revolucionarios llevando para su apoyo aquel célebre folleto llamado *El Papa y el Congreso*, verdadera caja de Pandora, que una vez abierta, destruia la felicidad para los pueblos, y daba principio á los males que en el órden temporal han sobrevenido

(1) I, Mac., cap. I, v. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al santo Pontífice Pio IX, á algunas naciones, y quizás para su enseñanza á la hoy desafortunada y desgraciada Francia, como lo hemos dicho ya.

¿Qué efecto podia producir en los ánimos sencillos la propagacion de estas doctrinas, en las cuales se dejaba ver un poco de luz que ofuscaba, perturbando los entendimientos, y excitando los espíritus? Cada una de las primeras proposiciones, al parecer cristiana y piadosa, era subversiva del derecho divino, y corruptora de las verdaderas nociones de la justicia que los pueblos tienen aun en medio de su rudeza; siendo la última enteramente hipócrita, atrevida, temeraria y heretical; pues constituia en la reunion de muchos reyes el derecho de quitar por la fuerza la posesion legítima que tiene el soberano Pontífice en sus dominios legítimamente adquiridos; lo que es contra los principios eternos de la ley natural (1)

Despues de estos predicantes de verdades, encubridoras de muchas mentiras, y acomodadas á la inteligencia tosca del pueblo, se deslizaban otros que halagaban su vanidad, presentándole un cuadro de su actual pequeñez, y otro de su grandeza venidera que estaba casi asomándose. Sois pueblos mezquinos, se les decia, que no representais nada en la gran familia humana, ni en los congresos de las naciones; y os sucede esto, porque estais sometidos á soberanías diminutas como abejas: no poseeis glorias nacionales, ni tremolais banderas de ho-

(1) No queremos dejar en silencio la siguiente anécdota que nos contó un religioso, de un caso sucedido á él mismo en Roma en Octubre de 1860, cuando todo andaba trastornado por efecto de estas doctrinas. Pasaba este religioso por la plaza de Trajano, cuando una mujer anciana y plebeya, le agarró del brazo, diciéndole: "Vosotros curas y frailes, teneis la culpa de lo que está pasando en Italia. Decidme: Pues ¡que! el Papa ¿no es sucesor de san Pedro?" Sí, contestó el interpelado. "Pues entonces, repuso la anciana, si es suceser de san Pedro, no debe tener palacios, porque san Pedro no los tenia." El religioso no le hizo caso. Véase por tanto que la mujer dijo una gran verdad histórica y teológica, y al momento sacó una consecuencia inmediata que es un gran absurdo; pero, para ponerla en estado de raciocinar con criterio justo, era preciso enseñarla por mucho tiempo, y aun así, no hubiera podido entender la verdad de las cosas. Este es el pueblo en todas partes.

nor y prez, ni llevais el renombre de vuestro valor heróico á tierras lejanas, al Ponto y al Quersoneso; lo que os sucede, porque teneis un soberano que no entiende màs que en dar bendiciones y en tratar de santos. Tiempo es de que rompais esas cadenas que os hacen pigmeos: pensad en ser grandes por la nacionalidad: sea uno todo el pueblo, uno en leyes, uno en nacionalidad, uno en costumbres, uno en monarquía. *Italia una, Italia una,* se iba diciendo; y bárranse de ella todos los tronos, desapareciendo hasta el rey de Roma, para que la ciudad eterna sea la capital del gran rey, que bajo su cetro *uno,* ha de formar la grande unidad y el excelso pueblo *uno,* que ha de hacer revivir al pueblo dominador del mundo, y dará animacion á las glorias de los Escipiones y los Césares, trayendo á sus ciudades y campiñas, hoy oprimidas y yermas, las riquezas de toda la tierra. (1)

Ya se vé que no inventamos nada: la revolucion, firme en su próposito de destruir todo lo existente, se propone la resurreccion de las grandezas paganas, cuya naturaleza es bien conocida. Permítasenos decir á esa revolucion, que en cuanto á esas grandezas, no tiene que darse la pena de resucitarlas, pues hace ya años que lo ha hecho en parte. Templos no le faltan: á lo menos á la diosa que tenia el suyo en la Roma pagana al Norte del anfiteatro de Flaviano, ya se los ha erigido á milla-

(1) Estas ideas, que bullian en los corazones trastornados por las malas artes de agentes ocultos tuvieron un desenvolvimiento rápido con la invasion armada de las provincias del Piceno y de la Umbría; y al poco con las conmociones populares ocasionadas por el verdadero juego de niños llamado *El plebiscito.* Pero esas mismas han formado eco en el palacio *Pitti* de Florencia: dándoles gran valor el solio régio y el magestuoso dósel, bajo del cual se contestó al discurso del duque Sarmoneta, dicho en ocasion de haber este presentado el resultado del mismo juego de niños, verificado en Roma el 2 de octubre. Las palabras que resonaron en los muros tapizados con los escudos de Saboya, decian así: "ahora los pueblos italianos son con toda verdad dueños de sus destinos. Reunidos en uno, despues de la separacion de tantos siglos en la ciudad, que fué metrópoli del mundo, ellos sabrán á no dudarlo, sacar de las huellas de las grandezas antiguas, los auspicios de una, que sea propia de ellos." (*Gazzet. del Popol.*, Roma 11 Octubre 1870. pág. 71, col. 2, lín. 30.)

UNIVERSIDAD AVERROES DE CÓRDOBA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res en las ciudades de Italia: sacerdotes de ese culto, no le faltan, pues lo son todos los que en la civilizacion moderna dan disposiciones legales, para que paguen tributo á los gobiernos cuantas personas se consagran á la vida infame. Pero, ¡¡grandezas!! ¡grandezas, siquiera como las de los antiguos romanos! No las esperen los hombres de la revolucion; pues aun llamándose cristianos, distan mucho de aquellas cualidades eminentes y de las virtudes pátrias, en que tanto nombre adquirieron los romanos. Pueblo en revolucion habitual desde hace cuarenta años conocemos todos, que ha echado á tierra monumentos preciosos, ante cuya estructura quedaba estático el viajero; y todavía no ha levantado uno solo á la piedad, á la religion, á la patria; y para colmo de ignominia, ni aun á su misma revolucion. La revolucion es una Turquía moderna que derriba siempre sin edificar jamás.

Fácil es comprender que las gentes sencillas no entendieron del conjunto de tanta y tan ampulosa palabrería, más que aquello que aguza y recalienta las pasiones, impeliéndolas al mal. Conquistar glorias, allegar muchas riquezas, poder gozar de ellas sin zozobra, era su primer pensamiento; y al poco venia la pasion de mirar con cejas fruncidas á quien no se las habia procurado; de concebir ódio al gobierno que fuese amante de la paz; siendo una consecuencia natural, que pensasen luego en sacudir el yugo de una autoridad que no les podia dar lo que los revolucionarios les ofrecian, aunque nunca se lo habian de dar. Pero, como la revolucion es astuta, y el pueblo cándido y sencillo; para que este lo creyese, los revolucionarios, echando mano á aquella lógica seductora, á la cual fácilmente suelen dar crédito los ojos codiciosos, les enseñaban talegas de oro, diciéndoles que ese era el fruto de la unidad empezada, que tomasen y gozasen, y procurasen formar cuanto antes *la Italia una*, para ser ellos tambien grandes y afluir en riquezas.

Cuanta iniquidad encierran estas doctrinas, no está al alcance del pueblo, á quien toman por instrumento ciego de sus depredaciones los hombres de las revolu-

ciones. El pueblo no ha visto que hay encerrado en todo eso un proyecto de Lucifer; herejía, cisma, abandono de la religion, trastorno de la sociedad, subversion de todos los principios rectos, ataque al derecho de posesion legítima, destruccion del principio de autoridad, y apostasía de la fe. Ni tampoco puede comprender que con esas dectrinas él mismo se echa un dogal al cuello; pues autoriza al poderoso para que se apodere de la viña pequeña del labrador que toca á la suya, para hacer de las dos *una;* al magnate para que demuela la casa del vecino, porque él quiere hacer de dos casas *una*; y á todo aquel que necesite de lo ageno, para engrandecerse, que se lo quite por la fuerza para formar de dos bienes *uno*.

Y ¿á dónde iriamos á parar si estos axiomas de la propaganda impía llegasen á radicarse en la sociedad? Pongámonos en el santuario de la verdad, y acerquemos esas doctrinas á la piedra de toque, que son los mandamientos de la ley de Dios; y recorridos todos, veremos que ni uno queda en pié, al pasar este huracán de errores religiosos y sociales, que está vomitando Satanás sobre las generaciones presentes. La fuerza brutal es la que se erige en ley única, ante la cual desaparece el honor debido á Dios, el respeto á la paternidad, la reverencia y sumision á la autoridad, el derecho que tiene cada hombre á vivir, la venerabilidad del pudor, la inocencia de la niña, el honor de la doncella, el derecho de cada individuo á sus propios sudores, el del prógimo á su buena fama, el del marido, el de la esposa y el de todo viviente á su incolumidad. Una sociedad que profesase esos principios, se tendría que volver sociedad de tigres, entre los cuales sucede alguna vez, que por disputarse dos la posesion de una oveja, se matan mútuamente, quedando esta intacta. En la sociedad regenerada con la doctrina de Jesucristo nada de esto puede suceder, mientras esta observe sus preceptos; pero, entro tanto, creemos firmemente que en el combate encarnizado que el infierno intenta dar para saciar su hambre de destruir, nunca podrán sus tigres devorar la Iglesia, ni sobreponerse á los derechos de su cabeza visible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Iglesia de Cristo y esa piedra sobre la cual la ha fundado, es todo una misma cosa, es la cordera de Dios: los tigres se devorarán, la ovejita quedará intacta.

Pero, lo repetimos, esos medios de la política anti-cristiana, adoptados para desnudar á Nuestro Santísimo Padre de su autoridad real, y arrancarle sus dominios temporales, son herejías y cismas y apostasías; las cuales, en verdad, no son nuevas en el mundo. Hace ya veinte y dos siglos, que algunos hombres corrompidos é incrédulos del pueblo de Dios, publicaron el derecho del progreso de los gentiles, y levantaron el grito en el seno de la nacion santa, diciendo á sus conciudadanos, como hoy se dice entre las naciones católicas: *vayamos, y arreglemos nuestros negocios con los idólatras que viven en nuestros alrededores, pues desde que no estamos con ellos, nos vemos rodeados de males.* (1) Fueron en efecto, á presentarse al rey Antioco; y expuestos sus pensamientos, les permitió este que estableciesen en Jerusalen gimnasios y ateneos á usanza de los paganos; que abriesen prostíbulos, y convirtiesen el templo de Dios en templo de Júpiter, y estableciesen allí su culto profano, aboliendo el del Altísimo. (2) Esta disposicion de los judíos apóstatas, dice el historiador sagrado, ensanchó sobremanera el corazon de Antioco; pues vió que se le abria camino, para anexionarse el reino de David, apoderándose de la Palestina y de Egipto. (3)

Entonces fué, cuando se vieron darse la mano la irreligiosidad de un pueblo malo, y la política hipócrita de un soberano impío. El arma con que Antioco creyó conquistar la ciudad santa, y coronarse rey de ella, no fué al principio la fuerza, sino la persuasion, el halago y la superchería: la fuerza moral era lo que pretendia poner en práctica, para llegar á anexionarse el reino que no podia ser suyo. ¿Por qué ha de haber, decia, esos principados menores de Egipto y la Palestina? ¿porqué esa diferencia de costumbres y de nacionalidades? Haya

[1] I, Mac., cap. I, v. 12.
[2] Ibid., v. 46.
[3] Ibid. cap. I, v. 17.

unidad en todo, *y sea todo el pueblo en mi reino uno.* (1) Con esta política perversa preparaba Antioco la depredacion de la ciudad santa, y el destronamiento de la autoridad legítima; que gobernaba al pueblo con equidad y justicia, y protegía la observancia de la ley y el culto del Señor.

No era la unidad en leyes, en costumbres, en gobierno y en política, lo que Antioco se proponia constituir entre los pueblos de Siria y la Palestina; pues le constaba que habia en los corazones de sus respectivos habitantes una antipatía mútua y una aversion profunda; resultado de las diferencias en el lenguaje, en las tradiciones, en la religion sobre todo, y de haber mandado Dios á su pueblo por medio de sus Profetas, que jamás hiciese alianzas con los incircuncisos ni les diese sus hijas para casarse con ellos, ni consintiese que sus hijos buscasen esposas en esas regiones; porque estas los habian de seducir para que siguiesen el culto de los ídolos, irritando así su justa indignacion. (2) Esa unidad nacional nunca podia verificarse, si no mediaba una apostasía en masa del pueblo escogido. Pero el pensamiento de esa unidad que los apóstatas inventaron, fué acogida por Antioco con el gusto con que el general sitiador de una plaza, oye la relacion de un traidor, que se ha evadido de la ciudad y le muestra los parajes por donde puede dar el asalto, sin ser ofendido por los sitiados. Esa unidad era la tea incendiaria, arrojada por los herejes y cismáticos del pueblo escogido en el seno de sus conciudadanos, para corromperlos y atraerlos con maña al partido de la iniquidad; era esa unidad el manto hipócrita, con que Antioco se cubria, para que el vulgo creyese que era ese el gran rey, que los iba á colmar de riquezas y los habia de hacer más felices, que no lo habian sido en tiempos del pacífico y generosísimo Salomon; era, por fin, esa unidad una panacea que se ofrecia al pueblo, diciéndole que con ser el pueblo uno, y una la nacion, habian conquistado la libertad, y eran en efecto

(1) I, Mac., cap. I. v. 43.
(2) Deut., cap. VII, v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

libres para adorar á Dios ó despreciarlo; para continuar observando la ley de Moysés, ó pasarse al culto de los ídolos, y vivir como los demás pueblos á sus anchuras.

Esto era lo que Antioco queria conseguir, para llegar al último resultado: publicaba unidad de pueblos, libertad de cultos, libertad de conciencia; para echar despues sobre el pueblo un yugo de hierro, tenerlo amarrado como un animal, y poner luego la mano sobre sus bienes, apoderarse del templo y apropiarse sus tesoros. Ya en aquellos tiempos sabian los impíos que para enervar á un pueblo, dejarlo sin vigor, sin amor patrio, y sin ninguna de aquellas cualidades que lo hacen célebre y noble en la guerra y en la paz, no hay sino decirle que es libre, y darle libertad para que apostate de su religion santa, y viva sin freno. Con esta libertad pierde en pocos lustros su antiguo valor; enérvase en la licencia de costumbres, olvidándose de sus glorias; y concluye por inclinar su cerviz á la vergonzosa coyunda de quien, para poder mandarle con tiranía y dejarlo desnudo, le halagó diciéndole, que le iba á hacer grande, devolviéndole la libertad, y dándole una unidad que nunca habia tenido. El pueblo no sabe lo que entraña esa unidad y lo que significa; el tirano sí: una víctima universal del pueblo en masa, esa es la unidad que busca y suele encontrar en los pueblos que dan oido á doctrinas corruptoras. Ejemplo palpable es el mismo Antioco. Despues de proclamada esta unidad y esta libertad, *entró en Jerusalen con gran ejército; subió al templo, y robó el altar de oro, el candelabro, los vasos sagrados, la mesa de proposicion, el gran velo, las coronas, los ornamentos, todo de oro; y además todo el oro y la plata labrada, y el tesoro oculto de moneda, causando un llanto general en todo el pueblo de Israel.* (1) Y no satisfecho con esto el rey impío, y queriendo completar su obra de unidad nacional, mandó á un general con gran ejército, acercándose este á *Jerusalen con palabras engañosas; y le acometió por todas partes, destruyó sus murallas, la robó y la incendió, poniendo en su fortaleza hombres pecadores y malva-*

(1) I, Mac., cap. I, vv. 22, 23, 24.

dos; volviéndose la ciudad santa habitacion de extrangeros, y extrangera para sus poseedores. (1)

Este es el resultado final que Antioco se propuso, publicando libertad de conciencia y de cultos para los judíos, y predicando la unidad de los pueblos. Pero esta política era contra el derecho natural, divino y de gentes, y por consiguiente reprobada por Dios; puesto que él mismo llama á ese rey *hombre malvado,* (2) *muy facineroso,* (3) *el más criminal y malo de los hombres,* (4) y á sus consejeros, hombres de *manos malvadas.* (5) Y si entonces lo era, lo es hoy y lo será siempre; sin que puedan mudar su naturaleza los congresos de los reyes, ó la reunion de los hombres; porque ni la fuerza moral de todos los monarcas congregados, ni la que se pretende formar de la union de muchos hombres en un mismo querer, pueden hacer que lo injusto sea justo, lo malo bueno, la fuerza derecho, y el derecho justo deje de serlo; y que un hecho consumado forme derecho legítimo, cuando por su naturaleza es malo; y además, porque el derecho justo tiene por base la ley natural, que es antes que todos los hombres, y bajo cuyo imperio han nacido los que son reyes, los que son vasallos, y cuantos vivientes racionales hay en la tierra.

Hay que confesar por tanto, adhiriéndose á cuanto nos manifiesta nuestro Santísimo Padre en su inmortal Encíclica, que la invasion de Roma, y demás ciudades y territorio de su dominio temporal, es un hecho basado en la injusticia, llevado á cabo por medios inícuos; hecho que debemos detestar por su enorme malicia, y porque además de haber despojado al Vicario de Cristo de sus bienes temporales, se ha atentado á su libertad é independencia para gobernar la Igesia; todo lo cual forma un encadenamiento de muchos actos sacrílegos, y tan solo ha podido consumarse adoptando medios más propios

(1) I, Mac., cap. I, v. 31. y siguientes.
(2) II, Mac., cap. IX, v. 13.
(3) Ibid., cap. VII v. 9.
(4) Ibid., v. 34.
(5) Ibid., cap. V, v. 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la barbárie antigua, que de la civilizacion del Evangelio, y diseminando doctrinas destructoras de las verdaderas soberanías fundadas en los principios de la ley natural y divina, y del derecho público y de gentes; doctrinas y axiomas, cuyo espíritu es la destruccion del cristianismo, y el envilecimiento de la especie humana.

Hé ahí lo que es la revolucion en frente de las soberanías; intenta ella formarlas á su modo, poniendo por cimiento una mole embovedada que encierra materias combustibles, y una mecha oculta cuya cabeza tiene su asiento muy léjos del trono, en el seno del pueblo, á quien se le enseña que es él quien hace monarcas y los deshace; quien levanta sólios y los derrumba; quien dá autoridad y la quita; quien pone el manto de púrpura sobre hombros que no lo llevan por derecho alguno superior á la voluntad del pueblo, y se la puede arrancar cuando le agrade. Y ¿qué tiene que suceder, como consecuencia inmediata de esos nuevos principios sobre los derechos del pueblo? Que se formen conspiraciones con audacia, pues tienen los conspiradores en su mano la materia fosfórica, que pueden aplicar á la mecha: que se alienten los rebeldes y los que no obebecen á la autoridad, si esta no se acomoda á su modo de ver las cosas, pues saben que esta tiene que doblegarse á sus exigencias, so pena de verse amenazada por un nuevo partido: que se formen falanges de ingratos y desleales, que no reconozcan los beneficios recibidos del primer gerarca de la nacion. y lo vendan á quien creen que ha de ceder á sus pretensiones, ó levanten con desenfreno y desdoro el estandarte de la rebelion. Sabido es que cuando un general quiere aplicar la mina á una fortaleza, no entrega el secreto de la mecha á la soldadesca; pues pudiera suceder, que en vez de arruinar á los sitiados, quedara envuelto su propio ejército al acercarse á dar el asalto. Enseñando á los pueblos esas doctrinas, no hay monarquía estable, ni soberanía que esté fundada en la fuerza moral: el pueblo es el poseedor del secreto de la mina y le dá fuego; subiendo por los aires, de repente, trono, monarca é instituciones. Por eso se ha hecho necesaria desde algunos años, demasiados ya

por cierto, la existencia perenne de tanta fuerza armada en las naciones. ¡Ah! es necesario que los soberanos piensen mas en su seguridad que en el gobierno: es preciso que la mitad del pueblo observe á la otra mitad con aspecto marcial y arma al brazo; desapareció la fuerza moral, que daban á los tronos los principios de justicia, enseñados por la ley divina: desapareció el respeto á la autoridad; por haber alterado y corrompido las nociones de su orígen celestial: se ha hecho todo terreno; y para sostener la autoridad, ha sido preciso apelar á cosas salidas de la tierra, á espadas, á carabinas, á cañones, á morteros, á caballos y ginetes cubiertos de corazas, á carros de guerra y á ejércitos sin fin, que se absorban los sudores de las naciones, y arruinen la agricultura. ¿Es el pueblo el soberano? Pues ahí está el soberano arruinado por el soberano y llevando un yugo de hierro que él mismo se ha impuesto. Nos equivocamos; se lo ha impuesto la revolucion con sus doctrinas destructoras de la paz y felicidad de los pueblos.

Pero norabuena que esto suceda respecto de los soberanos, que se han dejado seducir por las doctrinas revolucionarias, y han dado á sus pueblos instituciones contrarias á los principios católicos, descendiendo de grado, ó por efecto de presiones revolucionarias, del puesto altísimo en que los colocó la Providencia divina; pero esto no sucederá al que ha rechazado con tanta entereza y dignidad todas esas innovaciones. La revolucion está muy ufana, gloriándose de que nada tiene que temer, despues de haber consumado su obra de destruccion. (1) La revolucion está persuadida de que ha procedido

(1) (Véase lo que decia la *Gaceta del pueblo* de 8 de Octubre de este año, en su núm. 15, pág 57, col. 2ª, lín. 24, y 3ª, lín. 27.) "Esta idea de diferir la traslacion de la capital es entre las que se difundiesen, la que acarrearía mayores males: pues atendido que no hay causa legítima, se daria lugar á creer que existe una ilegítima; la cual, para decirlo con franqueza, no consiste, sino en un temor vano respecto de la Europa, ó en una esperanza mal fundada acerca del Papa." Esto contiene la columna segunda; descubriéndose la índole de los pensamientos revolucionarios en lo siguiente de la columna tercera. "Hemos tenido la fortuna inmensa de venir á Roma en uno de aquellos momentos, en los cuales la Europa está enredada en negocios de la mayor gravedad y por efecto de ellos no pueden pensar en una cuestion resuelta moral

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inícuamente; imitando á una cuadrilla de ladrones que tiene espías fieles y centinelas escondidos entre los chaparrales de un monte, para que les avisen cuando se han alejado las fuerzas protectoras de la propiedad agena, á fin de caer de repente sobre los vecinos indefensos, y despojarlos sin temor de que nadie se lo impida. Pero á esta confesion paladina de su criminalidad, nosotros diremos á la revolucion que no se fie mucho de ese estado de cosas; porque el que ha de salvar al Sumo Pontífice, es infinitamente más que todos los monarcas del mundo, se burla de las combinaciones diplomáticas, que se forman contra la justicia y rectitud, cambia en momentos las situaciones, y tambien vuelve en un instante á los Nabucodonosores insensatos en animales estúpidos, que son arrojados de la sociedad para que va-

mente hace años; pero si dejamos que la calma suceda á la tempestad y que la diplomacia salga de las conmociones violentas en que se encuentra, tropezarémos con obstaculos algo más graves que los de si un palacio es chico ó incómodo." No podemos concluir esta nota, sin advertir que los revolucionarios llaman fuerza moral á los ejércitos y á los cañones: pues en ese mismo artículo se dice lo siguiente: "Tambien cuando se trató en 1860 de la anexion de las Marcas y de la Umbría, habia dudas, temores y dificultades, y hasta amenazas; pero el conde de Cavour superó todos los obstàculos, marchando derecho y pronto por su camino, sin mirar más que á un objeto, que era la ejecucion del programa nacional." Sabido es, que Cavour envió al general Cialdini con sesenta mil hombres, que en Castelfidardo acabaron con el ejército pontificio. La fuerza moral única que precedió y completó este hecho, calificable de asesinato y latrocinio fué: primero, el haberse publicado en los papeles oficiales de Cavour la noticia falsa de que los revolucionarios querian entrar por Ceprato en los Estados Pontificios, y de que era preciso prevenirlos, enviando tropas leales que impidiesen el atentado; los revolucionarios no soñaron, siquiera, tal cosa, pero las tropas del Piamonte entraron y sublevaron las provincias: segundo, que París partió un telégrama al Eminentísimo Cardenal Antonelli, en el cual se decia, que la Francia iba en socorro del Padre Santo; lo que motivó la órden del dia dada por el general Lamoriciere al ejército pontificio, animándolo á combatir, pues venia la Francia en su ayuda. La Francia tardó mucho en llegar; y convidado á explicarse el autor del telégrama, contestó que el general Lamoriciere lo habia interpretado mal; pues no se entendia que la Francia fuese más que á protejer la persona del Santo Padre. Esta fué la fuerza moral empleada; lo decimos, por que éramos habitantes de Roma entonces, y oimos el relato fidedigno de estas cosas incalificables; y lo apuntamos como preliminar de lo que trataremos en el capítulo inmediato.

yan á pastear con las bestias de los campos. (1)

No se glorie, no, repetimos, la revolucion: pues no se ha debilitado la mano del Señor, y es poderosa para salvar. (2) Todavía hay en la mente divina Macabeos, que digan á los verdaderos Israelitas: levantémonos á borrar la ignominia de nuestro pueblo, y *peleemos por nuestras almas; por nuestras leyes* y por nuestro santuario. (3) Todavía hay estandartes de la paloma, llevando tras de sí ejércitos aguerridos, á cuya vista se han de perturbar los impíos, gritando, y diciéndose unos á otros: *levantemos nuestros reales; vámonos de aquí; huyamos de la espada de la paloma.* (4) ¡qué! ¿nó tiene Dios ya Cárlos Magnos, que vayan á dar batallas á los Desiderios, y les hagan levantar el sitio de la ciudad santa, y les obliguen á pagar cara la temeridad de haber dejado tendidos en el campo á los soldados heróicos del Papa Estéban? ¿No puede levantar el ostracismo, á que lo relegó un déspota, el glorioso título de emperador de los romanos, que quizás no merecian llevar ya los que, en vez de protejer á la Iglesia y á los Papas que les dieron el título de honor y el honroso cargo de defenderlos, los persiguieron muchas veces abiertamente; y al fin con toda la astucia y perversidad de un filósofo incrédulo?

Persuádase, por tanto, la revolucion, de que el que saca para Abraham hijos de entre las mismas piedras; (5) el que sacó de entre los paganos á los Constantinos, puede levantar de entre los mismos cismáticos y los infieles y hasta de entre los turcos, alguno que se presente con espada en mano á defender el derecho natural y de gentes, que una sociedad que predica inviolabilidad de derechos y los ataca todos, ha hollado indignamente, despojando de lo suyo al soberano que tiene el mejor derecho entre todos, pero que no quiere que se derrame sangre por sostenerlo. Persuádanse, repetimos, de que bien puede suceder que los mismos que no

(1) Dan., cap. IV, v. 22.
(2) Isa., cap. LIX, v. 1.
(3) Mac., I. cap. III, v. 21.
(4) Jer., cap. XLVI, v. 16.
(5) Luc., cap. III. v. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creen que el Sumo Pontífice es Vicario de Cristo, pero ni lo niegan, por la sencilla razon de no profesar la religion católica, pueden ser el instrumento animado de Dios, para robusteeer y fortificar el derecho divino de su Vicario á regir la Iglesia católica, gobernarla, y enseñarla con toda independencia; para devolverle por medio de manos agarenas lo que ha robado la revolucion, protestándole un amor, que solo ella sabe lo que es, y una veneracion, cuya naturaleza tambien ella sola entiende. ¿Sería acaso nuevo en el mundo que un Ciro pagano, pero dotado de alma grande y de corazon intrépido, despues de haber castigado á la Babilonia llena de iniquidades, de lujurias y de idolatrias, sea quien disponga que se levante de nuevo el templo del Dios verdadero, arruinado por huestes salvajes; que se restituyan á este los vasos sagrados, presa de la rapacidad; y que se devuelva á los sacerdotes y levitas la libertad y el honor de que los habian intentado despojar los hijos de Babilonia? (1) Lo que Dios ha hecho tantas veces, lo hará una vez más, cuando llegue el momento descrito por su mano en el libro de los tiempos.

CAPITULO IX.

LA FUERZA MORAL.

La revolucion es cobarde por su propia complexion moral, no dàndole valor verdadero su causa, por ser esta inícua por naturaleza. Para prepararse, necesita de tinieblas; para empezar á dejarse ver un poco, de hipócresía, de falacia de palabras, de rodeos, de frases ambiguas y de manejos ocultos; y para salir á la palestra, de fuerza brutal. Explica este modo de proceder, por sí

(1) Esdr., I. cap I, vv. 1 á 7.

solo, lo que es la revolucion: empieza á tener existencia á modo de las asociaciones de salteadores, que proyectan en subterráneos lo que ejecutan en campo abierto; se va extendiendo á manera de traidores, que bajo magnífico ropaje esconden el puñal; y al fin sale al combate, como los lobos en tiempos de grandes nevadas, que se reunen en cuadrillas para que no se les escape el ternero, cuyas huellas husmean desde los bosques lejanos. Ningun hombre de sano criterio dirá jamás, que estos movimientos de la revolucion puedan llamarse principios de fuerza moral, ni ménos, que puedan engendrarla, ni en sí misma, ni respecto de los hombres. Todo esto en sana lógica se llama fuerza brutal; pues siendo este el último resultado de la revolucion, todo lo que la ha precedido, está en la misma relacion que tiene la causa con el efecto. Porque así como todos los actos del sér racional presuponen la existencia de una potencia racional, y todos los actos de un sábio tienden á aumentar más y más su sabiduría; y por el contrario, ningun acto del animal irracional presupone la existencia en él de una facultad espiritual, y todos tienden á fortificar en él la fuerza brutal; así hay que decir, que son de la misma naturaleza en las revoluciones los actos que las engendran, y las extienden, y las consuman: la consumacion es brutal, y brutal es cuanto la precede. Ahora pues: la fuerza brutal no puede engendrar jamás fuerza moral. Sin embargo, la revolucion que ha arrebatado por la fuerza brutal al Santo Padre su poder temporal, ha estado invocando por largos años la poderosa influencia de la fuerza moral; y la invocaba, como si fuese un génio benéfico que, sin dejarse ver, va encaminando las cosas con fuerza y suavidad á un resultado vivificante. Se ha dado tanta importancia á esta fuerza moral, que nos vemos en la precision de examinarla en su propio orígen. Si esa es fuerza moral ó brutal, lo dirán las consecuencias que se deduzcan naturalmente de las premisas; para lo cual no habrá que hacer grandes esfuerzos. Tristes son estos antecedentes, pues la conciencia recta, no puede darles mas calificacion: los principios que han salido á luz para producir esa fuerza moral, no son más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creen que el Sumo Pontífice es Vicario de Cristo, pero ni lo niegan, por la sencilla razon de no profesar la religion católica, pueden ser el instrumento animado de Dios, para robusteeer y fortificar el derecho divino de su Vicario á regir la Iglesia católica, gobernarla, y enseñarla con toda independencia; para devolverle por medio de manos agarenas lo que ha robado la revolucion, protestándole un amor, que solo ella sabe lo que es, y una veneracion, cuya naturaleza tambien ella sola entiende. ¿Sería acaso nuevo en el mundo que un Ciro pagano, pero dotado de alma grande y de corazon intrépido, despues de haber castigado á la Babilonia llena de iniquidades, de lujurias y de idolatrias, sea quien disponga que se levante de nuevo el templo del Dios verdadero, arruinado por huestes salvajes; que se restituyan á este los vasos sagrados, presa de la rapacidad; y que se devuelva á los sacerdotes y levitas la libertad y el honor de que los habian intentado despojar los hijos de Babilonia? (1) Lo que Dios ha hecho tantas veces, lo hará una vez más, cuando llegue el momento descrito por su mano en el libro de los tiempos.

CAPITULO IX.

LA FUERZA MORAL.

La revolucion es cobarde por su propia complexion moral, no dàndole valor verdadero su causa, por ser esta inícua por naturaleza. Para prepararse, necesita de tinieblas; para empezar á dejarse ver un poco, de hipócresía, de falacia de palabras, de rodeos, de frases ambiguas y de manejos ocultos; y para salir á la palestra, de fuerza brutal. Explica este modo de proceder, por sí

(1) Esdr., I. cap I, vv. 1 á 7.

solo, lo que es la revolucion: empieza á tener existencia á modo de las asociaciones de salteadores, que proyectan en subterráneos lo que ejecutan en campo abierto; se va extendiendo á manera de traidores, que bajo magnífico ropaje esconden el puñal; y al fin sale al combate, como los lobos en tiempos de grandes nevadas, que se reunen en cuadrillas para que no se les escape el ternero, cuyas huellas husmean desde los bosques lejanos. Ningun hombre de sano criterio dirá jamás, que estos movimientos de la revolucion puedan llamarse principios de fuerza moral, ni ménos, que puedan engendrarla, ni en sí misma, ni respecto de los hombres. Todo esto en sana lógica se llama fuerza brutal; pues siendo este el último resultado de la revolucion, todo lo que la ha precedido, está en la misma relacion que tiene la causa con el efecto. Porque así como todos los actos del sér racional presuponen la existencia de una potencia racional, y todos los actos de un sábio tienden á aumentar más y más su sabiduría; y por el contrario, ningun acto del animal irracional presupone la existencia en él de una facultad espiritual, y todos tienden á fortificar en él la fuerza brutal; así hay que decir, que son de la misma naturaleza en las revoluciones los actos que las engendran, y las extienden, y las consuman: la consumacion es brutal, y brutal es cuanto la precede. Ahora pues: la fuerza brutal no puede engendrar jamás fuerza moral. Sin embargo, la revolucion que ha arrebatado por la fuerza brutal al Santo Padre su poder temporal, ha estado invocando por largos años la poderosa influencia de la fuerza moral; y la invocaba, como si fuese un génio benéfico que, sin dejarse ver, va encaminando las cosas con fuerza y suavidad á un resultado vivificante. Se ha dado tanta importancia á esta fuerza moral, que nos vemos en la precision de examinarla en su propio orígen. Si esa es fuerza moral ó brutal, lo dirán las consecuencias que se deduzcan naturalmente de las premisas; para lo cual no habrá que hacer grandes esfuerzos. Tristes son estos antecedentes, pues la conciencia recta, no puede darles mas calificacion: los principios que han salido á luz para producir esa fuerza moral, no son más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que mentiras; y esto basta para suponer de antemano lo que será esa fuerza: nada habrá en ella de moral, y por consiguiente, hemos de descubrir que su verdadera calificacion es la de brutal. Entre otras muchas, son dos las mentiras principales que han entrado en juego, para llegar á consumar una iniquidad inaudita; las cuales, bien examinadas, abrirán el camino á la deduccion de consecuencias tristísimas para el órden social.

§ I.

Mentira anti-social del derecho del pueblo á constituirse.

Antes de entrar en materia, es justo decir algo sobre esa palabra, que nos vemos precisados á estampar en este tratado, explicando la verdadera significacion en que la tomamos. Porque, en todas partes el mentir ha sido siempre lo que más han odiado los hombres; pero, en el suelo donde se habla la lengua de Cervantes, dice este en la obra que le ha grangeado un nombre inmortal, que cualquiera que se gloriase de ser caballero, tenia la mentira por un decaimiento de su noble profesion; y añade que si alguno tenia la osadía de tratarlo de follon; juraba *no comer pan á manteles;* y lo juraba por su Dios y por su espada, hasta que no lavase su afrenta. Dicho esto, dicho está tambien, que esas mentiras de que vamos á hablar, no las echamos en cara á persona alguna, sino que las damos como cosa propia á los axiomas ó principios políticos, que no son conformes en su naturaleza, ó en su aplicacion, á la ley de Dios. Son falsedades paliadas; y por mas que se vean revestidas con trajes galanos, no pasan de ser una especie de armazon de madera carcomida, cubierta con vestidos fingidos de cera; los cuales se deshacen, tan pronto como se expone al sol la estatua heterogénea; descubriéndose entonces la ficcion, la carcoma, la falsedad, y la mentira. En

cuanto á la revolucion que ha consumado en veinte de Setiembre el gran atentado del siglo, pocas palabras hay que decir, para demostrar que ha estado mintiendo desde hace muchos años, y que ahora mismo está haciendo otro tanto. Lo consumado por ella es una iniquidad de proporciones inmensas; y la *iniquidad,* como dice el Espíritu Santo, *se ha mentido siempre á sí misma:* (1) considérese por tanto, si el que se miente á sí mismo, dejará de mentir á los demás. La revolucion ha mentido á Dios, ha mentido á los soberanos, al Vicario de Cristo, á los pueblos, y al mundo entero, mintiendo á la verdad. Cierto es que la mentira no es un sér abstracto sino en su deformidad moral, y que se hace concreto en quien la sirve de órgano para salir á luz. Pero protestamos de nuevo, que no intentamos nombrar á nadie; y que solo examinamos los hechos públicos, las tramas que estaban ocultas, y hoy dia se han descubierto por los acontecimientos, los tratados y los convenios, rebozados en duplicidades de una política anti-cristiana; diciendo desde ahora que, si los que los formaban no tenian intencion de engañar, como debemos suponer, la mentira sin embargo estaba encerrada en esos tratados.

Hemos hablado de esas mentiras como por incidencia, y hemos dicho que son mentiras políticas; aunque en realidad su verdadero nombre es el de mentiras sociales, pues corrompen la naturaleza de la sociedad humana. Ahora por lo tanto, las vamos á examinar en este terreno, explicando su desenvolvimiento; pues así se las coloca en su verdadero punto de vista, en su verdadera luz, en presencia de la cual el colorido exterior desaparece, quedando descarnada la ficcion, y viéndose su fealdad. Muchas son estas mentiras, preparadas unas, para que diesen un resultado inmediato, y otras un ulterior. Aquellas eran dos; y se reducian á proclamar un derecho nuevo, el que se dice que tienen los pueblos á constituirse, y el de respetar en política los hechos consumados, como principio de derecho, y por consiguiente, de justi-

(1) Ps. XXVI. v. 12.

cia. Estas eran tambien dos; una de las cuales tenia por objeto ligar las manos de los defensores de la misma justicia, para que el hecho consumado no pudiese ser anulado; llamóse á esta mentira, *la no intervencion;* y en seguida venia la última asegurando, que el romano Pontífice brillaría en adelante como un sol, teniendo junto á sí á un soberano en la misma ciudad de su Cátedra Apostólica, y metrópoli de su reino.

Vamos á traer ante el tribunal de la razon, iluminada por la revelacion, la primera de estas mentiras; la cual por de pronto presupone dos errores: ora el de dar por cierto que en el periodo de la existencia del linaje humano ha habido alguna época, en la cual este no se halló constituido en estado social, lo cual es un ultraje á la sabiduría infinita de Dios, y un desprecio de la revelacion que nos enseña lo contrario; ora el de suponer que el hombre tiene derecho á derribar lo que el hombre tiene establecido como fundamento del bien público, lo que es autorizar un crímen contra la ley natural, cual es la rebelion, y establecer el derecho de la fuerza contra la justicia y la ley. Existen en efecto esos dos errores; debiéndose su orígen á uno de los mayores absurdos que ha producido la filosofia del último siglo, que tantas lágrimas ha hecho derramar, inundando la tierra con sangre humana. Enseñó el primer error el filósofo de Ginebra, del cual como del vientre de un mónstruo, han venido á luz los otros. Una vez dada por supuesta la existencia del hombre sélvatico, que, segun ese filósofo impío, era una especie de sátiro de la mitología pagana, y no nonocia á sus padres, por ser estos un par de orangutanes; una vez sentada esta genealogía bestial, y concedido que son ciertos los actos que este incrédulo atribuye al hombre salvaje inventado por él, cuando lo describe erizado de pelo como los camellos, frunciendo la boca como un lobo, brincando como los ciervos, saltando de árbol en árbol como sus padres, los monos, comiendo bellotas como puerco-espin, y progresando en el conocimiento de sus acciones, á medida que veia las de los animales; una vez admitido como cosa cierta, que el hombre se civilizó á sí mismo, haciéndose superior á los brutos, no porque haya en él una potencia esencial que lo separa de ellos y lo eleva sobre todo lo visible, sino por haber sabido aprovecharse de lo que veia; y que apareció en la tierra, bruto como los brutos, habiendo aprendido de estos las artes y progresado poco á poco hasta llegar á pulirse y darse una piel blanca, una figura inteligente, y una forma hermosa, como ahora la tiene; una vez, repetimos, concedido todo esto, el derecho del hombre á constituirse asoma como su consecuencia natural. Si se constituyó en sociedad por su propia invencion, le asiste el derecho de destruir lo que encuentra establecido, y de constituirse de nuevo segun le agrade; pero el derecho para hacerlo, así como al principio fué la fuerza de un bruto, que supo vencer á sus iguales, ha de continuar pareciéndose siempre á su primer orígen: si este fué brutal, brutal ha de ser siempre.

Preciso es confesar, que de todos los filósofos impíos, que han escrito tantos absurdos, ninguno ha sido no ya tan irrccional, sino tan sanguinario y cruel como el autor de esta teoría; pues ella es la madre de las revoluciones modernas que tienen al mundo en conmocion contínua, y la tierra empapada en sangre. No intentamos demostrar aquí lo erróneo de semejante doctrina, pues no es este nuestro objeto inmediato. Sin embargo, como en ella está fundado ese derecho anti-social que combatimos, se nos permitirá hacer á los partidarios de esos errores algunas preguntas que equivelen á una larga refutacion. ¿Cómo han salido de padres brutos hijos racionales? ¿Cómo aquellos son hoy dia lo que eran hace seis mil años? Siquiera por su propia honra, ¿cómo no destruyeron los primeros hombres que se pulieron y perfeccionaron, todos los orangutanes que habia; y habiendo quedado estos sobre la tierra en tanto número, cómo no han aprendido de sus descendientes siquiera á hablar, ó á formar una choza, ó á labrar una escalera, para subir á los árboles corpulentos? ¿Por qué arte de encantamiento ha sucedido, que los hijos hayan progresado tanto, y que sus padres sean hoy tan estúpidos? ¿El hombre, hijo del mono segun la filosoña que ha dado orígen á esas constituciones modernas, es tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sábio, que contiene en su mente todo un palacio por grande que sea, mucho antes de echar sus cimientos, y sus padres son tan estúpidos, que ignoran hasta el modo de colocar un ladrillo sobre otro? Preciso es ser filósofo moderno, despreciador altivo de las luces de la revelacion, para inventar tales absurdos; pues ni el mismo Zenon ó Epicuro desatinaron de esa manera en medio de las tinieblas del paganismo.

¡Qué monstruosidad tan horrible! El hombre tiene una esencia propia de criatura racional: ¿se la ha dado él á sí mismo? Entonces ya no es criatura, sino criador. ¿La ha tenido por la generacion, y por consiguiente, por la transmision natural de padres á hijos? ¿Pues cómo es, que aquellos son hoy dia puros animales, mientras los hijos son racionales? Jesucristo en su filosofía divina nos enseña lo que el hombre puede hacer en la modificacion de su naturaleza; y ¿qué puede hacer! Nada: *ninguno*, dice, *puede añadir á su estatura con el pensato*: (1) *no jures por tu cabeza, pues no puedes hacer, que un pelo negro sea blanco, ó un blanco negro* (2) Nada puede añadir ni quitar el hombre á su forma natural exterior; si algo añade para fomento de su vanidad, todo es postizo y prestado de otros séres. Y si nada puede en lo exterior, mucho ménos en lo que constituye su esencia y naturaleza de ser racional. Sin embargo, esto es lo que enseña esa filosofía impía, constituyente del hombre en sociedad racional, despues de haberle dado un orígen y una procedencia enteramente brutal. Y ¿no sabría esa filosofía decirnos, porque arte de encanto no fué progresando el hombre por la misma línea que él se trazó? Si dió un salto desde ser engendrado puro animal, hasta ser racional, cómo no ha dado siquiera un paso para ser puramente espíritual, ó para no bajar al sepulcro; ó siquiera, ya que se pulió tanto al principio, para hacer que no hubiera un solo hombre, que no fuera tan hermoso como la figura delineada por un Apeles, ó la estátua esculpida por Fidias?

[1] Luc., cap. XII, v. 25.
[2] Mat.. cap. V, v. 36.

Hay una distancia infinita entre esas invenciones de la mentira, y lo que Dios nos enseña; en esta enseñanza divina se nos dice expresamente que Dios ha constituido al hombre en sociedad, basando la esencia de esta en leyes inmutables y eternas; y por consiguiente, por la misma enseñanza está reprobado ese axioma nuevo de la revolucion, del derecho que tienen los pueblos á constituirse. Veamos con qué filosofia, tan sublime y tan social, el Apóstol san Pablo explicó en el areópago de Atenas los principios constitutivos de la sociedad: *Dios*, dice, *hizo de un hombre todos los demás, todo el linaje humano, para que habitase por toda la haz de la tierra, definiendo los tiempos establecidos, y los límites de su habitacion, para que buscasen á Dios.....que no está léjos de cada uno de nosotros; pues en él nos movemos, y en él estamos; y como dijo un poeta de los de este mismo areópago, somos de su linaje.* (1) Con esta misma nobleza habia descrito Dios por medio de Moisés el orígen de la sociedad humana, cuya raiz salió de sus manos, criando al primer hombre de la nada, formando su cuerpo del limo de la tierra, y el de su compañera de una de sus costillas; dando á uno y otro una alma racional, espiritual, llena de inteligencia, y tan noble, que lleva en sí misma el trasunto de la naturaleza divina. (2) En ese momento publicó Dios los grandes é inmutables principios sociales; siendo el primero el de ir creciendo y llenando la tierra, viviendo en ella en santa sociedad todos los hombres; y el segundo el derecho de propiedad, que Dios concedia al hombre sobre cuanto habia en la misma tierra, fuese animal, ó vegetal, ó mineral; pues hizo rey al hombre de estos tres reinos. (3)

La misma nobleza del linaje humano está consignada en mil lugares de las santas Escrituras, siendo muy notable la descripcion que hace de ellas el libro del Eclesiástico; en el cual solo queremos llamar la atencion sobre dos cosas, á saber, que *dió á los dos primeros padres*

(1) Act. cap. XVII, v. 26 etc.
(2) Gèn. cap. I, v. 27.
(3) Ibid., v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del género humano *la ciencia del espíritu,* (1) *y llenó su corazon del sentido* verdadero que tienen las cosas, con lo cual demostró Dios la distancia inmensa que hay entre el hombre y la béstia; y que *les dió enseñanza y ley de vida,* lo que los coloca tambien á una distancia inmensa de la naturaleza puramente animal. Y permítasenos decir de paso, que si en la admirable creacion de los séres visibles, hay algunos, de quienes pueda decirse con alguna analogía entre su existencia y el modo de sustentarla, que Dios les dió derecho de constituirse, son las béstias en general, y con cierta especialidad, las de tamaño mayor; y que este derecho está en mayor ó menor relacion con sus fuerzas y su fiereza. Porque, en realidad, todo animal, apénas ha franqueado los dias de su lactancia, se separa por instinto de su madre, único sér á quien conoce instintivamente mientras la necesita; pero en fuerza de ese mismo instinto, al momento mismo de no necesitar del alimento, que no podia proporcionarse, cada cual, por decirlo así, usa del derecho de constituirse en el círculo que su instinto le señala. Y ¿cuál es este? El leon se constituye rey de las selvas y devora ganados mayores: el tigre, rey de las quebradas y devora hombres: el lobo, rey de los bosques y devora corderos: el toro, rey de las majadas y destruye carrascales; el jabalí, rey de montes, y concluye con los sembrados. Hé ahí el derecho inherente á la naturaleza animal, de constituirse en su sociedad brutal, que no es sino la sociedad de sí mismo consigo mismo.

Y hay que añadir, que jamás se olvidó el linaje humano de su nobleza innata; pues como nos lo enseña el mismo sagrado libro, *los testamentos de Dios no quedaron escogidos por las iniquidades de los hombres.* (2) Y ¿de dónde hubieran sabido los poetas de la Grecia el altísimo orígen del hombre? ¿De dónde les hubiera venido la idea de decir, que la descendencia humana es el linaje de Dios, como dice san Pablo? En esta sublime genealogía que las edades bárbaras dan al hombre, está encer-

(1) Eccle., cap. XVII, v. 6.
(2) Ibid., v. 17

rada nada ménos que toda la revelacion sobre la creacion del primer hombre á imagen de Dios, la descendencia de todo nuestro linaje de una misma raíz, y la institucion de la sociedad sobre las bases en que Dios la fundó en el sexto dia del mundo. Ese pensamiento verdaderamente celestial de la filosofía de la Grecia, nos dice que el primer hombre no se constituyó á sí mismo en sociedad, sino que se encontró constituido en ella por una mano infinitamente poderosa, y sobre cimientos que esta misma mano echó; por consiguente, aunque el número de los hijos de este primer padre llegase á ser infinito, es decir, que los hombres no pudieran contarlo, ninguno nace con el derecho de constituirse en sociedad á su antojo, sino que viene al mundo ya constituido segun el mandato de Dios. Todo el linaje humano es un árbol gigantesco que cubre la tierra, y sucede en él lo que en un gran roble: una mano inteligente siembra una bellota y esta bellota produce el tronco, los brazos mayores, los menores, las ramas, los ramitos y las hojas, y ninguna de tantas partes, como constituyen el árbol, lleva sobre sí la raíz; al contrario, toda su vida está en aquella; y si hablando por analogía hipotética, diéramos inteligencia á esa raíz, diríamos que todas las leyes de vitalidad son propiedad exclusiva de la misma. Pues bien: eso que decimos de la raíz, por analogía, es una realidad hablando del linaje humano: todas las leyes de la sociedad racional existen en su raíz; Dios las promulgó al criar al primer hombre, y ninguno viene al mundo con derecho de destruirlas ó reformarlas.

De aquella sociedad que Dios estableció en nuestros primeros padres, tenia que salir y salió la familia, la aldea, la ciudad, la provincia, la nacion, el reino, la monarquía, el imperio; pero en ninguna de estas diferentes fases por donde habia de pasar la sociedad humana, sucedería jamás que naciese hombre alguno con derecho á constituirse por sí mismo en sociedad; pues viene al mundo bajo el imperio de la ley natural, de la divina, de la autoridad paterna, de los deberes de familia, y de los que esta tiene con relacion al país, al reino ó al imperio donde nace. ¿Dónde está pues el derecho de los

pueblos á constituirse? Si los pueblos tienen ese derecho en comun, es sin duda porque cada indivíduo tiene ese derecho en particular; y si este lo tiene es porque ha nacido con él. Si ha nacido con él, es una cosa esencialmente inherente á su naturaleza. En verdad, sáquense ilaciones lógicas de estos principios, y vamos á parar inmediatamente al derecho del bruto, á la destruccion de la sociedad y de la familia, y á la sancion legal de la fuerza brutal. ¿Qué cosa es una nacion sino la union moral de muchas provincias? ¿qué una provincia, sino otra union moral de muchas ciudades, aldeas y caserios? Y ¿qué es la union moral de esas poblaciones, sino el resultado de agregacion de muchas familias? Y ¿qué es una familia sino un compuesto natural de muchas personas ligadas entre sí por lazos que ellas no han inventado, sino que han encontrado formados? Póngase por tanto por axioma social el derecho innato de todo pueblo á constituirse, y por consecuencias las mas lógicas iremos á parar á los mayores absurdos; pues ni un solo rey tendrá súbditos, sino hasta el dia en que digan los pueblos que quieren constituirse; ninguna nacion tendrá cohesion moral, sino hasta el dia en que cada provincia quiera separarse para darse una constitucion á su antojo; ninguna ciudad reconocerá su dependencia de un jefe superior, venido de órden del primer Gerarca, sino hasta que diga que quiere dárselo ella á sí misma; y hasta el padre de familia quedarà reducido á ser un súbdito en su propia casa, tan pronto como sus hijos, ya mancebos robustos, digan que quieren constituirse, no como han encontrado las cosas, sino segun á ellos les plazca. A nadie se le oculta, que detrás de estas teorias está asomando su cara feroz la fuerza brutal, rugiendo como leon, para alcanzar por la opresion y la violencia lo que le prohibe la justicia.

Pero hé ahí la mentira insidiosa de la revolucion, para engañar al pueblo siempre impresionable, porque es siempre ignorante. ¿Qué cosa más alborotadora puede decirse á los pueblos, que asegurarles que son dueños de sus destinos, y que pueden constituirse á su modo? Entre tanto, una experiencia, ya vieja, nos enseña, que

el pueblo, ¡pobre pueblo!, no es más que un instrumento manejado con habilidad; que sirve de manivela de movimiento á los revoltosos, de escala á los ambiciosos, y de pedestal á las oligarquías. Cuatro ó diez dias de bullanga; facultad para andar por calles y plazas con un trapo de colores levantado por los aires, cantando ó ahullando; licencia para entregarse á disolucion y orgías, gastando el dinero que le ha venido de manos no conocidas, para encrespar sus pasiones agitadas hábilmente, hé ahí lo que se dá al pueblo, á quien se le dice que vá á constituirse, mientras que en realidad otros buscan y hallan lo que desean, y es, que el pueblo en la embriaguez de sus locuras aplauda al que quiera subir por encima de sus hombros á la altura del poder. Y ¡qué! ¿no estamos viendo eso en todas partes, donde se derriba una autoridad existente? ¿No sabemos todos, que son fabulosas las cantidades que se emplean para obtener votaciones favorables á las candidaturas que cada oligarquía quiere tener, ó cada indivíduo busca para sí? ¿No es público y notorio el uso de la fuerza brutal para alejar de las urnas á los que se teme han de votar contra esos partidos? Ese derecho de constituirse los pueblos como mejor les parezca, es por lo tanto la sancion legal de la vida revolucionaria, y el principio constitutivo de la rebelion permanente.

No diremos que no se dé, ó pueda darse, algun caso, en que un pueblo se constituya de nuevo, ó por haber sido destruido en gran parte por un enemigo formidable, ó por haber desaparecido en todas líneas los que por derecho legítimo eran el tronco, sobre el cual tenian vida las instituciones. Pero esto no es en realidad constituirse sobre nuevas bases sociales, sino renovar lo que caducaba por un desórden momentáneo, reparar lo deteriorado, edificar lo arruinado, pero siempre sobre la misma raíz y sobre el mismo fundamento, que son los principios de eterna duracion, cuyo gérmen está impreso por Dios en el entendimiento humano. De esto, á enseñar que el pueblo tiene un derecho siempre inmanente, y con una vitalidad que puede desenvolverse, siempre

que él lo quiera, de constituirse como le parezca, hay una diferencia inmensa; aquello es el derecho natural y la justicia, esto es la sancion de la fuerza brutal; como aparece bien claro por lo que está pasando en las naciones, que, en fuerza de esa doctrina anti-social, han echado á tierra tronos de quince siglos de existencia, y mas claro tadavía en lo que la revolucion italiana ó mejor dicho piamontesa, ha hecho con el Sumo Pontífice.

Pesaremos en la balanza de la razon el valor de la fuerza moral, que se ha intentado producir por medios inícuos; pero antes registraremos la naturaleza y las circunstancias del hecho de un pueblo que intentó constituirse, interviniendo nada ménos que el rey de cielos y tierra. Sabido es, que al empezar Jesucristo el tercer año de su predicacion, y cuando la fama de su doctrina y milagros no cabia ya en la Judea y la Galilea, hizo en esta el prodigio admirable de haber dado de comer á más de cinco mil personas, que le seguian en aquella ocasion, con solo cinco panes y solo dós pececillos. Este portento inaudito, unido á tantos como le habian precedido, y á la doctrina celestial que salia de sus lábios, produjo en aquellas turbas la idea de que Jesùs era el profeta que debia venir al mundo, (1) segun le habia anunciado Moisès; (2) y apénas lo pensaron, determinaron proclamarlo rey, y reconocerlo como tal. Hé ahí por tanto un pueblo que quiere constituirse. Hay que tener presente, que la monarquía temporal del rey David estaba circunscrita en su duracion á un tiempo determinado, que concluia en los dias próximos á la venida del Mesías; pues clara y expresamente lo dijo el patriarca Jacob por estas palabras: *no faltará el cetro de la casa de Judá: ni capitan de su semilla hasta que venga el que ha de venir* (3) Por consiguiente existía un decreto de Dios, disponiendo que el gobierno temporal de la Judea pasase á otras manos, cuando su Hijo viniese al mundo. Hay que notar además, que los judíos del tiempo de Augusto y de Tiberio no querian entender las

(1) Jo., cap. VI, v. 14.
(2) Deut., cap. XVIII, v. 15.
(3) Gen., cap. XLIX, v. 10.

profecías relativas al levantamiento del trono de David en su verdadero sentido; pues creian que el Mesías habia de ser un rey poderoso y opulento, que les devolveria las grandezas temporales, y las riquezas de los tiempos de David y Salomón; razon por que, Jesucristo pobre, y despues crucificado, era para ellos, como dice el Apóstol, un motivo de repulsion y escándalo. (1) Pero esto no era así: todas las profecías relativas al reino de Cristo, sucesor é hijo del rey David, eran dirijidas á anunciar que levantaría el trono de justicia, de verdad, de religion verdadera, y de reunion de los dos pueblos, pagano y judío, bajo un mismo cetro y un mismo rey, el cual era Jesucristo; y para convencer á los judíos y à algunos judaizantes que han aparecido en este siglo y á fines del pasado, basta observar que lo dice así el Espíritu Santo, con palabras que no dan lugar á la interpretacion, cuales son las que pronunció el apóstol Santiago en el Concilio Jerosolimitano. *Pedro*, dijo, *ha contado cómo primeramente por medio de él ha visitado Dios á los gentiles, tomando de ellos un pueblo para su nombre. Y están concordes con este hecho las palabras de los profetas, así como está escrito; despues de estas cosas volveré y reedificaré la casa de David que cayó, reedificaré sus ruinas, y la levantaré.* (2)

Sin embargo, los judíos, tan groseros en sus deseos como incrédulos á las palabras de humildad que oian de los lábios de Jesucristo, y en especial al mandato que les dió de dar al César lo que es del César, quisieron proclamarlo rey. Pero Jesucristo que conoció sus proyectos, y vió que pensaban efectuarlos, no solo sin consultarle, sino apoderándose de su persona, y poniéndolo á su cabeza como rey, se retiró, y huyó al desierto para evitar que llevasen á cabo sus consejos y su deliberacion. (3) Preséntase aquí una cuestion árdua, y, al parecer, difícil de resolverse; pero su resolucion depende del exámen que se haga de los derechos del pueblo. ¿Tenia èste derecho justo, para hacer lo que intentaba?

(1) I. Cor., cap. I, v. 23.
(2) Act., cap. XV, v. 16.
(3) Jo., cap. VI, v. 15,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No lo tenia bajo ningun concepto: el derecho de reinar temporalmente, vinculado á la familia de David, habia concluido por voluntad del mismo que se lo dió, desde el momento en que apareció el deseado de las gentes: este por otra parte, que era el único en quien recaia ese derecho en línea recta y agnada, por un altísimo consejo de su sabiduría infinita, léjos de querer reinar temporalmente en el trono de su padre segun la naturaleza humana, habia decretado nacer, vivir y morir en una condicion humilde. El quererlo hacer rey temporal, por tanto, era contra lo que habian anunciado los profetas, era contra sus decretos; y no teniendo nadie facultad para ir contra los designios de Dios, es claro que bajo este punto de vista el pueblo obraba contra la voluntad divina.

Además, este pueblo tenia autoridades constituidas, un rey en la Galilea, y un presidente romano en la Judea; y uno y otro tenian fortalezas y ejército para sostenerse en el poder; ¿podia levantarse lícitamente el pueblo contra las autoridades instituidas allí por un imperio que dominaba en la Judea y la Galilea por derecho de conquista, á las cuales debia el pueblo rendir homenaje de obediencia en cuanto concernia al bien público, y pagarles el tributo por un deber de conciencia? ¿podia levantarse contra ellas, sin cometer un acto de rebelion? ¿podia hacerlo, sin tener que arrostrar las consecuencias, armándose, armando la juventud, presentando batallas, combatiendo contra las legiones romanas, y las cohortes de Herodes? Desde luego no podia iniciar una revolucion, sin rebelarse criminalmente; pero si llevaba su ceguedad hasta el punto de encenderla, no tenia más remedio que sufrir las consecuencias; y fácil es adivinar, cuáles serian estas: hubiera sido aplastado en el campo de batalla. Demos caso, que el pueblo ignorase lo que habia pasado hacia treinta años, cuando en tiempo del censo mandado hacer por el emperador Augusto, se levantó amotinando al pueblo, un galileo llamado Judas, quien pereció con muchos de los que le siguieron; (1) y

(1) Act., cap. V. v. 27.

lo mismo sucedió al célebre Teodas, que capitaneó á unos cuatrocientos insurrectos, pereciendo todos; siendo quizás estos desventurados aquellos de quienes se dice en el Evangelio, que Pilatos mezcló su sangre con sus sacrificios. (1)

Facilmente se resuelve la cuestion, sobre el motivo por que huyó Jesucristo cuando el pueblo quiso hacerlo rey, diciendo que lo hizo por su muchísima humildad; y repitiremos aquí de paso lo que hemos dicho hablando del derecho innato del Redentor á ser rey, y de la interpretacion torcida que dan los opresores de la Iglesia á las palabras del mismo, cuando dijo á Pilatos que su reino no era de este mundo. Dícese muy fácilmente que los ministros de la Iglesia no deben ejercer dominio temporal, ni pensar en tener bienes terrenos, porque deben ser humildes como Jesucristo, quien no quiso ser rey, cuando el pueblo iba á proclamarlo. Hay desde luego ahí un error, en suponer que no son compatibles las grandezas humanas con la humildad; y la mayor pobreza de espíritu con la posesion de muchos haberes temporales; hay además una repugnante hipocresía en exigir eso de solo los ministros del santuario, siendo así que Jesucristo mando á todos lo mismo, es decir, el unir la unidad á la dignidad, (2) y el no ser como los paganos que solo piensan en atesorar para comer y beber; (3) y solo aconsejó á los que quisieren ser perfectos, que vendiesen lo que tenian y lo dejasen todo por su amor. (4) Así corrompen los hombres las verdaderas nociones de la virtud, para resolver materias que son un misterio para sus almas, carnales y groseras como las de los judíos del tiempo de Jesucristo. No es por tanto resolver la cuestion indicada, el decir que Jesucristo no quiso por efecto de su humildad aceptar el honor de rey cuando el pueblo lo queria proclamar. ¿Qué aña-

(1) El evangelista san Lúcas refiere este hecho, sin que se sepa ni cuándo ni con qué motivo ocurrió; siendo tan solo cierto que tuvo lugar bajo la presidencia de Pilatos, y mientras Jesucristo andaba predicando su Evangelio.

[2] Luc., cap. XXII, v. 25.
[3] Mat.. cap. VI, v. 31.
(4) Ibid., cap. XIX, v. 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia á la grandeza infinita de Jesucristo, ó qué le quitaba, el que el pueblo lo aclamase rey, ó lo acusase de perturbador, como lo hizo un año despues? Nada: Jesucristo era siempre el mismo; el rey de cielos y tierra. No era, por consiguiente, el conato del pueblo á hacerlo rey un acto capaz de exitar la virtud de la humildad infinita de Jesucristo; y hay que decir, por lo mismo, que huyó por otros motivos tan grandes como su humildad, cuales son su sabiduría y su justicia y su infinita caridad, como lo diremos brevemente.

El pueblo lo ignoraba todo, mientras que á Jesucristo no se le acultaba nada, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero. ¿No sabia él que habia en la Judea y en la Galilea autoridades temporales, puestas por determinacion de su providencia, para que se cumpliesen sus designios en la redencion del mundo, y para que se trasladase la ley y el sacerdocio del pueblo de Israel reprobado, al nuevo que iba á formarse, compuesto de hijos verdaderos de Abraham tomados de todos los pueblos de la tierra? ¿No sabia los estragos que habian causado las legiones romanas en los que se habian insurreccionado contra su autoridad? ¿No lloró poco tiempo despues sobre Jerusalen, la cual por efecto de sus rebeliones contínuas habia de llegar á los dias espantosos de su cerco y exterminio por Tito? No fué, no, por efecto de su humildad, sino más bien de su sabiduría y caridad infinitas, el haberse retirado Jesucristo de entre las turbas, cuando estas quisieron proclamarlo rey en presencia de autoridades constituidas. Ese acto del pueblo constituia un acto de rebelion.

Jesucristo, callando y ausentándose, habló con grandeza y magestad, aunque atemperando su accion al modo de la condicion humilde que quiso tener en su peregrinacion entre los hombres: su silencio fué una condenacion de los conatos de aquel pueblo; y hay que decir, que jamás pueblo alguno se halló en situacion tan propicia para que se introdujesen en su seno hombres revolucionarios, que lo impeliesen á levantarse contra el gobierno existente, poniendo en juego sus doctrinas anti-sociales. Era un idumeo quien gobernaba la Galilea,

un pagano quien dominaba en la Judea: ¿qué cósa más especiosa podia encontrarse, para ir creando fuerza moral á estilo de los revolucionarios, á fin de formar conjuraciones, y derribar poderes? Sin embargo, la sabiduría infinita condenó el simple propósito de proclamar á quien poseia esencialmente toda soberanía, y tenia entonces oculto bajo el velo de la humanidad el derecho de ser rey de la misma Palestina. Y si Jesucristo condenó este acto, en el cual seguramente no hubo una excitacion de pasiones brutales, sino una espontaneidad del pueblo, admirado de ver tanta virtud, ¿cómo no condenará lo que está pasando hoy dia?

¿Puede en efecto llamarse fuerza moral el mover las pasiones de los pueblos, repartiendo en ellos puñados de oro que excitan su codicia, y los vuelven manadas de ovejas, que no balan sino á gusto de sus conductores? ¿Merece el nombre de fuerza moral ese manejo tenebroso de la revolucion, que seduce en cada ciudad á ciento, y en cada aldea á cinco, para que sean ellos los que den el grito de rebelion y ahoguen con sus ahullidos el grito de los demás habitantes, que con un silencio impuesto por una presion violenta, ó quizás armada, no se atreven á desplegar sus lábios? Todo eso es fuerza brutal, pues tiene por móvil las pasiones. La fuerza moral reconoce por cuna los principios rectos de razon y justicia; y ellos son los que están protestando siempre contra los movimientos de las pasiones en el individuo y en la coleccion de muchos individuos; y hay que tener presente, que la fuerza moral verdadera lleva en su mayor estension, mayor prueba de su legitimidad sagrada; lo que no sucede con la fuerza excitada por medios inícuos, pues tanto es más brutal, cuanto más crece el número de los que la componen. Las pasiones sin freno expresan siempre en el hombre la parte puramente animal, por la cual se asemeja á los brutos; por consiguiente toda la fuerza que dimane de ellas, es de la misma naturaleza que su principio. ¿Es este brutal?; pues brutal es, y no moral, la fuerza que resulte de aquellas.

Y esta, y no otra, es la que se está empleando hace ya muchos años, para despojar al Vicario de Cristo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus dominios. No se engaña jamás á toda una sociedad de hombres por corto que sea su número; y si se la sorprende, la sorpresa es de corta duracion. Pues ¡qué! ¿no sabe bien la Italia, y no lo sabe la Europa, que alguno de los que más han contribuido á enaltecer los efectos de la llamada fuerza moral, fué un caudillo que en los primeros meses del Pontificado del venerable predecesor de Pio IX, capitaneaba á los revoltosos contra su autoridad en las márgenes del Tiber? ¿Se ignora acaso, que las sectas impías han trabajado con empeño infernal, para insinuarse en los consejos de los altos mandatarios, y que no ha faltado alguno de entre estos, á quien se les ha amenazado con el puñal del carbonario, si no dejaba obrar á los que estaban preparando con astucia la ruina del poder temporal de los Papas.?

No es ya un secreto el proyecto de tres lustros de existencia, de formar en tiempo no lejano, una nueva y extensa nacionalidad con detrimento del derecho de soberanos legítimos, y con el fin decidido de entronizar al monarca de esa nacionalidad en el palacio del Quirinal. Ni tampoco lo es, que un gran revolucionario, sentenciado en tierras australes por sus correrías marítimas, tiene su cueva en los valles y en las islas subalpinas, y que está saliendo de sus guaridas hace años, predicando cruzadas contra el Papa, á quien llama *vampiro y tirano*: sin que ninguna de las autoridades que tienen derecho á hacerlo se lo hayan impedido eficazmente, siendo, por el contrario, acariciado, honrado y ensalzado por los mismos, que hacian la simulacion de perseguirlo, y no hacian más que ayudarlo. Todo esto es ya del dominio de la historia; porque la Europa sabe que ese revolucionario salia de su guarida marítima, estando rodeada de naves guerreras para que no saliese: sublevaba provincias, al parecer por su cuenta, y estas iban entrando por medio de las sublevaciones revolucionarias á formar parte de la gran nacionalidad. Y por fin, existiéndo un compromiso formal por parte del gobierno subalpino, gran panegirizador de la pretendida fuerza moral, para defender al Padre Santo de cualquier ataque exterior; sabido es, que en 1867, soltó y dejó salir de nuevo á ese revolucionario, para que capitanease las falanges de hombres malvados, enviadas fraudulentamente por él mismo á las campiñas romanas, subsidiándolos tambien él mismo, cuando ya les habian precedido emisarios secretos, que ayudasen dentro de Roma por medio de crímenes anti-sociales, á los que atacaban por fuera con furor revolucionario.

Si á esto se llama fuerza moral en los consejos de los reyes, preciso es confesar, aunque sea triste el decirlo, que han desaparecido en las regiones gubernativas las nociones mas palmarias de derecho y de justicia, y que volvemos á pasos de gigante á los tiempos del paganismo. Una época de barbárie nos amenaza; la cual ha de ser mas temible por su orígen filosófico, que la de los mismos-hunos y alanos, pues estos, en medio de su ferocidad, tenian siquiera nociones de la justicia. De ellos, una vez convertidos á la fe cristiana, hizo esta pueblos santos, y formó monarquías gloriosas, que han durado muchos siglos, floreciendo en ellas mucha santidad, mucha ciencia, y habiendo abundancia de paz, de prosperidad y de riquezas; mientras que esa nueva fuerza moral, que tanto se quiere enaltecer en estos tiempos, no nos dá sino tumultos, violencias, despojos inícuos, arietes de fuego, morteros horrendos, ametralladoras inhumanas, sangre y carnicería humuna.

Todo eso en su principio, en su desenvolvimiento y en su término, fuerza brutal, y nada mas que brutal. Basta para demostrarlo, un argumento de actualidad basado en una simple hipótesis, que podrá convertirse en realidad. El once de octubre de este año se presentó al rey subalpino la comision romana, llevándole lo que podemos llamar un muñeco, ó juguete de la revolucion, el plebiscito romano del dos del mismo mes. Habló sobre él el jefe de la comision, á cuya perorata contestó el rey diciendo, que las aspiraciones del pueblo estaban satisfechas, y que este era ya dueño de sus destinos. Pues supongamos, que en el acto mismo hubiera entrado otra comision, y manifestado al príncipe la verdad de los hechos: este comisionado hubiera podido decirle:

primero, que no era cierto, que hubiese habido tal aspiracion en el pueblo: segundo, que, al contrario, este estaba constituido bajo una autoridad legítima: tercero, que le constaba á él y al pueblo romano, que habian venido á Roma más de cuatro mil forasteros, á quienes se les habia dado, por persona treinta liras, pagándoles además el viaje de ida y vuelta; que esto se veia en las procesiones cívicas del dos de octubre, pues se veia en los trajes que, de ciento, los noventa eran toscanos, romañolos, piamonteses y de las Marcas; y que casi todos votaron ocho ó diez veces, una en cada distrito: y cuarto, que el pueblo verdadero de Roma no queria constituirse de ese modo, y que los mazzinianos y garibaldinos, lejos de quererlo protestaban que no querian rey, sino triunvirato, ni reino, sino república: supongamos este hecho; ¿qué hubiera contestado el rey? Hubiera dicho en el acto, que el pueblo no tenia derecho de constituirse: hubiera hecho con los comisionados, lo que se hace en otras partes con los que defienden los principios de la legitimidad; el derecho que alegaban de constituirse se les habria otorgado en cárceles, en presidios, en destierros; y si hubieran insistido en su pretension con alguna fuerza, se les habria concedido la sancion á metrallazos, y con la cuchilla del verdugo.

Esta es la naturaleza de la fuerza moral que se ha empleado para llegar á despojar al Sumo Pontífice de sus Estados. Verdaderamente los hombres de las generaciones venideras, en quienes es probable que no tengan tanta fuerza como en los de las actuales los principios revolucionarios, no han de saber qué calificacion dar á los que tan malas artes han estado combatiendo por tantos años contra el derecho y la justicia de una posesion, tan justa, tan legítima, y tan sagrada como la del Vicario de Cristo. Muchas y muy gloriosas páginas, se han de escribir entonces sobre los hechos del gran Pontífice, que está cambatiendo hace veinte y cinco años con la revolucion: muchas tambien, y muy negras, han de ser las que se escribirán sobre las arterías de pésima ley de muchos hombres de preeminencia social, que estarán entonces sometidos al fallo inexorable de la historia. Escritores vendrán, no precisamente católicos, sino hasta nacidos en las sectas disidentes, pero filósofos desapasionados, y pensadores profundos, los cuales cojerán el lodo de la ignominia á puñados, para arrojarlo sobre la sombra de ciertos séres de nombre fatídico, y sobre el espectro de este siglo que será entonces un triste finado. En su indignacion, al ver tantas y tan abominables ingratitudes, tantas y tan asquerosas tramas de una política indigna, y tantas vilezas, con las cuales se ha correspondido á la mansedumbre, á la bondad, á la generosidad, á la magnanimidad, á la sabiduría, á la constancia y al heroismo del gran Pontífice; se preguntarán á si mismos: ¿Qué gentes eran aquellas? ¿Què hombres eran los que vivian en ese siglo? ¿Qué consejeros tenian los reyes? ¿En qué fuentes bebian las aguas de la sabiduría? ¿Habianse desenterrado por alguna casualidad los archivos de la política de Juliano Apóstata, ó de Desiderio de Lombardía, ó de Barba-Roja, ó de Soliman, modelándose á ellos y á sus actos los altos mandatarios? ¿Se habian cerrado las fuentes de la sabiduría? ¿No habia entonces evangelio?

Todo esto y algo más, hay que temer que digan de nuestra época los que de aquí á tres décadas reciban el testamento del siglo decimo nono, y examinen con crítica severa y justa la política que preside á muchas de sus empresas. Recórrase, siquiera ligeramente, la série de los hechos políticos del Sumo Pontífice, que no respiran sino clemencia, y el modo cómo se han conducido con él los revolucionarios; y hay para volver el rostro, avergonzado por no ver un cuadro de tanta iniquidad por parte de estos. Padre tierno y amante de su pueblo, apénas es ensalzado al trono, abre su corazon y sus brazos para estrechar en ellos, á cuantos hijos de sus Estados están comiendo el negro pan del destierro, por haberse dejado arrastrar en momentos de extravío por el torrente de malas doctrinas. Vengan á mí, dijo el magnánimo Pio, vengan á mis brazos todos esos desterrados, pues son mis hijos: les perdono todas las ofensas pasadas, y esta gracia será para mi corazon un consuelo, y para los agraciados una garantía de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clemencia, y un medio de union con mis súbditos fieles, pues vivirán todos estrechados en un mismo lazo de santa unidad. Y en efecto, vinieron con presteza á cobijarse bajo la sombra benéfica del gran Pio cuantos estaban lejos de su patria, por baberse alistado en años pasados en las banderas de la revolucion. Estaban perdonados; pero ¿cómo correspondieron al amor del monarca mas cariñoso de la tierra? Como los judios con Cristo: le pagaron males por bienes. Pusiéronse todos una máscara hipócrita, dábanse golpes de pecho, muy diferentes de los del publicano del Evangelio: de la orgía donde se conjuraba, pasaban al templo, donde aparentaban piedad; y hasta derramaban lágrimas, que parecian de compuncion y eran de conjuracion. Al poco, las orgías permanecieron, y las lágrimas fingidas cesaron; sustituyéndolas los gritos de rebelion, los motines, la revolucion, los conatos de regicidio, el sacrílego asesinato del que fué víctima en vez del santo Pontífice, (1) la fuga de este en traje de Monseñor para no caer en manos de los revolucionarios, y su permanencia en Gaeta, mientras que Roma fué presa de la revolucion.

La fuerza moral de la revolucion empezó á manifestarse ya bien á las claras, y apareció como ella es, brutal, sanguinaria y de naturaleza fiera, que no se amansa con dispensarle bienes, ni puede admitírsela de cerca, sino es poniéndola en jaula de hierro como á los tigres. Pocos años pasaron, cuando esa fiera empezó á aparecer con tantos colores como un leopardo. ¡Ah! ¡qué triste es para la sociedad cuanto ha ocurrido despues, para ir preparando el camino á la revolucion! ¡Cuántos nombres, tan sonoros como el del rey de las fieras, han de quedar manchados para mientras haya hombres en la tierra! Desde entonces acá, está el gran Pio combatiendo con

(1) Es conocida de todos la muerte del secretario de cartas Monseñor Palma, quien hallándose, en 1848, en el Palacio del Quirinal al lado del Padre Santo suplicó á este que no saliese al balcon, cuando el pueblo apiñado en la plazuela, pedia á gritos que el Santo Padre saliese. Accedió el Papa, y apènas apareció su secretario, fué muerto de un balazo, disparado por hombres apostados para hacerlo. El tiro era para el Padre Santo.

la fuerza brutal, sin haber podido contener sus ímpetus, sin haber conseguido hasta hoy, que los que llevan por disposicion del cielo una espada al cinto, la esgriman para castigar al inícuo y defender al oprimido por la violencia. Vergonzosa es esta apatia: ignominioso es el amparo, que se ha dispensado bajo la púrpura y el armiño con matices de oro, á esa especie de basilisco, llamado "fuerza moral," mientras se operaba su incubacion, que solo ha durado el tiempo necesario para que el mónstruo se formase, rompiese la cáscara y saliese á luz.

Pregonábanse nuevos principios de derecho, que autorizaban á los pueblos á sustraerse del dominio temporal de sus príncipes: hablaba el defensor del derecho, y levantaba su voz, solo, en medio de una sociedad egoista que se encogia de hombros; solo, en medio de muchos reyes, que callaban y decian para sí, cada cual en su trono: *yo desprecio ese derecho, porque tengo naves, cañones y soldados*: y entre tanto la revolucion contestaba al Papa, enviando emisarios demagogos, que corrompiesen los pueblos, y despues sesenta mil guerreros, que aplastasen en Castelfidardo á un puñado de héroes católicos, y arrancáran por fuerza las mejores provincias del cetro temporal del romano Pontífice. Reclamaba este contra la nueva fuerza moral, á nombre de Dios y de su ley, que tiene el encargo de conservar en vigor mientras haya hombres en la tierra; y se le contestaba con echar un manto recamado sobre los fráudes y perjurios, sobre las traiciones y conspiraciones. Levantaba sus manos al cielo, protestando solemnemente por ante Dios y los hombres contra iniquidades nunca vistas, y contra connivencias, tácitas ó expresas, que no pueden calificarse; y le contestaban con ejércitos y morteros, que aplastasen los muros de Roma bajo una granizada de proyectiles mortíferos. Está reclamando ahora mismo contra una usurpacion sanguinaria y violenta, reprobada por el derecho natural de gentes, divino y humano; y se le contesta con insultos, diciéndole que la fuerza moral de las aspiraciones nacionales es irresistible; que estriba en la conciencia pública de cada pueblo; que no hay derecho para criticarla ni reprobarla; que estos he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chos son el resultado del derecho imprescriptible de los pueblos á ser libres, á constituirse á su antojo, y que, una vez consumados, entran en la categoría inviolable del derecho de conquista, en la cual nadie puede perturbar al pueblo.

Hé aquí lo que estamos viendo y palpando; sucediéndonos lo que acontece al que duerme en paz y calma profunda al acercarse la aurora, y sueña cosas tan grandes, que hasta soñando esas grandezas, sueña todavía que aquello no es verdad. Los que vivimos en esta época creemos que esto sucede, porque tenemos ciencia de ello: los que vengan despues, apenas se resolverán á dar fe á lo pasado, si no lo encuentran consignado en el testimonio de hombres graves y dignos de fe. No faltará entonces, quien teniendo la pluma en la mano y levantando los ojos al cielo en meditacion profunda, los bajará arrasados en lágrimas, y despues de un ¡ay! que saldrá de lo mas hondo del corazon, describirá la fisonomía del siglo actual y rasgueará con mano firme la siguiente página.

Era triste y nefasta aquella edad, en la cual los grandes de la tierra coronaron con flores las hórridas sienes de los titanes, dando aureolas de divinidad à la maza y á la clava, mientras dejaban que estos tiranos desnudasen de su diadema la noble frente de la justicia, que, cual reina incorruptible y casta, estendia con las manos su manto recamado para cubrir con él á los mortales. Era entonces lamentable la suerte de los hombres: vivia el venerable patriarca en ameno valle, cuidando un inmenso rebaño de ovejas fecundas como las de Galaad, y de corderos blancos como la nieve, que pastaban y saltaban sobre el cesped florido de los collados; y al ver que lo acometian manadas de lobos, gritaba pidiendo auxilio; pero los titanes abrian larga brecha con sus clavas en las montañas, de las cuales brotaban nuevos gigantes que derribaban al indefenso pastor, aplaudiendo á los titanes y á sus hijos los grandes y los poderosos que veian la catástrofe desde los castillos y ciudades, en que vivian; riéndose de la desgracia agena, porque sabian que no podia llegar á sus alcázares murados y

rastrillados. La ley de la fuerza era entonces la reina de la tierra, y á ella rendian pleito homenaje los señores del mundo: el malandrin subia erguido por anchas y espaciosas escalinatas de moradas régias, y cual noble y bizarro general que vá á poner á los piés de su monarca los trofeos de mil batallas ganadas en el campo del honor, entraba él hasta las gradas del trono, y arrojaba allí con altanero desdén el botin de provincias y reinos que ganó, no vistiendo el noble traje del guerrero ni cubriendo su pecho con entorchado de honor, sino con camisa roja, emblema del tirano, que tiene su gloria en teñir sus vestidos en sangre inocente. Entonces clamaba el oprimido pidiendo auxilio á sus hermanos; y se ahogaban sus voces con el estruendo de los arietes, y las moles que le arrojaban las catapultas. Todo era confusion, desórden, usurpaciones y violencias en aquellos tiempos desventurados; hasta el Omnipotente se levantó y disparó contra los tiranos sus rayos vengadores, aterrando á los malvados, consolando á los oprimidos y devolviendo al mundo el imperio de la justicia y con él la paz.

Esto escribirán en tiempos venideros los hombres pensadores, al contemplar la barbárie, que ha introducido en la sociedad el derecho que hemos descrito, y el que veremos ahora.

§ II.

Mentira impía del derecho de los hechos consumados.

Todos los axiomas de la revolucion son malos en general; pero hay algunos entre ellos, que no pueden ser examinados en el órden metafisico de las cosas, sin que exciten la indignacion, no ya de quien profesa la religion verdadera, sino de quien simplemente es recto en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus ideas. Y esto sucede al examinar la incalificable falsedad del derecho nuevamente introducido de respetar los hechos consumados. Ese principio de la revolucion, considerado en su esencia metafísica, constituye una degradacion legal de la razon humana, nivelándola con el instinto ciego de la animalidad, pura y netamente. Poniéndolo á la luz de los principios de derecho que Dios ha impreso en el entendimiento humano, aniquila las bases de la sociedad racional; y comparado con el derecho divino, que Dios ha revelado clara y distintamente, es una rebelion contumeliosa contra la idea universal de la existencia de Dios, juez justo, que premia ó castiga, y contra el sentido, tambien universal, ó llámese *conciencia pública*, como se dice hablando á la moda, de los pueblos y las naciones de toda la tierra.

Esta teoría revolucionaria de dar culto social á los hechos consumados, inclinándoles la frente y doblegándoles la cerviz, está en relacion inmediata con aquella utopia sacrílega de la procedencia del hombre de los animales de las selvas: el autor del Contrato social igualó la naturaleza del hombre con la del bruto; el que ha publicado la doctrina del derecho de los hechos consumados, ha igualado la nocion metafisica de sus operaciones. Una comparacion muy sencilla nos lleva al conocimiento perfecto de esta verdad: un cazador sale al campo con designio de cojer aves ó cuadrúpedos, caminando alegre por selvas y valles, y llevando como garantía de su ejercicio, la conciencia del derecho que le asiste de apoderarse por su habilidad de animales montaraces que no tienen dueño, y de aves selváticas que no recaen bajo el dominio de nadie. ¿Qué es lo que presta seguridad al cazador, para que vaya sin temor á hacerse dueño de cuadrúpedos y volátiles? El derecho que Dios le dió á la naturaleza racional sobre la irracional: el dominio que le concedió de mandar y sujetar á su imperio *los peces del mar, y las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven en la tierra.* (1) El mismo derecho tiene

(1) Gén-, cap. I, v. 28.

ese cazador, antes como despues de haber cazado la pieza; antes era un derecho legal, que le daba accion á cazar: despues es un hecho consumado que le dá derecho real á lo que ha cogido. Y ¿por qué tiene ese derecho legal y real? Porque en el hecho de haberle dado Dios al hombre el derecho de dominio sobre los animales, estos no tienen derecho alguno á su vida, sino el que les dá su fuerza ó su maña, para librarse de la saeta, del lazo ó de la arremetida del hombre.

Pongamos por tanto frente á frente á este cazador con los mismos animales de las selvas y con las aves de rapiña, que son cazadores por naturaleza, pues tienen que vivir de la caza; ¿qué derecho tienen para cazar estos animales? El de los hechos consumados. No siendo de su propio dominio, sino del de el hombre para quien Dios los crió, ni tienen derecho á su vida, ni sobre la de los otros animales; pero siendo del hombre el derecho legal, es de ellos el brutal, el de los hechos consumados: el tigre no distingue entre la oveja y la corza, ni el leon entre el puerco doméstico ó la báquira de las montañas: el águila no discierne entre el ternero de la majada ó el asno montés, ni el gavilan entre la gallina del corral y el mirlo de las valles. Sea cualquiera la víctima de su astucia ó de su fiereza, el derecho que tienen á ella está en las uñas con que despedazan, y en los colmillos con que devoran: una vez que ha caido en sus uñas, hay que respetar ese derecho, por ser un acto consumado que no puede deshacerse, porque la presa ya no es un viviente, sino un monton de carne inanimada. Esta es la teoria y la legalidad de los hechos consumados. Y ¡qué! ¿han de tener esta esencia metafisica los actos humanos, ora en el individuo, ora en la sociedad? Por cierto, si alguno quisiese introducir ese derecho entre los hombres, mereceria que se le proclamase rey de los leones, ó emperador de las águilas rapantes; pero ¡de los hombres!, jamás.

De esta degradacion de la razon humana se pasa necesariamente á la degradacion de la sociedad. Hállase esta constituida sobre ciertas bases, tan inmutables co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo el que las echó como fundamento del gran edificio social, las cuales tienen una vida real en el sentido íntimo de cada hombre. Cada hombre conoce, en efecto, que tiene el dominio útil de su propia vida, que no le es lícito destruir, por no habérsela dado él á sí mismo, sino Dios, que es el verdadero propietario de ella. Cada hombre tiene en su sentido íntimo la conviccion de que no ha de hacer á otro, lo que no quiere que otro le haga á él. Por consiguiente, la ley del derecho de propiedad, que cada hombre tiene á lo adquirido legítimamente, es innata á esa primera nocion del sentido íntimo; y la de su incolumidad y seguridad pública y privada, es tambien innata á la segunda. En el órden del derecho natural, y prescindiendo por ahora de las prescripciones del derecho divino, son estos principios infalibles, los que forman eso, que se llama hoy dia, la conciencia pública, la de los gobiernos, la de los pueblos, la de la sociedad. ¿Habrá por tanto sociedad racional posible, si se pretende introducir en ella el derecho de los hechos consumados? Nunca han sido principio de derecho los hechos, cualesquiera que sean: los actos conformes á razon y á justicia, no son mas que el desenvolvimiento real del derecho que tiene á ejecutarlos el individuo: el derecho es la luz que esclarece el camino para obrar: los hechos justos son el cristal terso, donde refleja esa luz, pero jamás los hechos han encendido esa luz: esa luz es un faro encendido por la mano de Dios.

Y esta es la gran dignidad de la sociedad humana, cuyas acciones son justas y rectas: cada una de estas es una especie de anillo eléctrico que va encadenándose con otros hasta tocar al foco increado de su electricidad: cuanto más se aumentan los hechos en armonia con esta luz, más larga es la cadena; pero aunque llegase á ser inmensa, jamás podrán los infinitos anillos dar alimento al foco, pues son ellos los que lo reciben, sin que tengan repercusion productiva con su centro. No puede por tanto haber gobierno recto, administracion pública de interes y de justicia, derecho de propiedad, seguridad individual y garantías sociales, si se establece el

derecho de los hechos consumados. ¿Qué lazos han de unir entre sí á los asociados? Qué garantías se han de presentar para la inviolabilidad de la vida, para la seguridad de la persona, para la conservacion de sus propiedades, para el honor de la casada, el pudor de la doncella y la tutela del niño tan inocente como inofensivo? Con la doctrina de los hechos consumados no queda en pié ningun vínculo social, ni hay más garantía que la robuztez del brazo.

No se nos diga que la doctrina del respeto á los actos consumados solo se circunscribe á los levantamientos con que los pueblos procuran echar por tierra los gobiernos que no les agradan, para darse otro por su propia eleccion; porque todo eso converge siempre al principio de la fuerza brutal. Hemos dicho, y lo repetimos: para que muchos tengan derecho de levantarse contra la autoridad, es preciso que cada uno de ellos lo tenga separadamente, y que este derecho le venga de una ley, superior al mismo individuo por su naturaleza y por su orígen. Esta ley no existe; y por consiguiente, por innumerable que sea el pueblo amotinado, su levantamiento es contrario á la ley divina, cuando vá contra la autoridad legítima. La accion es siempre brutal, pues tiene por base la union ó agregacion de unas fuerzas à otras, y contra todo derecho, atendido que ninguno de los amotinados lo tiene. Y si lo tienen todos juntos, segun los principios revolucionarios, lo tiene cada uno en particular; y si lo tiene individualmente, lo tiene para deshacer todo lo que no le agrade, apoderarse de cuanto se le antoje, y acometer á quien sea ménos que él, pues el hecho consumado es una sancion de su posesion legítima.

Véase, por tanto, si con la proclamacion de este derecho brutal, de respetar los hechos consumados, puede continuar la sociedad racional que Dios ha instituido; desde el delito horrible del regicidio, hasta el asesinato de un alcalde de barrio, todo queda establecido legalmente, pues basta qne se ejecute para que reciba su sancion: el malhechor no tiene para qué estar espiando el momento favorable ó las tinieblas nocturnas, para a-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poderarse de lo ageno, pues una vez consumado el despojo, todos lo han de respetar. Y ¿para qué hemos de manchar la blancura del papel, con la relacion de toda clase de crímenes, que quedan legalizados con la publicacion de ese derecho? Aun á las pupilas de un hombre puramente honesto ofendería semejante enumeracion. Contentarémonos con decir, que ese derecho es como anillo al dedo, para favorecer las revoluciones, de que estamos siendo testigos hace años, y para cimentar esa justicia farisáica, que es bastantemente legal, con tal que el defraudador sea tan hábil, que nadie le sorprenda, ó entienda la formacion de cálculos aritméticos de tal modo, que sepa poner en balanza justa lo recibido con lo gastado, aunque los sudores de los pueblos se empleen en labrar fortunas individuales, y los bienes destinados al bien público se inviertan en orgías ó en asalariar á gentes abyectas, que se venden para hacer el mal.

Vamos á colocar ahora este nuevo derecho en frente del espejo purísimo del derecho divino, á fin de que aparezca mas visible su horrible deformidad: vamos á poner en claro la genealogía que tiene, aunque esto vista nuestra alma de luto. Porque por desgracia, este nuevo derecho ha salido á luz en el seno de la sociedad que se llama pomposamente católica; y cuando examinemos el nacimiento de ese derecho, tendremos que derramar lágrimas sobre esa desventurada sociedad, en cuyo seno hay infinitos hombres que, olvidándose del bautismo, y de cuanto nos enseña Jesucristo, y sin estudiar siquiera la historia del linaje humano, han caido en el más ciego materialismo, ó en un naturalismo estúpido. Antiguo es el derecho de los hechos consumados, y tambien es muy conocido el orígen que tiene: véase como lo describe el sábio inspirado por el Espíritu Santo, refiriendo las conversaciones de los impíos. *Corto es y penoso*, decian estos, *el tiempo de nuestra vida, y no se encuentra alivio en la muerte, pues no se sabe que nadie haya vuelto del otro mundo. De nada hemos sido hechos, y despues de esta vida, seremos como si no hubiéramos existido; pues nuestra respiracion es un humo, y la palabra una chispa para conmover nuestro corazon. Concluida esta centellita, nuestro cuerpo será ceniza, y el espíritu se disipará como el céfiro; nuestra vida será como la huella de una nubecilla, ó como neblina disipada por los rayos del sol.* (1) Predicábase ya esta doctrina, hace mas de tres mil años, y era la enseñanza favorita de los impíos; y ¡triste suerte la nuestra! es la misma que se está publicando hoy dia en las aulas, para enseñanza de la juventud. Hay excepciones, pero no son, por decirlo así, oficiales, sino personales; pues en medio del materialismo de la época actual, existen profesores dignísimos que no han doblado la rodilla ante el ídolo moderno. Pero véase, por la lógica de las deducciones, cuál era la consecuencia que sacaban los antiguos impíos de sus teorias materialistas: era el derecho de la fuerza; pues decian así: *oprimamos al pobre, no perdonemos á la viuda, ni respetemos al anciano; nuestra ley de justicia ha de ser nuestra fuerza.* (2)

Hé aquí la genealogía del derecho de los hechos consumados, el materialismo. Lo que sucedió en tiempos antiguos, no podia ménos de acontecer en los presentes; por que no solo el materialismo sino el panteismo y el más desvergonzado naturalismo son las teorías que se propagan en los entendimientos, y se pretende que sean la norma de las acciones de los hombres. Despues de tantos esfuerzos como está haciendo, desde cien años atrás, el apostolado del error, para desterrar á Dios de la sociedad humana, y persuadir al hombre que su alma es como la de las béstias, ¿què otra cosa podia suceder? Sabido es que, de políticos sin religion verdadera y de consejeros ateos, no puede salir un derecho público, que no lleve el sello de brutal ó de salvaje.

Entre tanto, tengamos presente que Dios condena clara y terminantemente ese derecho; pues en el mismo libro sagrado donde se describe su orígen, se leen á continuacion estas palabras: *así pensaron los impíos en su error, por haberlos cegado su malicia; ignoraron los secrede Dios, y no esperaron la retribucion de la justicia, ni comprendieron cuanto es el honor de las almas santas.* (3)

(1) Sap., cap. II, vv. 1, 2, 3.
(2) Ibid., vv. 10, 11,
(3) Ibid., vv. 21. 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero además, Dios ha enseñado de mil maneras á los hombres que los hechos consumados contra ley y justicia, no solo no son lícitos sino que no adquieren derecho de estabilidad, ni en la conciencia de los hombres, ni en el órden social. Y esto lo ha demostrado con respecto á hechos consumados por una nacion entera, así como con la relacion á reyes y á súbditos. Consignado está en la historia sagrada el hecho de haber mandado Dios á Saul, que fuese con todo su pueblo armado á destruir la nacion amalecita, no dejando en ella con vida *hombre ó mujer, ni aun niño que estuviese en la lactancia*, ni dejando en pié una sola ciudad, ni un solo animal, ni cogiendo la presa más insignificante. (1) Partió en efecto Saul con su ejército y destruyó cuanto se le puso por delante; pero, conseguida la victoria, no mató ni destruyó más que lo que era vil y de ningun valor, apoderándose de las riquezas de los amalecitas, y trayéndoselas todas á su nacion. Hé ahí un hecho consumado, en el cual hasta parece que hay una sombra de virtud, pues se diría que, tanto Saul como su pueblo, hicieron gracia de la vida del rey Agag, movidos á compasion, no obstante que Dios lo habia condenado á muerte. Y ¿acaso este hecho consumado dió derecho á Agag para vivir contra el decreto de Dios? Léjos de eso, el profeta Samuel tomó la espada, y *lo hizo pedazos en presencia de Dios*. (2)

No menos célebre es el hecho consumado de Acab en la posesion de la viña de Naboth, vecino honrado del campo de Jezrahel. Precedieron al hecho muchas formalidades, al parecer legales, y de la misma especie que las que estamos viendo por desgracia, que han precedido al despojo de soberanos legítimos, y especial al que se ha consumado en la persona del Sumo Pontífice. Hubo requerimiento pacífico por parte del rey al poseedor legítimo, al cual contestó este diciendo que no le permitia su conciencia, ni vender, ni permutar, ni ceder la herencia de sus mayores; y en este propósito permaneció con una constancia, tan laudable como inflexible. Pero muy

(1) I. Reg., cap. XV. v. 8.
(2) Ibid. cap. XV.v. 33.

pronto resolvió la cuestion la impía Jezabel: supo esta la historia, y entendió que su marido estaba melancólico por la constancia virtuosa de Naboth; y entrando en el gabinete de su marido, le dijo con toda la procacidad de una mujer airada y sin freno: ¡Vaya! *Grande es tu autoridad, y gobiernas admirablemente á Israel! Levántate y ten buen ánimo, que yo te daré la viña de Naboth.* (1) Y en efecto, al poco salen de palacio los emisarios con patentes reales, destinadas á los grandes, mandándoles que se reunan en consejo, y paguen á algunos hombres malos, para que estos se presenten y digan simultáneamente, que Naboth ha blasfemado contra Dios. La maldad se presentó aquí con el ropaje fingido de la hipocresía; pues para proceder al asesinato y despojo de Naboth, hasta se publicó un dia santo, dia de penitencia y de ayuno. Naboth fué condenado á morir; y apenas habia espirado bajo una nube de piedras, entró Jezabel á anunciar á Acab, que podia ir á poseer la viña del vecino que no existia ya.

Hé ahí otro hecho consumado, por el cual un rey impío creyó que tenia derecho á lo que habia logrado por la seduccion, la mentira y el homicidio; pero estaba muy léjos de tener derecho á lo que habia creido adquirir por medios injustos. No bien habia andado mil pasos para ir á tomar posesion real de la viña, cuando oyó la sentencia de su reprobacion y de los castigos que le habian de sobrevenir, por la iniquidad que habia cometido. (2) Sin embargo, en este hecho consumado concurrieron todas esas formalidades políticas, que adopta la revolucion para decorar sus acciones. Se levantó un tribunal público al cual concurrieron los ancianos del pueblo; hubo dos testigos perfectamente acordes en sus deposiciones: en armonía, al parecer legal, se pronunció la sentencia de muerte; y una vez ejecutada contra el acusado de blasfemo contra Dios, y de enemigo de la autoridad real, sus bienes fueron al fisco del mismo rey. Pero, si todo ese aparato era muy á próposito para en-

(1) III. Reg., cap. XXI, v. 7.
(2) Ibid. cap. XXV, v. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gañar á los hombres, ningun valor tenia en presencia de Dios y de la ley. Si asi no fuera, era preciso borrar antes todas las nociones que tiene el linaje humana de la santidad de Dios y de su justicia: un hecho consumado, y por cierto bien universal, es la rebelion de los pecadores contra la ley divina; y por infinitos que sean los transgresores, aquella permanece siempre en pié como principio del derecho, mientras que estos llevan en todos sus actos contra ella el sello de la rebelion. Y otro tanto respectivamente acontece tocante á la autoridad constituida: por muchos é innumerables que sean los actos de resistencia á ella, jamás constituyen principio de derecho, pues este reside en la autoridad, mientras que en los que resisten á ella no hay sino crímenes.

Hemos dicho que con esta doctrina de respetar los hechos consumados se autorizan todos los crímenes, empezando por el regicidio; y ahora, concretándonos á la revolucion de Italia y á sus promovedores, afirmamos que es este precisamente el crímen que han intentado y que moralmente lo han ejecutado ya en la persona del Vicario de Cristo. Y queremos notar una cosa digna de atencion, y es que tanto el venerable Pío VII, al resistir á Napoleon que lo despojó de su poder temporal, como nuestro santísimo Padre, al condenar los manejos sacrílegos del impío gobierno subalpino, comparan el hecho inícuo de su despojo á lo que hizo el desatentado Acab con Naboth y su viña. (1) ¡Admirable conformidad de pensamientos! Pero no nos admira, cuando examinamos los hechos antignos y los de los revolucionarios modernos: tambien para preparar este atentado ha habido un tribunal público, al cual asistieron los ancianos de los pueblos: tratóse en él del equilibrio de las naciones, para el cual se condenaba á muerte política á muchas monarquías, cuyos jefes á no dudarlo, tenian mejor derecho á ser soberanos que alguno de los que maquinaban, con artes tenebrosas, la futura elevacion de uno con detrimento de los otros. La viña

(1) Enciclica *Resipientes ea-*

de Acab era pequeña para la ambicion de los revolucionarios, y era preciso condenar á muerte al vecino Naboth, para que, por un hecho consumado, que deberia respetarse, junto con la fuerza moral que tendría en su cumplimiento, la del rey ambicioso pudiese ensancharse, y proporcionarle medios y riquezas, con que poder conservar por la moralidad de la fuerza brutal, lo que habría de conseguir por esa gran potencia de la revolucion.

Hay que notar sin embargo, que la revolucion de estos tiempos tiene ménos pudor que la de los antiguos, ó mejor dicho, no tiene ninguno; porque cuando se expidieron las patentes reales de la revolucion del campo de Jezrahel, á la cual bien podemos llamar *revolucion Jezabelina*, se guardaron, siquiera en apariencia, las formalidades del derecho de gentes; pues se dispuso que Naboth se sentase entre los grandes de la córte, para que oyese el asunto de que se trataba: no hubo lugar á la defensa, porque los dos testigos diabólicos estuvieron contestes en la acusacion; pero al fin, se observaron con visos de legalidad las prescripciones de la ley. Hoy dia nada de eso se ha observado. ¿Han sido representados acaso en el congreso de 1856 los soberanos que habian de ser víctimas de la revolucion tres años despues? ¿Fué representado el primer soberano de la tierra, que es el romano pontífice? ¿Lo ha sido en la célebre convencion de 1864 entre el emperador de Francia y el rey de Cerdeña? ¿No hicieron ellos por su propia autoridad aquel convenio, que aparecia ser una noble matrona, y sin embargo estaba en cinta de un mónstruo de cien cabezas que habia de dar á luz á los siete años? ¿No asumieron para sí, por su propia eleccion la tutela del Sumo Pontífice, sin que este la pidiese, ni la buscase, ni la desease, ni la necesitase? ¿No es sabido, que se involucraban las realidades entre los rodeos de palabras llenas de equívocos y ambigüedades, y que aquellas eran el despojo total de la soberanía temporal, mientras que las palabras de defensa, de tutela y proteccion aparentaban que tenian por objeto mantener al Papa en

su soberanía, y en realidad eran una ficcion que los mismos altos contratantes han explicado, uno, diciendo que esta proteccion se entendia tan solo de su augusta persona, á quien se darian garantías de incolumidad, otro, llamándose *hijo devotísimo* del Padre á quien asesinaba moralmente? Todo esto ha podido estar oculto bajo un velo de abominable hipocresía, semejante á las reales patentes de la revolucionaria Jezabel, expedida con sello real para asesinar á Naboth; pero hoy dia el velo ha sido corrido por los mismos revolucionarios. Cuando el rey sardo proclama en los salones del palacio de los Papas, que *está en Roma con los revolucionarios que le han abierto las puertas: que se ha cumplido lo que ha deseado mucho, y que ya nadie se lo quitará*: (1) cuando el prisionero de Sedan se congratula con el rey de Cardeña de que Roma sea al fin de Italia, y le asegura que *en su prision, esto es su mayor consuelo*, nada hay ya oculto. Los actores de ese drama impío que se representa en Europa, hace quince años, confiesan ellos mismos, que son los que por medios inícuos han preparado, y llevado á la categoria, inventada por ellos mismos, de hecho consumado, y por consiguiente, segun ellos, indestructible, la tragedia del regicidio moral del Vicario de Cristo. Aquí, como en todas las revoluciones, han andado á la par Acab y Jezabel, para apoderarse por los hechos consumados de la viña de Naboth. (2)

[1] Estábamos escribiendo este párrafo, segundo de este capítulo, cuando hemos leido el discurso que este rey, digno de lástima, pronunció delante de la oficialidad revolucionaria de Roma, el 31 de Diciembre, y trascribimos textualmente; dice así: "Señores, doy gracias á los romanos por la cordial acogida que me han dispensado. Por fin estamos en Roma, y yo lo he deseado mucho. Ahora nadie nos la quitará. El gran hecho esta consumado." (*Pensamiento Español*, 12 de Enero de 1871, pág. 2, col. 2ª)

[2] Nos abstenemos de formar comentarios sobre este acontecimiento tan raro é maudito; pero no podemos ménos de trasncribir aquí las palabras con que los dignos redactores de *El Pensamiento Español* lo refieren y lo califican; dicen así: "¡Esto es lo que (el prisionero de Sedan) ha aprendido con su terrible y vergonzosa caida! ¡Esta es la lealtad y la fe, con que firmaba tratados para asegurar la inmunidad del territorio romano¡ En estos tiempos de bajezas y villanías, no hemos visto acto que mas repugnancia nos inspire, que el que acaba de ejecutar el tercer Bonaparte. Ni los republicanos, ni los más furiosos enemigos de la Iglesia en Francia, han hecho otro tanto." (*Pensamiento Español*, 14 de Enero de 1871, pág. 2, col. 5ª) A estas oportunísimas palabras, solo añadirémos nosotros, que si hay algun rasgo de nobleza en las revoluciones, está de parte de los que se presentan á cara descubierta, y diciendo claramente su objeto, cuales suelen ser los republicanos: pero en esos que se visten con un capote de moderacion, que hacen protestas de amor con palabras, cuyo hálito está envenenado por sus aspiraciones ulteriores, no hay sino villanía y traicion. Los primeros son leones que se presentan sacudiendo su melena y dando rugidos, lo que es un aviso para los que pudieran caer en sus zarpas: los segundos son tigres de piel dorada y de mátices relumbrantes, que se arrastran con astucia, para dar salto seguro, y devorar la víctima ansiada.

Conviene, por tanto, descarnar este fantasma del respeto á los hechos consumados, y decir lo que significa en el sentido genuino que le han dado los revolucionarios. Es el derecho de la fuerza brutal, no el de la fuerza moral, lo que ha significado en los lábios y en la mente de esos hombres la teoría de los hechos consumados: es una decoracion teatral, de justicia hipócrita y de conducta criminal, lo que pretende introducir en la sociedad. Prevalezca el más astuto en defraudar al bien público; el más cínico, en suplantar la justicia; el más atrevido, en eludir la autoridad; el más hábil, en la venalidad y en dar la razon al oro vil; y el mas valiente y arrastrador de las turbas, en levantar nueva bandera y cambiar las instituciones de los pueblos: esto se enseña en ese derecho. Obténgase todo lo que se quiere, sea con mañas indignas, sea con fraudes abominables, sea con trastorno de la sociedad, sea con sembrar el luto y la horfandad en las familias, sea como quiera, que, una vez consumado el hecho, empieza á tener fuerza legal el derecho; hé aquí lo que se proclama en ese código. A decir verdad, este derecho parece la resurrecion de las fábulas de los gigantes, y de los cíclopes monóculos, que se tragaban las islas, y con solo resoplar arrancaban los bosques de robles: pero váyanse las fábulas de cosas que no han existido, á los ya carcomidos pergaminos de la vetusta mitología, y digamos con tanta verdad como claridad y franqueza, que ni las tribus salvajes de lo mas interior del Africa aceptarian ese nuevo derecho,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿cuánto ménos debe aceptarlo la sociedad enseñada por Jesucristo?

Dista, en efecto, de esta la doctrina del Maestro celestial, mas que los cielos de la tierra. Para probarlo, no transcribirémos los preceptos tan religiosos como sociales, que el Salvador nos dió en los tres años de su predicacion; y solo referirémos las palabras que pronunció en el curso de su pasion, en medio de la cual dió á sus enegos, y en ellos al linaje humano, las lecciones mas elocuentes de derecho público. La primera fué en el huerto de Getsemaní, dirigiéndola en primer lugar al mas heróico de sus amigos, y en segundo á sus enemigos. El intrèpido Pedro, al ver la osadía de los ministros que arremetieron á su Maestro, echó mano á una espada que llevaba al cinto, y empezó á cargar sobre ellos tajos y mandobles, que hubieran sido sin fin, si Aquel no se lo hubiese prohibido. *Vuelve*, le dijo, *la espada á la vaina, pues todos los que tomaren espada, á espada han de perecer*. (1) ¿Cuál era entonces la situacion de Pedro? Se hallaba en frente de los príncipes de los sacerdotes, de los magistrados del templo, de los ancianos del senado de Jerusalen, y además de una cohorte de soldados, que escoltaban á la autoridad. Eran todos unos malvados, los que ejercian autoridad, y los que ejecutaban sus órdenes; pero no obstante, Jesucristo mandó á su discípulo que no resistiese; y precisamente le citó las palabras, con que Dios amenazó á quien derramase sangre injustamente. (2) Un hecho hay, además, digno de nuestra meditacion, y es, que en el acto curó Jesucristo al siervo, cuya oreja habia cortado Pedro de un sablazo; y bien podemos creer que el Salvador hizo aquella gracia al impío mas por Pedro que por el agraciado, á fin de que nadie pudiese acusarlo, de haber hecho armas contra la fuerza de la autoridad. Entre tanto, Jesucristo nos enseñó que nadie puede hacerlo, aunque sea inícua en lo que manda. No fué ménos elocuente la leccion á los enemigos, echándoles en cara su conducta depravada, por degradar su principado sacerdotal, su magistratura y su dignidad por el modo como la ejercian; pues revestian el acto de su prendimiento con aparatos de tal especie, que se podia creer que él era un ladron, atendido que iban armados de espadas y garrotes, cuando sabian muy bien, que léjos de serlo, lo habian visto estar siempre en el templo enseñando y haciendo bien á todos. (1) ¡Terrible leccion para los que mandan y no miran otro código sino á sus iras!

[1] Mat., cap. XXVI, v. 52.
[2] Gen,, cap. VI, v. 9.

Semejante á esta fué la que dió al presidente romano, en ocasion de haberle preguntado este si era rey de los judíos; (2) porque es necesario advertir, que los príncipes de los sacerdotes se presentaron en tumulto al presidente, diciéndole que habian sorprendido á Jesús sublevando al pueblo, prohibiendo dar el tributo al César, y diciendo que él era el ungido rey; (3) y que al preguntar á los mismos como juez, qué acusacion presentaban contra aquel aprendido, le contestaron con altanería, diciéndole, que bastaba que ellos lo hubiesen apresado, para que le constase á él que era un malhechor. (4) Hé ahí la doctrina de los hechos consumados: aquellos hombres obcecados no habian querido oir las palabras que Jesús les dijo en el huerto, con las cuales les significó que se les entregaba por su propia voluntad, porque aquella era su hora y la potestad de las tinieblas; (5) y estaban persuadidos de que la aprension de Jesús era efecto de sus maquinaciones y de su fuerza. Entre tanto, bastó á Pilatos oir las voces tumultuosas de aquellos hombres, y la respuesta que le dieron con tanta presuncion, para comprender perfectamente, que Jesús era un inocente, y que la envidia era el motivo único, que los habia impulsado á cometer lo que él mismo veia que era un atentado. Sin embargo, se sentó en su tribunal, preguntó á Jesucristo si era rey de los judíos; á lo cual contestó el Redentor estas palabras, que

(1) Luc., cap. XXII. v. 52.
(2) Jo., cap. XVIII, v. 33.
(3) Luc., cap. XXIII, v. 2.
(4) Jo., cap. XXIII, v. 30.
(5) Luc., cap. XXII, v. 53.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encierran una doctrina, digna de ser meditada mucho, por encerrar los documentos más sublimes para el gobierno de los pueblos, para los reyes y los magistrados: *tú eres quien dice, que yo soy rey*: (1) *¿Me preguntas eso como cosa tuya, ó te han dicho otros eso de mí?* ¡Terrible reprension á un juez conocedor de la inocencia de Jesús, y sobre cuya conciencia hizo mas mella la iniquidad é injusticia de un hecho consumado por medios inícuos, que la santidad manifiesta. ¿A qué preguntar á Jesùs si era rey de los judíos, cuando le constaba de su sumision á la autoridad, y de haber enseñado en público que todos debian la misma sumision y que debian expresarla, pagando tributo al César? ¿A qué instar en la misma pregunta, si convencido de la altísima dignidad real de Jesucristo, y de su admirable virtud, le iba á conminar al poco con una frase tiránica y despótica, diciéndole que él era dueño absoluto de crucificarlo ó de ponerlo en libertad? (2) Todo lo que hacia este juez sin conciencia no tuvo otro fin, sino el de buscar paliativos á su iniquidad. Mediten esto los defensores de la doctrina de los hechos consumados; pues sus maestros son nada ménos que un Pilatos, y unos Caifases y Anases rodeados de miles de deicidas.

Hé aquí la segunda leccion de derecho público dada por Jesucristo en el curso de su pasion santísima: dió ámplias explicaciones de su dignidad real á Pilatos, (3) guardando un profundo silencio, cuando este le preguntó lo que no tenia derecho de saber, ni preguntar sobre su orígen; (4) pero, en medio de la abyeccion humillante, á que él mismo habia querido reducirse, el divino Maestro dijo al juez venal, más temeroso de los hombres que de Dios, que no era de ese modo cómo se administraba justicia; significándole, que ningun hecho prevalecia sobre la ley eterna, aunque lo consumase toda una nacion. Otra leccion, tan elocuente como las anteriores, dió Jesucristo en su pasion, reprobando al-

(1) Jo., cap. XVIII, v. 37.
(2) Ibid., cap. XIX, v. 10.
(3) Ibid., cap. XVII, v. 36.
(4) Ibid. cap. XaX, v. 9.

tamente un hecho consumado á presencia de una autoridad, sin que esta lo hubiese impedido, ni castigado al actor. Y llama en efecto la atencion, que el mansísimo Jesús, que no desplegó sus lábios en medio de tan crueles tratamientos como le dieron en su pasion, haya hablado al recibir una bofetada cruél. Se encontraba el Salvador delante de la autoridad del Sumo Sacerdote, que le interrogaba sobre su doctrina y sus discípulos; á lo cual respondió, que se remitia en todo eso al público que lo habia oido; y puesto que se queria hacer un exámen, debia empezar por interrogar á los que lo habian oido, pues ellos podian responder en el particular, atendido que habia predicado siempre en público, y jamás en secreto. Una bofetada fiera, descargada brutalmente por un criado del Pontífice, fué la contestacion que recibió el Maestro celestial, que enseñaba al mismo Pontífice, cual debia ser el procedimiento legal, para sumariar á un acusado. Grande fué la leccion para aquel alto funcionario; pero no fué ménos admirable la que le dió al permitir la osadía de su sirviente; pues en el acto mismo se dignó dirigirle la palabra é interpelarle, para que dijese en qué habia faltado á la dignidad pontificia, concluyendo con estas palabras terribles: *si he hablado bien ¿por qué me hieres?* (1)

Estas palabras de Jesucristo no necesitan de comentarios: en ellas, como en las que hemos referido, están consignados todos los principios del derecho público: queda consignada la inviolabilidad del indivíduo, á quien no tiene derecho de maltratar el juez, ni nadie en su presencia, pues lo cobija la égida de la ley: quedan asentados los deberes de los magistrados en el modo de administrar justicia, no obedeciendo jamás á tumultos de pasiones, ni á presiones externas: queda, por fin, establecido el honor de las potestades, que no han de tener más regla de accion que la verdad y la justicia, y no han de permitir que un hecho criminal pueda llamarse principio de derecho público y de gentes. Esta, y no otra, es la verdadera igualdad de todos los hombres an-

(1) Jo., cap. XVIII, v. 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te la ley y la observancia de estos principios es lo que engendra la fuerza moral en la sociedad, con cuya suavísima é invictísima influencia se acometen las empresas justas, se forman tratados leales, se establecen convenios sinceros, se fortifican los pueblos, y se enriquecen, y reina la paz en el mundo.

¿Dónde está pues la fuerza moral, que intenta la revolucion producir por el respeto á los hechos consumadlos? La razon natural del hombre, la conciencia de todos cos pueblos, el buen sentido comun, el sentido íntimo de uada indivíduo del linaje humano la rechazan y la reprieban. Con fuerza mayor todavía la repele el derecho divino, que condena todos los hechos que son contra la ley eterna, delante de la cual no son sino una criminalidad todas las empresas y todos sus actos, contrarios á la justicia y el derecho. En esa ley existe el modelo de las acciones de los hombres: las que no se conforman con él, no tienen mas ser que el negativo, y por tanto jamás puede llegar la negacion, aunque fuera infinita, á producir una realidad, pequeña siquiera como un grano de arena.

Para concluir esta materia, diremos cuatro palabras sobre este último arbitrio, de que suelen echar mano los revolucionarios triunfantes, para presentar una fuerza moral aparente, en corroboracion de los hechos consumados: hablamos del juramento; y al pronunciar esta palabra sagrada, no podemos ménos de decir, que la tendencia que se advierte hoy dia en algunas partes para abolirlo, en lo concerniente á ciertos actos públicos, es, á nuestro corto entender, el grito de la conciencia universal, el instinto, digámoslo así, de la razon que grita entre el tumulto de las pasiones brutales; para que no se exija á los hombres lo que no debe pedirse, y lo que, aun otorgado accediendo á presiones revolucionarias, no tiene fuerza ninguna, por no haber fundamento real y verdadero sobre el cual recaiga. El fundamento para jurar por el nombre de Dios vivo, jamás puede ser el hecho consumado, si no está conforme con los principios de verdad y de justicia: el hecho consumado contra ellos es efecto de la fuerza brutal, y no engendrando derecho

legítimo, sino de fuerza, nadie tiene derecho para exigir juramento, ni nadie tiene más obligacion que la de prestar una obediencia pasiva, la cual consiste precisamente, en no resistir con la fuerza á quien manda, y en obedecerle en cuanto atañe al bien público; pero no obedeciéndole en lo que sea contra el derecho natural, y divino, y eclesiástico, ni reconociendo jamás en su interior el derecho de la fuerza brutal.

Y esto se explica sencillamente en el análisis de la palabra *juramento*. Hay que notar, que esta palabra no expresa sino la accion de jurar ó de haber jurado. Cincuenta y seis veces se encuentra esa palabra en las sagradas Letras, significando la accion de atestar, ó haber atestado, ó de deber atestar el nombre de Dios, para afirmar una cosa. Pero la palabra juramento, tomada en su siguificacion metafísica, no es juramento, en latin *juramentum*, sino *iusiurando*, en el latin *jusjurandum*, el derecho que ha de ser jurado, y en ablativo, *jurejurando*, que equivale á jurar en derecho: por consiguiente, donde no existe ese derecho, no hay materia, sobre la cual recaiga el juramento; no siendo los hechos consumados contra justicia una simple victoria de la fuerza brutal sobre el derecho legítimo, ni los que vencen de ese modo pueden obligar á quien tiene conciencia de su injusticia, á que reconozca con juramento un derecho que no existe, ni este está obligado á más que á una obediencia meramente pasiva, pero no á la activa, que consiste en el convencimiento del entendimiento y en el asentimiento de la voluntad.

Por eso el muy sábio y muy heróico Episcopado de nuestra España, (y lo diremos de paso, ya que se nos presenta la ocasion,) se ha negado á jurar en términos absolutos la última Constitucion, hecha por las Cortes Constituyentes. Hay en ella artículos que son contra el derecho divino, entreverados con otros que atañen á cosas meramente temporales: exigiósele jurarla, y despues de oir la voz mas autorizada que hay en la tierra, no hubiera dudado prestar un juramento, tolerable, si se especificaba que solo se juraba la observancia de esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Constitucion, en lo que no fuese contra Dios y contra la Iglesia católica, y haciendo antes cuanto convenia para instruir al pueblo cristiano y enseñarle lo que era el juramento que se hacia, para evitar el gran escàndalo que se hubiera podido ocasionar, entendiendo, ó pudiendo entenderse, que los Obispos y Sacerdotes juraban la observancia de una Constitucion política, que implicaba el ateismo. Pero, así las cosas, hé aquí, que una autoridad incompetente para enseñar la doctrina de la fe, y para declarar donde hay, ó no, errores de doctrina, decreta que el episcopado debe jurar la Constitucion en términos absolutos, basando esta órden en un considerando, que dice y afirma que no hay en ella una sola idea contra Dios y la religion: y entonces los sucesores de los Apóstoles responden unánimes, *No podemos*. Permítannos nuestros dignísimos y sapientísimos hermanos comentar estas palabras. Una Constitucion política, que destierra á Dios de la sociedad, no es mas que un hecho consumado contra los derechos imprescriptibles de Dios, que tiene derecho á ser adorado de todas las criaturas racionales; y por consiguiente no entraña derecho: una Constitucion para una nacion católica, que no respeta las tradiciones divinas, y dá el mismo honor á las sectas de perdicion que á Jesucristo, no pasa de ser un hecho consumado contra la voluntad de Dios, y contra el derecho que tiene Jesucristo á que toda sociedad racional le obedezca, le adore y observe su doctrina; y no entraña derecho: una Constitucion anti-católica, á la cual un gobierno civil, á quien Dios no le dá autoridad ni ciencia para enseñar la religion y la moral, dá la calificacion de pureza en doctrina y en creencias, siendo así que encierra la negacion de la verdad revelada, no puede ser jurada en sentido absoluto por los que tienen de Dios la mision de sostener su culto en los corazones, y de defender la verdadera fe hasta con su vida: es un hecho consumado contra verdad, justicia y caridad, contra Dios, contra Cristo y contra su Iglesia, y no podemos jurarla.

¡Prez y gloria á tan dignos sucesores de los Cecilios, Poncianos, Isidoros, Braulios, Ildefonsos, Toribios, Atilanos, Rosendos y Severos! ¡Gloria á ese ejército valeroso de todo el clero de España, que, unido en perfecta caridad á sus Obispos, prefiere el hambre y las privaciones, á afianzar con un juramento lo que es contra el honor divino, contra el de su patria y contra el suyo! El heroismo de la Iglesia de España es uno de los espectáculos más grandioso que ha presentado el cristianismo desde los tiempos de las persecuciones de los tres primeros siglos. ¡Dichoso clero! Espérale á cada uno de los héroes santos una corona inmarcesible en el cielo: pero ese heroismo augura tambien otra era más feliz en la tierra. *Tráigala el Señor.*

PRIMER COROLARIO.

Si la demostracion *á priori* de la falsedad intrínseca de esas nuevas doctrinas, no descubriese cuáles eran las intenciones de los que las han publicado en esta tristísima época de engaños y falacias, los resultados que han dado convencen hasta la evidencia que la doctrina de la *no intervencion*, ha sido el resorte de una política reprobada, dirijida á debilitar á quien podria tener, ó fuerza ó influencia, para oponerse al gran atentado, y á consumarlo sin obstáculo. Los hechos lo demuestran, pero, antes de consignarlos, debemos decir, que esa doctrina es un ultraje á lo que Dios tiene mandado expresamente, y una crueldad que no se comprende, sino en corazones empedernidos y desnudos de todo sentimiento de humanidad.

Abranse los libros santos, y se verá que lo primero que Dios mandó al hombre fué que cuidase de su prógimo, y no lo dejase perecer; (1) lo que abraza el precepto de socorrer al indigente y miserable, el de resta-

(1) Eccli., cap: XVII, v. 12,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blecer la paz entre los disidentes cuando puede hacerse, el de rescatar al prógimo de cautiverio inícuo, si hay modo de hacerlo, y en el de intervenir para evitar una guerra, justa ó injusta, á fin de arreglar las disensiones por tratados y convenios mútuos entre los beligerantes, y obligar con fuerzas mayores, à que entren en órden los revoltosos que se levantan contra la autoridad, y siembran el luto en las familias, convirtiendo las ciudades en campamentos, y regando con sangre las calles y plazas. Y si el axioma político de *no intervenir* fuese una verdad, habria que venir por deducciones ineludibles hasta afirmar que ninguna autoridad constituida tiene derecho á apaciguar con la fuerza los motines populares, ó los alzamientos de las ciudades y provincias; pues estas pueden alegar el principio nuevo de tener derecho á constituirse, entronizándose al momento la ley de la fuerza brutal por ambos lados. ¿Es cierto qué cada pueblo tiene derecho á constituirse? pues en ese caso, la autoridad que lo quiere hacer entrar en órden, es una fuerza brutal. ¿No es cierto ese principio? pues en ese caso, las provincias no pueden levantarse; y si lo hacen, obran bajo la influencia de la fuerza brutal. Por cualquier lado que eso se mire, vamos, en efécto, á parar á la pura brutalidad; porque en realidad, cuando dos hombres se están batiendo, ninguno puede ver que se derrama su sangre, sin que su corazon se conmueva: y ¿qué no sucede al ver que dos naciones se están destruyendo en una guerra horrible? ¿Hay alma qué no se entristezca, ó corazon qué no se rompa de dolor? Debemos decirlo: la intervencion para evitar las calamidades de la guerra, cuando es posible, está consignada en los preceptos de justicia y caridad que Dios ha dado al hombre. ¡Ay! solo el toro de la selva está impávido en alto risco, viendo como se deshacen otros de su especie en una hondonada: solo el fiero leon de la Numidia mira sin conmoverse el sangriento combate de dos tigres, que quedan ahogados á la vez, abrazándose en el cuello con sus uñas de acero. El hombre no; porque Dios le ha dado corazon sensible, no de fiera; y no puede contemplar la carnicería entre sus prógimos, sin dar un grito de horror.

En esto poco está encerrado un gran tratado: no decimos mas, porque al examinar los consectarios de las mentiras sociales que hemos combatido, queremos dar una ojeada á los hechos actuales, para demostrar que el objeto de esas doctrinas era el despojo del Sumo Pontífice de su dominio temporal. Hemos notado ya que en estos quince años ha habido dos intervenciones, una de las cuales sepultó muchos cientos de miles de hombres en los campos de la Crimea, y otra lleva trazas de conducir al sepulcro á otros tantos; pero en medio de esas intervenciones, para reprimir los instintos de dos soberanos fuertes, ha habido dos no intervenciones para derribar á los débiles. No se ha intervenido en la nacion que, aun en medio de su decadencia, dió, hace veinte y dos años, la iniciativa, para que la Francia enviase sus ejércitos á Roma, y, en union del suyo, echase de ella á los revolucionarios: se la ha dejado por dos años abandonada á sí misma, para que ella se labrase su modo de regirse, para que, hablando en castellano, se debilitase y anonadase; y apenas se vió, que queria darse un soberano, que pudiera darla una fuerza interior y exterior por sus relaciones de familia, se lanzó el grito de intervencion: al cual sucedió lo que estamos viendo, caida de un coloso, cautiverio de ejércitos sin cuento, ruinas de ciudades, desolacion de muerte. Tampoco se ha intervenido en el despojo paulatino de las provincias del Padre Santo, ni mucho ménos en el total de su dominio temporal: lo que demuestra que ese principio de la *no intervencion*, era una verdad y una mentira: era una verdad para los débiles, una mentira para los fuertes: una verdad cuando se trataba de proporcionar á los ambiciosos y revolucionarios los medios de ejecutar sus planes; una mentira, cuando se preveia que algun gran soberano obraba con mira ulterior de engrandecerse, y poder hacer sombra á otro que tenia las mismas ambiciones.

Tambien hemos dejado consignado, que en la actualidad se ha desgarrado el velo que ha cubierto por largos años las operaciones tenebrosas de algunos gabinetes; pues los mismos que los presidian, han dicho á la faz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mundo sus antiguas aspiraciones acerca de Roma, y se han congratulado de haber consumado lo que proyectaban con tanta astucia. Y todo eso manifiesta que tambien en esas operaciones habia oculta una mentira y una verdad: la primera estaba envuelta entre palabras y convenios, cuyo contenso leian todos, y cuya naturaleza comprendian algunos nada mas; la segunda la sabian pocos, pues era la de destruir la independencia del Vicario de Cristo, dejándolo reducido á la categoría de un simple Obispo, súbdito del rey de la nacion en que vive. Habia entre tanto una especie de juego de prestidigitadores, que enseñaban hoy blanco, y mañana negro, y despues colorado, teniendo al mundo conmovido y en espectacion. Tan pronto se oia decir, y nada ménos que á un caudillo, que, "si franqueaba los Alpes con 200,000 soldados, no iba á Italia á fomentar desórdenes, ni á menoscabar el poder del Papa, sino á sustraerle de la presion extranjera:" y á las pocas semanas se levanta en insurreccion la Romaña y la Emilia. Ahora se mandaban tropas á Roma; para protejer al Papa, y despues se retiraban, conmoviendo á la Francia: cuyo Congreso oyó estas palabras célebres, dichas por el Ministro de Estado: "jamás la Italia se apoderará de Roma: jamás la Francia soportará esta violencia hecha á su honor y al catolicismo." Despues se formaron convenios entre Francia é Italia, para no permitir que se levantasen fuerzas exteriores, que atacasen el patrimonio de la Iglesia; y al poco se las veia organizarse en la misma Italia, y entrar con violencia hasta la misma ciudad de Roma. Por fin, se enviaban débiles refuerzos, que por ser tan cortos, casi significaban que estaban allí, mas para cubrir apariencias, que para impedir realidades, como se ha visto en agosto del infausto año setenta.

Cualquiera que estudiase con alguna atencion esta especie de escena de teatro, sospecha que existian inteligencias mútuas, escondidas en esas maniobras. Al fin, se ha levantado el telon, y han aparecido los autores sin disfraces. La Francia va á pasar el Rhin con doscientos mil guerreros; y esto sirve de pretexto para que el puñado de soldados que habia en el patrimonio de la

Iglesia, vayan á combatir contra la Prusia, y las tropas de Saboya, que esperaban tan solo que el águila de setenta años diese un vuelo, entraron á sangre y fuego en la ciudad santa. Al poco, empieza á cantarse la victoria entre los invasores, ébrios de gozo; y ellos mismos en su embriaguez van diciendo ya sin reparo todo lo que significaban las idas y venidas de auxiliares, los juegos teatrales de las palabras entre algunos jefes de pueblos, y los convenios publicados á son de clarin. Tienen que desengañarse los gobiernos liberales, que están basados en esas leyes de libertad de imprenta, y de representacion nacional; por muy cautos y astutos que sean en operaciones de política maquiavélica, al fin se las descubren los partidos de la oposicion, y las publican; ó ellos mismos en los dias de algun triunfo las revelan sin advertirlo; porque así como han sido injustos al prepararlas, son intemperantes cuando embriagados de gozo en el dia de un desenlace feliz, celebran su triunfo. La moderacion es patrimonio esclusivo de la sabiduría, y del modo de obrar conforme á derecho y á justicia.

Para formar una apreciacion adecuada en esta materia, no hay más que confrontar el trato ó convenio de Francia é Italia de 1864 respecto de lo que ésta habia de hacer en defensa del Sumo Pontífice, con lo que ha hecho despues, y aquella pomposa y altisonante teoría de poder vivir este en el Vaticano, y el rey de Cerdeña en el Quirinal, siendo el primero, soberano espiritual del mundo y súbdito del rey temporal y este dueño y señor de Roma y de toda Italia. Decia aquel convenio lo siguiente: "la Italia se compromete solamente á no atacar el territorio del Papa, y á impedir hasta con la fuerza todo ataque procedente del exterior contra el patrimonio de san Pedro: así como tambien, á no reclamar directa ni indirectamente contra la organizacion del ejército pontificio, aun en el caso de que dicho ejército se compusiese exclusivamente de católicos extranjeros." Examínese sin pasion alguna qué significacion podia tener esa frase, *de impedir hasta por la fuerza todo ataque procedente del exterior contra el patrimonio de san Pedro*, y se verá lo que habia oculto en ella. A primera vis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta se comprende, que en la palabra *exterior*, se entiende un pueblo ó una nacion extranjera, y por consiguiente, de fuera de la Península italiana. Pero preguntemos: ¿habia alguna probabilidad, ni aun remotísima, de qué pudiera acontecer ese ataque? No podia venir ese del Austria, ni de España, ni de Portugal, ni de Suiza, ¿podria venir de la Prusia, satisfecha con su Confederacion germánica, de la Rusia, qué solo ambiciona la ciudad bizantina, de la Inglaterra, contenta con Gibraltar y Malta? ¿Se temia acaso, que viniese el imperio carcomido y vacilante de la media luna? Nada de esto podian sospechar los altos contratantes; ¿qué se entendia pues por esa frase altisonante *de ataques procedentes del exterior?* Nada: esa frase era una locucion hueca de verdad, y repleta de un embutido de mentiras.

Esa frase contiene una restriccion puramente mental, y en consecuencia reprobada é inícua, la cual está concebida en estos términos: la Italia es una nacion que se está formando, en virtud del derecho que tienen los pueblos á constituirse como mejor les acomode: el Piamonte es Italia, Nápoles lo es, la Toscana lo es, y el Patrimonio tambien: luego los ataques contra el dominio temporal del Papa, que ejecuten los pueblos de Italia no proceden de fuerza exterior y por consiguiente la Italia que se *compromete á impedir hasta por la fuerza, todo ataque procedente de la fuerza exterior*, no se compromete á no atacar el territorio del Sumo Pontífice; porque la Italia no es una fuerza exterior, sino interior, ella misma. Fácilmente se vè, cómo la primera frase del artículo del convenio que examinamos, la cual presenta un sentido afirmativo, se reduce por la que sigue inmediatamente, á una pura negacion. Si esto no se hubiera entendido así por los altos contratantes, no se comprende, cómo el gobierno subalpino ha estado prestando auxilio al revolucionario Garibaldi á ciencia y conciencia de su Mentor coronado; cómo dió á ese caudillo armas, dinero y soldados, disfrazados bajo la camisa roja, en la célebre invasion de 1867, cómo ha estado empleando esos medios, y los otros que refiere nuestro santísimo Padre en su admirable Enciclica, *Respicientes ea*; cómo los cortos refuerzos que llegaron entonces á Roma llegaron precisamente á última hora, y tan á última, que si tardan unas diez horas, la invasion de los malvados hubiera sido un hecho consumado, que hubiera sido preciso acatar, segun las nuevas doctrinas; lo que la divina Providencia destruyó, quizás contra la mente formada por algunos hombres de eminencia social; y cómo, por fin, con un pretesto sin verdadero fundamento se dió órden, para que el águila anciana que parecia velar por la custodia de Roma, volando lánguidamente sobre ella, diese el rápido vuelo, que la llevó desde el patrimonio de san Pedro, á quedarse sin su corbo pico y sin sus uñas de acero en los campos de Sedan. Nadie tachará esta argumentacion de sofística; pues, despues del bombardeo de Roma, y de una invasion de sesenta mil Italianos contra el patrimonio de san Pedro; despues de lo que dijo el rey de Cerdeña en el Quirinal el treinta y uno de Diciembre sobre sus ardientes y antiguas aspiraciones de apoderarse de Roma; y despues de las congratulaciones del prisionero Wilhelmshohe por haberlo conseguido, no se puede dudar de la duplicidad de los convenios, y de la trama encerrada en las operaciones con que han entretenido al mundo. No es la diléctica del observador que habla: hablan los mismos actores del gran drama.

Otros además han corroborado la verdad de lo que decimos; y son esos adalides de la revolucion, que por medio de la prensa libre dicen cuanto quieren, y cuando menos se percatan los mismos que les dan esa ancha licencia, publican sus manejos ocultos; sobre todo cuando llega un dia de gloria revolucionaria, por haber derrocado un trono, ó abatido una bandera ilustre, emblema de órden y de justicia. Demos por hipótesis que los altos contratantes entendiesen por fuerzas exteriores las que viniesen á atacar los dominios del Papa: demos tambien por cierto, que tuviese sentido genuino la frase que dice, que *la Italia no reclamará directa ó indirectamente contra la organizacion del ejercito pontificio, aun en el caso de que dicho ejército se componga exclusivamente de católicos extranjeros.* En este caso, preguntamos: ¿no ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia una reticencia oculta en esta última frase? ¿No habia la de no impedir la formacion de ese ejército, pero con la idea preconcebida de atacarlo y destruirlo, cuando llegase la ocasion oportuna? ¿No habia la de calificarlo de fuerza extranjera, opresora de la nacion, y tirana del pueblo? Si no habia todo esto encerrado en las palabras pomposas del convenio, no concebimos, ni concebirá nadie, cómo entraron en el patrimonio de san Pedro sesenta mil hombres, al mismo tiempo que se retiraban las tropas francesas. En ese dia se vió que, en la frase del convenio que dice: *la Italia se compromete á no atacar el territorio del Papa*, la palabra *no* estaba demás, y que en la siguiente, que habia de *impedir todo ataque de fuerza exterior*, faltaba la buena fe; pues excluyendo el ataque del exterior, ocultaba la proposicion de, *ménos el del Piamonte, que siendo Italia, no es exterior, sino interior:* además; llevaba oculta una calificacion de las tropas del Sumo Pontífice, que se traduce así: las tropas del Papa son de soldados extranjeros: estos soldados son una presion para el Papa, y una tiranía para el pueblo: la Italia se compromete á impedir todo ataque exterior: luego el Piamonte, que es Italia, debe atacar á esas tropas y destruirlas. Digamos para honor de la púrpura y de los cetros, que no encerraban esas ideas las sienes coronadas; pero, entre tanto, ahí están los órganos de la revolucion que publican toda esta hilaza del tegido de muchos años. En cuanto á los potentados que formaron el convenio, es muy sensible decir, que uno de esos altos contratantes se equivocó de una manera muy crasa cuando en Marzo de 1859, gritaba al pasar los Alpes con 200,000 hombres, que no iba á Italia á producir desórdenes, sino á afirmar el poder temporal del Papa; pues precisamente desde entonces, comenzó el desórden, se empezó á desmoronar el reino temporal del Sumo Pontífice, y al fin, se le ha reducido á cautiverio, consolándose con esta idea el aludido. En cuanto al segundo, nada hay que decir; pues él ha dicho bastante el 11 de octubre y el 31 de diciembre, en los palacios Pitti de Florencia y Quirinal de Roma.

Pero oigamos las cantos de victoria de la revolucion,

en los cuales, como hacian las poetas paganos con sus dogmas mitológicos, publican los revolucionarios casi sin saber que descubren sus tramas viles, cuanto estaba oculto entre las sombras de una política sacrílega. Casi se resiste la pluma á rasguear lo que vamos á escribir; pero son los cantares de la revolucion, embriagada en el triunfo de su fuerza brutal, y diremos llorando lo que ella entonaba con rugidos de satisfaccion. Era el dia 23 de setiembre, cuando un diario de Roma publicaba lo que sigue: "Urge que el poder militar resuelva definitivamente y pronto la cuestion de los mercenarios pontificios, cuya presencia armada en algunos puntos de la ciudad turba la paz pública, irrita los ánimos exasperados de los ciudadanos, y es una amenaza permanente á la seguridad del pueblo, y un fómite perenne de desórdenes. Los hechos dolorosos acontecidos ayer en el Transtiberino, en donde cuatro plebeyos fueron muertos por las descargas hechas por los infames gendarmes del Papa, prueban la necesidad de que esta chusma malvada, toda, entendámonos bien, extranjera ó indígena, sea desarmada en el acto. Sin tardanza debe desaparecer de la vista de un pueblo, que ha sufrido de ella crueldades y prepotencias indescriptibles; el cual por lo tanto tiene razon para encolerizarse con solo verla, tiene derecho para que desaparezca junto con el infame gobierno que la sostenia para mantener su poder execrado.(1)

Este razonamiento sin sombra de pudor no merece comentarios: solo si, añadiremos que á las pocas líneas el mismo papel revolucionario llama á los soldados del Papa "mercenarios que han oprimido y vilipendiado el país:" que seis dias despues gritaba otro revolucionario, que, "no se cediese ya en lo sucesivo á las presiones indignas que gentes extranjeras y malignas ejercian sobre el ánimo del Sumo Pontífice;" (2) y que en 9 de octubre el mismo revolucionario llamaba á los zuavos pontificios, entre los cuales habia príncipes y caballeros

(1) *Gazz. di Roma* 23 Sett., 1870, pág. 1, col. 2ª.
(2) *Id. el Popol.* 29 Settem. 1870, pág. 1ª, col. 2ª.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nobilísimos de todas las naciones, "hombres que tenian el mérito de hacer de contrabandistas." (1) Véase pues cómo se entendian las palabras de los convenios; lo que significaban las promesas de no atacar el patrimonio de san Pedro, y de no molestar á los que querian ir, como otros tantos cruzados, á defender al Padre comun de los fieles: véase cuantos dobleces encerraba la máxima de *no intervencion*, que en realidad no pasaba de ser una especie de pergamino elástico con una águila negra en medio, el cual se estendia enseñando al fiero volátil, significando *no intervencion*; y se encogia á su tiempo, no viéndose ya el ave de pico corbo, y decia *intervencion*.

Y lo mismo ha sucedido con la otra doctrina insidiosa, que empezó á volar por el mundo á los pocos meses de pronunciadas aquellas palabras celebérrimas, de no pasar los Alpes los 200,000 hombres á producir desórdenes, sino á librar al Papa de presiones extranjeras. Se dijo entonces, que el Papa podia vivir muy bien en el Vaticano, y el rey que fuese de Italia en el Quirinal, siendo cada cual gran rey y gran señor; lo cual en realidad no era otra cosa que propinar una especie de ópio á los reyes católicos, para que se adormeciesen; preparando una añagaza que alucinase aun á escritores célebres, que defendian con ardor la independencia del Sumo Pontífice; y derramar en todo el catolicismo cien gérmenes de cizaña, mezclados con algunos granos aparentes de buena semilla. Escusado es repetir lo que todos saben: para preparar el camino á la cohabitacion de los dos soberanos en la misma ciudad de Roma, se empezó á decir que era ya tiempo de que el Papa entrase en convenios con el liberalismo y se reconciliase con él; y que nada obstaba, á que estuviesen juntos, y mándose siempre, un rey que dá libertad de escribir á cada cual lo que quiera contra la fe revelada y contra las buenas costumbres, y otro que es el Vicario de Cristo, y tiene el estrictísimo deber de no permitir tal libertad y de reprobar cuanto sea contra la ley de Dios. La revolucion moderna ha creido que con palabras melosas iba

(3) *Gazzet. del Popol.* 4 Ottob. 1870, pág. 2ª, col. 1.

á desleir los principios de eterna duracion, y conseguir lo que el Espíritu Santo dice por el Apóstol, que no puede incorporarse: en su insensatez, ha tenido la pretension de que se diesen la mano Cristo y Belial, y se mezclasen la luz y las tieblas. No faltaron palabras falaces, proposiciones halagüeñas, ofrecimientos generosos, demostraciones de amor acendrado y de un respeto profundo al Vicario de Cristo. ¡Qué grandeza tan majestuosa iba á recordarle! ¡Qué consideraciones tan universales se le habian de tener! A creer á las voces sirénicas, se hubiera dicho que los príncipes de una casa real iban á darle la guardia; que un rey, dueño de doscientas ciudades y señor de veinte y cuatro millones de súbditos iba á ser nuevo Carlo-Magno, que seria escudero del Vicario de Cristo, arrodillándose, para que su rodilla le sirviese de estribo para montar á caballo. Sin embargo, estaba muy léjos de ser eso lo que la revolucion tenia en sus cálculos: aquí como en tadas sus cosas, la revolucion pronunciaba palabras dulces; pero todas eran dardos, como lo ha demostrado una experiencia dolorosa.

Pregúntese con sinceridad y respóndase sin pasion. ¿Habia en el corazon lo que se decia con los lábios? ¿Podria existir jamás esa union de dos soberanos, teniendo que condenar uno lo que mandaba el otro? ¿Podia tener el uno honor de soberano, independencia y libertad cuando él se veia sin fuerza, y el otro tenia ejército, artillería, satélites y gente de armas, que simularia dar la guardia al otro, y en realidad no haria sino rodearlo de prisiones? ¿En dónde se ha aprendido este modo de honrar á un soberano? ¡Qué! ¿se quiere hacer con el Santo Padre lo que practica el emperador del celeste imperio con los embajadores europeos, á cuyo séquito se le agregan veinte mandarines, simulando que se le rinde honor, siendo en realidad veinte espias que lo observan hasta en el pestañear, para sujetarlo con cadenas de oro? Esto se ha hecho con nuestro Santísimo Pontífice desde el 20 de setiembre; y todo ello es el desenvolvimiento de pensamientos que se cobijaban, como huevo de basilisco, bajo blando monton de arenas doradas. La entrada amis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tosa y filial de un rey, para vivir en frente del Vicario de Cristo, significaba lanzar primero contra él una granizada de proyectiles, aunque llegasen á su mismo aposento, y lo aplastasen entre sus ruinas, la cohabitacion pacífica significaba tenerlo prisionero: la armonia mútua, llenarlo de insultos, llamando infame á su gobierno, tiranos á sus consejeros, esbirros á sus nobles defensores, chusma á sus agentes de órden público, y verdugos á los jueces que en toda justicia sentenciaban á las penas merecidas á asesinos, incendiarios, conspiradores y aleves.

Bien claro ha publicado la revolucion en los dias de su triunfo lo que queria hacer con el Sumo Pontífice; confirmándolo ámpliamente con los hechos el gobierno del rey que estaba destinado en los consejos de la revolucion á ser su cólega de la ciudad santa. En cuanto á este, véase qué honor y qué consideraciones le guardó, tan pronto como el Padre comun de los fieles escribió una encíclica á los Obispos, manifestándoles las vejaciones que la revolucion armada y victoriosa cometia contra él: secuestros de todo papel público, que publicaba las Letras Apostólicas; amenazas á todos los fieles, y en especial á los sacerdotes que las leyesen; encausamiento criminal á todo Obispo que las participase á su clero; hé ahí el honor dispensado al santo rey de Roma, al Vicario de Cristo. En cuanto á los órganos de la revolucion, nada diremos, porque nos causan disgusto profundo los artículos nauseabundos, los dicterios indignos, y las diatribas infames, que han publicado con una connivencia criminal por parte de quien debia impedirlo. No queremos manchar la blanca tersura de estas páginas, donde creemos que defendemos la verdad, refiriendo las inepcias en la prensa sin freno; pero si explicarémos lo que la revolución pretendia hacer, desde hace largo tiempo, del Santo Padre, convirtiéndolo en súbdito del rey que tuviese su alcázar en el Esquilino, mientras se le relegaba á él á las faldas del Janículo,

El órgano de estos proyectos no es sospechoso, y podemos darle crédito cabal: una vez tomada Roma, no hubo ya óbice á que se dijese todo, pues estando en todo su vigor para el Santo Padre la nueva doctrina de los hechos consumados, se dá por seguro para los que profesan, que todo estaba hecho. Hé aquí pues lo que decia el *Times* de Lóndres: "El Papa reinará (?) en la ciudad leonina, ó sea en aquel angulo de Roma, que está comprendido entre el Tiber y los muros de la ciudad, y la quinta Barberini, y donde se encuentran una fortaleza, un palacio, una Iglesia y un hospital.....allí el Papa tendrá cien suizos, su coche de gala, sus libreas, en suma, toda la pompa y el acompañamiento del poder perdido. Todo esto parece justo; y en lo que atañe á las cosas temporales, la condicion del Papa será mejorada inmensamente por sus nuevas relaciones con el reino de Italia. Hasta ayer existió solamente por la voluntad de la Francia; desde hoy será independiente..... El Papa ganará igualmente en lo que toca á lo espiritual. Sin duda el principio debera luchar contra los hechos indestructibles. Roma no es ahora, sino un nido de sacerdotes, la raíz de todas las órdenes monásticas, la ciudadela de las leyes y de los privilegios eclesiásticos. El Papa aborrece el libre exámen, vé con malos ojos la instruccion: todo esto ha de mudarse. Pero ganará en influencia universal lo que pierda en autoridad local. El Papa vendrá á pactos con el mundo, se reconciliará con el siglo. En Roma aprenderá lo que se entiende por la Iglesia libre en el Estado libre. Tendrá que tolerar escuelas á la vista de San Pedro, diarios á las puertas del Vaticano. Deberá contentarse con gobernar en Roma la Iglesia, como si fuese en Francia, en Inglaterra, en la Bélgica y en los estados-Unidos; defendiéndose de sus adversarios con armas iguales, pasando por el crisol de la discusion libre, fundando su poder sobre la persuasion espontánea, su autoridad sobre la influencia moral. La Iglesia será ménos romana, pero mucho más católica." (1)

Nadie necesita de que se le presenten comentarios sobre estas palabras: están claros los designios de la revolucion, y son los mismos del judaismo, del paganismo y

(1) *Gazzet del. Popol.* Roma 23 Settemb. 1870. núm. 9. pág. 1, col, 3ª

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del liberalismo moderno. Todo lo que la revolucion quiere que sea el Sumo Pontífice, lo ha sido ya, y cuanto quiere que aprenda, lo tiene muy aprendido. Aquel á quien representa, que es rey de cielos y tierra, le enseñó lo que podian ser sus Vicarios, cuando cubierto de un retazo de púrpura desteñida, coronado de espinas, y con una caña hueca veia los desprecios y los insultos que le dirijian los revolucionarios de la Judea; arrodillándose ante él, dándole cañazos y diciéndole *Dios te salve rey de los judíos.* (1) Tambien han aprendido los Papas en sns santos predecesores de los tres primeros siglos, á gobernar la Iglesia en Roma en medio de persecuciones, y dando su vida por la fe. Pero los revolucionarios modernos, no solo son los imitadores de los irrisores de Cristo, sino que quisieron ser algo más malos que aquellos; pues siquiera los judíos creian en algo que venia de muy atrás, de su padre Abraham, y no necesitaban de argumentos humanos para creer que Dios habia hablado á su gran padre: estos no; estos quieren que la autoridad del Papa proceda de la persuasion del pueblo, no de la veracidad intrínseca de la verdad, no de la infalibilidad de la autoridad del Sumo Pontífice y de la Iglesia católica. Dá náuseas oir tanta necedad.

Hoy dia por tanto, ya no es un misterio el pensamiento oculto de la revolucion en tantas operaciones indefinibles como ejecutaba: fingia que queria dar al Papa una dignidad régia, pero su verdadero propósito era colocar sobre sus hombros un retazo de púrpura desechada, para reirse delante de él con felonía y sarcasmo, diciéndole: ahí tienes en lo que ha parado tu pretendida autoridad: Dios te salve rey de Roma: ahí tienes en lo que han parado tus protestas contra los derechos del pueblo á constituirse: el pueblo te ha depuesto de tu trono: Dios te salve, rey sin reino. Diremos pues sin rebozo y sin temor, al cerrar este corolario, que todas esas insignes mentiras sociales y políticas de la revolucion modernísima, del derecho que se le quiere suponer en los pueblos para constituirse, y del respeto social y político á

(1) Ioan. cap. XIX, v. 3.

los hechos consumados, acompañadas de las otras dos tan ampulosas como impías, de no intervencion en los negocios que atañen al órden de la sociedad, y de engrandecer el reinado espiritual del Papa, dándole por defensor á un cólega real que viva en frente de su augusta morada para dispensarle proteccion y honores, no tenian en último resultado màs que un fin, y era el de reducir al Vicario de Cristo á la simple categoría de uno de tantos Obispos, que tienen que vivir en reinos donde los doctrinarios los atan con cadenas de oro, y los revolucionarios manifiestos con grillos y esposas de hierro.

Pero, antes de concluir, debemos poner correctivo á dos equivocaciones bastante garrafales, aunque creemos que sean muy intencionadas, en que incurre el autor del suelto del *Times*, copiado con tanta alegría por el diario romano. Dice aquel, que el "poder del Papa existia hasta ahora por la voluntad de la Francia." esta asercion es un insulto á Dios, que es quien dá el reino á quien quiere y como quiere; y examinando las cosas á lo humano, supone en el autor una ignorancia crasísima de la historia de la civilizacion moderna. Porque, bien podia haber leido lo pasado en siglos de corta y larga distancia, y hubiera visto que si en Francia hubo Pipinos y Carlo-Magnos, que abiertamente y con sus armas defendieron á los Papas de sus enemigos, tambien ha habido en tiempos antiguos y modernos, y modernísimos, quienes han minado con maniobras reprobadas no solo su poder temporal, sino el derecho divino de su magisterio universal. Y, digámoslo rindiendo justicia á la Francia como pueblo católico: era todo esto contra su voluntad; y si el muy heróico clero de esa nacion no podia ir de frente contra un cesarismo que se empeñaba en que todo se plegase á su capricho, á su astucia, á su violenta arbitrariedad, detestaba en su corazon todos esos conatos contra la Santa Sede; y baste como prueba irrefragable lo ocurrido en la célebre asamblea de 1862, á la cual solo concurrieron treinta y dos Obispos, buscados y rebuscados entre los que se introducian en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los salones régios, y llamados de *Real órden* á oir simplemente un decreto régio, y poner despues su firma. Y ¿qué eran esos treinta y dos entre ciento sesenta prelados? Nada: y aunque fuesen algo, nunca expresaban la voluntad de la Iglesia de las Galias. Y contrayéndonos á actualidades, tampoco es cierto que existiese el poder del Papa, porque lo queria la Francia; y si queremos dar alguna causalidad en este punto á los hombres tenemos que decir, que existia, porque lo querian todas las naciones, hasta la del Sultán; porque lo quiere Austria, Alemania, Inglaterra, España, Bélgica, Portugal y hasta el Egipto; no habiendo quien no lo quisiese, sino unos cuantos hombres muy señalados, unos para seguir tradiciones de familia, y consumar con maniobras maquiavélicas lo que sus ascendientes no pudieron lograr con rapacidades violentas; y otros, para engrandecerse contra todo principio de derecho. Lo querian todos los demàs, no para que su voluntad produjese un acto constitutivo del derecho, pues este existia; sino por cuanto los unos, como católicos, respetaban el derecho legítimo, con que el Papa es rey temporal, y el divino, por el cual es Maestro universal de la fe y la doctrina que debe enseñar con absoluta independencia de todo poder humano: y los otros, aunque herejes, ó cismáticos, ó infieles, no podian, ni pueden permitir, que un soberano sea depuesto de su reino por la fuerza púramente brutal de otro, ó por que se diga que el pueblo tiene derecho á constituirse á su gusto, pues comprenden que, una vez admitidos esos principios, sus tronos han de volar por los aires, si no es mañana, al otro dia. Hé aquí el círculo de esa voluntad de la Francia, y de los demás pueblos, esa es su única accion: por lo demás, sépanlo todos los revolucionarios de la tierra, el Papa es rey, por la voluntad de Dios; y el dia en que él quiera que las naciones se levanten para ejecutar sus designios, esta voluntad de los pueblos se volverá de accion, cubriéndose con el yelmo, embrazando la espada, y moviendo arietes é instrumentos de guerra, para restablecer el derecho. Las tempestades de la revolucion contra el Vicario de Cristo, son huracanes de un dia.

Otra equivocacion padece el escritor del *Times* de Lóndres, al decir que el Papa se contentará con gobernar la Iglesia como otro cualquier Obispo gobierna su Diócesis en Francia, en Inglaterra, en Bélgica y en los Estados-Unidos. Bien podia saber ese escritor, que hay una diferencia notabilísima entre ser Obispo en los Estados-Unidos, y en Inglaterra, y en Bélgica, á serlo en otros paises que se llaman católicos. ¿No está viendo ahora mismo, que en esos tres pueblos se forman reuniones de veinte mil, de treinta y de cincuenta mil personas, las cuales se reunen á una simple invitacion de su Obispo, y protestan todos contra la revolucion usurpadora del derecho ageno? ¿No sabe que publican pastorales para instruir á sus fieles, que les leen las Letras y los Mandatos Apostólicos, sin que los gobiernos se ingieran, ni poco, ni mucho, en su contenido? ¿No sabe que instituyen uniones pías, con el fin de recaudar limosnas para el Sumo Pontífice despojado, y que ordenan rogativas para implorar los auxilios del cielo? Esto es público: y nosotros podemos decir á ese escritor, que hemos viajado por el Indostán, el Egipto, y los Estados-Unidos; y hemos visto la libertad é independencia con que los Obispos gobiernan sus Vicariatos Apostólicos ó sus Diócesis, sin que reciban la menor molestia de los gobiernos musulmanes: que tenemos amigos de infancia, que viven hace treinta años, en la Mesopotamia, en la Turquía y en la Armenia; sin haber sufrido la mas leve oposicion por parte de las autoridades civiles; y que conocemos á varios Prelados del imperio otomano, quienes nos han asegurado que el gobierno del sultán les guarda toda clase de consideraciones, llamándolos al consejo de la ciudad donde habitan, cuando se presentan negocios de interés general, y honrándolos con condecoraciones segun es la dignidad jerárgica de cada cual. Entre tanto, ¡ay del Obispo que en ciertas naciones intentase promover la reunion de una asamblea de fieles; ni aun de un simple Sinodo de sacerdotes, ó leyese á aquellos una Constitucion Apostólica, sin licencia del gobierno! Eso puede hacerlo en Inglaterra, en Alemania, Bélgica y los Estados-Unidos, por lo que dire-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos luego: en otras partes se expondrían, á que el fiscal del gobierno tachase la asamblea de atentado contra las prerogativas del Estado, y pidiese que se formase al Obispo causa criminal, como á perturbador del órden público. Y por cierto, podemos probar esto con cien y cien casos ocurridos; pero nos contentarémos con referir uno, del cual tenemos ciencia cierta, ocurrido hace pocos años.

En 1894 salió á luz el *Syllabus*, ó Elenco de errores que la Santa Sede Apostólica condenaba, acompañado de la Encíclica *Quanta cura* de nuestro santísimo Padre. Publicáronla todos los papeles públicos comentándola tambien á su manera los revolucionarios. Habia entre tanto en cierta diócesis sita en un pueblo llamado católico, y muy católico, un periódico quincenal, religioso-literario, que pasaba por ser una efemérides episcopal; y ese tambien, usando del derecho comun, reprodujo la Encíclica y el *Syllabus*. Véase ahora lo que ocurrió; y será una prueba convincente de lo libres que son los Obispos en los pueblos gobernados por las doctrinas, ó lo que es lo mismo, por los llamados católicos-liberales. A los pocos dias el fiscal del gobierno presentó la acusacion formal contra el enorme crímen de haberse publicado una Constitucion del romano Pontífice sin el previo *Exequatur*; pidiendo la supresion del periódico, una multa de cuarenta mil reales á la redaccion, y además, ¡oh! causa espanto lo que vamos á decir: y además, que el número que contenian las Letras Apostólicas, fuese quemado en la plaza pública por el ministro ejecutor de la justicia. Preguntamos ahora: ¿y por qué no se pidió lo mismo, y algo más, contra los diarios revolucionarios, lo mismo, contra otros periódicos? ¿por qué no se pidió por la misma publicacion, y por haber tratado con irreverencia al Maestro de la Iglesia católica, al Obispo universal de esta Iglesia? La monstruosidad es tan grande, que no hay para que señalarla con el dedo. Pero debemos decir en honor de la alta magistratura, pues así como se nos ha informado de la acusacion, se nos ha instruido de la repulsion de la demanda, que por dos veces el tribunal desestimó la acusacion fiscal. Entre tanto, todo esto son hechos prácticos.

Se ha equivocado por tanto con demasía el autor del suelto del *Times*, en la apreciacion que forma de los hechos en general, y muy en especial, en lo que se dice sobre que el Papa aprenderá por experiencia, lo que es *la Iglesia libre en el Estado libre*. Una vez, dice, despojado el Papa de su poder temporal, tendrá que contentarse con gobernar la Iglesia, como otro cualquier Obispo de Inglaterra, Bélgica, y los Estados-Unidos. Esta manera de ver las cosas es muy inadecuada y muy poco lógica: debia haberse dicho, que aprenderia y se contentaría con gobernar la Iglesia como otro cualquier Obispo del Piamonte, y de otros gobiernos doctrinarios ó católico-liberales. El nuevo adagio de *Iglesia libre en Estado libre*, suena lo mismo en todas partes; pero no tiene en todas ellas la misma significacion. En Inglaterra, Bélgica, Alemania y Estados-Unidos, donde el catolicismo ha ido creciendo de una manera admirable, habiendo adquirido una gran preponderancia, por efecto de haber vuelto al seno de la Iglesia católica personajes de alta consideracion, ó de haberse conservado en su seno á pesar de las persecuciones de tres siglos: en esos países en que muchos senadores, grandes literatos y oradores eminentes, han combatido por largos años en las tribunas nacionales, en la prensa y por ante los gobiernos, contra la contradiccion palpable de los mismos gobiernos que permitian todo culto ménos el católico, siendo así que su constitucion fundamental en el órden religioso, se fundaba en el libre exámen, concedido á todos, y solo negado á los católicos, á quienes se les prohibia en el hecho de negarles el poder profesar su religion: en esos pueblos, por fin, donde por efecto de su misma constitucion civil los católicos, á fuerza de constancia y de paciencia, han hecho á los gobiernos la forzosa de, ó abolir la ley fundamental de la libertad de conciencia, ó declarar que esa ley era para todos, fuesen católicos ó no católicos, el axioma publicado por la revolucion del Piamonte, de *Iglesia libre en Estado libre*, tiene una significacion genuina; y puede decirse de ella que las palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

valen tanto cuanto suenan: La Iglesia es libre, y el Estado es libre.

Esa libertad de la Iglesia es una conquista de la verdad; de la verdad cuya lógica es irresistible. Pues ¡qué! ¿podia durar una persecucion, que no se diferenciaba, sino en ciertas exterioridades de la de los tres primeros siglos de la Iglesia? ¿Podia continuar vigente una ley, que privaba de los derechos civiles al católico, por solo serlo, en una época en la cual solo se habla de los derechos del hombre? Pues bien; el tiempo, la paciencia, la oratoria católica y el buen sentido han ido encerrando á los gobiernos de esos pueblos en un dilema más invencible que un muro de bronce, redondo como el círculo, y alto como el cedro de cien años: el dilema es este: ó declarar que los católicos tienen derecho á usar del derecho que la ley concede á todo hombre, ó declarar solemne y legalmente, que los católicos son indivíduos de la especie humana, que no son hombres. La verdad triunfó de la opresion producida por la mentira. Allí los Obispos gozan de una libertad verdaderamente apostólica: allí viven estos, y se mantiene el culto de Dios en la parte exterior con las donaciones de los fieles; advirtiéndose la circunstancia notabilísima, de ser tanto más generosos aquellos, cuanto más libres son en el ejercicio de su religion, y más libres ven á sus Obispos de las influencias de los gobiernos.

Pero está léjos de ser así en los paises llamados católicos, donde reinan las instituciones doctrinarias; y sean estas como fueren, el resultado para la Iglesia es siempre el mismo. Allí el nuevo axioma de *Iglesia libre en el Estado libre*, no significa lo mismo que en otras partes: vístanse como quieran los hombres de las doctrinas modernas: ora cubran sus hombros con largo manto, recamado con orlas farisáicas, donde se ostentan palabras altisonantes de la ley de Dios, que miran con la mayor indiferencia; ora tengan algunas palabras buenas, en las cuales protesten de su amor y respeto á los sucesores de los Apóstoles; el caso es que unas veces con maneras muy suaves, otras, con insinuaciones muy severas, y otras, con órdenes apremiantes, se rodea á los Obispos

de cadenas para que no se muevan, de grillos para que no anden, de esposas para que no accionen, y hasta se les quiere poner una mordaza para que no puedan hablar. En esos países esa frase tan altisonante, de *Iglesia libre en Estado libre*, significa en toda verdad, *Iglesia esclava en Estado tirano*.

Los hechos confirman nuestra asercion. ¿No se sabe que hay gobiernos que quieren intervenir hasta en el nombramiento de sacristan para una ermita, y que, con pretesto de concesiones imaginarias, se ingieren hasta en nombrar sacerdotes para cura de almas, sin contar con los Obispos? ¿No los hay que se dan el pomposo renombre de conservadores de la moral religiosa de los pueblos, que asumen delegaciones apostólicas para sostener la pureza del culto; introduciéndose en el santuario para mandar con plena autoridad; pretendiendo que los Obispos acaten una potestad que no existe; y arrogándose la de dirijir órdenes á los sacerdotes púramente espirituales, como si estos no tuviesen al que pone el Espíritu Santo, para que gobierne su Iglesia? Ciertamente, ni en Turquía, ni en los países mencionados por el escritor del *Times*, se sabe que ocurran esos ú otros desafueros. Allá, en la China y en el Tonkuin, se sabe que de vez en cuando sufren el martirio algunos Obispos y sacerdotes, pero el martirio dado por los idólatras, no es tan malo para los fieles y para la Iglesia, como esa esclavitud, á que la revolucion moderna de los países católicos pretende reducir á los Obispos y á los sacerdotes.

Aquí, despues de echarse la nueva base social de los derechos del hombre, de la libertad del indivíduo, y de la inviolabilidad del pensamiento, se permite que se introduzcan las sectas de perdicion, y que los hombres de malas doctrinas trafiquen con ellas á su libérrimo arbitrio con detrimento de las almas; pero, apénas levanta su voz el Sacerdote contra el error, se vé que la ley no es ley, pues no es universal en sus efectos. Y en realidad, un gobierno llamado. católico, publica una Constitucion civil atea, en la cual autoriza la existencia legal de todas las religiones falsas; en su consecuencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el hebreo levanta su sinagoga, el cismático y el hereje sus templos, y hasta el turco su mezquita; y dentro de sus muros cada cual ora, reza y dá su culto segun le agrada, sin que el poder civil se ingiera en nada de cuanto practican los ministros y sus correligionarios. ¿Se observa la misma conducta con los Obispos y Sacerdotes católicos? Hé ahí la ley, que deja de ser ley: favorece á toda religion, ménos á la única que es verdadera: permite toda asociacion, ménos las de los que quieren profesar la perfeccion evangélica: tolera todos los actos de los sacerdotes falsos en sus edificios, llamados templos, y hasta en los clubs de los iluminados y francmasones, y solo se persigue al Sacerdote verdadero: así repetimos, ese axioma, de *Iglesia libre en Estado libre*, significa: *Iglesia esclava en Estado tirano*. (1)

Véase lo que está pasando en Italia con los Obispos, condenados á prision y á pagar miles de liras, por haber leido las Letras apostólicas: véase lo acaecido últimamente con la Encíclica de 1º de noviembre, que ha dado ocasion al presente opúsculo: véase lo que está pasando en otros países católicos; compárese con lo que acontece en las regiones del islam, y en reinos poderosos donde domina el protestantismo, (2) y se comprenderá

(1) Conocemos una diócesis católica en país donde hay libertad de cultos, cuyo Obispo mandó no ha mucho que se hiciesen oraciones públicas en las parroquias, y se pidiese á los fieles, al practicarse el ejercicio de religion, una limosna para el Dinero de san Pedro. Pues bien; en ausencia del Obispo, un gobernador civil mandó extraer de la cámara episcopal la circular del Prelado, y prohibió su ejecucion. Sabemos tambien que un Obispo envió desde Roma una simple Pastoral á sus fieles, explicándoles el dogma de la Infalibilidad de la Cabeza visible de la Iglesia, definida por el Concilio Vaticano, y que fué entredicha su lectura, dándose órden al gobernador eclesiástico por el civil, para que en lo sucesivo no se leyese ninguna Pastoral del Prelado, sin darle antes cuenta. Por supuesto que los que hacen eso se llaman, no ya católicos, sino hasta funcionarios apostólicos.

(2) Precisamente al escribir esta página, hemos leido una carta de un señor Obispo de Prusia, en la cual dice lo siguiente: "En Prusia gozan de libertad perfecta los Obispos y las congregaciones religiosas, inclusos los jesuitas; y las fundaciones de congregaciones, así de hombres como de mujeres, se hacen sin ningun obstáculo, y puede poseer y administrar. La ley no exime á los clérigos del servicio de las armas; pero el Obispo puede hacer que se declare exento al que le plazca. Los

que en punto á libertad é independencia para gobernar su Diócesis y enseñar á los fieles, ganan en muchos grados los Obispos que viven entre infieles, y en muchos países protestantes, á los que lo son en naciones católicas. A tal estado ha intentado reducir la revolucion al Vicario de Cristo. ¡Insensata! Hay escritas dos palabras, que dicen *non praevalebunt*; y estas palabras se han de cumplir.

COROLARIO SEGUNDO.

Despues de haber descubierto las malas artes que ha empleado la revolucion, para consumar el gran atentado de despojar al Sumo Pontífice del principado que Dios le ha dado, no es justo que se deje sin respuesta á quien preguntáre por el orígen de tanta trama amasada con mentiras. El hombre propende por naturaleza al a-

Cabildos eligen sus Obispos, y el gobierno colma de honores y consideraciones á los electos; el juramento del Clero se reduce á una visita amistosa del nuevo obispo al rey, que lo recibe á solas y á puerta cerrada Nótase una especial predileccion del gobierno prusiano hacia las poblaciones católicas de Westfalia, y de los países del Rhin. En Berlin mismo, confia el gobierno la direccion religiosa y una parte de la administracion á los católicos más decididos y más instruidos de aquellas provincias. En cuanto puede rozarse con la Iglesia, nada hace ni emprende, sin pedir antes consejo, exigiendo que se le diga lo que es hacedero, y lo que no lo es: de esta suerte, consultados los católicos más influyentes de Berlin, más de una vez han evitado medidas odiosas, y obtenido decisiones muy útiles para la Iglesia. En una palabra, la Iglesia se halla en Prusia en una situacion por muchos títulos muy preferible á la que han creado los gobiernos en otras partes de Europa." *Pensamiento Español*, 23 de Enero de 1871, pág. 1ª, col. 5ª) Dejamos á cada uno el cuidado de formar comentarios sobre este escrito sobre todo, comparando cosas de actualidad que abundan por desgracia.

mor de la verdad: y no se concibe cómo se entrega al intrineado laberinto de un tejide de falsedades, ni cómo pasa tantos años teniendo la habilidad de engañar á muchos. Mejor dicho, se comprende esto muy bien, observando que hay hombres que se entregan, atados de piés y manos, á la malicia de su propio corazon, y no tienen mas guia de sus operaciones, que la razon tenebrosa de su entendimiento entregado al indiferentismo, á la incredulidad ó á la negacion de la verdad. Quien emprende una vez esa marcha, con ánimo decidido de no declinar á derecha ni izquierda, no hay que preguntar por qué se hace esclavo de la mentira; sirve á la iniquidad que es una negacion de la rectitud, sirve á la mentira que es otra negacion, la negacion de la verdad; y claro es, como nos lo enseña nuestro divino Maestro, que *todo el que hace pecado siervo es del pecado.* (1)

Pero vamos á dar un paso mas en investigar el orígen de esas falsedades sociales, que se han inventado para destruir las obras de Dios, tan patentes en cuanto pertenece al Sumo Pontífice; y este paso ha de ser el decisivo, y el que nos dé la clave para descubrir el principio de tanta malignidad. Hay que subir algo mas que al hombre; pues si bien él es el instrumento de la publicacion de la mentira, no es su padre. Nuestros lectores habrán visto que desde el principio hemos ido como siguiendo los pasos á un agente oculto, que se ha ido insinuando en los consejos de los ambiciosos, para preparar por medio de ellos las armas, y levantar las huestes, con el fin de protestar abiertamente contra la verdad, y atacar en todas direcciones á quien tiene en su sagrada personalidad la representacion de Dios en la tierra. Pues bien: ese es el autor de tanta mentira: ese el que procura aposentarse en los entendimientos y corazones de los políticos poco escrupulosos, mal habidos con el órden establecido por Dios para el bien de la sociedad, y anhelosos por tener á los reyes y príncipes atados al ominoso cabestro de su voluntad perversa. Repetimos lo que ya hemos dicho: los hombres que nacen reyes, parece

(1) Jo., cap. VIII, v. 34.

que por lo mismo que han visto la primera luz entre grandezas, son naturalmente bondadosos y amantes de la rectitud; pero, si tienen la desgracia de rodearse mas tarde de consejeros pérfidos; suelen ser como la cera, que recibe con facilidad todo sello que se la quiera imprimir. De consejeros ambiciosos, impíos, y que no miran á lo lícito ó ilícito de los medios, se forman muy hacederamente príncipes usurpadores, sacrílegos y amantes de la fuerza brutal, para llegar á obtener lo que desean. Es una especie de aborto moral, que de la pedagogía de un Séneca salga un mónstruo como Nerón; pero es una consecuencia casi necesaria, que un rey rodeado de consejeros sin fe, sin piedad y sin amor á la justicia, decaiga de su bondad primera, se vuelva lo que son sus consejeros, y se entregue á todo lo malo, aunque vaya en ello la pérdida de su vida y de su reino. Siempre hemos creido que un rey para ser grande y pío tiene mas necesidad de la rectitud de corazon, que de la sabiduría en el entendimiento, pues los consejeros suplen esta, y no aquella; pero, si en estos no hay rectitud de corazon, ni amor de la verdad, por recto que sea el corazon del rey, al fin se extravía.

Es esta materia demasiado delicada, para que hablemos de ella por autoridad propia, pues aunque tengamos nuestras convicciones, no nos fiamos de nuestro juicio; pero damos gracias á Dios, al ver que encontramos consignados en los libros santos lo que hemos dicho. Dícenos el Espíritu Santo, que *la ciencia del sábio abundará como una inundacion, y que su consejo permanece como fuente de vida;* (1) y además nosasegura, que así como *un emparrillado de madera bien enlazado no se mueve jamás del cimiento de un edeficio, tambien el corazon se confirma en los pensamientos del consejo.* (2) Así mismo nos dice el Espíritu Santo, que *la misericordia y la verdad guardan al rey,* (3) que es propio *de su gloria el examinar é investigar los negocios,* (4) y que basta que haya sinceri-

(1) Eccli., cap. XXI, v. 16.
(2) Ibid,, cap. XXII v. 19.
(3) Prov., cap. XX. v, 28,
(4) Ibid., cap. XXV, v. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad y justicia en el rey, para que su trono se consolide. (1) No lo dude nadie: los buenos consejeros son, para los gobernantes, los bastiones que defienden una fortaleza, y preservan su plaza interior del peligro de ser demolida; pero los consejeros malos son la mina latente en los cimientos de una casa, que salta cuando ménos se piensa. Estamos asistiendo, hace cien años, á los tristes funerales de grandes monarquías, cuya desaparicion se debe en lo general á los doctrinarios, quienes han tenido á los reyes, como magnetizados en una atmósfera de mentiras paliadas con mil sofismas; no siendo el menor de ellos ni el menos peligroso, el que inventaba atribuciones de poder que los reyes no tienen, para intervenir en asuntos que les están vedados. Y ¿qué es lo que han encontrado los reyes al fin? Su ruina.

Admirable es el ejemplo que nos refieren sobre este particular los libros sagrados, en lo que aconteció al hijo de Salomón. Habiéndosele presentado todo el pueblo, al ir á proclamarlo rey, pidiéndole que rebajase las gabelas que su padre les habia impuesto, no quiso, en su aturdimiento, seguir el consejo de los ancianos sábios y experimentados, sino el de los que habian sido sus compañeros de juventud, quienes, siendo mozos como él, le aconsejaron que tratase al pueblo sin consideracion, y le contestase que, *si su padre los había azotado con varas, él los heriría con gárfios de hierro.* (2) Triste fué el resultado para Roboam, pues perdió diez partes de su reino. Otros muchos ejemplos tenemos en la historia santa, de lo perjudiciales que son para los gobernantes los malos consejeros; pero no es del caso referirlos, ni es este el objeto directo de este corolario. Deseamos descubrir la procedencia genética de los fraudes, con que se ha ido engañando á los reyes y á los pueblos, introduciendo en la sociedad esas doctrinas del nuevo derecho; y precisamente encontramos tambien en las sagradas Escrituras el verdadero génesis de todas esas mentiras. Algo larga es la narracion; pero en obsequio de

(1) Prov., cap. XXV, v. 5.

(2) III. Reg., cap. XII, v. 11.

materia tan interesante, bien puede consagrársele un buen espacio de tiempo: vamos pues á referir una historia muy antigua, pero que parece que está palpitando en este siglo de tamañas falsedades.

Sabido es lo que ocurrió entre el rey Acab y uno de sus súbditos en el campo de Jezrahel, y hemos dicho ya el modo brutal con que aquel se apoderó de la viña de este. Pues bien: Dios habia decretado que el rey usurpador muriese desgraciadamente en castigo de ese crímen, y de otros muchos cometidos contra la religion. Aquí es donde empieza una de esas magníficas epopeyas, que son tan frecuentes en las visiones de los profetas, y mucho más en las relaciones que hacian á los reyes y á los pueblos de los decretos del cielo. En ocasion de tener que salir á una guerra, convidó el rey impío al santo monarca de Judá y Benjamin, Josafat, á que le auxiliase con sus tropas y su presencia para ganar la victoria: accedió este gustoso á la demanda, pero con la condicion de consultar antes al Señor para saber su voluntad. Y en efecto, Acab reunió nada ménos que cuatrocientos consejeros, quienes puestos en presencia de ambos reyes, anunciaban al primero rectitud en sus acciones, justicia en sus obras, prosperidad en sus movimientos, y victoria en sus combates. Ni faltaron allí las simulaciones y la hipocresía; uno de estos consejeros, adoptando los modales y las palabras que, alguna vez mandaba Dios á sus profetas que empleasen para persuadir á aquel pueblo, amante de parábolas y de tipos, que decian la verdad, cuando presagiaban ciertos acontecimientos, mandó traer dos astas de buey hechas de hierro, y poniéndoselas en la frente, iba con paso veloz por delante de los reyes sentados en sus sólios, y gritando así: *esto dice el Señor; así, así has de echar tú á volar la Siria, ¡oh rey de Israel!* (1)

Otro tanto decian todos los consejeros; pero nada de esto satisfacia al santo rey Josafat: queria consejos sanos, procedentes de consejeros buenos; y para obtenerlos, preguntó á Acab, si no habria por el país algun pro-

(1) III. Reg., cap. XXII, v. 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

feta verdadero del Señor. *Uno ha quedado,* le contestó su colega; *pero lo detesto, porqueno me anuncia cosas buenas, sino malas.....¡Oh! No hables así ¡oh rey!* le contestó Josafat: *haz que venga aquí;* y al poco llegó el profeta Micheas. Grande y sublime estuvo este profeta en presencia de los reyes: preguntado por el de Israel, si podia salir á la guerra ó no, respondió que sí, que saliese, pues el Señor pondria en sus manos la ciudad enemiga. Pero debió el profeta emplear tales modales, y hablar en tal acento de voz, que el rey comprendió, que su respuesta era una ironía; en vista de lo cual, le impuso un mandato solemne, de que le dijese simple y llanamente lo que Dios le hubiese inspirado. Díjole el profeta, enardecióse el rey, quejándose de un consejero, que jamás le auguraba cosa buena; y entonces este, levantó su voz, habló al pueblo congregado, y á los reyes, diciendo así: *oiga el rey mis palabras: he visto al Señor sentado en su trono, y á todo el ejército del cielo, asistiéndole á derecha é izquierda. Y dijo el Señor: ¿quién engañará á Acab, rey de Israel, para que salga á la guerra y muera allí? Y uno dió un parecer, y otro, otro. Pero salió el espíritu,* (malo), *y presentóse delante del Señor, y dijo: yo engañare á Acab: y ¿cómo lo engañarás, le dijo el Señor? A lo cual contestó; yo saldré, y seré un espíritu de mentira en los lábios de sus profetas. Y el Señor le dijo: así es, engañarás y prevalecerás: vé y hazlo: Y ahora ¡oh rey! hé ahí que el Señor ha dado el espíritu de la mentira en la boca de todos sus profetas que estan aquí, siendo así, que Dios ha decretado tu exterminio.* (1)

Hé ahí el espectáculo grandioso de este santo consejero, diciendo sin temor la verdad á los reyes, formando contraste con el rídiculo de tantos cortesanos, que no querian que el profeta dijese al rey Acab, sino cosas halagüeñas, No hay para que referir que el rey salió á la batalla por consejo de sus indignos cortesanos, que se despojó de su manto real llevando el traje de soldado, y dejando que Josafat fuese al combate con púrpura y corona, para que lo viesen los asirios, y cargasen sobre él, creyendo que era el rey de Israel: ni es preciso referir, que cuando habian cesado los ataques de ambas partes, cierto soldado despidió una saeta hácia los aires, que fué derecha al corazon de Acab, que este murió en el mismo campo de Jezrahel, y que allí mismo, donde habia derramado la sangre inocente de Naboth, lamieron los perros la suya, segun lo habia anunciado Elías de órden de Dios. (1) De todo esto nos abstenemos, porque no pasa de ser un simple ornamento del discurso; pero está descubierta la verdad que deseábamos hallar. El autor de tanta mentira, inventada para engañar á los pueblos en la época presente, es el mismo que los ha alucinado en las pasadas; es el espíritu malo, de quien diremos lo que hemos dicho de la revolucion: ¡Insensato! En su obstinacion no puede persuadirse, de que es impotente para destruir lo que Dios ha edificado: así combate sin cesar, para oprimir al Vicario de Cristo, ora sembrando iras y altaneria en los corazones de los potentados contra el que tiene una potestad que los domina, no queriendo estos comprender, que este dominio es todo de amor y de suavísima paternidad; ora inspirando á sus consejeros máximas impías y anti-sociales; ora concitando las pasiones brutales de los pueblos, para que rompan el lazo de caridad, con que Dios quiere que estén unidos al que no quiere de ellos ni riquezas ni sudores, sino su felicidad temporal y eterna. ¡Insensato! repetimos: despues de diez y nueve siglos, aun no ha podido entender, que de él y para él hablaba Jesucristo, cuando dijo: *non praevalebunt: no prevalecerán.* (2)

Vean, pues, nuestros lectores quién es el autor de esos nuevos axiomas de política. El espíritu malo es el primero que alegó de su rebelion contra Dios el derecho de constituirse á su gusto perverso: quiso erigirse en monarca independiente, no obedeciendo á Dios: y ¿qué cosa hubiera sido más grata á su corazon maligno que la de establecer tambien el derecho de los hechos consumados? ¿Qué otra más halagüeña, que encontrar-

(1) III. Reg., cap. XXII vv. 19 á 23.

(1) III. Reg., cap. XXII v. 38.

(2) Mat., cap. XVI. v. 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se en posesion pacífica, sin que ninguno de sus iguales en el principado que Dios le habia dado, interviniese contra sus pretensiones orgullosas? Hubo, al contrario, en el acto, la intervencion armada de un príncipe fiel contra otro apóstata á la bandera que tenia por lema, *¿quién como yó?*, opuso Miguel otra que decia *¿quién como Dios?* y dióse en el cielo gran batalla, cayendo el dragon en el abismo, y afirmándose la paz en el empíreo. El es tambien el que derriba del trono á los monarcas que siguen los malos consejos. ¿No vemos lo que se atrevió á hacer con el rey de los reyes? ¿No le presentó las grandezas de todas las monarquías, sus riquezas, sus glorias, y sus vanidades? Y ¿por qué hizo todo esto, sino porque sospechaba que habia encerrada en Jesucristo una dignidad sublime, y mayor que la de todos los reyes? Deseó saberlo con toda certeza; le ofreció engrandecerlo, extender sus dominios, darle muchos súbditos, y proporcionarle cuanto puede desear la ambicion, y apetecer la codicia; pero ¿para qué?, para derribarlo: *todo esto te lo daré*, le dijo: *si cayendo á tierra me adoras.* (1) Desengáñense los reyes, que siguen las máximas de la revolucion: el demonio es quien las inspira, para arrojarlos de sus tronos; pues él no paga los servicios que se le prestan, sino con azotes y tiranías.

Insensatos son, por tanto, los que han atentado contra los derechos del Sumo Pontífice, adoptando las doctrinas inspiradas por el ángel de las tinieblas: el espíritu de la mentira ha presidido sus consejos, y al fin no encontrarán sino su propia ruina. El espíritu de Elías no ha muerto; léjos de eso, en primero de noviembre del año de mil ochocientos setenta, salió al camino, por donde Acab caminaba á tomar posesion de la viña de Naboth, y le echó en cara sus iniquidades, conminándole con las iras del cielo. Tiemble la revolucion: la roca de Sion, envuelta en nubes de gloria, ha despedido sus rayos contra ella: estos segun las órdenes del cielo, dan un viaje derribando la torre más alta que encuentran, volviendo al trono de donde son despedidos, y di-

(1) Mat., cap, IV v. 9.

ciendo, *aquí estamos*; (1) pero ellos saldrán de nuevo, y echarán por tierra á otras ménos elevadas torres. Hubo una saeta tirada al acaso, que voló á atravesar el corazon de Acab usurpador é impío, en los tiempos de la ley antigua; tambien la hubo en los de la nueva, que fué derecha, y sin ser dirijida á él, al corazon de Juliano, para que muriese imprecando al cielo, y diciendo: *venciste, Galileo*; y siempre que salga otro Acab que se apodere por la astucia, ó por la fuerza, de la viña de Cristo, plantada en la Sion de la Iglesia, saldrá un dardo del trono de Dios que acabe con él. Lo pasado nos responde de lo futuro.

CONCLUSION.

La sociedad civilizada por el Evangelio está como en atonía, sin poder dar razon de lo que pasa. La Europa está convulsa, sin poder entrar en la quietud que tuvo por largos años: casi la mitad de ella está presentando el estado anómalo que tenia el mundo en los tiempos de Julio César, cuando las legiones romanas, multiplicadas con superabundancia, decidian, entre lagos de sangre humana, de la suerte del mundo. La fuerza brutal está siendo la ley de los pueblos: á cada lustro se presencian escenas de carnicería, que solo se parecen á las de los Dardanelos en tiempo de Jerjes, á las de Actio en el de Marco Antonio, á las de Tito en Jerusalen. Casi en toda Europa se ha estado engañando á la Iglesia, des-

(1) Jo., cap. XXXVIII, v. 35.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se en posesion pacífica, sin que ninguno de sus iguales en el principado que Dios le habia dado, interviniese contra sus pretensiones orgullosas? Hubo, al contrario, en el acto, la intervencion armada de un príncipe fiel contra otro apóstata á la bandera que tenia por lema, *¿quién como yó?*, opuso Miguel otra que decia *¿quién como Dios?* y dióse en el cielo gran batalla, cayendo el dragon en el abismo, y afirmándose la paz en el empíreo. El es tambien el que derriba del trono á los monarcas que siguen los malos consejos. ¿No vemos lo que se atrevió á hacer con el rey de los reyes? ¿No le presentó las grandezas de todas las monarquías, sus riquezas, sus glorias, y sus vanidades? Y ¿por qué hizo todo esto, sino porque sospechaba que habia encerrada en Jesucristo una dignidad sublime, y mayor que la de todos los reyes? Deseó saberlo con toda certeza; le ofreció engrandecerlo, extender sus dominios, darle muchos súbditos, y proporcionarle cuanto puede desear la ambicion, y apetecer la codicia; pero ¿para qué?, para derribarlo: *todo esto te lo daré*, le dijo: *si cayendo á tierra me adoras.* (1) Desengáñense los reyes, que siguen las máximas de la revolucion: el demonio es quien las inspira, para arrojarlos de sus tronos; pues él no paga los servicios que se le prestan, sino con azotes y tiranías.

Insensatos son, por tanto, los que han atentado contra los derechos del Sumo Pontífice, adoptando las doctrinas inspiradas por el ángel de las tinieblas: el espíritu de la mentira ha presidido sus consejos, y al fin no encontrarán sino su propia ruina. El espíritu de Elías no ha muerto; léjos de eso, en primero de noviembre del año de mil ochocientos setenta, salió al camino, por donde Acab caminaba á tomar posesion de la viña de Naboth, y le echó en cara sus iniquidades, conminándole con las iras del cielo. Tiemble la revolucion: la roca de Sion, envuelta en nubes de gloria, ha despedido sus rayos contra ella: estos segun las órdenes del cielo, dan un viaje derribando la torre más alta que encuentran, volviendo al trono de donde son despedidos, y di-

(1) Mat., cap, IV v. 9.

ciendo, *aquí estamos*; (1) pero ellos saldrán de nuevo, y echarán por tierra á otras ménos elevadas torres. Hubo una saeta tirada al acaso, que voló á atravesar el corazon de Acab usurpador é impío, en los tiempos de la ley antigua; tambien la hubo en los de la nueva, que fué derecha, y sin ser dirijida á él, al corazon de Juliano, para que muriese imprecando al cielo, y diciendo: *venciste, Galileo*; y siempre que salga otro Acab que se apodere por la astucia, ó por la fuerza, de la viña de Cristo, plantada en la Sion de la Iglesia, saldrá un dardo del trono de Dios que acabe con él. Lo pasado nos responde de lo futuro.

CONCLUSION.

La sociedad civilizada por el Evangelio está como en atonía, sin poder dar razon de lo que pasa. La Europa está convulsa, sin poder entrar en la quietud que tuvo por largos años: casi la mitad de ella está presentando el estado anómalo que tenia el mundo en los tiempos de Julio César, cuando las legiones romanas, multiplicadas con superabundancia, decidian, entre lagos de sangre humana, de la suerte del mundo. La fuerza brutal está siendo la ley de los pueblos: á cada lustro se presencian escenas de carnicería, que solo se parecen á las de los Dardanelos en tiempo de Jerjes, á las de Actio en el de Marco Antonio, á las de Tito en Jerusalen. Casi en toda Europa se ha estado engañando á la Iglesia, des-

(1) Jo., cap. XXXVIII, v. 35.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pojándola insensiblemente de sus bienes, con pretexto de concentrarlos en los tesoros de la nacion, y con promesas de cumplir honradamente con los deberes de justicia anejos á esa expropiacion, que la misma Iglesia ha tenido que tolerar en obviacion de mayores males. Se está cometiendo públicamente, á ciencia y conciencia del mundo entero, la más repugnante y contradictoria de las injusticias, no tolerando que la Iglesia posea y administre bienes, dando por causa el ser una sociedad de muchos; siendo así, que una nacion, cualquiera que sea, no es tampoco más que una aglomeracion moral de muchos, y una sociedad política, que por las mismas razones nada podria poseer; y siendo así, que los gobiernos autorizan las asociaciones mercantiles, y que por todas partes se asocian hombres y hombres en comandita para monopolizar esas inmensas aglomeraciones de oro que resultan de las empresas industriales y marítimas, favorecidas por los ferro-carriles y el vapor. Hay vigente un escándalo, y es, que el protestantismo ha conservado á los Obispos anglicanos, y á sus templos y cabildos, las rentas y los bienes que quitaron al catolicismo, y hoy siguen poseyendo y administrando; que los turcos pagan rentas para sus mezquitas; que los bronzos y los bracmanes de la China y de la India perciben las rentas que tienen sus pagodas; mientras en las naciones católicas, han sido privados los templos y sus ministros de las rentas, que eran venerables, aunque no fuera más que por su ancianidad de muchos siglos. Hay otro escándalo inaudito, y es, que en esas mismas naciones, donde antes de despojar á la Iglesia de sus bienes, se pagaba el diez por ciento de contribucion, ahora se paga el cuarenta con pretexto de mantener al clero y el culto; y recaudándose todo eso, hasta con exacciones violentas, el clero está muriéndose de necesidad, y el culto no existiria, si la piedad de los fieles no subviniese á sus gastos. El mundo está viendo por consiguiente, ó mejor dicho, está ahogándose bajo una doble presion, la de la fuerza brutal, y la del engaño de una falsa política.

La revolucion, cual viento que sale de alta montaña,

ha estado soplando sobre los pueblos sus hálitos pestilentes; y á fuerza de soplar, ha engendrado tal tempestad, que no hay ya fuerzas morales en los gobernantes para disiparlas; y hace falta tanta fuerza brutal para contener los avances de la muchedumbre, que al fin ha sido casi necesario inventar máquinas de guerra que maten muchos miles en instantes. Aquí se quitan reyes, allí se levantan: hoy se dan vivas al bueno, mañana al asesino: se victorea á la vida, se victorea á la muerte, y hasta se dan victores *á la guillotina*. ¿Qué es esto?, se pregunta el hombre que piensa. ¿A dónde vamos á parar? Ultimamente se ha fraguado una conjuracion de soberanos y de pueblos, contra lo mas santo y augusto que hay en la tierra: de aquellos, unos obraban con fraudulencia, otros, con atrevimiento, mientras otros toleraban el progreso de las trampas impías, y todos han dejado que se despojase al Sumo Pontífice de dos de sus diademas, pretestando algunos el respeto á la conciencia pública de los usurpadores, que eran dueños de sus actos: de estos, unos se han alegrado con la esperanza del botin, otros se han congratulado con los usurpadores sacrílegos, y otros se han quedado como estátuas sin movimiento: en vista de esto nos preguntamos todos: ¿qué va á suceder?

El escándalo del despojo de la Iglesia de Cristo, no solo es universal, sino que es un hecho consumado en todas sus partes: se habia ido despojando á los miembros mas esclarecidos, y se ha concluido la obra de iniquidad, despojando á la cabeza visible de este cuerpo. ¿Ha de continuar ese escándalo? ¿La sociedad ha de estar presenciando impávida el último resultado de tanta mentira, como está oyendo, desde hace demasiados años? Presagios hay ya de que eso no ha de suceder así. El mundo ha estado como aletargado, parte por la embriaguez que le ocasionaban los triunfos parciales de la revolucion, parte por una especie de marasmo, en que habia caido por virtud de ese ópio de libertad, que se le propinaba á tragos continuos y copiosos. Pero el mundo empieza á desperezarse al estruendo de acontecimientos inauditos: en una nacion grande, pero agoviada por un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peso de infortunios sin precedente, se está oyendo un grito sordo que dice: *volvamos atrás: al principio de autoridad, al derecho, á la justicia, á la legitimidad; porque si no lo hacemos así, caemos en un abismo:* se empieza á conocer lo que son las revoluciones y los revolucionarios; lo cual es una especie de ráfaga de luz, dispuesta á romper las densas tinieblas de una mala política, que ha ocasionado tantos males, y producido tan espantosos desórdenes. (1)

En los países donde se entiende algo mejor el derecho que tienen los católicos á la proteccion de la ley, se ven asambleas de muchos millares de hombres, que gritan pidiendo justicia á las naciones contra el atentado; y esos gritos han de producir su efecto: en los que reina

(1) Al trazar estas líneas llega á nuestras manos un diario, en cuyas columnas vemos unas cuantas razones concernientes á asuntos políticos, que abrazan mucho en pocas palabras. Son de Mr. Gallicher, y dicen así: "en presencia de esta guerra impìa que se hace á la integridad é independencia de la Francia; en presencia de la indiferencia cobarde de naciones, á las cuales sus armas y sus tesoros han dado la libertad, sabremos en adelante lo que valen esas grandes palabras de solidaridad y fraternidad de los pueblos; ideas grandiosas, pero vacías de sentido, de las cuales hemos sido los caballeros, y de las que hoy somos tristes víctimas. Nosotros habremos visto una vez la eterna comedia de las revoluciones: cierta categoría de patriotas gritando: ¡á las armas! ¡á las armas!, y corriendo á escalar el poder, los cargos públicos y las cajas del Estado." Mucho es lo que dice este escritor; pues descubre un secreto que podia haber quedado enterrado, al declarar que los 200,000 hombres que franquearon los Alpes en 1859, no fueron á Italia á producir órden sino desórden, y áfavorecer las ambiciones del Piamonte y los planes preconcebidos por el célebre Cavour y unos cuantos más conjurados contra el dominio temporal del Papa. En cuanto á la descripcion que hace de las revoluciones y de los patriotas, tiempo ha que la Europa lo ha podido saber; pues está viéndolo hace cien años. Lo que dá compasion es, que sea verdad que la Francia es víctima de su caballería errante en propagar esos principios absurdos de la nueva política. El cielo sabe si tamañas desventuras no son el castigo y la expiacion del paso de los Alpes por los doscientos mil, y de las tramas que le precedieron y le siguieron. Si el mal de otros consolase al afligido, nosotros nos atreveriamos á decir á esa nacion, digna de consuelo en sus aflicciones, que espere en Dios, que la salvará, despues de su correccion misericordiosa, y verá un gran castigo sobre la nacion que ha sido más ingrata hácia el Papa que hácia ella; aprendiendo en sí misma entre tanto á no servir al enemigo de la verdad, pues este no paga á nadie de otro modo.

la ley, pero sin aplicacion á los que quisieran imitar á sus hermanos derramados en toda la tierra, se forman tambien asambleas sagradas, en las cuales por medio de la oracion se clama al cielo, para que envie á quien tenga escrito en los libros de su Providencia; y salve con la fuerza de su brazo al mundo que bambolea en la caducidad de tantas malas doctrinas, y por efecto de tantas invasiones, que han fundado su derecho en la fuerza brutal. La paz de la tierra está muy comprometida; el fuego de los antiguos cruzados, para ir á librar el sepulcro, que para siempre ha de ser glorioso, empieza á recorrer la tierra; y de aquí á poco, quizás, solo hará falta un *Pedro el hermitaño*, que empiece á recorrer el mundo, llamando á los combatientes de órden del cielo, ó algun nuevo san Bernardo, que les predique de parte de Dios, y los inflame mas y mas en sus santos designios.

Roma es la Jerusalen de la ley de gracia: allí está el sepulcro de aquel que, el primero de todos los hombres, ha sido lugar-teniente de Dios en la tierra: allí están los restos preciosos, ante los cuales se han postrado millones y millones de peregrinos, besando devotamente aquel suelo regado todo con la sangre de los dos grandes Apóstoles Pedro y Pablo, y de millones de mártires: los emperadores mas gloriosos, los reyes mas ilustres, los príncipes mas excelsos han inclinado sus augustas frentes ante aquellas cenizas, presentando al príncipe de los Apostóles sus cetros de oro, sus coronas de brillantes, y ofreciéndole su espada para defender aquel suelo sagrado de la opresion del enemigo. ¿Dónde estais sombras, augustas? No habeis muerto, no. Todavia corre vuestra sangre por las venas de reyes poderosos y emperadores magnánimos. Estos tienen que levantarse á defender el derecho público, el natural, el de gentes siquiera, el suyo que se ve amenazado por las doctrinas revolucionarias: estos han de empuñar la espada, para cumplir el testamento de sus poderosos ascendientes: y ¡ay de ellos si no lo hacen! ¡ay del mundo si con la indiferencia de los encargados por Dios, como ministros de su reino universal, para defender la inocencia oprimida y

la justicia ultrajada, se permite que tenga una sancion criminal el mayor de los sacrilegios de nuestros tiempos. Llegó la hora para los reyes que quieran trasmitir á sus hijos un cetro, y á las edades venideras una página de gloria: ó levantarse luego, ó disponerse á perecer mas pronto ó mas tarde. Los soñadores de la república universal han estado predicando cruzadas contra el Vicario de Cristo veinte años; y al cabo han preparado el camino para la obra de iniquidad, y han visto la consumacion del gran atentado. Animados con el suceso, fausto para sus aspiraciones, mañana empezarán una nueva cruzada contra todo emperador y todo rey. El levantarse ahora, será la muerte de la revolucion; el dejar sin castigo el atentado, es abrir la fosa para su propio trono, aunque parezca que está colocado sobre las nubes. ¡Ay de los reyes si no se apresuran á restablecer el imperio de la ley! Hemos visto que muchos Papas han tenido que huir de Roma, para sustraerse de los perseguidores, y todos hau vuelto á su trono. Estamos viendo, mucho tiempo há, que muchos soberanos han dado un salto desde sus alcázares al destierro en suelo extraño, y ninguno vuelve. Téngase esta leccion en la memoria.

La paz del mundo, volvemos á decir, está muy comprometida: no son tan solo los emperadores, los reyes, y los príncipes, los que han arrojado sus cetros ante el sepulcro del príncipe de los Apóstoles; tambien se han desnudado allí de sus espadas los generales bizarros, de sus togas y láuros los sábios mas eminentes, y de sus mismos corazones los hijos de la Iglesia católica, consagrándose todos á la defensa de Pedro, y entregándole alma, vida y corazon. ¡Cuidado, cuidado, rectores de los pueblos! Un santo ardor empieza á inflamar los corazones de doscientos millones de católicos. Los ancianos y los jóvenes levantan su voz, protestando contra el atentado: advertid, que la mujer tambien toma ya parte en esa empresa; lo que es un signo presagio de grandes acontecimientos. Un nombre vetusto empieza á venir á la mente de los católicos: este nombre es Omar, nombre que recuerda la profanacion del sepulcro santísimo que existe en la antigua Jerusalen, y una era

heróica del pueblo cristiano, que se levantó en masa para ir á los campos de la Palestina, y librar el lugar santo de las huellas del agareno. La nueva Jerusalen, repetimos, tiene su sepulcro santísimo, donde están las cenizas sagradas de aquellos dos Apóstoles que, en las márgenes del Po, aparecieron al lado del gran Leon con espada en mano y mirada terrible, amenazando á Atila con la muerte, si daba un paso hácia Roma. *Omar está en nuestro Jerusalen, hollando el sepulcro de Pedro y Pablo*, es el grito que resuena hoy en el orbe católico: *fuera Omar, fuera los nuevos islamitas*, es lo que repiten niños y ancianos, sábios é ignorantes, los nobles, los guerreros, las doncellas, las ancianas, las vírgenes santas, el sacerdocio, el pueblo.

Calcule cada cual lo que podrá suceder: nosotros concluimos este escrito, diciendo que quizá las generaciones venideras han de leer una magnífica epopeya, con un epígrafe que diga: LA NUEVA JERUSALEN LIBRADA, cuyos cantos cerrará el poeta que la escriba, con la siguiente estrofa:

¡Désele gloria á Dios, dénse loores!
La ROCA quebrantó á quien la oprimia;
Triunfó el GRAN PIO de sus opresores,
Y la Italia duró *¡¡no más de un dia!!*

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

A QUIEN SE DIGNE LEER..... III

CAPITUIO I.—LA CRUZ DE LA CRUZ 9
CAP. II.—LA REVOLUCION Y EL VICARIO DE CRISTO..... 22
§ I.—*Revoluciones y revolucionarios*..... 23
§. II.—*Una personalidad cual no hay otra*..... 30
CAP. III.—DOS UNIDADES PERFECTISIMAS.. 44
CAP. IV.—UNA UNIDAD ABIGARRADA..... 53
CAP. V.—LA GRAN PROTESTA..... 62
CAP. VI.—EL MEJOR DERECHO DE REINAR.. 79
§. I.—*La voluntad de Dios*..... 80
§. II.—*El derecho público y de gentes*..... 86
§. III.—*La sancion del cielo*..... 105
CAP. VII.—EL DERECHO NUEVO..... 127
§. I.—*Doctrinas subversivas*..... 129
§. II.—*Los anatematismos*..... 150
CAP. VIII.—LAS UNIDADES POLITICAS..... 164
§. I.—*La Iglesia católica y las soberanías*..... 165
§. II.—*La revolucion y las soberanías*..... 182
CAP. IX.—LA FUERZA MORAL..... 196
§. I.— *Mentira anti-social del derecho del pueblo á constituirse*..... 200
§. II.—*Mentira impía del derecho de los hechos consumados*..... 223
PRIMER COROLARIO..... 243
COROLARIO SEGUNDO..... 265
CONCLUSION..... 273

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS